

EL MOTIVO

JORDI BESALÚ

Prólogo

Año 107 de la nueva edad y los coches aún no vuelan. Contra todo pronóstico, el mundo se encuentra sumido en un retroceso temporal en el que no debería...

De pequeño, solía soñar con un futuro sofisticado. Un mañana rebosante de comodidades y elegancias en el que los hombres, armados con ímpetu e ingenio, domesticaban el mundo a su antojo. Sin embargo, un terrible suceso lo cambió todo. El Gran Boom transformó el planeta por completo relegando a los supervivientes a una nueva y agónica realidad. La mayoría de ellos no supieron aceptarlo, hallando la paz en el suicidio o, como en el caso de mi bisabuelo, cobijados en un estado mental paralelo denominado síndrome del sueño real. Mi abuela solía menospreciar sus palabras tachándolas de chocheos de un anciano enfermo, aunque para mí siempre fueron algo más que relatos dementes. En boca de mamá, incansable y paciente frente a las exigencias de un niño excitado antes de acostarse, parecían historias fantásticas de un mundo imposible. Por más que fuerce la memoria, al pensar en mi bisabuelo, solo me viene la imagen de un hombre triste, de mirada perdida y oscura, postrado en el sofá cual árbol viejo que espera ser talado. Desgraciadamente, despertó de su pesar cuando yo aún era muy pequeño... Una verdadera lástima, porque me hubiera encantado escuchar, de su propia voz, todas aquellas maravillas de la gente de su tiempo.

Según mamá, todo empezó a cambiar en el año 2029 de la Antigua Edad. Unos terribles temblores sacudieron la costa nordeste de unas pequeñas islas del Pacífico. Como que, por su constitución tectónica, esos temblores eran habituales, nadie se percató del peligro real que acechaba. De forma gradual e incesante, aquellos terremotos se extendieron por todos los continentes hasta que, en 2035, un único movimiento sísmico quebró el planeta. Sin lugar a dudas, aquél fue el clímax de la catástrofe y su fuerza fue tal que, además de desfigurar por completo la física terrestre, aumentó la temperatura global provocando el repentino deshielo de los casquetes polares. La unión de estos factores propició la destrucción del mundo antiguo. El mundo de mi bisabuelo y de millones de personas que, insignificantes ante la voluntad de la naturaleza, lo perdieron todo bajo el mar...

El Gran Boom dio lugar a un planeta nuevo. Un planeta cargado de contaminación y un clima tan extremo como cambiante. La distribución del territorio también se vio terriblemente afectada. Los continentes reconocidos hasta la fecha quedaron deshechos, esparcidos como simples migas de pan en un tazón de leche. Los científicos creen que estamos habitando las cimas de lo que antaño fueron montañas, sin embargo, a juzgar por los mapas, no parecen más que pedazos de tierra flotando a la deriva.

Yo vivía en un grupo de islamos al norte de Edbük, concretamente en Ishör. Ahí éramos felices, aunque no tuviéramos mucho. A cada familia se le otorgaba una pequeña porción de tierra y era libre de hacer con ella lo que quisiera. No había competencia entre vecinos y todos estábamos muy unidos. Formábamos una comunidad auto suficiente y, entre lo que recolectábamos de la tierra y el mar, vivíamos en armonía. No teníamos escuelas. Aprendíamos de la naturaleza, de la experiencia de los ancianos y, sobretodo, de los relatos de los viajeros. Los viajeros eran personajes curiosos que ejercían, de forma no siempre voluntaria, de improvisados maestros. Fondeaban en Ishör para aprovisionar víveres y llevaban consigo multitud de mapas y libros extraordinarios. Todos los niños, al enterarnos de su llegada, corríamos al amarradero y les martirizábamos hasta que, de buena o mala gana, accedían a relatarnos sus vivencias. Aventuras apasionantes que desataban nuestra imaginación haciéndonos volar muy, pero que muy lejos de Ishör. En más de una ocasión me pareció oír las palabras de mi bisabuelo en boca de aquellos hombres...

Toda la comunidad nos reuníamos a su alrededor para escucharlos, sin embargo, de todos los presentes, los niños éramos los que más atención les prestábamos. Gracias a ellos, supimos que después del Gran Boom desaparecieron la mayoría de las instituciones clásicas como las castas reales, la política y las religiones. Supimos también que se reinició el calendario, se estandarizaron las medidas y se unificó el habla del planeta al idioma *único*, una evolución del inglés antiguo. También tuvimos conocimiento del planeta en sí, de nuestra posición en los mapas, de infinidad de inventos, a cada cual más extravagante, y, por encima de todo, de la crueldad del Gran Mar.

Aquellos hombres atentaban en contra de nuestra monótona armonía, haciéndonos soñar en algo más. Los ancianos los tachaban de charlatanes y les

regalaban miradas de desprecio, sin embargo, a mi me fascinaban... Una vez oí decir a uno de ellos que existían barcos de acero surcando los cielos... ¡Que estupidez más bella!... Esos viajeros solían ser personas solitarias que llegaban en sus enormes barcazas, intercambiaban objetos por víveres, se vaciaban de saber a petición popular y regresaban al mar para continuar su camino. Pocos fueron los que nos regalaron su amistad, sin embargo, uno de ellos, el señor Mcwil, se quedó una temporada con nosotros y nos enseñó muchísimas cosas, entre ellas, *único*. Algunos ancianos presumían de entenderlo, aunque para el resto del pueblo, y sobretodo para nosotros, los jóvenes, era un idioma tan nuevo como lleno de posibilidades.

Actualmente, estamos en el año dos cientos cuarenta de la Segunda Edad, tengo veintiséis años y soy buzo de extracción de la minería Brey. Mi nombre es Elidor Ractsul y, al igual que antaño, sigo soñando en ser viajero.

Capítulo primero

Edbük estaba situado a unos cuatrocientos kilómetros al sur de Ishör y era propiedad de la cooperativa Brey. Poco después del Gran Boom, justo al inicio de la colonización, unos aventureros descubrieron una enorme cueva que, por medio de escaleras y galerías, penetraba en el corazón de la tierra. Dicha cavidad, resultó ser una vieja explotación minera dedicada a la extracción de carbón, un antiguo mineral usado en la producción de energía. Sus descubridores, carentes de conocimiento en minería y afectados de sueño real, pensaron que algo así solo podía presagiar fatalidad. Aterrados, creyendo haber descubierto la madriguera de un frior, abandonaron el islamo dando parte de ello en todos los puertos cercanos. Así fue como llegó la noticia a oídos de los hermanos Brey.

Por lo poco que sé de la antigüedad, las minas eran escarbadas con el único fin de arrebatar a la tierra productos que, por naturaleza, estaban vedados. Sin embargo, gracias a esos productos, la humanidad prosperó y evolucionó siendo capaz de maravillas tales como iluminar la oscuridad, crear objetos sorprendentes o hacer funcionar todo tipo de maquinaria.

Los hermanos Brey, descendientes de antiguos geólogos, pusieron todo su empeño en la búsqueda de aquel preciado combustible, no obstante, pese al fracaso inicial, el destino les regaló una grata sorpresa. En una brecha de la pared exterior de la mina, hallaron algo que bautizaron con el nombre de ukog, mote que en su lengua natal significaba: *“belleza divina”*. Una década más tarde, la explotación Brey se había convertido en la principal exportadora de ukog de nuestras latitudes y, para conseguirlo, no escarbábamos en la tierra, sino que usábamos la profundidad de la mina para penetrar en el mar.

El Gran Mar era peligroso. Según los ancianos, bajo su inocente manto azulado, escondía multitud de misterios de los que apenas osaban hablar. Nos abastecía de peces y algas, pero también nos quitaba la vida por mediación de tormentas y friors. Poco sabíamos de los friors, aunque a juzgar por los bocetos y relatos de los viajeros, eran temibles monstruos con el único afán de devorar.

Como ya he apuntado anteriormente, nos servíamos de la profundidad de la mina para ganar desnivel al mar y poder entrar sin necesidad de bucear desde la superficie.

Por medio de unas enormes puertas herméticas y un sinfín de galerías exteriores, podíamos extraer el ukog con relativa facilidad. El ukog, en estado bruto, no era más que pedazos de roca del vértice exterior del islamo. Piedra oscura, ligeramente abombada y de constitución porosa que escondía, entre sus betas, un material precioso. En una ocasión, oí comentar a unos ingenieros que existía gracias a la fusión de varios minerales durante el seísmo. Un mineral resistente, parcialmente translúcido y de textura venosa, que podía mostrar infinidad de tonos y colores. Los principales compradores eran gente del lejano oeste y, según se rumoreaba por la mina, tenía cientos de usos: desde aleaciones con otros materiales a ornamentos estéticos.

Mi trabajo consistía en bajar al nivel diecinueve y ponerme un traje aislante al frío, unas pesadas botas metálicas y una gigantesca escafandra con su inestimable porción de emitita, coger un pico de mano e introducirme, junto a mis veintinueve compañeros, en la puerta de embarque.

La emitita era algo esencial en Edbük. Un mineral mágico con la propiedad de reproducir la luz robada del sol. Desconozco su procedencia, aunque creo que se importaba de las lejanas minerías del norte. Su efecto era caduco y con el paso del tiempo iba perdiendo aptitud. Toda la parte exterior del complejo estaba iluminada por antorchas de esa piedra, mientras que en el interior de la mina se usaba un método realmente ingenioso gracias a la combinación de dos elementos. Una lente de ukog traslúcida contigua a cada porción de emitita, aumentaba su luz y aseguraba un perfecto recargado durante las horas diurnas. Un mero efecto óptico provocado por dicha combinación se convertía en uno de los pocos gozos de los que disfrutábamos ahí abajo. Durante el día, una tenue haz de luz saltaba de lente en lente creando un bello flujo luminoso que, al mezclarse con miles de motas de polvo revoloteadas, resultaba en una chispeante lluvia de esperanza.

Pese al equipamiento adecuado y el pico de mano, algo más hacía falta para sobrevivir al abismo: fuerza mental. A esas profundidades, la presión psicológica es muy exigente y la oscuridad se convierte en algo más que un molesto engorro. La débil luz producida por la emitita, colocada en la parte frontal de la escafandra, nos permitía ver a un metro escaso de nuestra posición, por lo que innegablemente, el verdadero

enemigo era el miedo y la angustia. Yo no creía en los friors, sin embargo había momentos en los que el apabullante vacío conseguía retorcerte la mente... La única arma capaz de hacernos mantener la cordura eran los buenos recuerdos, los cuales debíamos saber dosificar para no caer en la distracción.

El sistema de introducción en el mar era otro de los logros alcanzados por los ingenieros de Brey. Entrábamos en una habitación circular que se cerraba, herméticamente, tras nuestro paso. Luego, poco a poco, se abría una segunda puerta delantera y la sala empezaba a llenarse de agua. Las pesadas botas nos mantenían firmes en el suelo, evitando el flote de nuestros oxigenados cuerpos. La escafandra tenía una cámara superior con reserva de aire para una hora y, a lo largo de las galerías exteriores, habían repartidos múltiples puntos de reciclaje a los que debíamos acudir al notar vicio. El momento de la inundación era, sin duda alguna, el mejor de toda la jornada. A pesar de tener los pies sujetos en el suelo, el hecho de notar la desaparición de los pesos, a medida que se inundaba la cámara, te daba la sensación de volar en el cielo... Con los ojos cerrados y la mente en blanco, notabas como tu cuerpo se elevaba hasta perder el contacto con el mundo real. Una sensación indescriptible que te llenaba de fuerza para intentar empezar el turno con cierto optimismo. Sin embargo, esta situación se invertía, y agudizaba, al regresar. Al vaciarse la cámara, la escafandra y el traje empapado se convertían en una asfixiante losa que oprimía nuestros cuerpos exhaustos.

Para el reciclaje de oxígeno, conectábamos los tubos de las estaciones a las tomas pertinentes de nuestra escafandra y esperábamos a que se regenerase el aire. Ese proceso duraba unos minutos y era posible gracias a un enorme pulmón exterior. Esta gigantesca bomba de aire estaba formada por una cámara circular y cuatro aspas de madera y cuero. Un viejo rotor, sujeto a las aspas, impulsaba el aire dentro de la cámara que, por medio de válvulas, aseguraba un continuo circuito de aire hacia los puntos de regeneración.

Por fortuna, la extracción de ukog no resultaba muy costosa. La constitución porosa de su corteza la hacía fácil de arrancar, no obstante, esa fragilidad no restaba dureza y peligro al trabajo. Dureza por tener que mover un traje pesado e incómodo, arrastrar unas robustas botas metálicas y sostener una escafandra tres veces el tamaño de nuestra cabeza. El peligro era cosa del omnipresente vacío y la tediosa regeneración. Una vez arrancado el material, lo metíamos en unas vagonetas y lo descargábamos

frente a la puerta de embarque. Obviando las traiciones de la mente, el verdadero enemigo era el aire. A medida que este se viciaba, aumentaba la posibilidad de oír sirenas y, eso, no era nada bueno. Oír sirenas era el término que usaban los médicos para denominar el envenenamiento cerebral producido por una prolongada inhalación de aire pobre en oxígeno. Este efecto, irreversible, condenaba al buzo a una espiral de descontrol que, en la mayoría de casos, terminaba con una muerte segura. En mis ocho años en Brey, las malditas sirenas lograron embaucar a seis de mis compañeros... Una muerte horrible que evidenciaba, una vez más, la incompatibilidad del ser humano con el medio acuático.

Los turnos de trabajo eran de diez horas y, además de pasar reiteradamente por los puntos de regeneración, restábamos en ayunas. Nunca se abría la puerta de embarque hasta el final de la jornada, por lo que si algo nos pasaba ahí abajo, estábamos completamente solos. Aún recuerdo, como si fuese ayer, el fatídico día de la muerte de Ritu... Continuamos cargando vagonetas y pasando a su lado durante siete interminables horas. Ahí estaba él, sujeto al suelo por efecto de las botas y con los brazos extendidos, balanceándose a merced de las corrientes. Tenía los ojos blancos y una expresión facial de los más aterradora... Jamás podré olvidar aquel día...

Pese al infierno submarino, la superficie de Edbuk parecía un mundo antagónico. Nada daba a imaginar la penosa actividad minera. Ahí, todo era distinto. El aire era puro, la vegetación abundante y el campamento, aunque nada del otro mundo, te daba el confort necesario para sentirte en casa durante las horas de descanso. La parte exterior del complejo estaba formada por dos bloques bien diferenciados: el ala de servicios y el campamento. El ala de servicios la formaban dos edificios. El más grande, destinado al pulimento y almacenamiento de ukog y un segundo, algo más reducido, dedicado a administración y servicios. El campamento no era más que un conjunto de chabolas cubiertas por centenares de lonas de distintos colores y tamaños. Bajo esas lonas estaban los dormitorios: pequeñas salas desordenadas, donde cada grupo de trabajo tenía su austero rincón de descanso. Todo era reducido y minimalista, sin embargo, en ese lugar se respiraba paz. La periferia de la explotación, o sea, el resto del islamo, resultaba muy acogedor. Así como la calma precede a la tormenta, el perímetro exterior de Brey era un

marco incomparable de belleza y tranquilidad: praderas verdes, pequeños altiplanos, bosques frondosos y un cordón costero totalmente practicable.

Donde ya se podía entrever la complicada actividad minera era frente a las puertas del gran agujero. Dos enormes bocas de túnel contiguas por las que entraban y salían grupos de hombres abatidos por el mar. Trabajar ahí no era agradable, sin embargo era la única salida para mucha gente de la zona que soñaba con prosperar. Todos los trabajadores disponíamos de un día libre cada ochenta horas de trabajo y, normalmente, lo aprovechábamos para descansar. El trabajo se nos remuneraba en galeos, unos pequeños minerales que se habían transformado en la base del intercambio mundial. Yo, jamás había oído hablar de ellos, no obstante, al poco de estar en Brey, y con algún que otro engaño de por medio, aprendí a valorarlos.

Llegados a este punto de la narración, seguro que muchos de vosotros os preguntáis cómo terminé yo en Brey...

Al poco de cumplir los once años, mi madre cayó enferma. Muchos fueron los que compartieron su suerte y, de ellos, la mayoría murieron. Mi madre no fue una excepción y tras luchar cuatro meses contra la infección, la incineramos según el protocolo de cuarentena para erradicar la propagación del virus. Aún hoy se desconocen las causas de aquel brote endémico, sin embargo, se supone que vino del mar... A mi padre ni lo conocí. Se marchó en busca de fortuna cuando yo era un bebé y jamás he sabido de él.

Ya os podéis imaginar el agradable panorama de un chico de trece años al que solo le quedaba un familiar con vida: una anciana con claros síntomas de sueño real... Tuve suerte de los Ortoc, mis vecinos. Ellos me ayudaron mucho con la abuela y, en su falta, me acogieron como a uno más de la familia. De hecho, al pensar en aquellos amargos años de mi infancia, solo recuerdo a una amiga: Alire.

Mi abuela murió un par de años más tarde que mi madre y, aunque ya tenía una nueva familia, sentía la necesidad de marcharme de Ishör. Un día como cualquier otro, llegó al islamo un viajero que reclutaba gente para su tripulación. Sin pensarlo ni un instante, cogí mis cosas, me despedí de Alire y su familia y me embarqué en lo que debía ser mi tan soñado futuro. Un futuro que duró exactamente tres días y

cuatrocientos kilómetros... Con la excusa de aprovisionar víveres en Edbük, aquél hombre, ni joven ni viejo, más bien gordo que flaco y de parecer amable, me abandonó a mi suerte. Supongo que debió pensar que un chico de trece años y constitución endeble no sería de mucha ayuda en el mar y puestos a abandonarle, mejor hacerlo en algún lugar con ciertas posibilidades... Fuera lo que fuese lo que pensó, no le guardo rencor alguno, ya que aquello me enseñó a no confiar a la ligera y a ser responsable de mis propios actos. Así fue como, después de lloriquear largo rato tendido en la arena, la lógica hizo que me acercara a la explotación para pedir ayuda.

Y es que: ¿Qué lógica podía tener un niño de trece años que había despertado de un sueño al caerse de la cama?

Capítulo Segundo

Amanecía un nuevo día en Edbük. Desde el campamento se olía una agradable mezcla de fragancias marinas con, eso sí, ciertos matices polvorientos... Las gaviotas graznaban en el cielo y, a juzgar por la temperatura, se intuía otra sofocante jornada de calor.

-¡Buenos días! -gritó Pegmar enérgico.

Pegmar Somar era nuestro representante ante el consejo. Un hombre de mediana edad y carácter afable que, por unanimidad, fue nombrado líder del grupo. Aceptó el encargo con gusto y, más que capataz, ejercía de responsable de tropa. Nuestro puntal. El hombre a acudir cuando teníamos problemas.

-¡Empieza otro estupendo día de trabajo para el tercer escuadrón! ¡Todos arriba camaradas –así nos llamaba en tono informal: tercer escuadrón. Como si de un grupo militar de la Antigua Edad se tratase–! ¡No consentiré quejas ni lágrimas! ¡A levantarse pandilla de gorriones –añadió escondiendo bajo su espeso bigote aquella sonrisa que lo caracterizaba–! ¡Venga! ¡Venga! No podemos llegar tarde. ¡En diez minutos os quiero listos para la primera comida!

-Dios mío mamá, que voz tan ronca tienes esta mañana –replicó Flyt tapándose los oídos con la almohada.

Flyt era uno de mis mejores amigos. Tenía 27 años y ya estaba en la mina cuando yo llegué. Nos caímos bien desde el primer momento y me ayudó mucho con la adaptación. Entre nosotros se creó un vínculo muy especial ya que, bajo unas condiciones de trabajo tan severas y lejos de tus seres queridos, no siempre te ves capaz de seguir adelante... Es en esos momentos cuando surge la amistad y, ceedme, tener a Flyt como sustento en los múltiples baches del camino era de agradecer. Sus motivos para trabajar en Brey eran familiares. Él era el primogénito de una familia de nueve hijos y sus galeos eran providenciales para ellos. Siempre me había tratado como a un

hermano y, pese a su carácter extrovertido, cuando la situación lo requería, aparcaba las bromas y mostraba su lado más tierno y responsable.

-¡Oye Elidor! ¡Despierta de una vez! Duermes más que una marmota vieja –dijo golpeando con fuerza mi colchón.

-Ya va... Tan solo cinco minutos más –contesté sin apenas moverme.

-¡Déjalo hombre! Con esa cara de felicidad y la babilla que hay en su almohada, seguro que tiene su buque amarrado en Alöak –bromeó Bruk.

-En Alöak ya te aseguro yo que no –replicó Flyt-, pero a juzgar por sus ronquidos, el motor de su buque no anda muy fino que digamos -añadió arrancando la unánime carcajada del dormitorio.

De un brinco, me puse de pie en la cama y con la elegancia de un ganador, les reté con la mirada mientras decía:

-¡Ya os podéis reír buzos de agua dulce! Cuando sea rico vendré aquí a comprar toneladas de ukog para mi prometida y pobres de vosotros que no luzcan bien tallados y pulidos.

-Para cuando tú seas rico, nosotros ya criaremos malvas –replicó Bruk guiñándole el ojo a Flyt.

Todos conocían mi sueño de ser viajero y solían burlarse de él. No me molestaba en absoluto, porque sabía que sus bromas no eran despectivas y formaban parte de un contexto amistoso. Éramos un equipo muy unido y, pese a las bromas, todos nos respetábamos.

Con el tiempo justo de ahuyentar el sueño de mis ojos con algo de agua, vestirme, rehacer un poquito la cama y coger la emitita cargada, aún bostezando, me encontré ya de camino al comedor. Atrás quedaba el mar de lonas acrílicas cuando alcanzamos al grupo de buzos que había trabajado durante la noche. Lucían un semblante espectral y no podían, ni querían, disimular su cansancio. Ni nos miraron, tan solo pudieron levantar la mano para saludarnos. En sus amargadas caras se advertía la dureza de aquél maldito trabajo.

-Así mismo luciremos nosotros esta noche –le dije a Flyt, en voz baja, al mismo saludarles.

Se dirigían a los aseos, donde un más que merecido baño caliente les aguardaba. En Edbük, al igual que en la mayoría de islamos de la zona, disponíamos de agua climatizada durante todo el día. Era un verdadero placer poder tomar un buen baño caliente tras diez horas royendo piedras en el mismísimo abismo. Sobre el edificio de servicios, había unos gigantescos tanques de agua expuestos directamente al Sol. La temperatura de dichos depósitos, dependiendo del día que hiciese, podía llegar fácilmente a los sesenta grados, mientras que por las noches se reducía a la mitad. Para graduar la temperatura se mezclaba agua de mar canalizada por medio de tuberías subterráneas.

El baño era conjunto para todos y lo formaban un grupo de tres bañeras: una de grande y dos de más reducidas. Obviamente eran de agua salada y se comunicaban entre ellas mediante unos canales abiertos que aseguraban un constante flujo de agua. Gracias a esa regeneración las bañeras siempre estaban limpias. La más grande, llamada piscina, tenía poca profundidad y la usábamos para relajarnos. Aquello era un auténtico placer para el cuerpo... Ahí, sentados en total sosiego y respirando el reconfortable aroma de la mezcla de flores, éramos capaces de olvidar el infierno. Las dos bañeras pequeñas, llamadas cuencos, se encontraban tras la corriente de la principal y se usaban para la higiene personal. En ellos nos arrancábamos el pesar a base de jabón de arándanos antes de gozar de la tan merecida recompensa. El jabón de arándanos y las flores eran dos de los pocos lujos que nos podíamos permitir en Brey. Un jabón de textura fina y aroma balsámico capaz de depurar cuerpo y mente. Su elaboración era uno de los secretos mejor guardados de Drat.

Drat, junto a Ynof y Alöak, eran los tres islamos que abastecían Edbük. Ellos vivían de nosotros y, en cierto modo, nosotros sobrevivíamos gracias a ellos. De Drat provenían los jabones y las flores para los baños, así como la ropa que usábamos en toda la explotación, desde los ligeros ropajes de descanso a los monos subacuáticos hechos de mil trenzas. Ynof era un islamo rural que nos proporcionaba alimentos y Alöak... bueno, Alöak era otro mundo... Un pequeño paraíso del contrabando donde se

podía conseguir casi de todo: tabaco mezclado del norte, alcoholes destilados, inventos extravagantes del oeste, chocolate del sur, hierbas relajantes... También ahí era donde los trabajadores de la mina saciaban sus necesidades más básicas. En Brey éramos solo hombres y, un par de veces al mes, se organizaba un transporte oficial para que pudiéramos saciar nuestra hambre más íntima. Yo fui solamente una vez, al cumplir los diecisiete, y mi experiencia no fue tan grata como imaginaba... En alguna de mis pesadillas aún se repetía aquella maldita escena: yo, totalmente desnudo, en una horrenda habitación mal decorada y cargada de una asfixiante mezcla de humo y hedor. Al poco rato de observar, nervioso, la pésima decoración de la sala, aparece una mujer que, ni de lejos era la soñada en mis fantasías... rebotante en kilos y edad, sin decir ni una sola palabra, se acerca a mí y me empieza a acariciar. Un escalofrío recorre mi cuerpo y me paraliza... *“Sorry but I’m not feel good”*, le digo retrocediendo unos pasos. Cojo la ropa y salgo corriendo de la habitación. Me visto como puedo, a lo largo del oscuro pasillo, atraveso el vestíbulo y salgo de aquel antro sin atreverme, siquiera, a mirar atrás...

Suerte que Pegmar me vió salir y acudió a tranquilizarme. La palmadita en la espalda y sus medidas palabras me convencieron de que, aquél, no había sido mi momento... Si algo saqué en claro de aquella experiencia es que cuando me entregase a una mujer, lo haría por amor y no por necesidad.

Dejamos atrás a los compañeros que prosiguieron con su lento y fatigado paso y cruzamos la entrada del túnel principal sin siquiera mirarlo. Era una simple rutina supersticiosa, pero parecía que si no mirabas el agujero la jornada aún no había empezado. Llegados al pabellón de pulido, debíamos sortear una espesa nube de polvo blanco que salía de entre sus puertas entreabiertas. Dentro, los pulidores faenaban enérgicamente acompañados de un continuo, e incesante, repique de piedras. Eran personas demasiado mayores para el trabajo submarino o hombres que, por un motivo u otro, odiaban el mar. Su faena era simple, pero contundente: sacar el cascarón del ukog y pulir el mineral hasta dejarlo brillante. Dicho trabajo, aunque en un principio pudiera parecer más simple que el nuestro, resultaba igual de dañino. Sus pulmones no recibían regeneración alguna y el hecho de inhalar polvo durante toda la jornada, terminaba por

pasarles factura. Para intentar contrarestar el efecto, esos trabajadores seguían una dieta especial y gozaban de jornadas más reducidas.

Contiguo al edificio de pulido, estaba el de servicios. Nuestra primera parada de la mañana. Los buzos realizábamos dos comidas durante un día de trabajo: una rica en grasas y proteínas, antes de empezar el turno y otra más ligera tras la jornada laboral. En la primera comida, debíamos comer a conciencia, ya que en las siguientes diez horas solo nos alimentaríamos de aire mediante las regeneraciones. El beber era otro tema delicado. Disponíamos de leche y agua dulce. El agua era marina, pero desalinizada mediante dos procesos paralelos para conseguir agua dulce con dos matices de salubridad. En la primera comida, bebíamos agua de salinidad uno para que nuestro cuerpo retuviera más los líquidos, mientras que en la segunda, o durante los descansos, bebíamos la cero para depurar el organismo.

Entramos en el comedor y nos sentamos en la mesa. La comida ya estaba lista, tan sólo teníamos que servírnosla y disfrutar de su gusto. La comida confeccionada con base a los alimentos de Ynof era exquisita. Probablemente, el segundo gran placer de Brey.

-Este cerdo ahumado está de muerte –Dijo Pegmar tras hincar el diente a un buen trozo de carne chorreante de salsa de verduras–. ¡Comed chicos! El el día se avecina largo -continuó sin levantar la mirada del plato.

Nadie se distraía durante la primera comida, ya que quedar con el estómago vacío a media jornada podía resultar muy desagradable. Cerdo ahumado y salseado, mantecas de frutos secos, pan de cereales, verduras salteadas con aceite de almendras, tortillas variadas de carne y queso, tartas de fruta... una gran variedad de comida exageradamente calórica, aunque irresistible. Teníamos una hora para saciarnos de comer y beber. Seguidamente, veinte minutos más para nuestras necesidades y diez para llegar frente al túnel principal.

-¡Chicos! ¡En fila de a uno y que el Gran Mar se apiade de nosotros –gritó Pegmar poniéndose el primero y concluyendo su papel como líder!

Ahí terminaba su responsabilidad, ya que, una vez atravesábamos el maldito agujero, pasaba a ser uno más de nosotros. Un trabajador con los miedos e inseguridades de cualquier otro. Bajamos las interminables escalinatas de roca, pasamos por múltiples pasillos y atravesamos decenas de salas. Siempre acompañados, afortunadamente, por aquella agradable cascada de luz. Llegados al nivel diecinueve, nos dirigimos a la sala de pre embarque y nos preparábamos para el turno. Colgábamos nuestra ropa de descanso en unos ganchos salientes de la pared y empezábamos con el ritual. Un mono ligero de tejido absorbente, el traje de mil trenzas, las pesadas botas de metal, los guantes y la escafandra. Todos nos vestíamos en silencio, concentrados y mentalizados de que, un mínimo fallo ahí, podía resultar fatídico una vez se cerrase la segunda puerta de embarque, por lo que, nuestro grado de atención era máximo. Una vez listos y revisados, depositábamos nuestra porción de emitita en lo alto de la escafandra, cogíamos el pico de mano y arrastrábamos las vagonetas hacia la primera puerta de embarque. Con un ruido estremecedor, se abría la primera compuerta. Hacíamos unos veinte pasos al frente y otra vez escuchábamos el chirrío del metal aislándonos de tierra firme. Se avecinaba el momento mágico, el de volar... el momento de enfrentarse a los miedos y tranquilizar la mente tanto como nos fuera posible. Yo, desde hacía seis años, concentraba mis pensamientos en la misma imagen: la de mi madre. “...*Mamá, por favor, guárdame del mar...*” decía en voz alta dentro de la escafandra.

Ahora sí había llegado el momento. Otro fuerte ruido desencajaba la segunda compuerta y la sala empezaba a llenarse de agua. Poco a poco, iba notando como perdía peso y me elevaba. Al cabo de pocos segundos el silencio se adueñaba de la mente y tan solo oía mi propio respirar enjaulado. Tras unos dos minutos aproximados, que era el tiempo que tardaba la sala en inundarse por completo, ya empezaba oficialmente nuestro turno de trabajo. Nuestra particular cuenta atrás, de diez horas, frente a la oscuridad y el desánimo.

El primer trabajador que cruzaba la puerta de embarque, cogía un saquito con veinte trocitos de emitita y se encargaba de recorrer toda la galería, cambiando las piedras de los puntos de regeneración. Ahí abajo todo era distinto. Silencio, oscuridad y unos puntitos luminosos que, poco a poco, se iban esparciendo por la galería. Todos continuábamos extrayendo en el mismo lugar donde lo habíamos dejado en el turno

anterior. Arrastrábamos la vagoneta hasta ahí, nos situábamos y empezábamos a picotear. Se hacía curiosa la interpretación de aquella situación. La luz de la emitita no alargaba más de un par de metros, por lo que los compañeros se transformaban en meros puntos luminosos totalmente irreconocibles. En realidad, tenías una pequeña referencia de quién era quién por los múltiples viajes a descargar la vagoneta, sin embargo, la sensación de soledad era absoluta.

Aún recuerdo mi primera incursión. Tardé veinte minutos en superar el maldito terror negro. Tubo que ser el propio Pegmar quién, sujetándome por un brazo, me acompañase a mi puesto de trabajo.

Capítulo tercero

-Tenías razón esta mañana –dijo Flyt con una débil sonrisa en los labios–. Estamos molidos... Tengo la sensación de arrastrar un cuerpo de elefante con patas de ganso. Este trabajo nos matará –añadió forzando un poquito más la sonrisa.

El carácter de Flyt era sorprendente. Era la única persona del mundo capaz de bromear cuando nada parecía tener gracia...

-Sí –contesté moribundo–, cualquier día no salgo de ahí. Casi me caigo al vaciarse la cámara... las piernas me han temblado como nunca antes lo habían hecho.

Así de duro resultaba un final de jornada en Edbük, por lo que guardar la compostura al salir del túnel secundario era solo un insignificante detalle frente a la verdadera prioridad: llegar, lo antes posible, a los baños. A paso de tortuga enferma llegamos al edificio de servicios. Ya era de noche y la débil luz de insuficientes antorchas, junto a un tremendo dolor en los ojos, transformaba el paisaje en algo grotesco. Eran poco más de tres cientos metros los que separaban los túneles de los baños, sin embargo, bajo aquellas condiciones parecían kilómetros. Una vez dentro, la cosa cambiaba drásticamente. Un agradable aroma penetraba por la nariz y recorría todo el cuerpo hasta llegar al alma. Sin duda, aquella primera sensación ya bastaba para avivar la débil llama de la esperanza.

Uno tras otro, fuimos entrando en el vestuario. Cada uno disponía de una repisa en un armario conjunto. Dejé la ropa limpia en la mía, me despojé del mono interior y, totalmente desnudo, me dispuse a entrar en el cuenco. El jabón de arándanos era la herramienta ideal para recuperar el entusiasmo. Color rojizo, textura espesa, olor fresco e intenso... esas eran algunas de las cualidades de aquel prodigio creado por los dratenses. Una vez limpios y mucho más relajados, nos sentábamos en la piscina a saborear la paz. La forma curvada de sus paredes, expresamente diseñadas para ello, propinaban la postura ideal para poder descansar cómodamente. Sentados, uno al lado del otro, terminábamos formando un círculo en el que nadie quedaba excluido de las

conversaciones. La flores que había esparcidas por el agua, además de ofrecernos una idílica imagen, emitía una fragancia que invitaba aún más al relax.

Ahí hablábamos de todo: familia, aficiones, el campamento, planes de futuro... ahí era donde, sin ningún tipo de duda, volvíamos a ser el tercer escuadrón del coronel Pegmar.

-¿Qué vais a hacer mañana? –preguntó Godrik.

-Yo pienso dormir hasta que mi cuerpo reviente –respondió Bruk cerrando los ojos y haciendo el gesto del que duerme con la almohada bajo la mejilla.

-Pues a mí me toca la reunión trimestral con los de arriba –dijo Pegmar alzando su dedo índice-. Cuando salga me limitaré a sentarme bajo algún árbol y beber cerveza de malta.

-¡Qué aburridos sois, chicos! –añadió Flyt-. Yo pienso pasarlo en grande. Me levantaré muy, pero que muy temprano y tras comer algo, poco para no engordar, me sentaré frente a los túneles para deleitarme observándolos...

-¡Sí! ¡Ya! Y te pondrás una falda roja y entonarás cánticos sureños al ver salir el Sol tras las hermosas puertas oxidadas –replicó Godrik sonriendo y haciendo gestos con los brazos-. Esto no me lo creo ni que pongas cara de Málin.

Málin era, con total seguridad, la persona más seria de Brey. Un hombre de edad avanzada que ejercía como guarda en la sala de pre embarque de nuestro nivel. Él se cogía muy a pecho su trabajo y, como que alguien le dijo alguna vez que un guardia debía imponer respeto, optó por poner cara de enfado constantemente. Era una buena persona, pero arrancarle ni que fuera un gramo de risa resultaba imposible. Incluso en sus días libres, paseando por el campamento, seguía con aquella cara de aplastante serenidad. Nunca nos burlábamos de él en su presencia, pero casi siempre terminaba saliendo en nuestras conversaciones de grupo, ya que, sinceramente, su posado era terriblemente cómico. Un hombre bajito, rechoncho, de cabeza algo desproporcionada, labios gruesos y una expresión facial que no cambiaba ni al bostezar. Aquellos carnosos labios, oprimidos con fuerza sobre una cara a punto de explotar, propinaban un espectáculo digno de mención.

-No, hablando en serio –retomó Flyt-, mañana tengo visita con el doctor Froud. Aún me duele el hombro y quiere verme.

-¿Y tu Elidor, qué vas a hacer?

-No lo sé. Aún no lo he pensado. Puede que pase el día en el espigón.

El espigón Norte era una pequeña formación rocosa que se adentraba en el mar. Un cobijo ideal para desconectar de la rutina, descansar y, sobretodo, pescar. Desde siempre había sido mi lugar preferido y, aunque lo negara en público, un tímido sentimiento de añoranza también influía... El espigón Norte era la parte más cercana a casa de todo Edbük y eso me provocaba una mezcla de alegría y nostalgia que me proporcionaba bienestar. En ocasiones, al respirar profundamente y cerrar los ojos, creía oler cosas tan familiares como el estofado de buey con setas de mi madre, las tartas de manzana de la señora Ortoc o el romero del monte removido por el viento.

Pasado un buen rato, cuando el hambre se desmarcaba del cansancio, íbamos saliendo de la piscina para vestirnos y dirigirnos al comedor a por la segunda comida. Cada uno salía cuando le apetecía, por lo que, llegados a ese punto, el grupo se diseminaba a merced de factores como el hambre o la amistad. Flyt, Bruk y yo solíamos ser los primeros en llegar al comedor y, aquella noche, nos sentamos a continuación de un grupo de pulidores.

-¡Buenas noches! Habréis dejado algo ¿verdad? –preguntó Bruk al mismo sentarse.

-¡Buenas noches! –respondió unánime el grupo.

-No temáis por la comida, seguro que sobra –dijo el más cercano a nosotros–. ¡Buen provecho!

Ciertamente, habría para todos y aún sobraría. Muchas cosas podíamos reprocharles a los Brey, pero la comida no. Junto a la exquisita calidad de los manjares, la abundancia era otro factor a destacar. Durante esa segunda comida, bebíamos agua completamente dulce para depurar la sal acumulada durante la jornada. De comida, podíamos escoger, al igual que por la mañana, entre gran variedad de platos, aunque,

ahora sí, desaparecían por completo las grasas y los aceites. Todo era a base de verduras hervidas al horno, ensaladas, pollo, conejo, marisco, arroz...

Una vez hicimos las paces con nuestro estómago, nos levantamos y, tras despedirnos de los compañeros que habían llegado más tarde, salimos del comedor dirección al campamento. Parecía mentira, pero una vez alimentados y a sabiendas de que el día siguiente librábamos, el mismo camino que nos había parecido grotesco unas horas antes, se convertía en una experiencia totalmente distinta. Unos diez minutos de paseo bajo las estrellas nos separaban de nuestro querido rincón de descanso. Aquella noche, la temperatura era muy agradable. Una suave brisa del este alborotaba las lonas que, a su vez, hacían bailar los farolillos colgantes. Sobre ellas, las hojas de los árboles hablaban, tímidamente, produciendo un murmullo de lo más acogedor.

-¡Buenas noches! –grité en voz baja para no molestar a los grupos que ya dormían.

-¡Buenas noches! –respondieron Bruk y Flyt desde sus respectivas camas.

El instante anterior al sueño era de máxima intimidad. El momento ideal para sincerarte contigo mismo y ordenar lo ocurrido durante el día. No obstante, poco pude ordenar aquella noche, ya que, junto al cansancio, la tranquilidad de no tener que madrugar y el agradable sonido de las hojas, me vencieron con demasiada facilidad.

Capítulo cuarto

Con el recuerdo de un sueño aun en mi mente, desperté. Un travieso rayo de sol, filtrándose por uno de los múltiples agujeros de la lona, se había posado demasiado rato sobre mis párpados. En el dormitorio reinaba la paz absoluta. Aquél día era festivo para toda la comunidad, ya que, durante las jornadas anteriores, habían coincidido los turnos de los buzos y los pulidores. Esto pasaba en muy pocas ocasiones, ya que cada colectivo se regía por su propio cómputo, sin embargo, esa coincidencia hacía que la mina estuviese totalmente inactiva y, sobretodo, en silencio. Me encantaba escuchar el silencio natural, el de verdad. Un silencio vivo y relajante que nada tenía que ver con el vacío submarino. Levanté la cabeza y no advertí movimiento alguno. Con sumo cuidado de no despertar a nadie, rehice la cama, cogí el zurrón de pesca y mis útiles de cocina, un bote vacío, dos manzanas, una botella de agua y me dispuse a abandonar el campamento, no sin antes terminar la liturgia y ponerme un sombrero muy especial: el de Ritu.

Ritu fue otro de mis mejores amigos. Provenía de una familia de pescadores y llegó a la mina con sus pantalones cortos, un sombrero de paja y una caña de pescar. Aún recuerdo el día de su presentación, cuando un superior se burló de su insignificante equipaje y él, ingenioso como siempre, le respondió: “...*¡No tema por mi señor! Esta caña me dará el pan si usted resulta un charlatán...*”. Además de un buen amigo, Ritu se convirtió en mi inseparable compañero de pesca. En Ishör siempre habíamos pescado, sin embargo, él lo hacía a otro nivel. A su lado aprendí multitud de cosas tales como a rastrear los bancos de peces por las burbujas de la superficie, a cebar el agua, a utilizar carrete... Tras fallecer, sus padres vinieron a buscar el cuerpo y yo les entregué, a tono de homenaje, sus valiosas herramientas de pesca. Al entregarle el sombrero, su padre me miró fijamente y, entre balbuceos, me dijo: “...*Quédatelo muchacho. Siempre que lo lleves, pensarás en él...*”. Desde ese día, me lo pongo siempre que voy de pesca y, aunque parezca extraño, me siento más acompañado.

Salí de la tienda, respiré profundamente y me dirigí al bosque.

Edbük era un islamo pequeño. Con algo de práctica, podías cruzarlo, de un extremo al otro, en tan solo tres días. Por su parte, del campamento al espigón Norte, a ritmo pausado, había un par de horas de camino y, para llegar a él, se tenían que atravesar tres zonas bien diferenciadas: El bosque encantado, La pradera peligrosa y El desierto desolado. Siempre me había gustado dejar volar mi imaginación a la hora de poner nombres y supongo que esto, en parte, era fruto de mi carácter fantástico e infantil. Recuerdo que, al escuchar los viajeros en Ishör, mi imaginación desataba todo un mundo en imágenes surrealistas y, seguramente, exageradas. Mamá nunca se cansaba de repetirme que no debía dejarme impresionar por sus palabras, ya que todo en la vida tiene más de una interpretación, sin embargo, era imposible controlarlo...

El bosque encantado, a ojos de un adulto, no era más que un pintoresco bosque que rodeaba el complejo minero. Siempre me había inquietado la forma de sus árboles: altos y torcidos, con raíces salientes y parcialmente cubiertos de enredaderas. También me entusiasmaba el variado piar de los pájaros, así como la mezcla de luz y sombra provocada por las espesas copas. Este efecto de media luz propiciaba una vegetación inferior más bien ruda que otorgaba carisma a un espacio ya de por sí mágico. La pradera peligrosa era una pradera normal y corriente en la que crecían gran cantidad de flores multicolor. Una llanura muy bonita desde la cual ya se divisaba el mar. El adjetivo de peligrosa se lo ganó un año después de mi llegada a Edbük... Un día, de camino al espigón, vi una lagartija de cola roja que se escondió dentro de un viejo tronco. Una mezcla de curiosidad e ingenuidad hizo que, armado con un palo, me acercase al tronco y empezara a hurgar en su interior con la finalidad de ahuyentarla. Del agujero no salió ninguna lagartija, no... lo que logré ahuyentar fue un enjambre de avispas rabiosas que, actuando en legítima defensa, me dejaron la cara como una pastel de nueces. Regresé al campamento gritando y llorando de dolor. Estaba muy asustado y acudí a Pegmar. Éste me llevó de inmediato a la enfermería y Fround, tras examinarme, me untó la cara con un producto cuyo olor me era vagamente familiar.

-¿Qué es esto doctor? -pregunté tímidamente-. ¿Es miel?

-¡Sí señor! Una mezcla de miel y barro. Su propia creación y, paradójicamente, el mejor remedio –asintió sonriente.

-¡Elidor! Ándate con mucho cuidado con las avispas. Parecen del todo inofensivas, pero son muy peligrosas –dijo mirándome fijamente a los ojos-. El claro ejemplo de que no se puede menospreciar a ninguna forma de vida. Insignificantes insectos capaces de matar a un caballo en cuestión de segundos -concluyó lavándose las manos.

Así concluyó mi particular aventura, pues tuve que pasarme el resto de la jornada en el campamento, lejos del sol y aplicándome, no pocas veces, aquella pegajosa loción. No era la primera vez que me picaba una avispa, pero sí en tal proporción.

El desolado desierto, volviendo a la narración, era la última prueba a superar antes de llegar al ansiado espigón Norte. Un tramo de arena caliza, de aproximadamente un kilómetro de longitud, que delimitaba el litoral del islamo. Un áspero arenal, sin posibilidades de vida alguna, que concluía en una deforme y contundente formación rocosa. Una ruda pasarela moldeada a viento y sal que se alzaba sinuosa ante la furia del mar. En aquellos tiempos, no solían abundar los temporales, sin embargo, las escarpadas formas de sus rocas eran inequívocas marcas de antiguas batallas.

El agua se balanceaba plácida y la temperatura, aunque empezaba a notarse el calor, era muy agradable. Dejé el zurrón a la sombra de una pequeña cavidad y empecé a preparar la caña. En Alöak se podían encontrar todo tipo de cañas. Cañas multicolor, fabricadas de un material parecido al esparto prensado y con todo tipo de accesorios y detalles, sin embargo, la mía podía presumir de ser, parcialmente, artesanal. Dos ramas de avellano, perfectamente pulidas y encajadas, me permitían el grado de torsión óptimo para redimir las, no siempre resignadas, presas. Las anillas metálicas, las piezas por donde se encarrila el hilo, también eran cosa mía, mientras que el carrete, el hilo y los anzuelos sí provenían de Alöak. El carrete era un elemento totalmente desconocido para mí, ya que en Ishör pescábamos con el hilo atado directamente a la punta de la caña. Ese curioso accesorio permitía lanzar el anzuelo a mucha distancia y, por consiguiente, ampliar el radio de captura. Su utilización fue una de las tantas cosas que aprendí de Ritu... Dicho carrete, no era más que un rodillo de madera con un sistema de engranaje

y calado que permitía al hilo salir libremente al tirar, quedar fijo y ser recogido con firmeza.

Los anzuelos eran de metal moldeado y los había de distinto tamaño y diseño, dependiendo del tipo de pez al que iban destinados. El hilo, uno de los elementos más importantes de todo equipo, era de seda mezclada con fibras de liana. Esa peculiar mezcla le daba una resistencia extra conservando el color blanco de la seda. Dependiendo de la cantidad de liana, y por consiguiente de su resistencia, se podían encontrar tres tipos diferentes: puro, medio y marrón.

Otros accesorios fundamentales eran los pesos y los corchos. Los pesos eran piedras talladas circularmente que, alisadas y agujereadas, permitían pasar el hilo por su interior. Esos pesos se usaban para lanzar más lejos y permitían, bien compensados con el corcho, estabilidad y flote al anzuelo. El corcho no era nada más que un cono de corteza de encina que, atravesado también por el hilo, mantenía a flote el conjunto simulando el movimiento real del cebo.

Combinando todo ese material, terminé de preparar la caña. Tan solo faltaba el punto clave: el cebo. Abrí el zurrón y saque un bote de gusanos. Gusanos de madera que, siendo bastante repugnantes, resultaban una debilidad para la mayoría de peces de la zona. Una vez tuve la caña preparada, me acerqué al borde del espigón, cogí aire al mismo inclinar la caña hacia atrás y tiré con todas mis fuerzas. Una vez el peso había penetrado en el agua y se había estabilizado el conjunto, por mediación del corcho, era cuando empezaba el verdadero placer de la pesca. No se hacían esperar los primeros mordiscos. Empezaban como tímidos y desconfiados tirones y, poco a poco, iban agudizándose. Ahí es donde empieza la esencia de la pesca, ya que, de entre todos los tirones, debes saber predecir cual es el definitivo. Siempre hay una picada que debe ser respondida con un corto, pero brusco, tirón de caña. Ese es el punto de partida de la lucha, en verdad desigual, entre hombre y pez. El pobre animal, sabiéndose presa, intenta huir con todas sus fuerzas y el pescador, mediante el delicado juego de dar y recoger, debe ser lo suficiente hábil como para impedirselo.

Una de las frases que jamás olvidaré de Ritu era: “...*En la pesca, como en el amor, solo ansíes lo que puedas comer...*”. Una cita, heredada de su padre, que daba a entender que nunca se debía pescar más de lo necesario para cada ocasión. Siguiendo

esa premisa al pie de la letra, a la tercera captura ya desmonté la caña y me acomodé a la sombra de una roca, incliné un par de dedos el sombrero y me relajé observando el dulce movimiento de las olas. Inevitablemente, con aquella plácida visión, mi cabeza voló unos cuantos kilómetros más al Norte...

¿Ha llegado el momento? ¿Se acordará de mí? ¿La reconoceré? ¿Cómo debe ser?...

Capítulo quinto

Desperté ardiendo. El sombrero había resbalado y el sol me daba de lleno en la cara. En las cercanías del medio día, el espigón se transformaba en un lugar abrasador en el que ni sus pocas sombras sabían donde cobijarse. Recogí las cosas y regresé a la pradera. Al llegar bajo mi árbol favorito, descargue el equipaje y me dispuse a encender un fuego.

-¡Por el Gran Mar! Si los niños de Ishör vieran como hago fuego -reí mentalmente, mientras sacaba una caja de lumines del zurrón...

En Ishör ya conocíamos el fuego, aunque utilizábamos técnicas ancestrales que habían pasando de padres a hijos. Todas esas técnicas quedaban obsoletas frente a los lumines. Otra maravilla de Alöak que permitía hacer fuego de manera cómoda y rápida. Su cuerpo era de madera y tenía una punta recubierta de un material oscuro que prendía con facilidad. Frotándolo contra cualquier superficie ruda, se encendía una llama que duraba el tiempo de consumirse el cuerpo.

Tras hacer un generoso fuego y esperar a que bajara la llama, esparcí el rescoldo y dispuse los peces en unos pinchos metálicos que, atravesándolos, permitían girarlos desde la distancia. Otra de las herencias de Ritu... Y es que, sin lugar a dudas, en el campo de la pesca, todo me recordaba a él. No eran pocos los peces que habíamos compartido bajo aquél mismo árbol...

Sin prisa alguna, dándoles su merecido homenaje, fui comiéndome aquellos peces que, bañados en aceite de sal, se convirtieron en mi festín gastronómico particular. De postre, dos manzanas y, como colofón a aquél magnífico día, una siesta más que merecida. En esos días libres, solíamos hincharnos de dormir, ya que durante los turnos lo hacíamos más bien poco. Si el sueño fuese un bien almacenable, todos retomaríamos la rutina con un buen colchón de placer y otra clase de ánimos...

Aún humeaban las brasas del fuego cuando, de repente, me sobresaltó un grito. Al primer momento no pude distinguir entre realidad y sueño, pero al repetirse, supe que era Flyt.

-¡Elidor! ¡Elidor! ¿Dónde estás? ¿Puedes oírme? –repetía excitado.

-¡Aquí! ¡Estoy aquí! –respondí levantándome y haciendo señas con los brazos.

Una vez me localizó con la mirada, hecho a correr hacia mí.

-¿Qué ocurre Flyt? Parece que hayas visto un fantasma. ¿A qué se debe tanto alboroto? –pregunté sobresaltado.

-No te lo vas a creer –dijo respirando con dificultad-. Hará unas horas ha llegado una barcaza en el tercer muelle... bueno, mejor dicho, la corriente la ha empujado hasta ahí –su hablar se entrecortaba constantemente-. Me lo ha contado Bruk durante la comida. Se dice, aunque todo es muy confuso aún, que la barcaza ha sido atacada por un frior. Han encontrado un solo superviviente y está malherido...

Nunca había visto a Flyt de aquella manera: nervioso, asustado, excitado... Normalmente, su despreocupado carácter lo inmunizara a las sorpresas, pero esta vez parecía afectado.

-¿Fuiste a verla? –pregunté contagiado por la curiosidad.

-Sí –respondió rotundo-. Quise comprobarlo con mis propios ojos y la verdad es que la imagen es desgarradora... ¡Que me cuelguen si aquella marca no es la mordedura de un frior! Todos están asustados ante la posibilidad de que el monstruo aún vague cerca... –hizo otra pausa para respirar y continuó-. Te busqué por el campamento y el ala de servicios, luego me acordé de lo que dijiste anoche. Elidor, no te lo vas a creer, aún no se lo he contado a nadie, pero creo que esa barcaza...

-¿Qué? ¿Qué? Dime. Me estás asustando –insistí nervioso.

-Pues que la barcaza... en un lateral... Creo que esa nave es la de tu amigo, el señor Mcwil.

Mi corazón se paralizó. Había pasado del sueño a la realidad demasiado rápido como para afrontar aquél extraño suceso. Tras repetirme sus palabras, mentalmente, me dí cuenta de la gravedad de la situación y noté como mi pulso se aceleraba. De no ser

Flyt el que me lo estaba contando, hubiera pensado que era una broma de muy mal gusto. Sin embargo, su nivel de afectación no daba lugar a la dudas. Resté totalmente inmóvil durante unos segundos y, al volver en mí, sentí la aberrante necesidad de comprobarlo.

-¡Vamos! Quiero verla –le dije recogiendo el zurrón.

Capítulo sexto

Tardamos poco más de una hora en rehacer el camino, aunque el ansia la convirtió en eterna. Con la inútil intención de desviar el tema, le pregunté acerca del veredicto de Fround.

-¿Y tu qué? ¿Cómo estas?

-Según parece, bien –contestó Flyt-. No tengo ninguna rotura ni desviación. En el parte médico ha puesto: efectos secundarios del trabajo. ¡Malditos efectos secundarios! Ya estoy bastante harto de ellos...

No contesté, aunque asentí con la cabeza mostrando mi conformidad.

-¿Y qué opina Pegmar al respecto? –pregunté regresando al tema que precisamente queríamos evitar...

-Lo han tratado en la reunión con los superiores y tienen que volver a reunirse esta tarde. Están muy preocupados ante la posibilidad de que el frior haya seguido la barcaza hasta aquí.

-¿Cómo es la marca de un frior?

-¡Espeluznante! –describió contundente-. Nunca había visto nada igual. Todo un lateral está desgarrado por lo que parece un mordisco gigante. Es imposible imaginar un animal capaz de tal atrocidad. Todos están asustados e incluso se habla de suspender los turnos de esta noche y mañana.

Continuamos hablando durante todo el camino a sabiendas de que nos turbaba el paso, sin embargo, mis ganas de saber eran directamente proporcionales a las de contar de Flyt. Nunca había ocurrido nada parecido en Brey y la preocupación por saber si realmente se trataba de la barcaza del señor Mewil pesaba por encima de todo. Al llegar al campamento, advertimos miedo e inquietud. Todos iban de aquí para allá, nerviosos, hablando en grupos y pasándose información. Al acercarnos a los dormitorios, Bruk corrió a nuestro encuentro.

-Que bueno que le hayas encontrado –le dijo a Flyt al alcanzarnos-. Estamos muy preocupados –continuó-. Pegmar está reunido con los superiores para hablar de los turnos. Grupos de trabajadores se están organizando para hacer guardia en distintos puntos del litoral. La barcaza ha sido retirada del mar para evitar el rastro de sangre y el superviviente está siendo reconocido por el equipo de Fround.

-¿Se conoce su identidad? –preguntó Flyt antes que yo pudiera abrir boca.

-No. Solo se comenta que es un varón de unos cincuenta años y que está muy grave.

Depositó los útiles de pesca a los pies de mi cama y les dije:

-¡Vamos! Necesito verlo.

Nos dirigimos al muelle con máxima premura. Los muelles de carga se encontraban justo detrás del edificio de pulimento. Unos cien metros separaban su enorme puerta trasera de los tres amarraderos donde fondeaban los cargueros que suministraban o retiraban material de Edbük. Al doblar la esquina, ya vimos la barcaza tras el cobertizo del taller. Lamentablemente, la primera impresión ya fue drásticamente concluyente... Al ir acercándonos, su forma coincidió perfectamente con la retenida en mis recuerdos. Hacía más de diez años que no la veía, pero la reconocí al instante: casco de metal pintado en azul y negro, palo central para la vela de emergencia, camarote de madera en su parte trasera, pequeñas escotillas laterales en la bodega...

Cientos de recuerdos afloraron al reencontrarme con aquella mágica nave, la barcaza que había hecho soñar a los niños de Ishör y que aún avivaba mi corazón. El señor Mcwil se quedó una buena temporada con nosotros y, a parte de enseñarnos muchas cosas, organizó: “*el día del navegante*”. Con la intención de abrirse al pueblo, durante todo un día, dejó visitar la barcaza y contestó a todas las preguntas de los curiosos. Evidentemente, yo no falte a la cita, cotilleando de un lado a otro y cosiéndole a preguntas. Era una barcaza mediana, con poco menos de cien metros de eslora, una bodega separada en tres compartimentos y un camarote exterior muy acogedor. El navío se propulsaba a motor, sin embargo, en caso de avería, podía navegar gracias a su vela central.

Por desgracia, el aspecto actual de la nave era un mero espejismo de lo que había sido. Gran parte del casco estaba abollado y oxidado, la cubierta lucía destrozada y, sin lugar a dudas, su lateral izquierdo se había llevado la peor suerte. Desde dicho costado, se entreveía la bodega, motivo por el cual su flote debió rozar el naufragio. El mástil central estaba roto, aguatándose, a duras penas, por las ataduras de la vela. El camarote había desaparecido por completo... Imaginar su aspecto original, de no haberla visto antes, era imposible...

Flyt debió verme conmocionado, porqué me cogió de la mano sin decir nada y me llevó, lentamente, hasta la parte delantera del casco.

-¡Mira! – dijo señalando una pequeña inscripción en el metal.

Algo confuso, entre el óxido y la suciedad, se podía llegar a leer: *The Esfriudon by Johanthan Mcwil*. No quedaba ya la menor duda, aquella era su barcaza. Resté mudo y aturdido, con los ojos llorosos, durante un buen rato. ¿Cómo había podido olvidar el nombre de la barcaza? Esfriudon, el nombre de un enigmático pez que habitaba los confines del Gran Mar... Mis ojos recorrieron la nave una y otra vez, fijándose en cada detalle. Era espantoso imaginar lo que podía haber pasado a bordo... *¿Cuánto malvado y caprichoso puede llegar a ser el destino?*

-¡Vamos a la enfermería! –dije contundente al recobrar el juicio-. Quiero saber quién ha sobrevivido.

Johanthan, como se llamaba de nombre el señor Mcwil, no tenía una tripulación muy extensa. Cuando nos conocimos, había solo un par de marineros a sus órdenes. Un chico joven llamado Ichor y un hombre de edad avanzada, algo cascarrabias, llamado Calz. De camino a la enfermería, mis cálculos mentales me dieron algo de esperanza, ya que Johanthan debería rondar los cuarenta y seis.

-Entonces, ¿conociste al patrón de esta barcaza? –preguntó Bruk sin terminar de entender la situación.

-Sí –respondió Flyt por mí-, compartieron unos años de amistad en Ishör. El señor Mcwil, o sea el capitán de la barcaza, les enseñó *único*, así como un montón de conocimientos del pasado. Fue una persona muy importante para Elidor.

-Más que importante –puntalicé-. Al no tener padre, durante el tiempo que estuvo con nosotros, me lo hice mío. Estaba casi todo el día con él: preguntándole, escuchando sus relatos, ayudando en lo que hiciera falta, aprendiendo... Yo... le quiero mucho...

-¡Vaya! No tenía ni idea Elidor –dijo Bruk algo decaído-. Y yo preocupándome solo del frior...

Llegamos al edificio de servicios y nos abrimos paso entre la multitud. Una marabunta de compañeros esperaba, ansiosa, el veredicto de los superiores. Todos estaban inquietos, formulándose preguntas y auto respondiéndose con suposiciones. Nos dirigimos a la puerta de la enfermería y, justo al coger el pomo, nos la abrió el propio Fround.

-Dejad paso, por favor -dijo cabizbajo-. Necesito un poco de aire fresco.

Hizo unos treinta pasos y se sentó en la repisa de una ventana en el lateral del edificio. Fuimos tras él. Parecía preocupado, con la mirada fija en el suelo y la mente perdida.

-Disculpe señor Fround. ¿Puedo hablar un momento con usted?

Asintió con la cabeza sin siquiera mirarme.

-Mire: es referente al superviviente del accidente. Creo que lo conozco.

Sin duda, mis palabras llamaron su atención. Me miró fijo y preguntó:

-¿Cómo?

-Pues verá –continuó-: esa barcaza pertenece al señor Mcwil, un viajero que pasó un tiempo en Ishör y con el que guardo una buena amistad. Hace unos doce años que le conocí y, por aquél entonces, su tripulación era de solo tres personas. Querría saber quién es el superviviente y cual es su estado.

-Pues no te puedo decir mucho hijo mío –contestó afligido-. Todavía está inconsciente y sufre graves arritmias. Le hemos tenido que amputar las piernas para evitar la gangrena y su estado general es muy crítico. Lo que más me preocupa es que lleva demasiado tiempo en coma. No sabemos, con exactitud, el tiempo que lleva así, pero puede terminar en parálisis cerebral irreversible. Tus palabras nos dan una mínima esperanza Elidor, ya que, en caso de recobrar el conocimiento –continuó explicando-, es vital que lo primero que vea sea algo, o a alguien, conocido. Un estímulo positivo puede ayudarlo a recobrar la memoria con más facilidad. En un estado tan crítico como el de ese hombre, un esfuerzo mental desmesurado podría conllevar la muerte. Te vendrás conmigo –concluyó-. Quiero que estés allí cuando despierte.

Parecía haber dado con el elemento que bloqueaba su mente. Aquella conversación le cambió la actitud por completo.

-¡Vamos! –dijo levantándose enérgico- puede recobrar la consciencia en cualquier momento.

-¡Elidor! Nosotros te esperamos aquí y si tardas mucho regresaremos al campamento –dijo Flyt reteníendome un segundo por el brazo-. Si al anochecer no sé nada, me acercaré a verte.

No tuvimos tiempo ni de rehacer diez pasos que quedamos totalmente atrapados entre la multitud. El consejo hizo acto de presencia en el balcón superior con la intención de darnos a conocer su veredicto. Por lo que se rumoreaba, estaban también los hermanos Brey en persona... No los había visto nunca, aunque tampoco había hecho falta. La organización de la mina era ejemplar y, si alguna vez habíamos tenido alguna queja o sugerencia, Pegmar la mediaba por nosotros. De hecho, ahí estaba él también, justo al lado de los otros representantes de grupo.

-Queridos empleados y amigos –empezó el discurso un hombre con sombrero de copa-. Soy William Brey, nieto del fundador Jason Brey y, ante todo, os pido sentido común y comprensión. Hoy ha ocurrido un incidente que nos supera a todos. La llegada de una barcaza a la deriva, junto a la amenaza real de frior, nos ha obligado a tomar decisiones drásticas. En primer lugar –continuó forzando un poquito más la voz-, os informamos que han quedado anulados todos los trayectos marítimos entre Edbük y sus islamos vecinos. No debéis preocuparos por nada, disponemos de reservas suficientes como para subsistir, como mínimo, un mes. Respecto a los turnos, hemos acordado tres medidas preventivas –hizo una pequeña pausa, miró al consejo asintiendo con la cabeza y continuó-: se suspenden los trabajos submarinos hasta nueva orden. A cada grupo de trabajo se le asignará una zona de vigilancia y, por mediación de los representantes, se confeccionará un perímetro de control visual a lo largo de todo el litoral de Edbuk. Además –continuó-, para extremar la vigilancia, todos los buzos voluntarios que lo soliciten, mientras la luz solar lo permita, inspeccionarán el nivel uno. A cada uno se le entregará un corcho rojo para soltarlo en caso de alarma. Ante cualquier indicio del frior o de corcho flotando en el agua, se activará el protocolo de accidente submarino. Y, para finalizar -continuó tras una breve pausa-, quisiera agradecer vuestra colaboración al mismo tiempo que recordar que cualquier acto incívico, a propósito de esta situación de emergencia, será perseguido y penalizado con dureza. Estamos ante un problema que concierne a todos y, entre todos, debemos solucionarlo –concluyó pletórico ante la aclamación de la multitud-. Gracias por vuestra atención. Vuestros representantes os seguirán informando durante el proceso.

Tras saludar efusivamente, se volvieron y entraron de nuevo en el edificio.

-No lo había visto nunca... parece un hombre bastante común –dijo Bruk, boquiabierto, mirando aún hacia el balcón.

-¿Y que esperabas? son humanos como tu y como yo -añadió Flyt algo molesto-. La única diferencia es que ellos nacieron ricos y nosotros no...

-¡Ya ves! Pues si yo tuviera sus galeos no viviría en un sitio así ni loco.

-No seas ingenuo Bruk. Ellos no viven aquí –aclaró Fround-, solo vienen cuando hay reuniones importantes o ante emergencias como las de hoy. La mina se gestiona

bajo asamblea general y los Brey solo bendicen las decisiones de la misma -hizo una pequeña pausa pensativa y continuó-. En fin, esos temas los conoce más Pegmar que yo, preguntadle a él... ¡Vamos! Ya hemos perdido demasiado tiempo –concluyó invitándome a entrar en la enfermería.

La enfermería era un lugar exageradamente pulcro. El doctor Fround era muy exigente con la limpieza y nunca se cansaba de repetirnos que la higiene era el mejor antídoto contra las infecciones. Supongo que tenía razón, ya que la dejadez humana fue la causante de miles de epidemias posteriores al Gran Boom. La enfermería estaba estructurada en dos niveles. En el inferior, había una sala de espera, un par de consultas, un quirófano de urgencias, un aseo y la plataforma elevadora. Esta plataforma ascendía y descendía mediante un complejo sistema de contrapesos. El piso superior lo formaban cinco habitaciones unidas por un mismo pasillo central: dos dormitorios para el equipo médico, la sala de operaciones principal, un pequeño almacén y una gran habitación post operatoria.

Seguí a Fround por el pasillo inferior y subimos por una escalera paralela a la plataforma elevadora. Una vez arriba, encontramos a un par de enfermeros charlando frente al quirófano.

-¡Hola de nuevo chicos! –dijo Fround cortando su conversación-. Perdonad el retraso, acaban de comparecer los Brey. ¿Alguna novedad?

-No señor –contestó uno de ellos-, continúa estable, dentro de lo crítico...

-Este muchacho afirma conocer a los tripulantes de la barcaza. Ha venido para reconocer al paciente e intentar ayudar si recobra la conciencia –les explicó presentándome.

Aparte del día de las avispas, pocas veces había pisado la enfermería, por lo que, a pesar de conocerlos a todos de vista, desconocía sus nombres. Con Fround era distinto, ya que, al ser íntimo de Pegmar, habíamos compartido muchas comidas y charlas. Tras estrecharles las manos, seguí a Fround hasta la última habitación del pasillo. Al alcanzar la puerta, se giró hacia a mí y me dijo:

-Elidor, tómate tu tiempo. Ten en cuenta que su estado es muy crítico. Si nunca has visto una persona manca puede sobrecogerte. Se fuerte y piensa que tu presencia lo puede salvar.

Abrió la puerta y me cedió el paso al mismo sostenerla. Había varias camas repartidas por la sala. Todas estaban vacías, menos una. Se oía un ruido cíclico, como de respirar asmático, que crispaba los nervios. Al llegar junto a la cama, vi a un hombre tumbado en ella. Una sábana le tapaba las piernas, mientras que una mascarilla le proporcionaba, de forma totalmente artificial, oxígeno a los pulmones. Al encender la luz, la imagen ganó en rudeza... Sobrecogía ver, bajo aquella fina sábana, unas extremidades inferiores demasiado cortas. Además, su cuerpo mostraba graves heridas que estremecían con solo imaginar el dolor. Tras suyo, dos máquinas le subministraban medicamentos al mismo tiempo que monitorizaban sus constantes. Me acerqué, evitando mirar sus piernas, y experimenté una extraña mezcla de emociones. Una lágrima me resbaló por la mejilla al darme cuenta, después que Fround le retirara ligeramente la mascarilla, que aquel rostro envejecido y malherido era, sin duda alguna, el de Johanthan.

-Sí, es él –susurré aguantándome el titubeo del llanto-. Se llama Johanthan Mcwil y es natural de Krowk.

-¡Bien! Ya sabemos su identidad. Ahora –prosiguió Fround acercándome un pañuelo-, no podemos hacer más que esperar a que despierte. Si te apetece, puedes quedarte un ratito más con él, nosotros estaremos abajo.

Capítulo séptimo

Me desperté magullado. Me dolía el cuello, la espalda y sentía una extraña sensación de mareo. Giré la cabeza algo desorientado y, tras un leve recorrido visual, reconocí a Pogiro. Continuaba revisando papeles, sentado en una de las mesas del fondo de la habitación.

-¿Qué hora es? –pregunté con voz de ultratumba.

-¡Ahhhg!... Hola Elidor. Me has asustado –contestó mirándome por encima de las gafas-. Deben rondar las seis de la mañana –añadió observando la ventana-, el Sol ya despunta. ¿Has dormido bien?

-No mucho –contesté-. Me duele todo el cuerpo y me siento mareado.

-Es normal muchacho –asintió, sacándose las gafas y dejándolas encima de la mesa-. Hace días que no descansas. Fround se marchó anoche, poco después que te durmieras, y comentó que hablaría con tus superiores para conseguirte un par de días de luto.

Habían pasado cuatro días desde el accidente y, al no hallar indicios del frior, la normalidad se había restaurado en el complejo. Brey estaba a salvo, o al menos esto se creía desde aquel soleado balcón. Me sentí aliviado al oír las palabras de Pogiro. Aquellos días en vela me habían permitido reflexionar y estaba convencido de que algo había cambiado en mí. Hoy no estaba en condiciones de bajar a la mina, ni mañana, ni pasado, ni, posiblemente, nunca más... Estaba claro que había llegado mi hora.

-Me voy al campamento -dije reincorporándome con ciertas dificultades-. Intentaré alcanzarlos antes de que bajen. Necesito hablar con ellos.

-De acuerdo –contestó-, pero tómate primero esto –me acercó un pequeño recipiente con un líquido marrón en su interior-. Esto te aliviará la jaqueca y procura descansar –añadió a tono de ruego.

Le di las gracias antes de beberlo. Me levanté y salí de la consulta sin hacer demasiado ruido. Seguidamente, recorrí el pasillo hasta llegar a la puerta principal. En el exterior todo parecía distinto. El día se despertaba plácido. Los primeros pájaros revoloteaban el cielo mientras que, a ras del suelo, reinaba la paz. Los pulidores debían estar comiendo y para el cambio de turno aún faltaba un buen rato, por lo que aquella ausencia humana era el calmante ideal para mi pobre, y maltrecha, mente. El sol, aún perezoso, teñía el cielo de un color naranja, matizado por múltiples pinceladas rosas y amarillas. Un bello marco totalmente antagónico al estado de mi corazón. Oía, una y otra vez, las palabras de Johanthan y seguía sin saber interpretarlas... ¿Por qué me habló del frior en ese tono? ¿Qué quiso decir con lo de el motivo? ¿Quiénes eran los hombres malos?...

Fueran las que fuesen sus intenciones, me quedaba el consuelo de haberlo reencontrado a tiempo. No podía evitar llorar al recordar su pérdida, aunque, cada vez más, me superaban unas rabiosas ganas de comprender.

A medio camino entre los túneles y el campamento, advertí a un grupo de trabajadores que venía hacia mí. Por la hora y su aspecto, podía tratarse de mis compañeros, por lo que me senté a la orilla del camino y aguardé su llegada. Mi intuición falló. No eran ellos, sino otro grupo de compañeros que compartían el mismo destino a distinto nivel. Estaba asfixiado. Me notaba cansado, acalorado y sin fuerzas, por lo que decidí esperarles ahí, sentado, mientras intentaba ordenar mis preocupaciones.

-¡Mirad chicos! –gritó una voz desde la distancia-. ¡Es Elidor!

Alcé la vista y pude ver como, esta vez sí, se acercaba mi querido tercer esquadrón. Fue curiosa la sensación de verlos acercarse, en tan odiosa rutina, y sentir un extraño vacío por no estar ahí... Odiaba la mina, el trabajo submarino y la oscuridad, pero, por encima de todo, quería a mis compañeros.

-¿Cómo te encuentras? –preguntó discreto Pegmar, al mismo estrecharme la mano.

-No muy bien –respondí-. Anoche...

-Lo sé, lo sé –me interrumpió-. Tranquilo, Fround me tiene al corriente. ¿Te llegó a reconocer?

-Sí –contesté afligido-. Por suerte sí... Y, creo que se alegró de tenerme a su lado. Me habló del ataque, pero estaba muy afectado y se contradecía con facilidad. Cuando fui a por Fround...

-No temas hijo –dijo pasándome la mano por la espalda-. Ya sé los detalles. No hace falta que lo cuentes, todos están al corriente. ¿Has comido?

-No. No tengo hambre.

-¡Debes comer! –respondió rotundo-. Acompáñanos, y luego regresas al campamento a descansar. Tienes tres días de permiso. Esta tarde daré parte de ellos.

-Precisamente de esto quería hablarte –le dije secándome las lágrimas-. Si tienes un momento, durante la comida...

-Descuida –contestó-, nos sentamos juntos y hablamos tranquilamente.

Me uní al grupo y, uno a uno, todos los compañeros fueron dándome su condolencia. Flyt fue el último en acudir y, ambos, aminoramos un poquito el paso.

-¿Le vas a contar todo a Pegmar? –hizo un breve silencio y continuó-. Esta noche no he pegado ojo pensando en ello. Tienes toda la razón. Ya es hora de que empiece a pensar un poquito en mí e intente salir adelante. ¡Oye! –continuó- Debemos contárselo a Bruk antes que al resto ¿no crees?

Asentí con la cabeza y aceleramos el paso con la intención de retomar a nuestros compañeros.

Llegados al comedor, Pegmar y yo nos separamos un poquito del grupo para poder hablar con más intimidad.

-Como te he dicho antes –empezó mientras me pasaba una bandeja rebosante de buñuelos de cerdo-, te tocan tres días libres por la muerte de un ser querido. Al finalizar el turno pasaré parte al consejo, no obstante, si crees que...

-Pegmar, yo... -le corté un poco brusco.

-Dime –contestó afable mientras dejaba la bandeja en la mesa-, te escucho.

-Pues verás –empecé titubeante-. Estos días he pensado mucho y... -hice una pausa con la intención de calmar mis nervios y proseguí- No sé como explicártelo, pero no quiero volver a bajar.

Pegmar estaba atento. Su sólida mirada parecía comprender más allá de mis palabras. Se cruzó de brazos y, sin desviarme la mirada, dijo:

-Te entiendo perfectamente. Johanthan era muy importante para ti y su pérdida te ha consternado. Mañana es su funeral y aunque muchos crean que sí, tu pesar no se reducirá a cenizas en tres días... Sé que necesitarás más tiempo. No temas, hablaré...

-No –contesté-. No es eso –hice otra pequeña pausa-. Lo que quiero decir es que no quiero volver a bajar nunca más. Quiero marcharme de Edbuk.

Pegmar no se mostró sorprendido. Peinó su barba un par de veces con la mano y, tras pensarlo, respondió:

-Entiendo y respeto tu decisión Elidor. Es más, aunque no quería pensar en ello, sabía que este día llegaría.

-Todos conocéis mi sueño –añadí consciente de que a él debía mostrarle todas mis cartas-. Hasta hace poco no era más que esto: una mera ilusión. Sin embargo, este desagradable suceso ha prendido mis ganas de conocer y, sobretodo, de entender. Hace tiempo que el trabajo no me llena y éste reencuentro con mi pasado ha servido de detonante. Pegmar –continué, haciendo otra minúscula pausa con el simple afán de reafirmar mi tono-, he decidido regresar a Ishör. Me llevaré la barcaza de Johanthan y la repararé para poder navegar con ella.

Pegmar, dejando entrever una sonrisa, respondió:

-Me alegro mucho por ti. En el fondo de mi corazón, siempre he sabido que tu futuro no estaba aquí. Eres joven, con ilusiones... La mayoría de nosotros no tenemos otra alternativa. Ya sea por edad u obligaciones familiares, esta es nuestra única salida. Tu caso es distinto. Tú no escogiste la mina, fue un error el que te plantó aquí. Es lógico

que quieras abrirte a otros caminos. No te preocupes –añadió-. Esta misma noche lo comunicaré a los superiores.

Me sentí aliviado tras escuchar la reacción de Pegmar. Siempre lo había considerado una persona ejemplar y el hecho de que respetara mi decisión quería decir que, en parte, la bendecía.

-Me reconfortan tus palabras -dije-. Tu aprobación me ha despejado las pocas dudas que aún me nublaban. Llevo aquí unos diez años -continué con los ojos nuevamente humedecidos-. He conocido a gente de toda índole: gente que ha abusado de mi ingenuidad, gente que me ha acogido como a uno de los suyos, gente codiciosa y despreciable, gente amable... Pero tan solo una persona me ha tratado como a su propio hijo... Tú, Pegmar... Tú has sido mi luz durante esta oscura etapa de la vida y a ti te debo más de lo que jamás podré ofrecerte.

Mis palabras calaron en su corazón. Aquella fue la primera vez que ví brillar los ojos de Pegmar con semejante intensidad. Él, jamás solía quedarse sin argumentos, pero esa vez, tardó unos segundos en reaccionar.

-Elidor –dijo tras una larga pausa-. Aún eres un crío, pero posees una personalidad que muchos adultos querrían para sí. Eres todo bondad y tus intenciones son puras. No te puedo decir que me sea indiferente tu marcha, pero me siento orgulloso de tu decisión. Solo puedo desearte mucha suerte ante ese nuevo camino –hizo una pequeña pausa y prosiguió-. Como te he comentado, esta misma noche hablaré con los superiores y haré por maneras de que no tengas que volver a sumergirte. Respecto al grupo...

-¡Lo haré yo! –le corté nuevamente-. Quiero ser yo el que se lo diga cuando lo hayas hablado con los superiores.

-De acuerdo –dijo asintiendo con la cabeza.

-También quiero avanzarte que Flyt vendrá conmigo. Aún no te ha dicho nada porque acordamos que yo te lo comentaría primero, sin embargo, está decidido a acompañarme.

-Flyt –se repitió para sí mientras lo buscaba con la mirada.

En aquél preciso instante, y de forma totalmente inevitable, dos miradas se cruzaron en el comedor. Flyt, disimulando a lo lejos, masticaba más pendiente de nuestra conversación que del sabor de la carne.

-Flyt y tú siempre os habéis llevado bien –prosiguió Pegmar-. Me alegra saber que te acompañará. Un camino incierto siempre resulta más ameno si te acompaña un buen amigo. Hablaré también de su baja a los superiores.

-Muchas gracias por todo Pegmar. Eres el mejor representante que un trabajador puede tener y, en mi caso, algo más... No te ofendas, pero debo admitir que no pocas veces te he imaginado como a mi propio padre...

No me volvió respuesta a esa última frase, bajó la vista sonriendo y le clavó el tenedor a un jugoso trozo de carne rebosante de salsa. Terminamos de comer en silencio. No hizo falta hablar más, ya que, entre nosotros, había quedado todo bendecido. Al finalizar, se levantó, me guiñó un ojo y dijo:

-Hasta luego Elidor, procura dormir un poco. Te vendrá bien.

Arrimó la silla a la mesa y se dirigió al grupo con su tono habitual:

-¡Atención gorriones! Veinte minutos y os quiero listos para volar.

-¿Cómo? ¿Hoy no hace falta el bañador? –replicó irónico Bruk arrancando las risas de sus compañeros.

Bruk era una persona de carácter afable y soñador. Provenía de Tonfer, un islamo mediano al suroeste de Edbük. Pese a su juventud, veinte años recién cumplidos, tenía mujer e hija. El único motivo por el que estaba en Brey, era el de reunir suficientes galeos para construirse una granja. Hacía tres años que trabajábamos juntos y desde el primer momento conectó con nosotros. Por supuesto le pesaría nuestra marcha, ya que formábamos un unido grupo de tres, sin embargo, estaba convencido de que también

bendeciría la decisión. Esta misma noche, durante la segunda comida, sería un buen momento para contárselo y hablar de ello con tranquilidad.

Me levanté de la mesa, me acerqué al grupo y les deseé una rápida jornada. Acto seguido, salí del comedor y me dirigí al campamento. Aún me sentía débil, pero aquella deliciosa comida y la agradable charla con Pegmar me habían reanimado el cuerpo. Al llegar al dormitorio, me dejé caer sobre la cama. Se oía, a lo lejos, el incesante rasgar de materiales, no obstante, mi lamentable estado físico lo convirtió en algo no más molesto que el batir de alas de cualquier insecto. Los compañeros que habían trabajado de noche estaban disfrutando de su merecido baño, por lo que, a esas horas, el campamento era completamente mío. Acomodé la cabeza a la almohada, arrinconé aquellas curiosas frases de Johanthan y dejé que mi mente volara libre.

Capítulo octavo

El Sol decaía ya y la brisa soplaba tenue del sureste, por lo que intuí que debían rondar las siete de la tarde.

Igual que antaño, el día se dividía en 24 partes. Cada una de esas partes recibía el nombre de hora. A su vez, dichas horas eran fraccionadas en minutos y segundos. Los útiles encargados de calcular el tiempo se llamaban relojes y eran uno de los pocos inventos que perduraron al Gran Boom. Algunos ancianos, orgullosos, aún conservaban sus antiguos relojes y, aunque sin funcionar, los lucían con motivo de distinción. Los modernos provenían, en su mayoría, de Alöak y funcionaban mediante un ingenioso mecanismo mecánico que se alimentaba de luz solar o por mediación de cuerda. En Edbük, estaban presentes por todo el complejo minero, sin embargo, en el único sitio donde realmente eran indispensables era bajo el agua.

Al reinicio del calendario, muchos abandonaron el clásico sistema horario y optaron por uno de nuevo llamado psolunar. Este método alternativo se basaba en saber leer la posición de los astros mayores, Sol y Luna, e interpretar las brisas. En Ishör usábamos psolunar y no fue hasta la llegada de Johanthan que conocimos el convencional.

Sentado en la cama, pude notar como el primer descanso serio, en días, me había suavizado la musculatura. Estaba mucho mejor. Aún sentía aquel gran peso sobre los ojos, pero la sensación global era de mejoría. Salí del campamento en dirección a la enfermería. Quería hablar con Fround acerca del funeral. Al pasar frente al pabellón de pulimento, no pude declinar la idea de echar una segunda ojeada al Esfriudon. Lo observé tendidamente, revisando y evaluando cada uno de sus desperfectos. Un enorme agujero en uno de sus laterales, rasgadas, más o menos profundas, por toda su superficie, palo central roto, camarote y cubierta destruidos... La madera no me preocupaba demasiado, ya que, según recordaba, Braum Ortoc era uno de los mejores carpinteros de Ishör. El problema más gordo sería el buque metálico. El Esfriudon no flotaría de no ser reparado y, eso, solo podía hacerse en la propia mina o en Alöak. Estando ahí de pie, sentí la terrible necesidad de subir e inspeccionar su interior, sin

embargo, me pudo el criterio. Quería hacer las cosas ordenadamente y lo primero, por ahora, era hablar con Fround.

La enfermería estaba tranquila, tan solo un par de trabajadores esperaban a ser reclamados en la sala de espera. Atravesé el pasillo y subí por la escalera. Llegué hasta la última habitación y mire a través de su ventana. El cuerpo de Johanthan ya no estaba. Supuse que lo habían trasladado a algún lugar más apropiado, por lo que regresé al piso inferior. Me dirigía a la sala de espera cuando, de repente, Ikrom abrió la puerta de su consulta.

-Buenas tardes muchacho, ¿Cómo te encuentras? –dijo acercándose a mí.

-Mejor –respondí-. El descansar me ha hecho bien. Por cierto, ¿sabe si Fround está visitando?

-No. Esta tarde es mía –contestó revisando una hoja de papel que llevaba en las manos-. Puede que esté en su despacho. Tu mismo, llama -dijo señalándome la puerta.

Dí un par de golpecitos a la puerta con el índice doblado y, tras oír la aprobación de Fround, entré.

-¡Buenas tardes!

-¡Buenas tardes Elidor! ¿Cómo te encuentras?

-Mejor –respondí-. He dormido unas diez horas seguidas y me han sentido más que bien. Venía... En primer lugar, querría darle las gracias por conseguirme un par de días de descanso.

-No hay de qué –respondió mirándome amable-. Médicamente los necesitas y mentalmente tampoco te van a sentar nada mal.

-Sin lugar a duda –respondí-. He subido al segundo piso y...

-Sí –se apresuró a cortarme-, esta mañana le hemos practicado una pequeña autopsia para comprender mejor las causas de su muerte y lo hemos trasladado al sótano de defunciones. Mañana por la mañana se celebrará un funeral rutinario acorde con las leyes de Brey.

Un funeral acorde con las leyes de Brey, no era más que una incineración con el previo hablar de un representante de la corporación. Una insípida pantomima, carente de sentimiento alguno, que representaba el punto y final para todos los que fallecían en Edbük. Me hubiera gustado darle a Johanthan una despedida más solemne, pero no estaba en mis manos decidirlo...

-¿Podré quedarme las cenizas? –pregunté-. Me gustaría esparcirlas por el mar. Creo que le habría gustado y será mi particular homenaje.

-Faltaría más –respondió-. Mañana lo hablamos, ¿de acuerdo? A propósito –preguntó-. ¿De que te habló antes de morir?

No sé muy bien el porqué, pero sentí la necesidad de no decir toda la verdad. El doctor Fround era de total confianza, pero, a parte de que yo tampoco comprendía sus últimas palabras, las sentía demasiado mías como para compartirlas.

-Lo primero que hizo al volver en si fue pedir agua –expliqué yéndome por las ramas-. Luego, tras reconocermme, empezó a preguntar donde estaba, qué hacía aquí, qué le había pasado...

-¿Te habló del frior?

-En parte. Me dijo que era enorme y que arrojaba un ácido rojizo por la boca. No obstante, al atacarles de noche, sus recuerdos eran confusos.

-Entiendo –respondió-. Lástima no contar con más detalles porque la verdad es que ha sido un caso terrible... Bueno, hijo –dijo volviendo su mirada hacia la mesa-, si no te importa, continuaré revisando estos expedientes. Si quieres despedirte íntimamente de él, pídele a Pogiro que te acompañe al sótano.

-Gracias señor –respondí al mismo abrir la puerta-. ¡Hasta mañana!

No le dije nada a Pogiro. Preferí conservar la engañosa, aunque plácida imagen de Johanthan durmiendo bajo la sábana. Cuando salí de la enfermería, empezaba a oscurecer. Flyt y los demás aún tardarían un par de horas en regresar del mar y la investigación de la barcaza sería más productiva bajo la luz solar, por lo que, lo único que me vino en gana, fue regresar al campamento y echarme de nuevo. Esta vez no

dormí. Tenía demasiadas cosas en las que pensar e, incluso, empecé a barajar las posibles opciones para partir de Brey. Estaba seguro de que Flyt querría despedirse de Adrún y, además, necesitábamos vívares. No había duda que la mejor opción sería esperar al transporte mensual y que ellos nos remolcasen. Una vez en Alöak, repararíamos el buque, compraríamos comida e iniciaríamos nuestro viaje a Ishör. Sin embargo, cabía la posibilidad de que, sin remendar mínimamente el buque, el Esfriudon no flotase... Debía hablarlo con Prícol, él sabría que hacer.

Cuando mi estómago me alertó de que la segunda comida debía estar ya servida, regresé al edificio de servicios. Si llegaba a tiempo, podría hablar con Pegmar antes de que entrara en los baños. Al pasar frente a los túneles me dí cuenta de que el cambio de turno ya se había efectuado. La puerta de salida estaba cerrada mientras que la de entrada lo hacía en aquél preciso instante. Pasé de largo y entré en el edificio de servicios. Saqué la cabeza en el comedor y no ví a nadie de los míos. Salí nuevamente a la calle y me senté frente a los aseos. Al cabo de un buen rato, Pegmar salió de una pequeña puerta lateral y se dirigió hacia mi posición. No me había visto, andaba distraído, cansado y con una sola prioridad en mente.

-¡Pegmar! –grité levantándome y haciéndole un gesto con la mano.

-Ah, hola Elidor –contestó viniendo hacia mí-. Acabo de hablar con los superiores y les he notificado vuestras bajas –dijo visiblemente cansado-. Todo está en marcha. Tú, por prescripción médica, ya no tendrás que bajar más y Flyt debe cumplir los dos días que marca el protocolo –hizo una pausa para respirar y concluyó-. Necesito descansar, nos vemos luego.

“...no tendrás que bajar más...” Sentí un cosquilleo en mi interior como nunca antes lo había sentido. Era una alegría frenética que recorría todo mi cuerpo. Tenía ganas de reír, saltar, correr... Me retiré hacia un lateral del edificio y cuando estaba lo suficientemente lejos como para que nadie me pudiera ver ni oír, salté y grité alocadamente. Una vez restaurado el equilibrio, me dirigí al comedor y esperé la llegada del grupo. No habiendo pasado ni veinte minutos, llegaron Flyt y Bruk. No estaba planeado, pero Flyt, a buen criterio, se las apañó para adelantarse al resto.

-Buenas noches Elidor –dijo Bruk al llegar junto a mí-. ¿Cómo te encuentras?

-Hola chicos –respondí-. Bien. La verdad es que el descanso es medicin... Me duele aún la cabeza, pero creo que con una noche más se soluciona.

Se sentaron delante de mí y empezaron a servirse comida.

-¿Cómo ha ido la jornada? –pregunté estúpidamente para entablar conversación.

-¡Una pasada! –respondió Flyt-. No hemos trabajado nada. Todo el turno tomando el sol y comiendo marisco.

-¡Vaya! –contesté animado-. Un día que no vengo y os montáis la gran fiesta...

-¡Ni que lo digas! –añadió Bruk-. ¡Te lo has perdido! Incluso han bajado las chicas del siete a llevarnos bebidas y, vas a flipar, hoy estrenaban un uniforme muy ajustadito...

Los tres reímos a gusto. La complicidad entre nosotros a la hora de inventar chorradas era más que evidente. Tras las risas, hubo una pausa en la que aprovechamos para terminar de servirnos la comida y empecé:

-Bruk, Flyt y yo queríamos hablar contigo a solas para comentarte algo antes que al resto.

Ante el serio tono de mis palabras, levantó la vista y me miró extrañado.

-Nos marchamos de Brey.

Tras soltarlo a bocajarro, hice una pequeña pausa para observar su reacción y continué:

-Esta mañana se lo hemos comunicado a Pegmar y él acaba de notificarlo a los superiores. Yo ya no bajaré más y a Flyt le quedan un par de turnos.

Bruk estaba atónito y expectante a mis palabras, mientras que a Flyt se le iluminó la cara al oír el veredicto del consejo.

-Ya hace tiempo que conoces mi sueño –continué-. El reencuentro con Johanthan ha sido el empujoncito que necesitaba. Quiero ver mundo y encontrar respuestas. Regresaré a Ishör y repararé la barcaza. Le pedí a Flyt, al igual que te hubiera pedido a ti, que viniera conmigo. Sois mis mejores amigos y me gustaría teneros a mi lado. Evidentemente –continué sin darle tiempo a responder-, tus lazos familiares te lo impiden, por lo que no quiero pedirte imposibles.

Bruk continuaba perplejo. Su cara, totalmente inexpresiva, parecía no terminar de creer lo que oía.

-¡*Bufff!* –exclamó tras una larga pausa-. Me habéis dejado helado. Ya sabía que, tarde o temprano, tendríamos que separarnos, sin embargo, ahora, no sé que decir... Siento una rara mezcla de tristeza y alegría. Sin vosotros nada será igual, pero me alegro de la decisión. A mí tampoco me falta ya mucho y, a sabiendas de esto, posiblemente avance mi marcha...

-¿Cómo andas de galeos? –le preguntó Flyt-. Elidor no ha gastado nada y a mí, tras mandar la mitad a casa, aún me quedarán bastantes. Si nos dejas, podemos echarte una mano para partir juntos.

-Os lo agradezco de corazón chicos, pero no puedo aceptarlos. Vosotros vais a necesitar muchas piedras y, sinceramente, no voy nada mal. Según mis cálculos, con un año más, tendré para cubrir la granja y comprar ganado.

Continuamos comiendo, algo incómodos, hasta que Bruk, retomando su alegría habitual, comentó:

-De todos modos, nuestra amistad no tiene porque quedarse en Edbuk ¿eh? Prometedme que, en un par de años, a mucho tardar, os pasareis por Tonfer. Ahí os estarán esperando un par de jarras de mi mejor aguardiente.

-¡Descuida! –respondí sonriendo-. ¡Vendremos!. Y para cuando lo hagamos, ya puedes decirle a *Yedrai* que nos prepare su mejor tarta de manzana.

-*Ha, ha...* ¡Que villanos! –respondió cómico-. Sus tartas son solo para mí. A vosotros, como mucho, os daremos un plato de padkas con lenkis...

Entre bromas y confidencias, bajo el gustoso hechizo de aquellos maravillosos sabores, recuperamos la hegemonía como si nada fuese a cambiar... Poco a poco, llegaron los compañeros y, sentándose a nuestro lado, compartimos aquella fantástica cena hasta llegar a sus amargos postres...

Capítulo noveno

Aquella mañana me levanté con el grupo, comí con ellos y los acompañé a la puerta de embarque. Me sentí afortunado. Algo más que una corazonada me empujaba al vacío retándome, y a la vez obligándome, a coger las riendas de mi vida. Regresé al campamento con una sonrisa en los labios. La expresión de aquél que empieza a creer en su propio sueño... Pensé en una hipotética lista de cosas a llevar. Quería comprar presentes para los Ortoc y, en especial, para Alire. Según mis cálculos, ella debía tener unos veinte años y aunque cabía la posibilidad de que se hubiera casado o ya no estuviese en Ishör, me ilusionaba pensar en algún detalle especial para ella...

¿Quién iba a creer que, habiendo pasado tanto tiempo desde aquella corta y falsa ilusión de ser navegante, a mis catorce años, se abriría una nueva puerta a la esperanza? Estaba exultante. No sabía qué me depararía el destino, sin embargo, me sentía capaz de retarle para salir adelante.

Eran las diez y cinco minutos, según el gran reloj de la torre de servicios, y todo estaba dispuesto. El cuerpo de Johanthan descansaba encima del pedestal y junto a él, de pie, Fround, Pogiro y el hombre de negro... A este estrafalario personaje solo se le veía en los funerales. Era el representante de la corporación y, a su vez, el encargado del parlamento. Como amigos y familiares del fallecido sólo estaba yo... Pobre señor Mcwil, con la cantidad de amigos que debía tener esparcidos por el mundo...

Aquel desconocido, sudando a grifo abierto, no paraba de frotarse la cara con un pañuelo de rayas, marrón y blanco. Pogiro, tras los últimos retoques al cuerpo, retrocedió unos pasos, cediéndole el protagonismo al ridículo propietario de tal asqueroso y arrugado pañuelo.

-Amigos y familiares –empezó, tras toser un par de veces llamando la atención de los ahí presentes-. Estamos aquí reunidos para despedir a Johanthan Mcwil. Una gran persona que, regalándonos unos breves instantes de su vida, ha fallecido bajo el Sol de Brey. Nos enorgullece haber coincidido con él, así como haberlo acompañado en sus últimos momentos...

La hipocresía no podía ser más cínica. Aquél títere negro, completamente sudado, con cara de falsa aflicción y un discurso de lo más gastado, junto a una patética puesta en escena, convertían lo que tendría que haber sido un sentido homenaje en una absurda pantomima al estilo Brey.

-Con gran pesar –continuó fingiendo-, despedimos a este pobre hombre, esperando que se reencuentre con sus seres queridos y obtenga la felicidad que le ha sido robada. Por la potestad que la corporación me ha otorgado, encomiendo este cuerpo al fuego de la purificación.

Una vez concluyo su cometido, agachó la vista y, frotándose de nuevo la frente, abandonó la escena. Pogiro roció la túnica que cubría a Johanthan con los aceites funerarios y, seguidamente, le acercó el cáliz de la redención. El cuerpo prendió rápido, transformándose en una gigantesca llama dorada. El hedor a carne quemándose era fuerte, sin embargo, el efecto de los aceites conseguían minimizarlo bastante.

“Parece mentira lo rápido que se nos reemplaza en este mundo”, pensé al ver como, en escasos diez minutos, el cuerpo de Johanthan quedó reducido a cenizas. Era la décima incineración que presenciaba y, pese a ello, no estaba inmunizado. No estuve presente en la de mi madre porque los Ortoc lo creyeron mejor para mí, no obstante, cada vez que presenciaba una, no podía evitar imaginar que el cuerpo consumido fuese el suyo...

Tras secarme un poquito las lágrimas, me acerqué a Fround con la intención de preguntarle por la urna.

-Lo siento chico. En su estado, esto ha sido lo mejor -me dijo, abrazándome cariñosamente.

-Sí. Posiblemente tenga razón –respondí afligido.

-Espera a su total consumación y recoge las cenizas. ¡Toma! –añadió, alargándome una urna blanca-. Ponlas aquí.

Esperé paciente, recordando infinidad de momentos y anécdotas vividas junto a él y, cuando las cenizas dejaron de humear, las amontoné con cuidado y las introduje en

la vasija. *“No tema Johanthan, en unos días le devolveré al mar”*, prometí, en voz baja, antes de cerrar la tapa.

Ya no quedaba nadie. La cucaracha negra se había esfumado con el sigilo de una sombra en plena noche, mientras que Fround y Pogiro, tras presentarme sus respectivas condolencias, hicieron lo propio camino a la enfermería. Resté un buen rato solo, de pie, en silencio, con la única compañía de mi sombra y los restos del señor Mcwil embutidos en un horrendo bote de barro.

Capítulo décimo

El equipo de Prícol descargaba una barcaza recién llegada de Inof. Se movían enérgicos, arrastrando cajas, pasándose paquetes y yendo de un lado para el otro. Esperé a que disminuyese la actividad y me acerqué al pie de la rampa principal.

-¡Prícol! -grité con fuerza llamando su atención-. ¿Tienes un momento?

Prícol era un buen hombre. Apenas nos conocíamos y tan solo habíamos cruzado unas diez palabras en nuestros ratos libres, sin embargo, era el mejor amigo de Pegmar y eso ya era suficiente para confiar con él.

Saltando por los andamios, descendió hasta mi nivel.

-Hola chico. ¿En qué puedo ayudarte? –preguntó atento.

Tras presentarme debidamente, proseguí:

-Quería hablarte de la barcaza del frior. Conocía a su propietario y me la cedió antes de morir. Quiero remolcarla hasta Alöak para repararla. ¿Crees que su buque aguantará?

Hizo una dudosa mueca y contestó:

-Creo que no. Cuando la sacamos del agua, ya estaba medio inundada por culpa de ese enorme agujero –dijo señalándolo.

-¿Se podría remendar un poquito para asegurar su flote hasta Alöak?

-Supongo –contestó pensativo-. Si se soldara una plancha, por el exterior, podría aguantar. De todos modos, no sería más que un remedio temporal.

- Y, ¿cuánto me podría costar ese apaño? –pregunté con miedo a su respuesta.

-¡Demasiado! –sonrió pícaro- Y, a la vez, nada. Resultaría excesivo para ti, mientras que para la omnipresente corporación no será más que un pequeño pellizco... Aquí, hijo mío, todos remamos en la misma dirección –concluyó guiñándome el ojo.

-¿De verdad? Pregunté incrédulo.

-Eres del equipo de Pegmar ¿no? Como se dice en el mar: *los que reman a mi lado son hermanos sea cual sea su color de manos...* Tranquilo, cuando tenga un hueco, me pongo a ello. A propósito –preguntó algo intrigado- ¿para qué la quieres arreglar? Acaso no sabes que una nave marcada por un frior está maldita de por vida...

-Sí, algo he oído –respondí-, pero no soy supersticioso... Lo cierto es que le tenía un gran afecto a su propietario y creo que es la mejor manera de honrarle. La repararé y me haré a la mar con ella. Anhelo viajar lejos, conocer gente, saber a donde se dirigen los cargueros que desaparecen en el horizonte... hay tantas cosas por descubrir...

A juzgar por su expresión, mi discurso no le había convencido demasiado... Prícol era un hombre de mar arraigado a las tradiciones y, tras hacer una graciosa mueca de contrariedad, respondió:

-No comparto tus inquietudes en absoluto, muchacho. El Gran Mar no es tan plácido como te imaginas, sin embargo, respeto tu decisión. Cada uno debe tener que poder escoger su propio camino.

-Solo quería preguntarte otra cosa más -le rogué-: ¿dónde puedo encontrar una escalera para subir a bordo?

-¡Ahí! –señaló-, junto al cobertizo. Coge la que necesites y, al terminar, déjala donde estaba.

-¡Perfecto! –contesté- ¡Gracias por todo! –grité mirando como regresaba al trabajo.

-¡No hay de qué! –respondió levantando la mano-. Recuerda: *Los que reman a mi lado son mis hermanos...*

Tras ver como Prícol regresaba con sus compañeros, cogí la escalera más larga y la apoyé contra el buque del Esfriudon. Aún hoy, no encuentro palabras para describir la sensación que experimenté al estar, de nuevo, en la cubierta de aquella entrañable embarcación. Retrocedí más de diez años en el tiempo y no pude evitar llorar al ver, isitu, la atrocidad reinante. En la zona del camarote, totalmente derruido, aún se entreveían los tabiques que separaban sus estancias... Esparcidas por toda la cubierta,

como grotescas pinceladas en un macabro lienzo, había numerosas manchas y rastros de sangre seca que ilustraban el sufrimiento y la crueldad vividos a bordo. El palo central restaba caído, apoyado en proa y con el velaje totalmente rasgado. La barandilla que delimitaba el perímetro de la cubierta, también se encontraba, en su mayor parte, destrozada... El único elemento intacto, aunque parcialmente torcido, era el timón.

Caminé, sorteando escombros, hasta llegar a la entrada de la bodega. Ahí, donde antaño hubo un pequeño cobertizo y una trapa de madera, tan solo quedaba la robusta y empinada escalera que descendía a la bodega. En su interior, la sensación de tristeza se agudizaba...

Por bodega, se entendía todo el interior del buque, no obstante, su superficie practicable no era tanta como se podía imaginar desde el exterior. Obviamente, el buque, todo y ser metálico en su parte exterior, estaba reforzado mediante un robusto esqueleto de madera que, a su vez, era recubierto por otras tantas láminas de ese mismo material. El espacio comprendido entre el esqueleto y ambas paredes, se denominaba cámara de flote. Dichas cámaras, estancas e independientes, ofrecían un flote estable fueran las que fuesen las condiciones de navegación. La superficie interior restante se dividía en tres estancias. La bodega principal, la recámara y la sala del motor.

La cámara central, sin lugar a dudas, se había llevado la peor suerte. Un boquete enorme, en su lateral derecho, había dejado entrar gran cantidad de agua en el interior. Todo estaba desordenado y húmedo: cajas amontonadas, botijas rotas esparcidas por el suelo, víveres podridos... El hedor era incómodo y, a juzgar por el moho de sus paredes, el Esfriudón sorteó un naufragio casi seguro. Abriéndome paso entre la mugre, llegué frente a la puerta de la sala del motor. Ahí dentro, todo parecía en orden o, mejor dicho, nada se veía roto. Mi nulo conocimiento técnico no me dejaba ver más allá de un bloque de hierro con tubos y cables conectados entre sí. Sin embargo, a parte de un líquido oscuro derramado por el suelo, todo parecía estar en su lugar. Regresé a la bodega principal y me dispuse a comprobar la recámara. Aquella zona quedaba casi a oscuras. Gran cantidad de cajas amontonadas formaban una gruesa barricada que dificultaba el paso de luz. Me colé entre las primeras y haciendo fuerza contra la pared, conseguí apartar un poquito las restantes para acceder a la puerta. Al entreabrirla se me

cortó la respiración... Aquello apestaba a muerte... Un fétido hedor me asfixiaba a cada nuevo paso que intentaba dar. Asustado, tapándome la boca con la mano derecha, extendí mi brazo izquierdo con la intención de guiarme en la oscuridad...

Capítulo décimo primero

Tan solo se adivinaban los objetos más cercanos. Avancé con cautela, muy lentamente, arrinconando todo lo que reconocía por el tacto. Básicamente eran cajas y botijas, sin embargo, lo más preocupante no era lo que tocaba, sino lo que olía. A medida que iba adentrándome en la oscuridad, más y más se agudizaba aquél funesto hedor...

Ya sin referencias visuales, fui avanzando hasta tocar, con la punta de los dedos, lo que parecía el final de la sala. Fui agachándome, poco a poco, manteniendo, en todo momento, el contacto con la pared hasta llegar al suelo. Al hacerlo, mis dedos no tocaron madera. Noté un bulto suave que me estremeció. Mi corazón latía aceleradamente mientras que el subconsciente me atormentaba con terribles imágenes. No era ninguna tela ni ropaje. Su tacto era fofo y carnoso. Paralizado, muerto de miedo y asco, me encomendé al poco valor que pude reunir y agarré aquella cosa con la intención de arrastrarla hasta la bodega. Su peso no era exagerado, por lo que lo arrastré hasta la sala central. Una vez ahí, llené mis pulmones de aire sano e, imaginando lo peor, volví la mirada.

Mi intuición no había fallado. Aquél hedor provenía de un cuerpo en avanzado estado de descomposición, sin embargo, y por fortuna mía, no era humano. Johanthan debía llevar a bordo alguna mascota o polizonte, ya que aquél cuerpo podrido y deshinchado podría muy bien ser el de un perro o simio mediano. Me sentí aliviado al comprobar que solo se trataba de un animal. Lo agarré de nuevo y, evitando su hedor, lo arrojé por el agujero del buque.

Una vez calmado, y habiendo respirado abundante aire limpio en cubierta, retomé la búsqueda. Antes de fallecer, Johanthan me suplicó que buscara en el compartimiento secreto de la bodega, no obstante, con el panorama actual, era incapaz de recordar nada. Me senté a espaldas del gran agujero y observé todo con meticulosidad. El revestido de madera llegaba al techo que, a su vez, estaba formado por los propios tablones de la cubierta. Dos puertas opuestas, a ambos extremos de la bodega, y la escalera. No había nada más...

Me levanté y reorganicé, mínimamente, los bultos para asegurar que ningún objeto tapase alguna puerta o cámara oculta. Nada. Lo había revisado todo y no era

capaz de hallar ni una sola grieta que no fuese provocada por el accidente... Cuando los ánimos se agotaron, regresé a cubierta con el fin de aclarar la mente. Prícol y sus hombres habían terminado de descargar el mercante que, en aquél preciso instante, iniciaba la maniobra de contramarcha. A cierta distancia, otra barcaza se apartaba para no molestar. Sentado en el único tramo sano de barandilla, observé como aquellos colosos se cedían el paso. “*parece mentira que su pueda dominar algo así*” pensé mirando de reojo el timón del Esfriudon.

Pasado un buen rato, recargado de optimismo, regresé a la bodega para continuar la búsqueda. La mala suerte se había fijado en mí y con solo bajar un par de peldaños, me golpeó la frente con una viga saliente en el hueco de la escalera. El golpe fue muy duro, ya que descendía lleno de ímpetu... Aquella maldita viga me frenó en seco, desequilibrándome por completo. Sin saber como, me encontré en el suelo de la bodega rabiando de dolor. Mi primera reacción fue gritar, maldiciendo al infortunio, sin embargo, pronto me calmó una exultante felicidad. Aquel fortuito accidente me había refrescado la memoria... Una vez, de niño, acompañé a Johanthan a la bodega para ayudarlo a subir unas mercancías. No recuerdo bien de qué se trataba, pero si puedo recordar el golpe que se dió. Vigilando que yo no resbalara, se dió de lleno en esa misma viga. Entre lamentos y maldiciones, me contó que aquella viga era especial y que sobresalía a propósito. No me contó más, sin embargo, ahora lo veía claro: qué mejor escondite que uno del que tengas que apartarte...

Me levanté sin apenas acordarme del dolor y subí la escalera hasta llegar a la altura de la viga. Le di unos ligeros golpes con el puño y, efectivamente, sonaba a hueco. Pasé las manos por toda su superficie y encontré, en su parte más escondida, un orificio lo suficientemente grande como para meter la mano. En su interior, había un paquete húmedo. Era un objeto pequeño, envuelto en un trozo de tela oscura. Por el olor, parecía llevar mucho tiempo ahí. Deshice la tela con cuidado y descubrí que se trataba de un pequeño manuscrito. Abrí la cubierta frontal y pude leer: “*Memorandum, Johanthan Mcwil*”. Mi corazón se aceleró de nuevo, pero esta vez fruto de una enorme excitación. El trazo de letra me era familiar y, junto a múltiples bocetos, prometía una lectura apasionante. No caí en la tentación de devorarlo en caliente, me saqué la camisa, lo envolví de nuevo y me dirigí a cubierta. No tenía la menor duda de que aquél pequeño diario sería el gran tesoro de mi vida.

Estando en cubierta, observando el horizonte, inmóvil y totalmente perdido en pensamientos, me dí cuenta de que mi boba sonrisa me delataba. Me sentía inmensamente feliz por el hallazgo, aunque, de forma totalmente absurda, intentaba disimularlo para que nadie se diera cuenta. Tras terminar el recuento de daños, regresé al campamento con la única intención de invertir todos mis sentidos en aquella prometedora lectura. Antes de marcharme, devolví la escalera y, con la ayuda de una pala de mano, di sepultura al desgraciado polizonte de la recámara. Prícol y los suyos seguían descargando el segundo mercante, por lo que me marché sin decirles nada.

Aquella tarde y todo el día siguiente no existí para nadie. Me centré mentalmente a la lectura y comprensión de un diario lleno de símbolos y nombres extraños. Tenía el cuerpo dolido y lleno de moratones pro culpa de la caída y, al no seguir horarios, no coincidí con los chicos. Bureku, el Gran Islamo, Gristof, el Motivo... Multitud de nombres que se repetían y que, de una forma u otra, debía comprender. No era un diario personal, ni de navegación, sino más bien un soporte a la memoria. Poco, por no decir nada, saqué en claro de aquella primera lectura, por lo que ví claro que, al llegar a Ishör, debería darle una segunda oportunidad.

Capítulo décimo segundo

Tras el segundo turno de protocolo, Flyt entregó su material a Malín y quedó libre de obligaciones con la empresa. A partir de aquél día, ambos nos dedicamos en cuerpo y alma al Esfriudon. Vaciamos y limpiamos las bodegas, reordenamos la cubierta, desechando todas sus maderas podridas y dañadas... Cortamos, en varios pedazos, el palo mayor y lo quemamos junto al velaje. Derruimos, por completo, el camarote, así como los trozos de barandilla inservibles y aseguramos el bloque timón. Fueron jornadas largas y duras, sin embargo, el optimismo y los múltiples consejos de Prícol las convirtieron en fructíferas. Él y su equipo no nos fallaron y, a finales de aquella misma semana, el Esfriudon volvía al mar con su lateral parcialmente arreglado. Extraña, pero a la vez magnífica, era la sensación de flotar en el agua. Ninguno de los dos estábamos habituados a ello y el simple oleaje producido por las maniobras de los mercantes nos excitaba, dejando entre ver una más que penosa falta de experiencia.

-¡Atención marineros! –solía gritarnos Prícol, desde lo alto de la plataforma, ante la llegada de un nuevo carguero-. ¡Agarrense a lo que sea que vienen olas!

Prícol era encantador. En una semana de trato diario, nuestro grado de amistad había trascendido en no pocas charlas repletas de incontables consejos y anécdotas. Además, la confianza con su equipo propinaba toda clase de bromas y risas hacia nuestra innegable destreza marinera...

Una vez tuvimos el Esfriudon listo, nos dedicamos a labores de ayuda a la comunidad y a planificar el viaje. No recuerdo noche más larga que la víspera de la partida... Todo el campamento dormía menos Flyt y yo. Cada uno sujetaba sus nervios a su manera, sin embargo, el ruido del colchón al girarnos evidenciaba la misma falta de sueño. No fue hasta muy adentrada la madrugada, cuando logré dominar lo nervios, quedando inmerso en un frágil estado de somnolencia.

Capítulo décimo tercero

Para cuando desperté, Flyt ya estaba vestido y organizaba paquetes encima de su cama.

-¡Por fin! –exclamó-. Empezaba a pensar que tenía que marcharme solo.

-¿Qué hora es? –pregunté bostezando y estirando todos mis músculos-. Aun es temprano, ¿no?

-Sí. Tranquilo. Deben rondar las seis. Acaba de partir el grupo. Han avanzado la comida para poder despedirnos antes del turno.

-¿Has podido dormir? –pregunté.

-¡Ni un segundo! –contestó enérgico.

-Pues yo habré dormido, como mucho, dos -bromeé al mismo levantarme-. Es curioso, pese al cansancio, me siento muy bien. Supongo que la adrenalina nos empuja –añadí sonriendo-. Creía que nunca llegaría este día. ¿Estás asustado?

-No. Miedo no tengo... aunque sí siento un ligero respeto hacia lo desconocido. Es la primera vez que me lanzo al vacío y...

-Sí –contesté-. Yo también estoy nervioso. Tanto tiempo esperándolo y ahora me acechan las dudas. Tenemos galeos y un destino próximo, pero esto no cambia que mañana ya no estaremos aquí...

Seguimos hablando mientras ordenábamos los últimos bultos. El grueso del equipaje ya estaba en el Esfriudon desde el día anterior. El transporte salía a las siete y, a sabiendas de que no podíamos llegar tarde, enfilamos con decisión el camino al muelle. Miramos atrás en más de una ocasión conscientes de que, aquella, podía ser la última vez que viéramos el campamento... Al llegar al muelle principal, vimos como el transporte prominente de Alöak ya estaba amarrado justo delante del Esfriudon. Subimos a bordo y hablamos con el capitán. Nos dijo que atarían un par de cuerdas a la proa de nuestra nave y que nos acompañaría un miembro de su tripulación. El capitán parecía un hombre forjado a viento y sal, de modales rudos y, posiblemente, molesto por la marca del frior... No nos trató mal, pero sí notamos una cierta indiferencia.

-¿Tenéis idea de navegar? –preguntó directo.

-No mucho –contesté tímido, evitando su mirada-. Queremos aprender en Alöak, por lo que su tripulante nos vendrá la mar de bien.

Hizo un gesto de desaire y añadió:

-Que la suerte se apiade de vosotros. ¡Seguidme! –gruñó, dándonos la espalda y entrando, de nuevo, en la cabina- Por lo que pueda pasar, vale más pasar cuentas ahora.

Una vez pagado el transporte, subimos al Esfriudon y acomodamos las bolsas en la bodega. Al regresar a cubierta, nos presentamos al que iba a ser nuestro compañero durante las más de cinco horas de viaje. Se llamaba Noäclak y, pese a su juventud, tan solo doce años, nos humillaba en experiencia. Mientras él y sus compañeros ataban los dos buques, Flyt y yo descargábamos nervios paseando por cubierta y observando, en total silencio, aquel maldito complejo que tanto nos había exigido...

Faltando media hora para zarpar, llegó nuestro querido tercer escuadrón. Regresamos al muelle y nos fundimos a abrazos con ellos. Eran muchos los recuerdos compartidos, los problemas superados, las anécdotas... No fue por casualidad que llovieran lágrimas, en Edbük, aquella mañana... Bruk, tras abrazarme efusivamente, me entregó una cesta llena de comida.

-Muchas gracias amigo –le dije emocionado-. Que quede claro: esto no es una despedida. ¡Te lo aseguro!

-Así lo espero –contestó forzando una sonrisa-. Hoy partís dos de mis mejores amigos y no quiero tener que recordaros el resto de mi vida.

Nos abrazamos durante un buen rato, autoconvenciéndonos de que nuestra amistad no se perdería y que, en no más de cinco años, volveríamos a vernos. Poco a poco, fuimos despidiéndonos de todos: Eliöth, Mirro, Flourt, Vifctor, Johy... pero, ¿Y Pegmar?

-¿Habéis visto a Pegmar? –pregunté buscándolo con la mirada.

-No -respondió Bruk extrañado-. Ahora que lo dices, no le he visto desde primera hora de la mañana.

Faltaban poco más de diez minutos para zarpar y Pegmar no aparecía. Nadie sabía de él y empezaba a preocuparme. No podía partir sin despedirme de él. Eché a correr hacia el edificio de servios. Registré el comedor, los aseos, los baños... ni rastro... Cabía la posibilidad de que alguna reunión inesperada le retuviese, sin embargo, el tiempo acechaba. Regresé al muelle triste y desanimado y ví como Flyt ya me reclamaba desde el Esfriudon.

-¡Date prisa Elidor! Ya ha sonado la primera sirena -gritó excitado.

El mercante había arrancado los motores y su marcha parecía inminente. Me despedí rápidamente de todos, al pasar a su lado, y subí a la barcaza justo al oír la segunda sirena. Casi al instante, con el tiempo justo de retirar la baliza, noté como el Esfriudon empezaba a moverse. Aquél fue, sin lugar a dudas, uno de los momentos más emotivos de mi vida. Estábamos en cubierta, totalmente desencajados, saludando a unos amigos que, poco a poco, iban desapareciendo de nuestras vidas... Lloraba de alegría y tristeza a la vez. Alegría por el importante paso que estábamos dando y tristeza por no haberme despedir de Pegmar...

A medida que penetrábamos en el mar y Edbük se encogía, nuestra aflicción disminuía en merced de la excitación.

-¡Elidor! ¿Eres consciente? ¡Esto ya ha empezado!

-Sí –contesté-, pero...

Sentía una extraña mezcla de emociones: felicidad, orgullo, pesar, tristeza... Tenía claro que el destino lo había dispuesto así, sin embargo, maldije al infortunio... A pesar de ello, el día se alzaba radiante. El mar yacía en calma, Flyt irradiaba excitación por todos sus poros, la maña de Noäclak mantenía el Esfriudon estable y yo, expectante al horizonte, creí oír su voz...

Capítulo décimo cuarto

-¿Qué? ¿Cómo?... Pero...

Pegmar asomó por el hueco de la escalera e hizo una patosa reverencia.

-No podía dejar partir a dos de mis gorriones sin asegurarme de que saben volar, ¿no creéis?

-Ya me extrañaba que no estuvieses en el muelle -dije corriendo hacia él.

Flyt reía descarado, delatando una más que evidente complicidad. Ahora lo entendía todo... Abracé a Pegmar con todas mis fuerzas y le susurré al oído:

-Me dolía haber partido sin despedirme de ti. Te quiero como a un padre...

-Y yo como al hijo que perdí –contestó con voz trémula-. Alöak –continuó fingiendo serenidad-, no es un sitio para principiantes. Es refugio de negociantes y contrabandistas. Gente sucia que solo ansía galeos. Dos pichones, ahí, no durarían ni el tiempo de desembarcar.

-¡Oye! –replicó Flyt irónico- Habla en singular, ¿te importa?

-¡Oh sí! Perdona mi arrogancia señorito Stawm. Usted ya sabe cuidarse solo ¿verdad? Aunque, si no recuerdo mal, pagó quinientos galeos por un coco podrido.

Flyt enrojeció sin hallar respuesta posible.

-Aquella mujer me aseguró que era un huevo de dakium y que la criatura estaba por nacer. “*Mantenlo caliente en todo momento*” me dijo entregándomelo envuelto en una sábana...

-A eso me refiero –prosiguió Pegmar-. Alöak está lleno de gente capaz de engañar a un crío por un puñado de galeos. Imaginad como pueden ser los tratos entre adultos... Si queréis hacedme caso, no habléis con nadie más de los que yo os presente y estad ahí el tiempo justo de reparar el buque y repostar.

Los dos asentimos con la cabeza, ya que esa era nuestra intención: hacer una parada corta y proseguir, lo antes posible, hacía Ishör.

Entre risas y anécdotas, el trayecto pasó como la suave brisa que nos acompañaba. El mar se mantuvo en calma y la estabilidad de la barcaza no peligró en ningún problema.

-¡Tierra a la vista! -gritó Noäclak señalando al frente-. ¡Ya se divisa Alöak muchachos!

Flyt se incorporó de un salto y corrió a comprobarlo.

-¡Pssst! ¿Dónde guardáis los galeos? -me susurró Pegmar.

-Abajo. En la bodega -contesté.

-Escondedlos bien y coged solo los que necesitéis. Aquí los huelen a leguas.

Siguiendo su consejo, me levanté y me deslice, sigiloso, por la escalera. Al regresar a cubierta, ya se distinguía la silueta del islamo y se empezaba a intuir su frenética actividad mercantil.

-¿Dónde amarráis? -le preguntó Pegmar a Noäclak.

-En el muelle catorce.

-¡Perfecto! Es grande y está relativamente cerca.

Pegmar nos contó que uno de sus conocidos regentaba un taller de reparación y que, con total seguridad, nos arreglaría los desperfectos del casco. La otra persona que quería presentarnos era el propietario de un pequeño hostel y, ahí, sería donde nos hospedaríamos durante la estancia.

-Eres increíble Pegmar. Incluso fuera de la mina dominas la situación -dijo Flyt dándole una palmadita en la espalda.

Aquello era alucinante. Tan sólo había estado una vez en Alöak y ya no recordaba el bullicio de sus puertos. Flyt venía regularmente ya que, hacía un par de años, había conocido a una chica muy especial...

Adrún era la hija pequeña de una prostituta del este. Al fallecer su madre, quedó bajo la tutela de su padrastro. Él regentaba un pequeño burdel y jamás la había querido. Hasta la fecha, su vida había transcurrido entre la cocina del burdel y sus apestosos callejones traseros... Con diecinueve años recién cumplidos, era mucho más madura y adulta que la mayoría de sus madrastras y poseía la virtud de no rendirse jamás. Sabía que ella supondría, tarde o temprano, un serio problema para nuestra sociedad, aunque Flyt, conocedor de su total libertad de elección, seguía empeñado en acompañarme.

Lentamente, fuimos adentrándonos en el puerto. Multitud de embarcaciones se iban esparciendo a lo largo de sus innumerables muelles, mientras que nosotros, bajo la atenta supervisión de Noäclak, las sorteábamos con fuerza de brazos. Resultó divertido aquél primer contacto con el timón y, aunque solo teníamos que copiar las maniobras del carguero, ya representó toda una hazaña. La maniobra de amarre fue algo más complicada. Al no disponer de motor ni vela, tuvimos que terminarla de forma totalmente manual. Quedando paralelos al muelle, la distancia era demasiada como para usar la baliza. Mientras Noäclak y Pegmnar recogían las cuerdas que nos habían unido al mercante, Flyt y yo nos lanzamos al agua con la intención de recibirlas y hacerlas llegar al amarradero. Una vez atadas a los pivotes de sujeción del muelle, tan solo tuvimos que tirar, todos a una, para conseguir acercar el buque. Tras la maniobra, Noäclak se despidió de nosotros y subió al carguero, el cual, sin demora alguna, amarró en su zona de descarga.

Con el tiempo justo de cambiarnos la ropa y admirar la perfecta sincronía de aquellas gigantes grúas metálicas, Pegmar regresó a bordo de un pequeño remolcador. Con él había otro hombre y, colocándose justo a nuestra proa, nos pidieron que desatáramos los amarres y les tirásemos una de las cuerdas para remolcar el buque hasta el taller.

-Tranquilos, no vamos muy lejos –nos gritó aquél hombre desde el remolcador-. Tan solo tenéis que copiar mis maniobras.

Agarré fuerte el timón y noté como el Esfriudon empezaba a moverse de nuevo. Transcurridos unos quinientos metros, recibí la orden de girar todo a estribor. Acto seguido, la embarcación soltó la cuerda y se situó a nuestra popa con la intención de empujarnos dentro de un muelle cubierto.

-¡Perfecto! –gritó Pegmar- Ya podéis coger el equipaje y desembarcar.

Así lo hicimos y, tras bajar a la bodega a por nuestras cosas, nos reunimos con ellos en el muelle.

-¡Chicos! Este es Teblor. Él se encargará de la reparación de la barcaza.

-¡Encantado! –dije, estrechándole la mano.

Después de los formalismos y de valorar, conjuntamente, los daños del Esfriudon, Teblor se comprometió a reparar el buque y revisarle el motor. Además, ante mi total sorpresa, me invitó a ser su aprendiz mientras durase la reparación. Una vez todo hablado y pagado, abandonamos el hangar dirección al hostel. Las calles de Alöak eran de todo, menos aburridas. Cientos de callejones infestados de tiendas, en las que, gente de lo más peculiar, peleaba para llevarse la mejor tajada. Aunque podía parecer interesante, aquella primera impresión resultaba bastante equívoca. Tras el asombro inicial, el hecho de sentirse arrollado por una auténtica marea humana y tener que defender tu espacio vital a golpe de codos, sentías la necesidad de salir, lo antes posible, de aquella asfixiante y asquerosa jungla comercial. Por suerte, no todo el islamo era así y a medida que te alejabas del complejo portuario, las calles recobraban algo más de dignidad.

Torciendo a la izquierda, y atravesando una pequeña calle cubierta, salimos a lo que en Alöak se consideraba una plaza. El pequeño espacio formado por la intersección de cuatro avenidas que, a su vez, construían el marco ideal de cualquier oportunista. Predicción de futuro, afeitado al aceite de mianco, peinados exóticos, masajes reparadores, remiendos de ropa y zapatos... Esas eran algunas de las múltiples ofertas existentes en un ratio de escasos siete metros cuadrados y que convergían en una sola

finalidad: limpiarte de galeos antes de siquiera poder hablar... Justo ahí, en una esquina de ese patético espectáculo, colgaba un cartel metálico en el que se podía leer: Hostal Kintön.

-¿El señor Rubbing? –preguntó Pegmar a una joven que estaba sentada tras el mostrador.

-¡Enseguida señor! –respondió ella entrando en una recámara trasera.

De esa misma puerta salió un hombre rechoncho, de unos setenta años de edad, que al ver a Pegmar se llevó las manos a la cabeza exclamando:

-¡Benditos los ojos! ¡Que alegría!

-¡Ebuar Rubbing! –le correspondió Pegmar abrazándole-. Veo que la vida te ha tratado bastante bien...

-No puedo quejarme: mujer, dos hijas preciosas y... mucha comida –respondió agarrándose la barriga con ambas manos-. Cuéntame: ¿Qué te trae a mi humilde morada?

-Traigo a un par de amigos -dijo mirándonos de reojo.

Pegmar nos presentó debidamente y, tras exponer el porqué de nuestra estada en Alöak, Edbuar preguntó:

-¿Y por ahí? ¿Cómo va todo?

-Sigue igual... No ha cambiado nada –contestó Pegmar-. El ukog sigue al alza y continuamos dejándonos la piel por la maldita corporación...

Ebuar nos contó que había trabajado en Edbük y que fue precisamente él quien llevó de la mano a Pegmar en su primera incursión.

-Gracias a aquellos malditos años tengo todo esto –añadió-. Sin embargo, debes tener muy claro cuando marcharte. ¿Y tú qué? ¿Aún sigues culpándote? – le preguntó mirándole fijamente.

-No sé... No es que disfrute arrancando roca, pero...

Flyt y yo no entendíamos nada. Nos miramos extrañados sin saber que decir.

-Entonces: ¿Aún sigues convencido que fue culpa tuya? - insistió Ebuar-. Mira que eres terco... Debes convencerte que solo fue un maldito accidente.

-Ya, pero en mis pesadillas sigo oyendo sus gritos...

No dábamos crédito. No parecía Pegmar el que respondía, triste y abatido, ante las preguntas de Ebuar. Al parecer, aquél hombre conocía algún amargo suceso de su vida que nosotros desconocíamos por completo...

-No te tortures más. No es bueno anclarse en el pasado... En fin -prosiguió advirtiéndome nuestra embotada expectación-, dejemos las batallitas para otro momento y refresquemos la garganta que nuestros invitados se estarán aburriendo. Además, debéis estar cansados por el trayecto. ¡Coged vuestro equipaje! –nos rogó sonriente-. Liör os acompañará a vuestras habitaciones.

La chica nos mostró las escaleras y, siguiéndola, oímos como Pegmar y Edbuar continuaban hablando en voz baja.

-¡Hemos llegado! Esas dos son vuestras habitaciones. Disponéis de un aseo, con bañera, al final del pasillo. Poneos cómodos, pero no os demoréis demasiado que padre querrá obsequiaros con una copa de bienvenida.

Le agradecemos la hospitalidad y, tras su marcha, Flyt me dijo:

-Extraña conversación, ¿no crees?

-Ni que lo digas -respondí-. Algo malo pesa sobre Pegmar y nunca nos lo ha contado. Estoy bastante intrigado...

-Sea lo que sea, si no nos lo ha contado es porque no nos concierne, aunque, sigue siendo curioso... Me baño yo primero -dijo Flyt abriendo la puerta de su habitación.

Pasados unos veinte minutos, bajamos las escaleras hasta llegar a la recepción. Justo a la derecha del mostrador, en una pequeña y lujosa antesala, vimos como Pegmar y Ebuar charlaban, tranquilamente, acomodados en un sillón. Con algo de respeto, llamamos a la puerta.

-¡Pasad chicos! -dijo Pegmar con su seguridad habitual-. Ebuar nos invita a un banquete de bienvenida y debo avisaros de que, aquí, todo esta riquísimo.

-No es para tanto -sonrió Ebuar dejando su copa de licor en una mesita redonda contigua al sillón-. No vayas a crearles falsas expectativas...

Abriendo la puerta, nos invitó a entrar en el comedor donde, magníficamente parada, esperaba una mesa rebosante de comida. Tal y como había augurado Pegmar, Ebuar y su mujer eran unos virtuosos de la cocina y su don se veía reflejado en todos y cada uno de los exquisitos manjares que pudimos catar. Durante la comida, embaucados por el fabuloso carácter de Ebuar y su familia, hablamos de multitud de temas referentes a Edbük, al incidente del frior, a nuestros planes de futuro, a la cotización del ukog... Bien adentrada la tarde, cuando nuestros vientres rebosaban de placer, Ebuar nos invitó a regresar al salón para continuar bebiendo y charlando, sin embargo, Flyt ansiaba acercarse al burdel y yo, cansado como nunca, preferí el roce de una agradable sábana.

Capítulo décimo quinto

Aquella mañana me desperté muy temprano. Supongo que los nervios por no llegar tarde a mi primera clase tuvieron algo que ver, pero, además, quería despedirme de Pegmar que regresaba a Edbük con el transporte de las seis. Aguardé un buen rato en la cama y faltando pocos minutos para las cinco, bajé a recepción. Al salir al pasillo, di un par de golpes suaves a la puerta de Flyt y, al no recibir respuesta, bajé las escaleras y me senté en el salón. No había nadie en recepción y la puerta principal estaba cerrada. Al cabo de poco apareció Pegmar.

-¡Buenos días Elidor! ¿Qué ha pasado? ¿Tenías pulgas en la cama? -preguntó sonriente, sorprendido por mi puntualidad.

-Que yo sepa no... Aunque bien es cierto que noto cosquilleos por todo el cuerpo -respondí-. Estoy súper nervioso por ver como trabaja Teblor y por adquirir alguna noción de mecánica.

-¿Y Flyt? ¿No viene?

-¡Aún duerme! Ayer se vió con Aadrún y supongo que regresó tarde. ¿Lo despierto?

-¡No! -contestó pícaro- Ya sé lo cansados que pueden llegar a ser esos reencuentros... Dejémosle dormir. Además, ayer por la tarde ya nos medio despedimos. ¡Vámonos! -concluyó.

Abrió la puerta principal y, entregándome la llave, dijo:

-¡Toma! A tu regreso se la das a Ebuar o a alguna de sus hijas ¿de acuerdo?

-Descuida -contesté guardándomela en el bolsillo derecho.

A aquella hora, el tránsito humano no era tan grueso como lo habíamos sufrido el día anterior, sin embargo, estaba claro que el término tranquilidad no existía en Alöak. Muchos comerciantes yacía al lado de sus tenderetes y, pese a estar dormidos, al oler galeos se incorporaban, medio sonámbulos, retomando su cansina y persuasiva cantinela. También cave citar que, con la oscuridad que aún otorgaba la noche, era el

momento idóneo para los tratos más sucios. Muchos eran los traficantes que, medio a escondidas de los primeros transeúntes, intercambiaban todo tipo de objetos y materiales. Escurriéndonos entre esa curiosa fauna, evitando llamar en exceso su atención, nos plantamos en el muelle catorce a falta de media hora para las seis. El transporte a Edbük ya aguardaba amarrado. Sin embargo, aún tenía los motores parados.

-Bueno chico, ha llegado el momento...

-Sí –respondí nostálgico-. Pero no será para siempre.

-No sé cuanto tiempo me queda en Edbük -dijo Pegmar-, pero si pasáis cerca no dejéis de visitarnos. Todo el grupo se alegrará de veros.

-Descuida que lo haremos -respondí-. Habéis sido mi familia durante mucho tiempo y jamás os olvidaré. A propósito –continué empujado por la curiosidad-, ayer, cuando hablabas con Ebuar... No quería ser impertinente, pero me preocupó verte tan triste. Pasara lo que pasase, estoy seguro de que no fue culpa tuya.

-Veras Elidor... Hace más de veinte años...

-Tranquilo Pegmar -me apresuré a cortarle-. No hace falta que...

-Sí -respondió él-. Ya hace tiempo que debería habértelo contado. Cerrarme a ello no me hace ningún bien... Yo, hace muchos años, no era como ahora... Poseía un carguero mediano y hacía transportes al mejor postor. Tenía una mujer y una princesita de dos años. Todo era perfecto -añadió tras una breve pausa-. Todo, menos mi maldito carácter... Nunca tenía suficiente. Me auto exigía demasiado y si podía pasar con tres viajes, intentaba hacer un cuarto. Un día, habiendo llegado a destino después de completar dos encargos seguidos, me contactaron para uno urgente. Estábamos muy cansados, ya que hacía dos semanas que navegábamos y mi mujer no quería que lo aceptase. Sin embargo, cegado por la avaricia, me comprometí obviando su parecer. Discutimos de mala manera y, al saberlas dormidas, cerré el camarote y zarpé –La voz de Pegmar de desgarraba por momentos. Se notaba un gran peso en sus palabras, sin embargo, continuó narrando-. El carguero tenía una pequeña brecha en la sala de motores que debía ser reparada, sin embargo, no urgía, pues ya llevábamos meses así – hizo otra pausa, tragó saliva y con los ojos húmedos prosiguió-. Aquella noche debí morir... A las puertas de la madrugada, el carguero empezó a inundarse por popa mientras yo yacía medio borracho en cubierta. Fue el frío tacto del agua el que me

despertó. Reaccioné rápido, pero no a tiempo... Corrí hacia el camarote y busque la llave. Ni recordaba donde la había dejado, por lo que intenté romper la cerradura. Era muy tarde. El camarote estaba casi inundado, aunque aún se oían sus gritos. Lo intenté todo... Por el Gran Mar que lo intenté, pero no pude hacer nada para salvarlas...

Pegmar estaba emocionalmente roto. Echó a llorar resignado. Cubriéndose la cara con las manos, me confesó que muy pocos sabían su secreto y me pidió que no se lo contara a nadie.

-Aquella noche fue la peor de mi vida –prosiguió tras frotarse las lágrimas-. Por mi codicia lo perdí todo. Fue entonces cuando ingresé en Brey. El maldito abismo parecían el único purgatorio capaz de redimir mi culpa...

Tras aquel naufragio de Pegmar, se hizo un largo silencio. El ruido de los motores del carguero nos devolvieron al presente y yo, sin saber muy bien como consolarlo, me acerqué a él y lo abrace con todas mis fuerzas.

-Anímate Pegmar. Seguro que ahora, estén donde estén, están orgullosas de tí. El accidente no fue culpa tuya y bien sabes que intentaste todo para salvarlas. Supongo que no hay palabra que calme tu dolor, pero quiero que sepas que para mi has sido el mejor de los padres... Te quiero mucho y me duele verte así. No te creas, ni por un instante, que esto es una despedida.

-Gracias Elidor -respondió correspondiendo mi abrazo-. No temas por mi. Me pongo así cada vez que pienso en ello. Ya me pasará... Sé que no fue culpa mía, pero podía haberlo evitado. Este fue mi error y debo superarlo. Yo también te quiero –prosiguió con una pequeña sonrisa en sus labios-. Cuando llegaste a Brey, asustado e indefenso, te acogí como si fueras de mi propia sangre. Durante todos estos años, tu inocencia e ingenuidad me han ayudado a mejorar. Tú bondad me ha cambiado transformándome en un hombre infinitamente mejor a como era antes... Gracias Elidor.

Permanecimos abrazados, sin decir absolutamente nada, hasta oír la primera sirena.

-Ahora sí ha llegado la hora. Debo marcharme –dijo secándose las lágrimas-. Os deseo la mejor suerte del mundo y espero que nos veamos pronto.

-Descuida. Así será.

Nos despedimos con una sonrisa. Una sonrisa amarga, pero, a decir verdad, sincera. Aquella conversación estrechó aún más nuestro vínculo y nos permitió despedirnos con serenidad. Al poco rato de sonar la segunda señal acústica, el transporte empezó a moverse. Pegmar no salió a cubierta y, con una extraña mezcla de sentimientos, aguardé hasta que el navío se perdió en el horizonte.

Capítulo décimo sexto

Tras la puerta, entreabierta, pude ver a Teblor colgando de una estructura metálica que rodeaba el casco del Esfriudon. Con la ayuda de una inmensa pluma, lo había sacado del agua y lo mantenía derecho mediante unos enormes soportes de madera. Justo en aquél instante, empezaba a sacar el óxido incrustado mediante una pequeña y ruidosa herramienta circular.

Aquellos días en el taller me sentaron fenomenales y, además de aprender técnicas de reparación, adquirí valiosas premisas de navegación. El grueso de la reparación, lógicamente, recaía en Teblor, sin embargo, me dejó participar en todo el proceso. Su carácter abierto y la confianza mutua que nos teníamos el uno con el otro, propinaron una perfecta sintonía que resultó de lo más enriquecedora. Aprendí muchas cosas acerca de los metales y sus aleaciones, vi y utilicé herramientas que jamás habría imaginado, me enseñó a diferenciar las principales partes del motor, así como su funcionamiento...

El motor del Esfriudon era un antiguo motor diesel adaptado al katramol. Tras la primera década de la Nueva Edad, la escasez de carburantes clásicos obligó a adaptar los casi obsoletos motores de gasoil a una nueva, y más limpia, combustión de agua y katramol. Además de las principales partes de un motor, Teblor me recalcó la vital importancia de los depósitos de agua. El katramol era una sustancia mineral, extremadamente inflamable, que se utilizaba para acelerar el estado de ebullición del agua y, por consiguiente, mejorar el rendimiento energético del sistema. El abastecimiento de agua era un proceso muy ingenioso. Mediante un pequeño orificio en la parte más extrema de la quilla de proa, se canalizaba el agua de mar a un primer depósito. El agua prominente de ese depósito era obligada a pasar por un sistema evaporador complejo, ubicado dentro del propio bloque motor, que aseguraba dos funciones por un mismo proceso: en primer lugar, el agua fría mantenía el motor a una temperatura óptima de trabajo y, al ir calentándose, por su propia presión, atravesaba un serpentín debidamente calibrado que le ayudaba a alcanzar su punto de ebullición. Al finalizar el ciclo, esa agua perdía completamente su salubridad y era conducida a otros dos depósitos bien diferenciados. El más grande, el principal, era el encargado de

suministrar agua, con la justa mezcla de katramol, al motor, mientras que el segundo, algo más reducido, proporcionaba agua dulce a la tripulación.

Resultaba grato aprender de Teblor, ya que, además de ser un virtuoso con las manos, su conocimiento era impresionante. Sus lecciones no tenían desperdicio alguno, así como tampoco las del capitán Ker.

Kerrzab era un voraz lobo de mar confinado en tierra por la edad. Un hombre de arraigada tradición marinera que, desde hacía tiempo, formaba parte del mobiliario del taller. Un anciano solitario, y algo raro, que gastaba sus últimos años de vida entre las tabernas de la zona y el taller de Teblor. Ya fuese roncando despreocupado o contando, una y otra vez, sus viejas glorias marineras, Kerrzab era único. El capitán Ker, como le llamaba Teblor, me enseñó a leer cartas de navegación, mapas de coordenadas y a guiarme por un curioso objeto llamado brújula.

Aquellos largos días de lecciones intensivas fueron muy agradables y yo, como todo buen aprendiz que se precie, me empapaba de tanto cuanto podía. Flyt solía pasarse cada día por el taller, sin embargo, el único momento en el que intercambiábamos impresiones era tras la cena. Su rutina era muy distinta a la mía, pero igual de importante. Cada mañana, recorría los mercadillos de la zona en busca de todos aquellos productos que habíamos acordado la noche anterior y, tras comprarlos, los preparaba y ordenaba para su posterior traslado al Esfriudon.

Entre lecciones, reparaciones, compras y batallitas marineras, llegamos al quinto día de nuestra estrada en Alöak. El casco y el motor ya estaban remendados y tan solo faltaba darle una última mano de cera al metal para poder devolver el Esfriudon al agua. El capitán Ker me había cogido mucho cariño y como yo no osaba dejarle con la palabra en la boca, sus anécdotas se habían multiplicado por diez... Aún puedo ver su cara al hablar de los kuskis...

Me fue difícil guardar la compostura la primera vez que lo oí, pero resulta que Kerrzab ostentaba aún el récord en una extraña competición local llamada el mordisco del kuskís. La competición consistía en colgarse boca abajo, del lateral del buque, e intentar pescar a mordiscos... Los kuskís eran unos pequeños peces que, al verse acechados por una embarcación, saltaban fuera del agua de forma totalmente alocada. Obviamente, ganaba el marinero que lograra agarrar al kuskí más grande...

Kerrzab era un buen hombre. Un capitán estrafalario, sin barco ni tripulación, que sobrevivía gracias a sus recuerdos. Un profundo respeto hacía su soledad y, porque no decirlo, algo de pena, me obligaba a escuchar, una y otra vez, esas curiosas anécdotas fingiendo, en todo momento, asombro e interés. No eran muchos los que le dedicaban paciencia y él me lo agradeció. El día de nuestra despedida, visiblemente emocionado, me sorprendió con un regalo increíble. Quedé de piedra cuando abrí aquella húmeda caja de cartón y saqué, de entre un montón de serrín, una de sus maravillosas brújulas doradas...

Se acercaba la marcha y, teniendo casi todos los cabos atados, solo quedaba un detalle: el regalo de Alire. Aquella misma tarde, Aadrún nos acompañaría a comprarlo. No os mentiré si os digo que tenía unas ganas locas de conocer a Aadrún. Creía conocerla por las palabras de Flyt, sin embargo, la realidad superó mis expectativas. Su piel morena, junto a unos delicados rasgos faciales prominentes del Este, resultaban en una belleza que no dejaba indiferente. Flyt nos presentó formalmente, pero por lo mucho que habíamos oído hablar el uno del otro, teníamos la sensación de conocernos ya. Aadrún era deliciosa, aunque al primer momento pudiera parecer huraña e indiferente. Tras despojarse la armadura de la cautela, afloraba su bondad y fragilidad. Una preciosa flor superviviente en la oscuridad...

Paseamos toda la tarde, charlando y comprando los últimos menesteres y, al caer la noche, la invitamos a cenar en el hostel. Ahí fue cuando se desnudó completamente ante mí... Me contó que su última madrastra había muerto hacía cosa de un año y que su padre la obligó a ejercer... Gracias a su ingenio y a la ayuda de un antiguo cliente de su madre restaba apartada de la actividad por culpa de una falsa infección contagiosa. Unas viejas quemaduras en su muslo derecho colaban perfectamente como algún tipo de eccema infeccioso, sin embargo, todo y el testimonio de un médico, aquel engaño tenía los días contados... Ante la posibilidad de que su vida terminara rompiéndose en mil pedazos, miró a Flyt y, tras su aprobación, me soltó:

-¡Elidor! ¿Puedo venir con vosotros?

Se hizo un extraño silencio durante el cual todos cruzamos miradas.

-¡Por supuesto! –asentí rotundo- Supongo que ya lo habéis hablado y yo no soy quién para oponerme. Lo que tu padre pretende es una mezquindad y si puedo ayudarte, lo haré.

Flyt me miró afligido y dijo:

-¡Gracias! Sabía que dirías que sí, por eso se lo propuse. No te comenté nada porque ella misma quería decírtelo. No tenemos que cambiar el plan. Ella solo quiere alejarse de aquí e Ishör es un destino perfecto... Además –añadió irónico-, con ella a bordo ya no tendremos que comer solo latas de boikur...

-*Ha, ha, ha* –reí desenfadado-. Con boikur y pan seco no duraríamos mucho, que digamos... No tenéis que agradecerme nada –continué recuperando la seriedad-, sé lo importante que ella es para ti y, aunque no bajo estas circunstancias, ya había barajado la opción de llevárnosla. Es totalmente lógico que deseéis estar juntos.

-Gracias Elidor –añadió Aadrún llorando de felicidad-. Te estoy muy agradecida. Mi padre es una persona influyente en Alöak y poco más duraría el engaño.

-No me las des –le contesté cariñoso-. Esto no es un favor, es una premisa moral. Ninguna mujer debería ser obligada a vender su cuerpo. Me siento muy a gusto de poder ayudarte.

Terminamos la comida ultimando los preparativos y, al finalizar, Aadrún regresó al burdel para no levantar sospechas. Se marchó feliz y sonriente a sabiendas de que, en menos de dos días, saborearía la libertad. Durante esos días no supimos nada más de ella y, aunque Flyt no podía esconder su preocupación al respeto, así lo acordaron para fingir normalidad. Aprovechamos esos días para preparar el Esfriudon. Cargamos y organizamos todos los víveres y provisiones, adecuamos parte de la bodega como dormitorio de Aadrún y, en cubierta, transformamos el hueco de los camarotes en una improvisada cocina. La cubrimos con una lona impermeable y le añadimos un mobiliario austero y práctico: una pequeña cocina de leña, tres taburetes y un barril cortado como mesa. Tampoco olvidamos los servicios, ya que, con una mujer a bordo,

la cosa se complicaba un pelín... En la parte trasera de cubierta, justo en los límites de los antiguos camarotes, construimos una pequeña cabaña de madera con unas preciosas vistas al mar... Como techo, siguiendo los consejos de Teblor, utilizamos un depósito de agua que, a su vez, serviría de cisterna para la ducha.

Capítulo décimo octavo

Todo estaba listo. Aquella noche cenamos en compañía de Ebuar y su familia. Nos habían tratado de maravilla en todo momento y nos sentíamos en deuda con ellos. Tras hablar, largo y tendido, acerca de nuestros planes de futuro y de la nueva tripulante, les pagamos con un saquito de galeos y les hicimos entrega de un presente muy especial: un fragmento de ukog, tallado en forma de estrella, que Flyt había encargado para Adrún y que, tras el cambio de planes, acordamos regalárselo.

-Ésto es un pequeño detalle para que os acordéis siempre de nosotros –dijo Flyt entregando el presente a Ebuar.

-¡Uuuuu! ¡Muchísimas gracias –contestó él, visiblemente emocionado-! Hacía siglos que no lo veía... ¡Veis! Por esta preciosidad se jugaba la vida vuestro padre en el fondo del mar –les dijo, orgulloso, a sus hijas.

Una vez concluida la cena, pasamos al salón y, por puro compromiso, nos tragamos un par de jarras de una áspera bebida llamada Möishka.

-¿Cuántos grados debía tener ese licor? –preguntó Flyt agarrándose a la barandilla como si le fuera la vida.

-No tengo ni idea -contesté acalorado-, pero seguro que muchos. Me siento algo mareado y débil...

Acompañados de múltiples tropezones y risas, logramos llegar al vestíbulo de la cuarta planta. Poco más puedo contaros de aquella noche, ya que, sinceramente, no recuerdo ni meterme en la cama... Sin embargo, fuera como fuese, sobre las seis de la mañana ya caminábamos en dirección al taller de Teblor, dejando atrás la fantástica hospitalidad Rubbing.

-¿Has dormido bien?

-¡Como nunca! –respondió Flyt.

-Yo también –añadí- Hacía años que no me sentía tan energético. Con buen criterio nos invitó a beber Ebuar...

-Ni que lo digas. Con la ayuda de la Mōishka esa, no he tenido tiempo ni de sentir nervios... Bueno, ahora sí empiezo a notarlos -confesó sonriente.

Entre bromas y risas, fuimos cruzando las calles hasta llegar al puerto. Frente a la puerta del taller vimos como Teblor conversaba con un enigmático personaje...

-¡Alto! –exclamó Fly, aterrado, cogiéndome la mano-. Disimula –susurró-. Algo ha fallado. Deben haber descubierto a Adrún y Grektor ha mandado a uno de sus matones. Ese es el uniforme de seguridad del burdel.

-¿Crees qué? –respondí asustado, observando aquél hombre encapuchado-. ¿Qué podemos hacer?

-No lo sé –contestó nervioso- Lo mejor será dar la vuelta y regresar al hostal.

-¡No! Jamás me doblaré frente a un adversario y, además, debemos saber qué ha pasado con Adrún ¿no crees?

-Sí, pero...

Flyt me miraba sin comprender. Estaba realmente afectado y su juicio rebosaba miedo fruto de la preocupación de los últimos días.

-Cuida tus palabras Elidor. No es momento de heroicidades. Los secuaces de Grektor son asesinos adiestrados. Sabremos de Adrún acudiendo al burdel, pero si nos descubren ahora estamos perdidos.

-No te ofendas amigo mío –continué fingiendo serenidad-, pero que me azote alguien con esos pies tan bonitos creo que, incluso, puede gustarme...

Flyt, extraño a mis respuestas, revisó de nuevo a aquel hombre y, algo molesto, contestó:

-¡Jopé Elidor! Que cínico puedes llegar a ser... Yo aterrado y tu vacilándome con tus fantasías eróticas de matones con sandalias de mujer... Es que aún no me creo que

esto vaya a salir bien -concluyó sonriente... De hecho, ya sabía que era ella, ¿eh? Tan solo quería asustarte...

Capítulo décimo noveno

La emoción aceleraba nuestros corazones. Habíamos arrancado el motor, izado el ancla y restábamos, los tres, impacientes por zarpar. Teblor nos observaba desde el amarradero y yo, indeciso, agarraba fuerte el timón. Le miré, como pidiéndole permiso y, acto seguido, accioné la palanca. El Esfriudon, tras interpretar la orden, empezó a rugir...

-¡Hasta la vista Teblor! ¡Muchas gracias por todo! –grité, excitado, al notar un inicio de movimiento-. ¡Dale recuerdos al Capitán!

-¡Descuida por ello! –contestó, al mismo hacer señas con el brazo- ¡Que la fortuna os guíe!

Poco a poco, con mucha prudencia, fuimos alejándonos de él hasta rebasar la puerta del taller. Viré todo a estribor y, quedando totalmente paralelo al muelle principal, aumenté la velocidad. Teblor, ya desde cierta distancia, continuaba expectante a nuestras maniobras, mientras que Flyt y Adrún descargaban su adrenalina yendo de un lado para el otro sin saber muy bien que hacer. Adrún radiaba felicidad. No había navegado nunca y, al ser la primera vez que pisaba el Esfriudon, su excitación era máxima. Observaba, meticulosamente, cada detalle del buque y reía ante cualquier novedad. Mi felicidad, aunque algo más contenida, era igual de exultante. Me encontraba ebrio en sentimientos, forzando mi atención en el timón, pero con miles de imágenes y recuerdos revoloteando mi mente. Aún era temprano y, pese a notarse cierta actividad, el grueso de las embarcaciones restaban dormidas. Fue sencillo sortearlas, por lo que, tras superar aquella primera prueba con buena nota, el Gran Mar se postró ante nosotros. Aminoré la marcha degustando, de manera casi mística, aquellos primeros ápices de libertad. Cada uno se había afincado un sitio privilegiado. Flyt observaba el horizonte sentado en la parte más saliente de proa, mientras que Adrún, algo más rezagada y bien sujeta a un trozo de barandilla, hacía lo propio con los ojos empañados. Yo, de pie en el puesto de mando, acariciaba cariñosamente el timón y disfrutaba de la mágica brisa del amanecer. El Sol lucía un precioso velo anaranjado que, reflejándose en el agua, combinaba perfectamente con el azul celeste. Una bella mezcla de

sensaciones que me obligó, inclusive, a parar el motor para poder disfrutar plenamente de aquél momento: nuestra primera incursión en el mar. Al cabo de un buen rato, con el rumbo fijo y la velocidad constante, me senté junto a Adrún y le pregunté:

-¿Estás bien?

Tenía los ojos húmedos y su expresión facial deambulaba entre la alegría y la tristeza.

-No puedo evitar pensar en mi madre –confesó-. Ella nunca tuvo una oportunidad así y, aún así, siempre soñaba en que yo la tuviera. Vosotros me la habéis brindado y os aseguro que no lo olvidaré jamás. Voy a hacer que mi madre, esté donde esté, se sienta orgullosa de mí.

Rodeándole los hombros con mi brazo, respondí:

-Tu madre ya está orgullosa de ti. Has sufrido lo inimaginable y, a pesar de ello, has sabido salir adelante... Muchas personas, en tu misma situación, se habrían arrojado al precipicio... ¿Acaso puede haber mayor orgullo para una madre?

Me miró sonriente y, tras besar mi mejilla delicadamente, volvió su cara al horizonte. Yo, consciente de que aquél momento era suyo, no quise robar más protagonismo e, incorporarme de nuevo, avancé hasta la posición de Flyt.

-¡Esto es alucinante! –dijo al advertir mi presencia-. Que paz, que tranquilidad... En la vida había experimentado un momento así. Estamos dentro de tu sueño Elidor... gracias por invitarnos...

-Sí –contesté, sentándome a su lado-. En verdad, siempre dudé de que este día llegase y, ahora, estoy algo asustado... no sé que nos depara el futuro... de hecho, no sé ni si sabré llevaros a Ishör... No tienes que agradecerme nada -añadí emocionado-, eres mi mejor amigo y me siento más seguro teniéndote a mi lado.

Pasamos largo rato en silencio, introspectivos, felices, nostálgicos... Observábamos el mar al mismo tiempo que, mentalmente, dibujábamos nuestras opciones...

Cuando el Sol empezó a coger ventaja frente al idílico paisaje, me incorporé y grité enérgico:

-¡A toda la tripulación! ¡El capitán les insta a una reunión de urgencia en el puerto de mando! ¡Quién ose desobedecer las órdenes será obsequiado con un acelerado cursillo de buceo sin escafandra!

Al lado del timón, contigua a la improvisada cocina, estaba el puerto de mando. Un par de cajas de madera, unidas entre sí, formaban la plataforma ideal para extender los mapas y cartas de navegación y poder así, entre todos, debatir la ruta a seguir.

-¡Mirad chicos! Ahora debemos estar aquí –les dije señalando un punto en el mapa-. Debemos haber navegado unas cien millas en dirección noreste con respecto a Alöak y tenemos que llegar hasta aquí: Ishör.

La distancia, a juzgar por el mapa, no era mucha y, según mis cálculos de novato, en unos tres días deberíamos llegar a Ishör. Les enseñé a interpretar el mapa y sus coordenadas, así como a saber leer la brújula. Flyt lo tuvo fácil, ya que en su islamo, al igual que en Ishör, conocían los puntos cardinales y los situaban según factores naturales como la salida del Sol, su puesta o las brisas. A Adrún le costó algo más... Nada de extrañar si tenemos en cuenta que en Aloak se aprendía antes a contar galeos que a hablar... Además, la educación de un burdel, que digamos, no es precisamente amplia...

-¿Os habéis fijado en este islamo tan grande? –preguntó asombrada.

-Sí –contesté-. Parece un error de proporciones del mapa, pero es real. Kerzzab me ha hablado de él y, según parece, es el último vestigio del mundo antiguo...

-¡Increíble! –exclamo Flyt-. Por la distancia, con respecto a Ishör, parece estar lejísimos...

Una vez decidida la ruta, Flyt bajó a la sala de máquinas para comprobar el estado del motor. Accioné la palanca a medio recorrido y notamos como el Esfriudon aumentaba su velocidad considerablemente. Ante la limpieza visual del horizonte, bloqueé el timón y empezamos a organizar las rutinas de trabajo. Aadrún, como ya habíamos acordado, se encargaría de los víveres y la cocina. Flyt se auto proclamó encargado de mantenimiento general y yo quedé relegado a tareas de mando y a comodín para ambos. Lógicamente, todos esos trabajos eran relativos, ya que nuestro principal cometido era convivir, ayudarnos, disfrutar la experiencia y, sobretodo, llegar a Ishör... También organizamos turnos de vigilancia para mitigar las pesadas horas centrales del día y las nocturnas. El rumbo era algo que debía ser vigilado constantemente y, aunque yo fuese el encargado, no podía hacerlo solo.

Y fue así como, durante mi turno matinal del segundo día, nos topamos con el primer prodigio de nuestro viaje. El Sol empezaba a tostar con fuerza y, como por arte de magia, el tono del agua cambió de azul oscuro a plateado chispeante. Me resguardé bajo el toldo de la cocina y me lavé la cara pensando que aquella visión era fruto de un exceso de calor. Sin embargo, al regresar, continuaba ahí... Avisé a los chicos que, acudiendo de inmediato, quedaron igual de perplejos que yo. Poco a poco, con mucho respeto, nos acercamos al límite de la cubierta de estribor.

-¡Es increíble! –exclamó Aadrún, totalmente maravillada.

Flyt restaba sin palabras.

-¡Alucinante! –añadí-. Es un banco de peces nadando en la superficie.

-Debían estar a poca profundidad y el ruido del motor les ha atraído –añadió Flyt razonando el suceso-. ¡Por mi madre! ¿Cuántos debe haber? Y, como brillan...

Miles de peces se empujaban unos a otros para salir a la superficie. El ruido era abrumador. El brillo de sus vientres producía un bello efecto que abducía a su contemplación. Nos acompañaron durante un buen rato, lapsus en el que ni notamos

calor, ni vigilamos el rumbo... Desaparecieron de improvisto, igual que como habían aparecido: en un chasquido de dedos.

-¿Cuántas cosas restan por ver? –formuló Flyt, sonriente, en tono filosófico.

-Y por comprender -añadí-. Creo que empiezo a cogerle gusto a esto de ser viajero –concluí arrancando la tímida sonrisa de Adrún.

Capítulo vigésimo

-Cuéntanos algo más de Ishör –pidió Adrún, regresando a la mesa tras esparcir las últimas brasas humeantes de la cocina.

La noche vestía un cálido manto de estrellas y el Esfriudon, cual afiladas tijeras de sastre, cortaba el mar produciendo un sedoso susurro. La comida había sido riquísima y, plenamente satisfechos, restábamos tranquilos, sin ninguna prisa e inquietud.

-Pues veréis –empecé a narrar-. Ishör es un islamo pequeño en el que vivíamos un centenar de familias. No sé cuanto habrá cambiado en mi ausencia, pero según mis recuerdos, todos sus habitantes eran muy humildes. Vivíamos del conreo y del mar. No había industria y los pocos navegantes que fondeaban eran tratados con desconfianza. Mientras que los niños los considerábamos héroes, corriendo tras ellos en busca de aventuras, los mayores los ignoraban recelosos. Comparándolo con Alöak, os podría asegurar que es otro mundo. Un islamo intemporal, anclado en un olvido voluntario, en el que los pocos productos extranjeros que conocíamos eran fruto de los tímidos intercambios con navegantes. Ahí no había galeos, por lo que la base de nuestra subsistencia, por llamarlo de alguna manera, era el mero intercambio entre vecinos. Hubo una vez, en la que muchos hombres, animados por una estúpida promesa, se aventuraron al sur en busca de fortuna. Ninguno regresó -hice una breve pausa y proseguí-... Esto hizo que nos cerráramos, aún más, en nuestra comunidad, sin interesarnos jamás por lo que había tras el Gran Mar. Resumiendo –concluí-, Ishör es un oasis de tranquilidad, negado a la evolución por culpa de su propio carácter.

-¿Y, qué hay de tu familia? Flyt me contó que no tienes a nadie y que ese ímpetu aventurero proviene de tu madre. ¿Es eso cierto?

-En parte sí – retomé nostálgico-. De ella lo aprendí todo, sin embargo, el verdadero artífice fue mi bisabuelo. Murió afectado de sueño real poco después de que yo naciera. Mi abuela lo tachaba de charlatán, afirmando que había perdido completamente la cabeza. Esto, durante algún tiempo, distorsionó mis sentimientos hacia él, pero, afortunadamente, mi madre me contaba sus relatos de una forma muy

distinta y, aunque tampoco hablase mucho de la transición, me transmitió la parte más humana y soñadora de él. A mi padre –continué-, podría decirse que no lo conocí. Fue uno de los que se embarcó en aquel maldito navío, rumbo al sur, cuando yo tenía tan solo dos años. Mi madre murió a causa de una epidemia y mi abuela me dejó un año más tarde. En su falta, me acogieron los Ortoc, mis vecinos. Ya podéis ver –dije haciendo una pequeña pausa reflexiva-, que digamos, mi vida no ha sido precisamente un camino llano, aunque al pensar en la infancia, junto a mi madre, sí la recuerdo feliz.

-Una vida complicada –contestó Flyt-, pero ¿quien de nosotros no la tiene? Somos la tercera generación posterior al Gran Boom y aún seguimos pagando por ello. El mundo quedó reducido a escombros y de ahí tuvieron que resurgir nuestros antepasados. Mi familia se podría considerar normal –añadió-, sin embargo, el hecho de ser tantos, junto a la escasez de galeos, tampoco me lo ha puesto nada fácil...

Nos cruzó un amargo silencio tras aquella obviedad de Flyt, el cual, me apresuré en romper.

-¡Venga chicos! No podemos cambiar el pasado, pero vivimos un presente que nos pertenece. Tenemos la oportunidad de mejorar el futuro y debemos aprovecharla ¿no creéis?

-Puede que tengas razón –respondió Flyt algo cabizbajo-, pero ¿qué podemos hacer nosotros al respecto?

-¡Veréis! –arranqué emocionado-. El día en que limpié, por primera vez, el Esfriudon, cuando tú aún bajabas a la mina...

Aún hoy no comprendo el porqué de tal precoz confesión... Posiblemente, el clima de confianza que nos conectaba aquella noche influyera en ello, sin embargo, sentí la necesidad de hablarles del manuscrito de Johanthan y de sus últimas palabras. Los dos se mostraron atentos a mi explicación y, aunque seguramente no le dieron la misma importancia que yo, a ambos les llamó la atención el concepto: Motivo.

-Es extraño como describió al Frior ¿no creéis? ¿Qué clase de bestia podría ser así? –preguntó, pensativa, Aadrún-. Y, respecto a las últimas palabras de tu amigo: ¿qué quiso decir?

-No lo sé –contesté resignado-. Todo es muy confuso aún... Durante la reconstrucción del navío, me centraré en la lectura del diario. Creo que nos mostrará el camino a seguir. Tiene que ser muy importante para que Johanthan me lo confiase de la forma en que lo hizo.

Hablamos largo rato de ello y fue así, entre especulaciones, suposiciones y bostezos, como el sueño nos sorprendió.

-Podéis ir a dormir -dije arrinconando mi taburete-. Esta noche empiezo yo. Dejad la mesa tal cual, yo la recojo.

-¡A sus órdenes capitán! -respondió Flyt-. Antes del alba le relevo.

-¡Buenas noches Eli...! –añadió Aadrún, atrapando un bostezo impertinente.

Capítulo vigésimo primero

Cuando desperté, poco después del relevo de Flyt, el Sol se colaba, tenue, por las escotillas de ventilación. Debían rondar las ocho de la mañana y el lejano runruneo del motor era el único ruido que osaba molestar el alba. Al levantar la cabeza, ví como Adrún seguía durmiendo tumbada en su hamaca. Me levanté sin hacer ruido, cogí el mapa y subí a cubierta.

-¡Bueno días!- dije, en voz baja, al llegar junto a Flyt.

-¡Buenos días! –respondió extrañado-. ¿Ya estás despierto?

-Sí –contesté estirándome-. Supongo que algún día me acostumbraré a dormir sin colchón, pero por el momento... ¿Qué nuevas hay grumete? –pregunté sentándome a su lado.

-¡Calma! Mucha calma, mi capitán. El viento está estable, el mar en calma y los gaviones cubriéndonos desde el cielo –contestó siguiéndome la corriente.

-¿Y la novata? ¿Aún duerme?

-¡Afirmativo! –contesté-. Sigue colgando del techo. Curiosa manera de dormir esa... Parece querer olvidar Alöak a base de sueño...

-¿Crees que estamos en la ruta correcta? –preguntó Flyt, tras reír de mi ocurrencia.

-Creo que sí -respondí mirando el mapa-. Según las coordenadas y la brújula, estamos siguiendo la trayectoria correcta. No deberíamos tardar mucho en llegar a Ishör.

-¿Cómo lo reconoceremos?

-Ahí me has cogido –le dije sincero-. Visto desde el mar puede divergir mucho a mis recuerdos... En principio –añadí extendiendo el mapa encima de la mesa-, a nuestra latitud, solo hay Ishör. Lo demás son minúsculos islotes que no tienen ni nombre, cosa que da a pensar que deben ser muy pequeños.

-Es curioso saber plasmar la realidad en un dibujo... Cerca del amanecer, he avistado un par de pequeños peñones por estribor que, posiblemente, eran estos de aquí –señaló.

-Teblor me aseguró que este mapa era uno de los más fiables, pero me turba una cosa –añadí con tono de preocupación-. No hemos visto, ni que fuera de lejos, la

silueta de Edbük. Puede que lo hayamos franqueado durante la noche o que vayamos algo desviados, sin embargo, deberíamos haberlo visto... Si en un par de horas no tenemos indicios de él o de Ishör, recalcularemos rumbo.

-¡A sus órdenes capitán! –contestó Flyt incorporándose de un salto-. Oye, justo ahora iba a prepararme algo de comer ¿te apuntas?

-¡Alto ahí villanos! Ni os atreváis a poner vuestras sucias manos en mi cocina – gritó Aadrún asomando por el hueco de la escalera. ¡Buenos días a todos! ¿Me ponéis al corriente?

-¡Novata! ¿Acaso no conoces la norma trescientos cuarenta y tres del manual del navegante? Un grumete, en período de pruebas, deberá ser siempre el primero en levantarse y preparar, cada mañana, un exquisito desayuno para el capitán y su segundo al mando.

-Fanfarrón... No sé de donde sacarás tanta imaginación -le reprochó tras darle un beso-. ¡Toma! Ponte el delantal y empieza a menear los huevos...

-¡Bendito el mar y sus peces! –exclamé riendo- ¡Vaya con la novata! Yo de ti obedecería Flyt que la cosa va en serio y los huevos son fundamentales...

Entre jergas marineras, risas y tortas, preparamos el desayuno sin percatarnos de lo que empezaba a asomar por proa...

-¡Chicos! –dijo Aadrún dejando, repentinamente, su rebanada en el plato- ¡Mirad!

- ¡Ishör! –añadió Flyt, eufórico, tras girar la vista- ¡Tierra a la vista!

La locura se apoderó de todos. Terminamos de comer apresuradamente y, como si la llegada fuera a ser inminente, recogimos la mesa y corrimos hasta proa a observar, detenidamente, como aquel islamo se iba acercando.

-¿Es Ishör? –preguntó Aadrún.

-No sabría decirte –contesté-. Intento reconocer algún indicio, pero aún está demasiado lejos. Además, mis referentes desde el mar son más bien escasos...

A medida que nos íbamos acercando, aminoramos la marcha, virando, ligeramente, a babor con la intención de dar un rodeo al islamo. Su vegetación era

generosa y no se apreciaba una gran actividad náutica. Pequeños, y dispersos, amarraderos se repartían a lo largo de su litoral. Perfectamente podía tratarse de Ishör, pero, por desgracia, nada me era familiar.

-¿Qué dialecto se usa en Ishör? –preguntó Aadrún.

-Ishorës –contesté-. No es ningún dialecto de *único*, sino una lengua propia. Según se cree, es la evolución de alguna lengua madre de la antigua edad. Aún conservamos textos en los que se puede apreciar dicha escritura formada por símbolos y dibujos. Tras el seísmo, su variante escrita quedó reducida a una veintena de caracteres, por lo que se podría llegar a afirmar que el Ishorës actual solo se habla. El único no es muy querido aquí. Algunos ancianos lo conocen, pero no le dan la menor importancia. Johanthan, bajo la total indiferencia de los adultos, creó una escuela de único para los niños. Muchos acudimos a las clases, pero me temo que... ¡Ha, ha, ha! –reí gustoso- Deberéis fiaros de mis traducciones...

Seguimos virando alrededor del islamo sin que la memoria me ayudase lo más mínimo. Atrás iban quedando los pequeños amarraderos, así como alguna que otra barca de pescadores que, al vernos, declinaban sus miradas fingiendo no haber visto.

-A juzgar por el carácter de esos hombres, no hay la menor duda de que estamos en Ishör –bromeó Flyt tras saludar a uno de ellos que, al sentirse observado, y sin decir absolutamente nada, se puso a silbar recogiendo la red que, justamente, terminaba de lanzar.

Era bastante obvio: aquél era el típico carácter de la mayoría de habitantes de Ishör. Un carácter cerrado a la novedad y terriblemente miedoso a los cambios. Apenas quedaban dudas ya cuando, por nuestra izquierda, asomó el añorado muelle Clow. Se conservaba idéntico a cuando competíamos por hacer el mejor salto desde su poste más alto. Habían pasado más de diez años y era como si fuese ayer... Un muelle formado por tablones de madera entrelazados que penetraba en el mar y servía de amarradero para la flota pesquera de la familia Clower. No había ninguna barcaza amarrada y nadie regentaba la garita del guarda. Bajé la palanca del motor e intenté amarrar aprovechando

la inercia. Tampoco tuvimos mucha suerte esta vez... Quedando a poco más de cinco metros del muelle, tuvimos que volver a lanzarnos al agua para terminar, manualmente, la dichosa maniobra... Una vez amarrados, subimos a bordo y nos preparamos para desembarcar. Armados con una mochila y una botija de agua, tocamos tierra sobre las diez de la mañana. No recordaba un largo camino hasta el pueblo, sin embargo, el Sol empezaba a mostrar su descaro y debíamos ser cautos con la bebida. Al descender la rampa de embarque, nos pareció oír un extraño silbido. No divisamos a nadie, por lo que no le dimos la más mínima importancia, adjudicándolo a cualquier pájaro autóctono. No obstante, nada más lejos de la realidad... Ni dos minutos tardamos en comprobar que una década, para Ishör, era un simple abrir y cerrar de ojos. Nada, absolutamente nada, parecía haber cambiado...

Capítulo vigésimo segundo

*“Navegantes del Gran Mar, gente buena de verdad,
en Ishör acabáis de amarrar.
¡Pasad! ¡Pasad! No os marchéis sin relatar.
Navegantes del azar, viajeros del Gran Mar,
os daremos pan, cobijo y amistad.
¡Pasad! ¡Pasad! No os marchéis sin explicar”*

No pude evitar una sonada carcajada al ver la cara de terror de Flyt y Aadrún. Una generosa multitud de niños, de distintas edades, se avalanchó hacia nosotros cantando y brincando como posesos.

-¡No temáis! -les dije con cierta complicidad-. ¡Eh aquí nuestro comité de bienvenida!

Al instante, sin siquiera darnos cuenta, quedamos inmersos en una marabunta de críos excitados que saltaban, bailaban, cantaban, gritaban, nos tocaban... De no conocer el ritual, hubiera caído presa de un profundo miedo, sin embargo, muy a gusto, me entregué a él disfrutando como uno más. Enrolados en tan alocada y escandalosa procesión, llegamos, finalmente, a la plaza del pueblo. El camino no fue largo, pero entendí perfectamente el agobio con el que se presentaban los viajeros. Ahí nos esperaba la representación adulta y, como era de esperar, no se mostraba tan amable... Noté miradas y susurros que me dieron a pensar que, probablemente, alguien me había reconocido. De hecho, yo también reconocí muchas caras, aunque me era imposible ponerles nombre. Al llegar al centro de la plaza, los niños se sentaron frente a nosotros, formando un semicírculo, mientras que algunos adultos, a segundo plano, mostraban su indiferencia con aires de arrogancia. Tras el primer silencio, roto por el llanto de algún que otro bebé, se formó otro más angustiante. Todos esperaban presentaciones heroicas, relatos fantásticos, tesoros, dibujos increíbles... algo que les alejase, ni que fuera por un instante, de su monótona rutina. Nosotros no teníamos nada de eso y, ante el vacío, opté por lanzarme de cabezas:

-¡Buenos días a todos! –empecé en ishorës, creando un mayúsculo revuelo.

Flyt y Adrún tampoco me había oído nunca hablar ishorës, por lo que también me miraban sorprendidos. El resto de asistentes, contrarios a la idea de que un navegante hablase su idioma, restaba totalmente atónito.

-Posiblemente no me recordéis, aunque puede que os suene mi cara. Soy el hijo de Shālia –proseguí-. Me marché hace muchos años y ahora estoy de vuelta. Ellos –dije señalando a Flyt y Adrún- son dos buenos amigos y tenemos la intención de quedarnos en Ishör durante un tiempo. Me llamo Elidor, Elidor Ractsul y me alegro mucho de estar, nuevamente, en casa.

El alboroto, tras aquella corta, pero contundente, presentación, fue total. Todos susurraban señalándome y comentaban cosas entre ellos. De todas las voces que pude oír, una despuntó con claridad.

-¿Elidor? ¿Mi Elidor? –gritó una mujer, abriéndose paso entre la muchedumbre.
-¡Okfelía! –exclamé emocionado al verla.

No podía creerlo. Corrí hacia ella y la abracé con todas mis fuerzas. Era Okfelía Ortoc... Estaba igual que en mis recuerdos. Ni sé que le dije en aquél momento, tan solo recuerdo un tierno abrazo empapado en lágrimas de felicidad. Okfelía era una mujer de belleza innata. Su cara, todo y reflejar en forma de garabatos el paso de los años, conservaba aquellos bonitos rasgos que, sumados a un carácter afable y bondadoso, daban lugar a una mujer única.

-¡Estás hecho un hombre –dijo visiblemente emocionada-! ¡Que feliz me hace verte! –exclamó-. Al no saber nada más de ti, nos temimos lo peor... Al poco de tu marcha, corrió la voz de que aquél hombre era un tratante de esclavos.

-Debéis perdonarme –respondí algo triste-. Fue una verdadera insensatez... Tuve suerte de ser demasiado enclenque para sus planes. Me abandonó no muy lejos de aquí, en Edbük, una explotación minera dedi...

-¡Nada importa ahora! –me cortó sonriente-. Ya habrá tiempo para relatos. ¡Venid conmigo! Debéis estar cansados.

Y eso hicimos. Después de explicar, en tono exagerado y para único deleite de los más pequeños, nuestro viaje desde Alöak y regalar alguna que otra caja de lumines, seguimos a Okfelia. Todo se iba redibujando en mi mente. Era comfortable ver como, a pesar de los años, todo seguía igual... Durante el camino aproveché para hacer las presentaciones pertinentes e interesarme por Bräwn, los chicos y, sobretodo, Alire. Pregunté también por la casa de mi madre, por su estado y por si aún estaba deshabitada. Ella dijo que la casa estuvo cerrada durante mucho tiempo, pero que, desde hacía un par de años, Frucdok y Alire se habían mudado ahí para darle algo de vida. Al oír eso, no pude más que apenarme ante la lógica idea de que Alire hubiera formado una familia... Intenté disimularlo, reprimiendo las lágrimas y continuando la conversación como si nada, sin embargo, no os negaré que la parte más infantil y codiciosa de mi corazón se desmoronó por completo... Era más que normal, según las tradiciones ishöreñas, que una chica de veinticuatro años estuviera comprometida, casada e incluso tuviera descendencia. Mi carácter romántico y las largas horas en soledad habían alimentado una egoísta ilusión que, inequívocamente, había deformado la realidad...

Hablando del tiempo y de muchas otras estupideces, llegamos frente a la casa de Okfelia. Me había quedado con la mente vacía y cualquier tema era bueno para seguir fingiendo serenidad.

-Habéis modificado algo ¿verdad -dije al llegar junto a la casa-? La recuerdo distinta, aunque no sabría decir en qué.

-¡Buena memoria! –contestó Okfelia-. Sí. Ampliamos esta parte de ahí -dijo señalando el ala este-. Al aumentar la familia nos faltó espacio...

-Podíais haber usado mi casa. Os la cedí con pleno derecho.

-Sí, ya lo sabemos. Sin embargo, siempre confiamos en tu regreso –argumentó mirándome, tiernamente, a los ojos-. Además, tampoco sabíamos si en caso de hacerlo, lo harías solo...

Nos abrazamos nuevamente y, empapado en lágrimas, le di las gracias por todo. No pude reprimirme más, pero, afortunadamente, mi llanto quedó bastante disimulado por la tierna mezcla de emociones.

-Prepararé algo de comer –dijo invitándonos a entrar-. Mientras tanto, podéis asearos y ponerlos cómodos.

Nos mostró el baño y le entregó a Adrún una bandeja con toallas, hierbas y bálsamos aromáticos.

-Si lo prefieres –me dijo-, puedes acercarte a tu casa. Debes estar deseoso de verla y puede que encuentres a Alire. Se llevará una grata sorpresa al verte –añadió al mismo dirigirse a la cocina.

-¡Que mujer tan agradable! –dijo Adrún-. No he entendido ni papa de lo que me ha dicho, pero su mirada y la forma de hablar emanan confianza. Parece entrañable.

-¡Lo es! –contesté-. Cuando faltó mi madre me acogió y me cuidó como a uno más de sus hijos. La quiero con toda el alma... Vosotros ponerlos cómodos –retomé tras una pequeña pausa-. Yo me adelanto a casa para disponer las habitaciones y saludar a Alire.

-De acuerdo –respondió Flyt acomodándose en el sofá-. Tómate tu tiempo pillín.

Flyt era la única persona que sabía de mi verdadero amor por Alire. Un amor platonizado por el tiempo que, de la noche a la mañana, se encontraba al borde del precipicio. No le dije nada de lo que Okfelia me había contado, simplemente sonreí y salí por la puerta trasera. El jardín de los Ortoc, llevaba a una pequeño sendero vecinal desde el cual ya se veía la casa. Ahí estaba, a escasos metros de mí, la mágica fuente de recuerdos de infancia. No había cambiado un ápice: su esbelta chimenea, sus soleadas ventanas, el pequeño porche donde se sentaba mamá, el viejo roble doblado... Caminaba

despacio, observando cada uno de los insignificantes detalles que me habían salvado en el fondo del mar... Nunca había pensado que me alegraría tanto volver a verla. La excitación no alcanzaba a cubrir la profunda decepción por lo de Alire, sin embargo, me permitió separar las cosas y gozar de aquél reencuentro emocional. La puerta principal estaba abierta y no se oía ruido alguno en su interior. Poco a poco, como suspendido en un sueño, la crucé y me dejé llevar por la golosa ansia de ver más. Fui recorriendo todas y cada una de las habitaciones inferiores hasta quedar paralizado frente a las escaleras. Desde ahí, se veía perfectamente aquella dichosa puerta de color azul claro. Era la puerta de la habitación de mamá... Los años habían atenuado la imagen, pero aún restaba demasiado viva en mi mente. Me armé de valor y subí las escaleras con la mirada fija en su cerradura. Por más que intentara obviar el recuerdo, la desoladora imagen de una sábana cubriendo todo su cuerpo me oprimía el corazón...

Os puedo asegurar que llegué a la puerta. De hecho, incluso recuerdo agarrar el pomo y abrirla, sin embargo, tras esto, un ruido, una sombra y oscuridad...

Capítulo vigésimo tercero

Desperté tumbado en la cama, en una habitación a media luz y con una fuerte sensación de mareo. Me llevó algún tiempo situarme, ya que todo me era inequívocamente familiar. A los pies de la cama, pude distinguir a una mujer, sentada, mirando a través de la ventana. Al rato de observarla, pregunté:

-¿Qué ha pasado? ¿Quién es usted? ¿Estoy en mi habitación? ¿Mamá?

La mujer me miró, sonrió y dijo:

-¡Por fin! Empezaba a preocuparme...

Su voz me devolvió a la realidad. Era Adrún y, acercándose a mí, continuó:

-¿Cómo te encuentras? ¿Te duele mucho? Alire te confundió con un ladrón y te pegó con un bate.

-Supongo que estoy bien –respondí forzándome a recordar-. Me duele mucho la sien y todo gira a mi alrededor, pero... sobreviviré –añadí mostrando una de mis feas sonrisas de compromiso-. Debió ser un golpe durísimo, porque no recuerdo nada de lo que pasó tras abrir la puerta de la habitación de mi madre. Y ella, ¿está bien? ¿cuánto llevo así? ¿y Flyt?

-Tranquilo –dijo ayudando a sentarme y colocando un par de almohadas bajo mi espalda-. No te agobies con tantas preguntas.

Me acercó un vaso de agua y me dijo:

-Llevas en la cama desde ayer al medio día. ¿Te acuerdas de algo? Alire -prosiguió tras mi negación- estaba en el huerto y oyó ruido dentro de la casa. Preguntó un par de veces y al no obtener respuesta se armó con un bate para comprobarlo. Recorrísteis el primer piso por distintos caminos y, por lo que parece, os encontrasteis en la habitación de tu madre. Tras golpearte, presa del pánico, Alire corrió hacia su casa

para avisarles. Al ver a Flyt, sobresaltado y sin saber contestar a sus preguntas, también intentó agredirle. Afortunadamente, al oír los gritos, Okfelia salió de la cocina y lo aclaró todo. Pasado el susto, Alire nos contó lo que había pasado y corrimos a buscarte. Estabas tirado en el suelo, sangrando e inconsciente. Te metimos en la cama y avisamos al médico que, tras hacerte pruebas, descartó lo peor. Desde entonces, Alire no se ha separado de ti. Ahora duerme. Flyt –continuó explicando-, ha regresado al Esfriudon con Frucdok y Bräwn para recoger los últimos bultos del equipaje. Relájate. Voy a buscarla. Me ha pedido que la avise en cuando te despiertes. La pobre está destrozada...

Adrún salió de la habitación y me quedé solo. Intenté recordar lo sucedido y, entre imágenes borrosas, me di cuenta de lo necio que había sido. Que reencuentro tan patético... con la de veces que lo había soñado...

Al poco rato, la puerta se abrió de nuevo. Al momento, no pude concretar de quién se trataba, pero al abrir un poquito más la ventana vi que no era Adrún. Llevaba el pelo desecho y vestía un largo camión blanco.

-¿Como te encuentras Elidor? Cuanto lo siento. Yo...

Al verla ahí delante, a escasos centímetros de mí, me olvidé momentáneamente del dolor... Su mirada era la de la niña que habitaba en mis recuerdos, sin embargo, el resto del cuerpo correspondía a una bella mujer. Estaba preciosa y noté unas ganas locas de saltar de la cama y abrazarla, aunque la patética realidad solo me dejó hablar:

-¡Estas perfecta! ¡Cuanto tiempo esperando este momento! Me alegra mucho verte, aunque... jamás había imaginado estas circunstancias – reí, tímidamente-. Durante todos estos años no he podido olvidarte y me he preguntado, constantemente, como serías y si te acordarías de mí. No te sientas mal por lo ocurrido, toda la culpa fue mía. No llamé al entrar, ni me presenté.

Sonrió afligida y contestó:

-A decir verdad, me diste un susto de muerte –sonrió de nuevo-. Últimamente están pasando cosas raras en Ishör y estamos todos algo alterados. Sin embargo, esto no me exime de culpa, ya que debería haberme fijado antes de pegar. Lo siento mucho. Yo... no sé que decir...

Se sentó en la cama y me abrazó delicadamente. Me dolió, y mucho para ser sincero, pero no me quejé. Hacía muchos años que lo soñaba y no quise estropear el momento. Repasamos nuestras vidas, extensamente, desde el maldito día en que nos nos separamos. Le conté todo acerca de mi trabajo en la mina, de Pegmar y mis amigos en Edbuc, del accidente de Johanthan, el viaje a Alöak... Ella, a su vez, me correspondió contándome que se había instruido en el arte de la meteorología con la finalidad de predecir nubes tóxicas y tormentas y que lo había hecho en un islamo próximo llamado Zaröh en el que, entre muchas otras cosas, había perfeccionado su único. Hacía algo más de un año que había regresado a Ishör con la intención de crear su propio laboratorio y centrarse en la investigación de esta zona. También me habló de su familia, de viejos amigos y de sus aspiraciones... No dijo nada de Frucdok y yo tampoco pregunté. Aquél momento, por insignificante que fuese, era mio y, consciente de ello, la quería solo para mí...

La escuchaba encantado cuando, de repente, alguien llamó a la puerta.

-¡Adelante!- dijo Alire, levantándose sobresaltada.

-¿Como está el paciente? ¿Se ha centrado o sigue igual de loco que antes?

Era Flyt y, tras disculparse por la intromisión, se acercó hacia mí.

-Menudo reencuentro –dijo mirando de reojo a Alire-. Cuidado con ella que es de armas tomar...

Sus palabras y gestos arrancaron la tímida sonrisa de Alire que, pícara, añadió:

-Ríete, ríete que tu te salvaste de milagro... Suerte que salió mi madre...

-Que razón tienes mujer. Cuando te vi venir hacia mi con el bate en las manos... Entre los críos cantando y tu con el bate, ya me veía flotando entre verduritas en un puchero gigante...

Los tres reímos a gusto, aunque yo lo pagué caro. Al reír, despreocupado, todos los músculos de la cara me dolieron haciéndome saltar alguna lágrima...

-Pues nada chicos, os dejo solos. Voy a ayudar a mamá a preparar la comida que, esta vez sí, toca presentación al completo.

Alire me dio un tímido beso en la mejilla y, tras despedirse de Flyt, se marchó cerrando la puerta a su paso. Mientras me ayudaba a incorporarme, Flyt me puso al día de las novedades.

-¿Qué tal es Frukdoc? –pregunté.

-Pues... No sé qué decirte –contestó mecánicamente-. Parece buen chico. Ni él, ni Bräwn hablan único por lo que nuestras conversaciones se han limitado a gestos cordiales.

No le conté nada. Parecía no haberle dado la menor importancia, por lo que cambié, sutilmente, de tema. Eso de “buen chico”, en boca de Flyt, ya me valía, desafortunadamente, como “correcto” para Alire... Hablando, precisamente, de ella, terminé de vestirme y asearme. La cabeza me dolía mucho, pero tenía hambre. Además, también me apetecía ver a Bräwn y al resto de la familia.

Okfelia acudió la primera, abrazándome y disculpándose por lo ocurrido. Detrás suyo, Bräwn. Él, obviando a Pegmar y en cierto modo a Johanthan, había sido lo más parecido a un padre que jamás había tenido. Un hombre afable y seguro de si mismo que siempre me había ayudado en los momentos difíciles. Incluso en vida de mi madre, cuando precisaba de maña y fuerza, recurría a él. Al sentirme entre sus brazos, después de tanto tiempo, noté una agradable sensación de bienestar.

Sentados en el sofá, mientras las mujeres ultimaban la comida, me habló de los chicos. Por edad, me acordé de Midok, Jinoug y Spark. Midok era el mayor y debía

rayar los treinta y cinco años. Jinoug venía por detrás y a Spark, siendo un par de años menor que Alire, le recordaba como al descarado e insolente mocoso que nos seguía a todas partes. Al pequeño no tuve tiempo de conocerle. Aprovechamos, también, para hablar con Bräwn del Esfriudon y el precario estado de su madera. Entre conversaciones dispares y traducciones simultaneas, llegaron los chicos. Casi al mismo tiempo, como a propósito, salieron ellas de la cocina con platos y bandejas humeantes. A juzgar por las atenciones, entre Aadrún y Alire se empezaba a crear un bonito vínculo de amistad.

-¡A lavarse las manos y a la mesa! –ordenó Alire a sus hermanos al pasar junto a ellos.

Una vez sentados, Bräwn nos presentó debidamente. Midok y Jinoug se acordaban de mí, mientras que yo, para Spark, tan solo era un vago recuerdo. Ante mi total sorpresa, Frukdoc no era el prometido de Alire, sino su hermano pequeño de nueve años de edad...

La mesa rebosaba comida, por lo que, tras las presentaciones, nos dedicamos a degustarla debidamente. Comimos, bebimos, charlamos y nos pusimos al día de cuantas cosas habían pasado en Ishör, Edbük y Alöak. A medida que transcurría la cena, me sentía mejor. El dolor de cabeza no menguaba, pero las tímidas miradas cruzadas con Alire me llenaban de esperanza.

Pese a que Ishör parecía igual, durante mi ausencia había cambiado en cuanto a estructura social. Además de una junta de decisiones, se había creado una cooperativa encargada de gestionar los recursos. Ahora, todos los vecinos trabajaban por un mismo fin. Jinoug, Spark y Frukdoc cultivaban la tierra, mientras que Midok se enroló en la antigua cofradía Clow. Dicha familia, los Clower, siendo una de las precursoras del cambio, había cedido, desinteresadamente, toda su flota a causa. Este nuevo, y equitativo, método de gestión implantó mejoras en el islamo y concluyó con los antiguos intercambios familiares. Bräwn, a pesar de no ser remunerado, continuaba tallando madera. Era su pasión y le había convertido en uno de los mejores carpinteros del islamo, por lo que no era nada de extrañar que en casi cada hogar hubiera alguna de sus obras... Esto le otorgaba respeto entre la comunidad y, por consiguiente, su voz gozaba de cierta ventaja en las reuniones de la junta. Con cierta preocupación, nos

comentó que, desde hacía algún tiempo, pasaban cosas raras en Ishör. Algunos vecinos habían visto gente extraña morando los huertos y se habían echado en falta un par de ovejas. Creían que podía tratarse de algún viajero errante, aunque hacía mucho tiempo que no fondeaba ningún barco. Todos estaban preocupados y, tras haberlo tratado en las últimas reuniones, la falta de pruebas les hacía actuar con aparente normalidad.

-¡Vigilar! ¡Vigilar y actuar! Eso deberíamos hacer en vez de temer por nuestra seguridad -añadió Midok dando un ligero puñetazo en la mesa.

-Sí. Puede que tengas razón hijo, pero el pueblo está asustado y nadie se atreve a hacer guardia pasado el anochecer -respondió Bräwn.

-¡Los jóvenes! Deberíamos ser los jóvenes los que vigilásemos de noche - replicó Spark ante la rotunda aprobación de sus hermanos.

-Calma hijos míos -pidió Okfelia-. Es verdad que no deberíamos dejarnos robar, pero ¿y si el que lo hace, lo hace por necesidad?

-Puede -respondió pensativo Bräwn-... Sin embargo, de ser así, deberíamos saber quién es para poder ayudarlo, ¿no crees?

Después de la pertinente traducción de Alire se hizo un pequeño silencio.

-Perdonad que me entrometa -dije tras beber un sorbo de agua-. Aquí reunidos ya somos siete. ¿Por qué no montamos guardia por nuestra cuenta, sin llamar la atención de los vecinos? Vosotros -dije dirigiéndome a los chicos-, sabéis cuales han sido los huertos afectados ¿no? No hace falta que salgamos a defender nada, simplemente nos escondemos y vigilamos para dar con el impostor.

-¡Buena idea! ¡Si señor! -respondió Midok, tras considerarlo brevemente.

-¡Yo también me apunto! -añadió Flyt, tras escuchar la traducción.

-¡Ese Elidor! No has cambiado ni un ápice -dijo Okfelia con una tierna sonrisa-. Estás tu para guardias... Sigues teniendo el corazón de aquel niño valiente que siempre defendía a Alire... Me acuerdo de cuando no pudo trepar aquel viejo cerezo y todos...

-¡Mamá! -la cortó sonrojada Alire-. No hace falta que sigas... eso no lo voy a traducir.

Capítulo vigésimo cuarto

Amanecía el tercer día en Ishör. Por suerte, el dolor de cabeza había desaparecido y, aunque quedaba la parte visible del golpe, mi cerebro podía volver a pensar con normalidad. Estaba tirado en la cama, recorriendo visualmente la habitación sin reparar en nada. Mi mente fluía de un tema a otro, perdiéndose, de vez en cuando, en el vacío. Pese a un ligero mareo, me sentía bien. Flyt y Adrún se hospedaban en la habitación contigua, la que, en su día, perteneció a mis abuelos. Alire dormía en la de mi madre y Frukdoc regresó a su casa. Él era demasiado pequeño como para entablar amistad con nosotros y sin rencor alguno, cogió sus cosas y regresó con sus padres. Alire, por respeto a nuestra intimidad, también quiso regresar, pero no la dejé. La persuadí con la excusa de que Adrún se sentiría más a gusto con otra mujer en casa y, aunque creo que me caló, aceptó gustosa. De hecho, hacía un par de meses que había empezado la construcción de un observatorio en la azotea y le motivaba la idea de poder terminarlo.

La mañana se alzaba radiante. A través de la ventana se veía el pueblo, los pastos e, incluso, a lo lejos, el mar. Comparándolo con la sobriedad de Edbük, Ishör era un paraíso. Debían rondar las siete de la mañana y, entre el piar de los pájaros, se distinguían unos suaves golpes en la tierra. Flyt y Adrún dormían. Su puerta estaba cerrada y no se intuía movimiento alguno en su interior. Bajé las escaleras y me dirigí a la cocina con la intención de preparar el desayuno. Tras beber un zumo de manzana, prepare otro para Alire, la cual, dejando la azada en el suelo e incorporándose, me lo agradeció.

-¡Muchas gracias! –dijo aceptándome el baso-. ¿Qué tal te encuentras? ¿Te he despertado?

-No, que va... Tranquila mujer. Me encuentro mucho mejor –respondí sonriente-. A decir verdad, casi ni me duele.

-Me alegro –contestó-. Ni te imaginas lo mal que me sabe todo aquello.

-No te preocupes. Soy un cabezota y un golpe como ese no es suficiente para tumbarme, aunque... con dos puede que sí... –añadí provocando su graciosa sonrisa.

-¿Que vais a hacer hoy? –preguntó tras beber un sorbo de zumo,

-No lo sé. No tenemos nada planeado. Los chicos aún duermen y yo quería acercarme al Esfriudon a buscar una cosa que me olvidé. A la vuelta, querría pasarme por el taller de tu padre ¿Te gustaría pasear conmigo esta tarde?

-Sí. Estaría bien –respondió alegre-. En verdad, ya casi he terminado con esto, por lo que, si te apetece, puedo acompañarte al muelle. Me gustaría ver la barcaza del señor Mcwil después de tantos años.

Así lo hicimos. Mientras ella terminaba y se aseaba, preparé algo de comida para los dos y, en apenas una hora, ya partimos dirección al muelle Clow. Lo primero que hicimos, al llegar, fue presentarnos al guarda y pedir disculpas por el amarre.

-¡Buenos días! –dije al llegar a la ventanilla.

-¡Buenos días! -respondió mecánicamente un hombre ajetreado-. ¿Tú debes ser el chico de Shālia? –preguntó, al rato, tras observarme.

-¡Sí señor! Elidor Ractsul, para servirle. Quisiera pedirle disculpas por haber amarrado sin permiso. Restaremos algún tiempo aquí, por lo que, una vez contrate un amarre les pagaré por las...

-Tranquilo chico –me cortó sonriente-. Ya lo hemos retirado un poquito para que no moleste. Este muelle es propiedad de la cooperativa y en él amarran y zarpan barcas constantemente. Tu barcaza es grande, por lo que, donde estaba no podía quedarse. Se dio la casualidad de que llegasteis a la hora de mi descanso matinal, porque sino ya os lo habría anunciado. De todos modos –prosiguió-, ahí donde está –dijo, señalando al Esfriudon-, no estorba en absoluto. Bienvenido de nuevo a Ishör hijo – concluyó, estrechándome la mano, a través de a ventanilla-. Me alegra volver a verte.

-¡Muchísimas gracias señor! Le estoy muy agradecido.

Tras despedirnos de él y alejarnos unos metros, le susurré a Alire:

-¡Oye! ¿Quién es? Su cara me es muy familiar, pero no sabría decirte...

Alire me miró y, sonriendo tímida, contestó:

-¡No te acuerdas de él? Es Frazzo, Frazzo Clow.

-¡Frazzo Clow! –exclamé en voz baja.

Claro que me acordaba de él. El más pequeño de la nisaga Clow y, a la vez, la víctima número uno de nuestras travesuras infantiles.

-Como nos pasábamos con él -reflexioné en voz alta-. Con lo bueno que era y le hacíamos toda clase de perrerías. Recuerdo aquella vez que Wingz fingió ahogarse. Pobre Frazzo, se asustó tanto que, sacándose los pantalones para tirarse al agua, resbaló y se dió un golpe terrible. Entre todos, fuimos nosotros los que tuvimos que sacarle a él ¿te acuerdas?

-Sí –respondió cómplice-. Cuando eres niño no reparas en el daño que pueden causar tus travesuras. Todo lo filtras con un prisma irreal y egoísta que no distingue de lógica alguna. Suerte que los mayores, bajo el recuerdo de que alguna vez también fueron niños, saben perdonar, que sino...

-Cuanta razón tienes –asentí-. La de paciencia que tubo Frazzo con nosotros...

Continuamos andando hasta rebasar el muelle principal. En uno de sus laterales, amarrado a un viejo poste de madera, se encontraba el Esfriudon. Al verlo, Alire no supo que decir y, tras subir a bordo, se mostró completamente desconcertada.

-¡No puede ser! –dijo observándolo detenidamente-. ¿Qué ha pasado aquí? Apenas puedo recordar nada... Tienes que contarme de nuevo lo del frior... ¡Que barbaridad!

Nos cobijamos del Sol en la bodega y, sentados en la hamaca de Adrún, le conté, con gran lujo de detalles, todo lo ocurrido desde aquella plácida mañana de pesca en el espigón Norte. Además, le enseñe el diario y le invité a su lectura. Ella se mostró muy atenta e interesada durante toda la explicación, al igual que minuciosa a la hora de ojear el diario.

-Que final tan injusto... Pobre señor Mcwil... Y, ¿qué piensas hacer al respecto?

-No lo sé –contesté inseguro-. Me veo con la obligación moral de estudiar detenidamente el diario e intentar descifrarlo. Él le dio mucho énfasis antes de morir, por lo que creo que su interpretación es importante.

-¿Saben de este diario tus compañeros?

-Sí. Se lo conté durante el viaje y están decididos a acompañarme hasta el final.

-Entonces –preguntó Alire algo decaída-, vuestra estada en Ishör no va a ser larga ¿verdad?

-No debería serlo –contesté afligido-. Pensábamos quedarnos el tiempo justo de reparar el Esfriudon y cargar provisiones... Pero, si te soy del todo sincero, tampoco sabemos como proseguir...

No volvió respuesta. Asintió con la cabeza, se levantó y prosiguió la inspección de la bodega. Salimos del buque y, con el diario resguardado en mi bolsillo derecho, nos dirigimos al taller. La carpintería de Bräwn se encontraba a unos pocos kilómetros al este del muelle. Un robusto cobertizo servía de taller, mientras que otro, algo más reducido, hacía de almacén para las maderas. Justo al lado de este segundo cobertizo, había una vieja y descuidada pasarela de amarre por donde se descargaban los troncos prominentes de distintos puntos del islamo. En seguida vimos a Bräwn. Acolchado sobre una gruesa capa de aserrín, pulía una maravillosa pieza trenzada. El olor que desprendía la madera recién cortada era fuerte. A mi no me molestaba, al contrario, me recordó los viejos tiempos, sin embargo, a Alire nunca le había gustado y, por la mueca que puso al acercarnos, vi que seguía sin gustarle...

-¡Buenos días papá! –gritó desde cierta distancia.

-¡Buenos días! –contestó Bräwn tras mirarnos.

-¡Elidor quiere hablarte del buque! –añadió acercándose y agudizando, aún más, aquella graciosa mueca.

-¡Un segundo! -respondió-. Terminó esto y hablamos.

-Veo que sigue sin gustarte el olor a madera -le dije mientras nos apartábamos del taller.

-¿Tanto se nota? -respondió ella sonriente-. En verdad nunca me ha gustado y esto que, siendo hija de un carpintero, debería haberme acostumbrado...

-No te apures mujer. Yo la soporto, pero reconozco que es fuerte. ¡Toma! Seguro que esto huele mejor -dije alargándole una azucena recién cortada.

No supo responder mi detalle. Olió la flor delicadamente y me miró algo sonrojada...

-¿Como estás muchacho? -preguntó Bräwn, sacudiendo los restos de serrín de sus pantalones.

-¡Mucho mejor! -respondí regresando al mundo real- Ya casi no me duele la cabeza y los moratones han bajado bastante. Querría hablarte del Esfriudon.

-Tu dirás -añadió atento, sentándose a nuestro lado.

Empecé por describirle la idea de camarote: una edificación de doble piso, en la que, su parte inferior, albergase la cocina, el baño y la sala de mando, mientras que la superior estaría destinada a los dormitorios. Bräwn, tras imaginarlo mentalmente, mostró cierta indecisión. Por el espacio que recordaba de su visita con Flyt, no creía posible semejante construcción, sin embargo, se comprometió a tomar medidas y estudiarlo detenidamente. También le hablé del mástil central, el hueco de escalera y la barandilla exterior.

-No puedo dejar de pensar en la trágica historia del señor Mcwil -dijo Alire, oliendo la azucena, tras la marcha de su padre-. Por más que lo intente, no logro imaginarme a un frior.

-Un frior, según los relatos marineros, es un monstruo. Un animal de la antigua edad que devora todo lo que encuentra a su paso. A mi también me cuesta imaginarlo ya que, incluso los bocetos de los navegantes se contradicen. A pesar de todo, lo que si es cierto es que aquella mordedura no es de un animal común... Además -añadí-, tampoco entiendo como un hombre, a las puertas de su muerte, se pueda preocupar tanto por un objeto y un motivo. Este diario -dije llevándome la mano al bolsillo- tiene que ser muy especial.

-Sí -respondió Alire pensativa-, puede que lo sea, pero, de todos modos ¿quién puede ayudarte a descifrarlo?

-No lo sé. Dudo que alguien en Ishör sepa nada al respecto, por eso me centraré en su lectura. Más que nada para ver si doy con alguna pista que nos permita dar un siguiente paso.

Durante el camino de vuelta, Alire me habló de su trabajo y la importancia de poder predecir tormentas y, sobretodo, las nubes tóxicas. Me comentó que las zonas conocidas como muertas no eran más que territorios contaminados por moléculas malignas desprendidas por el Gran Boom y que, a merced del viento, se iban desplazando a lo largo y ancho del planeta. Era por ese motivo, el de poder predecir sus futuros emplazamientos, que era vital constituir un mapa del cielo en el que apareciesen las corrientes de aire. Eso era a lo que se dedicaba desde su regreso de Zaröh: a confeccionar un riguroso estudio celeste de toda nuestra zona. También me explicó que, para observar el cielo, se servía de una antigua herramienta llamada: telescopio.

-Pero –pregunté ingenuo-, con levantar la vista ya podemos verlo ¿no? ¿Para qué sirve, entonces, ese telescopio?

Capítulo vigésimo quinto

-¡Eh ahí los tortolitos! –gritó Flyt desde el porche. Nos teníais preocupados...

-Hemos estado en el Esfriudon y con Bräwn –dije al llegar junto a ellos-. Sí que es verdad... Te veo muy preocupado aquí sentado y con una taza de café en las manos... ¡Esto sí es un amigo!

-Es para matar los nervios, chico -respondió Flyt fingiendo mal estar-. Ya no sabía que hacer... Últimamente no damos para sustos...

Tras reír su ocurrencia, Aadrún preguntó:

-¿Y qué le parece nuestra idea de camarotes?

-En principio bien, aunque duda del espacio. En cuando tenga un momento cogerá medidas y dibujará un boceto de prueba.

Tras acomodarnos en el porche, hablamos del diario y discutimos posibles directrices a seguir. Todo era muy confuso aún, pero coincidimos en que nos merecíamos un pequeño descanso antes de partir. Acordamos posponer la decisión para cuando supiéramos algo concreto acerca de la reparación del Esfriudon. Al cabo de un rato, Alire nos dijo que debía realizar sus mediciones diarias y nos invitó a asistir. La seguimos por toda la casa hasta llegar a las escaleras del desván. Hacía una eternidad que no subía ahí y la verdad es que no parecía el mismo. Lo había transformado por completo. Aquél recuerdo oscuro y polvoriento se había convertido en un sitio claro, limpio y elegante. Pese a que estaba por terminar, el color blanco de sus maderas lo convertía en un lugar agradable en el que, gracias a dos enormes ventanales, rebotaba la luz. Repartidas por la sala, había tres mesas repletas de papeles así como varios artilugios de medición. Uno de ellos, situado justo debajo la apertura central del techo, acaparó nuestra atención. Un cuerpo cilíndrico, ligeramente abombado en uno de sus extremos que, sujeto a un robusto pié rotativo, poseía un par de manivelas ajustables. Más que una herramienta de medición, parecía el artefacto con el que me había golpeado hacía un par de días...

-Esto es el telescopio –anunció orgullosa-. Es un sofisticado útil que permite ver las cosas lejanas como si estuvieran al alcance de la mano. Gracias a él, puedo clasificar las nubes, advertir formaciones tormentosas o hacer recuento de nimbos tóxicos. Aunque parezca mentira –continuó explicando-, cada día pasan minúsculas nubes cargadas de partículas malignas. Sin el telescopio no seríamos capaces de diferenciarlas de las comunes y su recuento es esencial para conocer la velocidad de avance de las zonas muertas.

Los tres disimulábamos la ignorancia como podíamos, sin embargo, no fue suficiente.

-¿Sabéis qué es una zona muerta, verdad?

Tras una unánime negación, prosiguió:

-Una zona muerta es el fruto de una nube tóxica. Imaginad que una gigantesca nube, grisácea y espesa, se posa sobre de un islamo, dicha nube contamina todo lo que hay debajo: empobrece el oxígeno, mata la vegetación, pudre el agua... sus efectos son devastadores y, al desplazarse muy lentamente, por culpa de su densidad, la destrucción es absoluta. Si una de esas nubes cae en una zona de contra corrientes, ahí se afinca de por vida, pasando a denominarse fija, sin embargo, esas son las menos preocupantes. La mayoría son migrantes. Una sola nube migrante puede terminar con la vida de un islamo como Ishör en cuestión de días. Además, su alta concentración radioactiva, provoca males que perduran durante generaciones. Un territorio expuesto, tras la marcha de la nube, precisa de una cuarentena de, como mínimo, cincuenta años antes de ser repoblada de nuevo. Pero ahí no termina la cosa –prosiguió enérgica Alire-. A veces, por efecto de las tormentas, esas nubes se rompen resultando en decenas de más pequeñas, aunque igual de peligrosas. Por este motivo es tan importante el cómputo de nimbos, ya que si el porcentaje es alto, el peligro es inminente... ¿Os podéis imaginar el tiempo que llevaría evacuar todo un islamo?

Alire nos había abatido de nuevo... Aquella cruda y realista explicación nos dejó sin palabras.

-¿Hay alguna forma de terminar con esas nubes tóxicas? -pregunté rompiendo el silencio.

-De momento no –contestó rotunda-. En Zaröh están investigando, al igual que lo hacen en otras zonas del oeste, sin embargo, no hay nada claro al respecto. Por ahora, nuestra única esperanza es predecirlas a tiempo y evitarlas a toda costa.

-Antes has mencionado que fueron producidas por Gran Boom. ¿Cómo puede la naturaleza crear algo tan destructivo? No parece natural -añadió curiosa Aadrún.

-Tienes toda la razón –replicó Alire-. En verdad, la naturaleza no tiende a ser tan mala, sin embargo, no olvidemos que fueron nuestros antepasados los que intentaron dominarla. De hecho, nadie puede asegurar que las nubes tóxicas sean fruto de procesos naturales... Ahí es donde radica la gran disyuntiva de las investigaciones: muchos creen que esos vapores fueron liberados durante el seísmo, mientras que unos pocos lo niegan asegurando que fue cosa de los hombres. ¡Hipótesis! –concluyó negando con la cabeza- Muchos opinan y nada del cierto sabemos...

Tras aquella interesante lección de realidad y, porque no decirlo, algo mareados por la multitud de nombres científicos, Alire nos invitó a usar el telescopio. Uno a uno, fuimos mirando a través de su mirilla. Era realmente increíble ver como una simple mancha en el horizonte se transformaba en un rechoncho algodón al alcance de la mano.

-¡Alucinante! ¡Asombroso! –exclamaba Aadrún al mirar a través del telescopio-. Jamás hubiera imaginado que las nubes fueran así. Parecen telarañas gigantes.

-Déjame mirar, mujer -exigió Flyt con ansias-. Seguro que no es para tanto... ¡Uaaauuu! -exclamó al rato de observar- ¡Magnífico! Con esto se podría alcanzar a ver todo el islamo. Alire, ¿puedo mirar hacia aquella ventana?

-¡Claro! No hay problema. Mueve la palanca inferior hasta dejarlo nivelado.

Flyt ajustó dicha manivela con máxima cautela. Toda su atención, y la nuestra, recaían en aquella pequeña palanca que, poco a poco, iba inclinando, horizontalmente, el telescopio.

-Se ve algo borroso, Alire, ¿puedes ajustarlo? ¡Ahora! ¡Ahora! ¡Qué pasada! Veo el campo, los árboles, incluso los nervios de las hojas...

Su cara hablaba por él. Una enorme y embobada sonrisa se dibujaba en su boca entreabierta. Los minutos parecían horas... Estaba como loco por mirar.

-¡Venga Flyt! No seas egoísta. Déjame mirar.

-Veo el mar, la playa. Veo... veo... No te lo vas a creer Elidor –añadió incrédulo- veo a las chicas del nivel siete...

-¡Serás fanfarrón! –le gruñó Adrún azotándole una suave colleja en la nuca.

Aún riendo al imaginárselas, me cedió el telescopio. Era imposible describir tal maravilla... Poder ver las cosas lejanas con aquél grado de detalle y como si estuviesen ahí mismo era fascinante. Veía animales pastando, campesinos trabajando, arboles, el mar... pero ni una chica en bikini...

-¡Oye Flyt! No sé en que dirección mirabas tú, pero yo no las veo. Tan solo veo a un puñado de corderos escapando de un hombre de color. Pobre, no le hacen ni puñetero caso -añadí riendo de la cómica escena.

-¿Un hombre de color? Ay que ver la imaginación que tenéis chicos –dijo Alire, negando con la cabeza-. No hay ningún negro en Ishör.

-Pues te aseguro que lo estoy viendo –respondí-. Está persiguiendo a unos cabritos con un saco en las manos y no logra...

Tras mis palabras se formó un incómodo silencio. Todos coincidimos en un solo pensamiento: ¿sería aquél el rufián que robaba en los huertos? Le pedí a Alire que echara un vistazo para reconocer mejor la zona y nos retransmitió como, tras capturar a un cordero, aquél hombre desapareció en el bosque de Ydrëf.

-Jamás lo habría imaginado: un hombre de color en Ishör... Y, además, robando a plena luz del día... Debemos ser cautos con lo que contemos –continuó Alire-. El color de su piel podría condenarle de forma prematura. La mayoría de los vecinos lo verán culpable por el simple hecho de ser diferente. No es que aquí seamos racistas, pero en una comunidad como la nuestra, cualquier persona diferente, inevitablemente, es el culpable...

-Creo que deberíamos ir a investigar antes de contárselo a nadie –opinó Flyt-. Puede que lo esté haciendo por necesidad. Hasta ahora solo ha robado comida, ¿no?

-Sí. Tienes razón –contesté-. Debemos saber más antes de ponerlo en evidencia ante el pueblo.

Capítulo vigésimo sexto

Aquella misma tarde, cuando el Sol ya descendía de su punto más alto, enfilamos el camino a la pradera norte por la senda de Lüre. Llevábamos mochilas con algo de comida y un par de temporizadores. El plan era sencillo: llegar a la pradera y, mientras las chicas aguardarían en ella, nosotros nos adentraríamos en el bosque en busca de aquél hombre. Los temporizadores de Alire servirían para controlar el tiempo de rastreo. En unas cuatro horas, entre ida y vuelta, sabríamos qué hacía un hombre de color en Ishör y, lo más importante, cuales eran sus intenciones.

El camino pasó liviano, sin embargo, mi cabeza me recordó que aún no estaba del todo repuesto... me dolía levemente, pero no me quejé. Una vez en la pradera, descansamos el tiempo justo de reponer las fuerzas y nos separamos. Acordamos investigar durante media hora y que, si por el motivo que fuese nos retrasábamos, una de ellas debería regresar al pueblo para avisarlos.

-¡Increíble! Se observaban mejor los detalles desde el desván que desde aquí mismo. Es alucinante ese invento del telescopio –comentó gracioso Flyt ante la espesa vegetación que nos rodeaba.

-Sí. Tienes toda la razón –contesté-. ¿Es muy caro un chisme de esos Alire? Creo que para el Esfriudon nos vendría de maravilla.

-Éste modelo sí. Tiene más de veinte aumentos. Tuve que servir bastantes mesas para poder pagarlo... Sin embargo, los hay de más simples y accesibles.

-En verdad, sería una herramienta muy práctica –respondió Flyt, ante la también aprobación de Adrún.

Tras esa absurda conversación, únicamente encaminada a sacar tensión del momento, nos separamos. Mientras Flyt y yo caminamos hacia el bosque, las chicas se escondieron detrás de unas rocas y, observándonos, nos acompañaron hasta lo que parecía el rastro de un viejo sendero. Era un bosque áspero, de vegetación frondosa y tupida. Las copas de los árboles impedían que la luz entrase con facilidad. La visibilidad era buena, sin embargo, esa escasez de luz propiciaba un ambiente extraño. Avanzábamos lentos, intentando hacer el mínimo ruido y manteniéndonos alerta ante

cualquier indicio de movimiento. Seguíamos el frágil rastro del camino y girábamos, constantemente, la cabeza para no omitir ningún detalle. Por momentos, la tensión resultaba opresiva y por más que intentara agudizar mis sentidos, tan solo podía oír dos cosas: el roce de las ramas y el latir desbocado de mi corazón. Al cabo de un rato, perdimos el sendero y tuvimos que abrirnos paso entre la maleza. La cosa se complicaba por momentos, ya que, a parte de que sin sendero corríamos el riesgo de perdernos, el constante pisar de zarzas nos hacía mucho más vulnerables... Llevando ya más de diez minutos sin indicio de certeza, Flyt tiró de mi hombro con fuerza. Giré la cabeza paralizado y pude ver como su índice alzado señalaba algo. Siguiéndolo, vi como, a unos quince metros de nuestra posición, había algo parecido a un campamento. Aprovechando una pequeña cavidad en las ramas, había toda clase de objetos dispersos por el suelo. Unos cuantos sacos, rotos y anudados entre ellos, servían de tejado y, algo más apartado, nuestro hombre.

Nos acercamos sin hacer el más mínimo ruido. Se le veía concentrado, hablando en voz baja mientras toqueteaba una extraña máquina. No entendimos ni una palabra y, aterrados, seguimos avanzando sin saber muy bien como actuar. Al llegar cerca de él, mi torpeza, y una rama seca de por medio, nos delató...

-Qui êtes-vous? Ne me faites pas mal. Je n'ai rien fait –gritó asustado al verse sorprendido.

-¡Tranquilo! No te asustes. No queremos hacerte daño. Venimos a hablar – contesté, alzando los brazos en señal de paz.

-Yo amigo. No ser malo. Yo perdido -respondió en un *único* bastante malo, aunque comprensible.

-¿De donde eres? ¿Qué haces aquí?

-Yo llamar Jeanlion y ser du Puits-Roux. Mi aéroplane caer en la mer y nadar aquí...

Se le veía asustado. Su explicación, repleta de motes extraños, resultaba bastante incomprensible. Desgranándola, pudimos entender que había sufrido un accidente y que se había refugiado en Ishör.

-¿Qué es ese aparato de ahí? –pregunté señalando a la máquina.

-*Ser radio portable. Yo salvar del aéroplane, mais mojar y no funcione.*

-Sabemos que has estado robando comida. La gente está preocupada. Creen que eres una amenaza y te están buscando –esto último no era del todo cierto, pero creí oportuno decírselo para asustarle un poquito más-. ¿Estás solo? ¿hay alguien más contigo? ¿Podemos ayudarte?

-*Sí. Solo... Merci, merci... Gracias* –contestó algo más tranquilo-. *¿Tener un mapa?*

-Sí. Mañana regresaremos y te traeremos uno y algo de comida. Por favor, no robes nada más.

-*Merci* –respondió de nuevo haciendo reverencias con la cabeza-. *No robar más. Yo prometer.*

Intentamos sacarle algo más de información acerca del accidente y aquella curiosa máquina, pero los nervios, su *único* y aquel fuerte acento repleto de erres, nos lo impidieron. Flyt me avisó, tras una leve ojeada al temporizador, de que rozábamos el límite y debíamos regresar, por lo que, sin muchos más preámbulos, nos despedimos. Retrocedimos unos pasos y nos dimos la vuelta mientras él continuaba con sus educadas reverencias. Llegados a una distancia prudencial, que evitara el ridículo, echamos a correr liberando la excitación y la tensión. Las chicas estaban de pie. Parecían preocupadas, hablando entre ellas y mirando el temporizador. Cuando nos vieron, faltando tres minutos para la media hora, se apresuraron a nuestro encuentro.

-¿Qué? ¿Cómo ha ido? ¿Lo habéis encontrado? –preguntó Alire.

-Sí –contesté-. Lo hemos encontrado y hemos hablado con él. Está muy asustado y habla muy mal *único*. Se llama Jeanlion y, según parece, está solo. Sufrió un accidente en el mar y llegó aquí nadando. Creo que no tiene otra opción que confiar en nosotros y se le veía agradecido. Mañana regresaremos con comida y un mapa. Nos ha prometido no volver a robar.

-Bueno. Al menos sabemos algo más y, al parecer, sus intenciones no son malas. Es curioso –continuó cómica-. Desde vuestra llegada, Ishör está algo más movidito que de costumbre –dijo clavándome una pícaro mirada-... El consejo os tachará, por lo

mínimo, de no aconsejables... Aunque –añadió recuperando la seriedad-, por el momento, no debemos informarles de nada.

-Sí, será lo mejor, al menos, hasta que sepamos algo más de él –contesté a la segunda afirmación.- ¡Oye preciosa! ¿Ya sabes con quién te arrimas no? Quién mal anda, mal acaba... –añadí arrancando la sonrisa de Flyt y Adrún.

Seguimos hablando de Jeanlion durante todo el camino de vuelta. Sentíamos curiosidad. Queríamos saber más de ese hombre que, obviando su color de piel, tampoco es que se encontrase en una situación tan dispar a la nuestra...

Capítulo vigésimo séptimo

Había sido un día muy largo y mi cabeza me lo recordaba a base de dolorosas punzadas. La luz de la Luna se colaba por la ventana iluminando parcialmente la habitación. Estaba tirado en la cama y, a pesar de estar exhausto, no podía conciliar el sueño. No dejaba de pensar en Jeanlion y aquella extraña máquina suya... De repente, cabalgando un insólito tiovivo de imágenes residuales, me pareció oír el tirador de la puerta. Alcé la cabeza y vi a Alire. Se acercó a la cama e, inclinándose sobre mí, me susurró:

-Ven conmigo Elidor. Quiero enseñarte algo.

Su camisón, translúcido gracias a la complicidad de la Luna, dejaba entrever su silueta... Aún con la dulce imagen de sus pechos colgando ante mí, me incorporé y le seguí a lo largo del pasillo. Sin poder apartar la mirada del camisón, me excité con el sinuoso vaivén del tejido sobre sus nalgas. Aquello no podía estar pasando... El corazón me latía alocado y notaba como el fuego empezaba a prender en mi interior. Divagando entre sueño y realidad, me dejé llevar hasta las escaleras del desván donde, soltándome la mano, me invitó a subir.

-Tu primero –susurró coqueta, cediéndome el paso.

Subí las escaleras y atravesé la trampilla. La luz fría de la Luna penetraba por los ventanales, mezclándose con el cálido tono de las múltiples velas esparcidas por la habitación. El ambiente era idílico; un marco incomparable de romanticismo que superaba, con creces, todo lo imaginado en mi soledad. Al final de la sala, justo debajo del tercer ventanal, yacía una manta acolchada por almohadas... Confundido y nervioso, me pellizqué para asegurar que no estuviese soñando... Indeciso, pero a la vez muy excitado, me giré. Jamás olvidaré aquella imagen: la luz penetró entre las fibras del camisón dejándola, por un instante, completamente desnuda ante mí. Fue solo un momento, pero en mis recuerdos perdura como si fuera eterno. El volumen de sus pechos, los pezones erguidos, su vientre, el bello de su sexo, sus preciosas piernas...

Miraba embobado sin saber qué hacer... Notaba un ardo deseo de abrazarla, pero me esforzaba en frenarme para no romper la magia del momento. De haber sido un sueño, habría liberado mi lado más salvaje desgarrándole el camisón, sin embargo, no lo hice, me quedé quieto, dejando que fuese ella la que tomase la iniciativa. Al llegar junto a mí, señaló al telescopio y me dijo:

-Ya lo he ajustado. ¡Mira! Verás lo más bonito que jamás hayas visto.

Mordiéndome la lengua, obedecí y, al mirar por su mirilla, lo entendí. El mayor de los astros nocturnos, posando ante mí... Se me anularon los sentidos, quedando completamente abducido en su contemplación.

-¡Increíble! Jamás hubiera imaginado que...

-Calla y disfrútalo –me cortó-. La Luna, en su fase llena, es la mayor belleza heredada de la antigüedad.

Al poco de recorrer de nuevo su rugosa piel, noté un escalofrío. La mano de Alire se había escurrido bajo mi camisa y acariciaba, traviesa, mi tórax. Sus dedos jugueteando con mis pezones me estremecieron de tal manera que empecé a temblar.

-Tranquilo -me susurró al oído-. Tú déjame a mi y sigue mirando.

Por más que lo intente, no hallo palabras para describir aquél momento... Junto al gozo de observar aquella maravilla lunar, el agradable tacto de su piel me condenó a un espiral de vicio y placer. Alire, abrazándome por la espalda, me acarició todo el cuerpo hasta llegar a la cintura. Fue justo en este momento, cuando abandoné la Luna y me entregué a ella. Empecé de forma delicada, recorriendo todo el camisón con las yemas de los dedos hasta llegar a su escote. Ahí, tras desabrocharle los botones, desaté mi lujuria acariciándole los pechos. El roce de sus pezones, el tacto delicado de su piel, sus nalgas... Ni un solo centímetro de aquél maravilloso cuerpo quedó sin recorrer y, tras los dedos, mi lengua tomó la iniciativa... Lamí sus pechos, una y otra vez, rodeando los pezones en círculos. Al llegar a su cintura, alcé la vista y, mirándole fijamente a los

ojos, la acompañé hasta la manta. Nos besamos apasionadamente mientras nos acomodábamos en ella. Tras sacarle el camisón, el índice de mi mano derecha zigzagueó por todo su cuerpo, sin prisas, tomándose su tiempo, hasta llegar a su parte más íntima. Era la primera vez que acariciaba así a una mujer y, de no ser por su acelerado respirar y el hecho de que me correspondía abriendo las piernas, no habría sabido si le gustaba o le dolía. Sus gemidos delataban gozo y yo seguí acariciándola hasta que mi pene, húmedo y erecto, me pidió el relevo. Tras algo de torpeza, una cálida sensación me avisó de que, finalmente, estábamos unidos por algo más que amistad. Ahí estaba ella, mi soñada y anhelada Alire, gimiendo con los ojos cerrados y completamente entregada a mis movimientos...

Poco más os puedo contar de aquél mágico momento... Puede que no fuera todo lo perfecto que ambos habríamos deseado, pero fue nuestra primera vez y pusimos todo nuestro empeño para que trascendiera en único.

-¡Te quiero mucho! -le dije besándola en la frente y acomodándome, totalmente exhausto, en la manta- Siempre te he querido y jamás habría pensado que tu...

-Sí -respondió ella girándose hacia mí-. Yo también te he querido desde antaño y... No quiero volver a perderte...

Aquella maravillosa velada cambió mi manera de ver las cosas. Atrás quedaba una vida de sueños y recuerdos, en merced de un futuro lleno de esperanza. No conocíamos qué nos depararía el alba, pero coincidíamos en que jamás volveríamos a separarnos...

Capítulo vigésimo octavo

La mañana siguiente también fue emotiva. Bajamos temprano a la cocina y preparamos algo de comer. Esperamos a Flyt y Adrún y, durante el desayuno, les anunciamos nuestro compromiso, así como la determinación de Alire de unirse al grupo. Ambos se alegraron mucho por nosotros y Flyt, buen conocedor de mis sentimientos, no pudo disimular su felicidad.

-¡Os deseo toda la suerte del mundo! –gritó eufórico, alzando la jarra-. Aunque solo tengamos zumo de manzana, brindemos por ello. ¡Que vuestro amor perdure para siempre!

-¡Que así sea! –añadió Adrún, alzando también su bebida.

-¡Gracias chicos! ¡Os quiero! –dije, uniéndome a la celebración.

-Yo también querría agradecer vuestra bendición –añadió Alire, algo sonrojada-. Y, ¡Que el destino se apiade de nosotros!

-¡Por nuestro futuro! –gritamos, unánimes, chocando las jarras.

Tras el desayuno, Alire regresó al desván con la intención de efectuar sus mediciones matinales. Flyt y Adrún, acomodados en el banco del porche, hablaban de sus cosas, mientras que yo, más motivado que nunca, me dispuse a leer, por enésima vez, el diario de Johanthan .

Entre el puñado de símbolos y garabatos, había dos nombres que ya me eran familiares: el Gran Islamo y el Motivo. El Motivo, sin tener idea de lo que realmente podía ser, parecía un concepto o finalidad que unía al resto de ideas, mientras que el Gran Islamo, como su nombre daba a entender, podía ser aquél enorme islamismo dibujado en los mapas del que me habló el capitán Ker.

La cosa seguía bastante confusa, pero tenía dos nombres que, yendo de la mano, me acercaban a un destino real: el Gran Islamo y Bureku. Este segundo término parecía subordinado al primero, por lo que, sin saber si se trataba de una localización o una persona, parecía hallarse en el Gran Islamo.

-Oye Elidor –dijo Flyt arrancándome de mis cavilaciones-. ¿A qué hora partimos?

-¿Eh? Ah, no lo sé –contesté mecánicamente-. Podemos marchar ahora y comer por el camino.

-¡De acuerdo! Voy a preparar todo. Te aviso cuando esté listo.

Tal y como habíamos acordado en el desayuno, iríamos solos. Alire y Aadrún se acercarán al taller para conocer el veredicto de Bräwn con respecto a los camarotes y, durante la comida, les expondría su decisión de venir con nosotros.

Partimos sobre las once de la mañana, llevando con nosotros dos mochilas repletas de provisiones. Nos dirigimos al bosque y, aunque algo más tranquilos que el día anterior, la inquietud nos cosquilleaba el estómago.

-Te felicito de nuevo, amigo –dijo Flyt entablado conversación.

-¡Gracias! –contesté-. Nunca hubiera pensado que... Esta noche ha sido mágica...

-¡Ahá! Ya decía yo que tu cara refleja juerga desenfrenada –respondió sonriente.

-Sí. Ha sido un sueño. El desván, la Luna...

No tuve que explicar más. Mi silencio y la expresión de felicidad en mis ojos hablaron por mí.

-Me alegro por ti, Elidor. Sé muy bien lo que es sentirse correspondido y es maravilloso. Aadrún está entusiasmada con la idea de tener una compañera de viaje. Se caen muy bien y parecen tan unidas...

Seguimos hablando durante todo el camino, de todo y de nada, hasta llegar a la entrada del bosque. Ahí paramos a descansar y bebimos un poco.

-¿Qué le preguntamos?

-No lo sé –contesté-. Debemos crear un clima de confianza. Creo que lo más sensato será entregarle los víveres, enseñarle su posición en el mapa y preguntarle de donde proviene. Luego, ya veremos su predisposición a hablar.

-¿Se lo contaremos a Midok y al resto?

-No. Creo que debemos mantenerlo en secreto hasta conocerle mejor. Ya sabes como son. Buscan un culpable y si les entregamos a un forastero...

Tras rehacer las mochilas y planificar un poquito la estrategia, entramos en el bosque. Intentamos pasar inadvertidos siguiendo aquel débil sendero con sigilo hasta llegar al campamento. Jeanlion no estaba ahí. Gritamos su nombre, varias veces, sin obtener respuesta.

-¿Se habrá marchado?

-No creo –respondí-. Todo sigue aquí.

Aprovechamos la ausencia para curiosear el campamento. Un enredado de trapos y sacos viejos formaba la cubierta de lo que parecía el dormitorio. Una cazuela aboyada, reposando encima de unos troncos medio consumidos, un par de piedras rotas en ángulo y una cuchara de madera era todo su utillaje culinario... Esparcidos por el suelo había un montón de escombros metálicos de distintas formas y tamaños mientras que, colgados de un árbol, trapos y ropa compartían destino con algunos peces, medio podridos, que hacían las delicias a un voraz ejercito de moscas. El ambiente apestaba y el desorden general era caótico... Estaba bastante claro: aquello era más el campamento de un vagabundo que el cuartel general de alguien que tramara alguna fechoría... Indagando un poco más, entre la maleza, dimos con aquel oxidado y extraño aparato.

-Parece un generador o algo así –dijo Flyt, observándolo de cerca. ¡Mira! – señaló-. En ese marcador aparecen nombres de islamos.

-¡Muy curioso! –respondí-. Puede que sea una especie de brújula mecánica...

Observando el aparato con más detenimiento vi algo que me paralizó.

-¡No puede ser! –exclamé asombrado.

-¿Qué pasa? ¿Qué has visto?

-Esta marca de ahí –dije señalando una especie de tridente dibujado en una esquina-. Juraría que lo he visto en el diario de Johanthan.

-¡No me digas! –contestó Flyt intrigado.

-Creo que sí. Precisamente me fijé en él por la forma de sus puntas: dos mirando hacia los extremos y la central erguida, ligeramente inclinada a la derecha. No sé si esta casualidad es buena o no –proseguí-, pero debemos extremar nuestra precaución.

Al rato de volver a curiosear oímos como alguien se acercaba.

-*¡Bonjour amigos! ¿Ya estar aquí? Yo nager. Mi gustar mucho nager.*

-*¿Nager?* –se preguntó Flyt en voz alta.

-*Sí. Nager...* –hizo una pausa pensativa y continuó-. *Creo que en vuestro idioma ser nadar. Perdonar me por único. Ser muy malo.*

-No te preocupes Jeanlion. Te entendemos y esto es lo importante –dije en tono amistoso, creando un ambiente favorable al diálogo-. Te hemos llevado comida y bebida, tal y como te prometimos. Ya no tendrás que volver a robar.

-*Merci... Gracias amigos. Je agradecer.*

Le dimos las provisiones y las fue colocando, cuidadosamente, cerca de aquella máquina.

-*Yo prometer no robar* –dijo agradeciendo los víveres-. *¡Mapa! ¿Habéis traído mapa?*

-Sí. Aquí está –dije, abriéndolo en el suelo. Cuéntanos, ¿de donde eres?

Miró el mapa con atención y, tras observarlo y hacer algunas mediciones raras con los dedos, señaló el único punto que no debería haber señalado: el Gran Islamo... Miré a Flyt preocupado. Parecía una sucia broma del destino, sin embargo, coincidían ya demasiadas cosas y eso resultaba inquietante. Seguimos charlando con cautela, dejándole hablar casi todo a él. Entre motes raros y *único* mal pronunciado, nos explicó,

o al menos eso creímos entender, que era una especie de militar que formaba parte de un escuadrón especial de búsqueda. No nos quedó nada claro qué estaba buscando por esos confines, pero tampoco quisimos presionarle. También nos dijo que había venido volando por el cielo, en su *aéroplane*... No paraba de repetir ese mote: “*aéroplane*” y, aunque por sus explicaciones no llegamos a entender lo que era, a juzgar por sus graciosos movimientos en círculos, con los brazos abiertos, debía ser algún tipo de artefacto volador... Comentó que hablaba *francés*, una lengua anterior al Gran Boom muy usada en el Gran Islamo. Nos confesó que estaba solo y que le habían abandonado. Tras algo de insistencia, nos contó que aquél aparato tan extraño, el cual intentaba reparar, era un comunicador cinético llamado *transisteur*. Tenía una manivela lateral mediante la cual se alimentaba y, a través de un curioso accesorio, podías hablar con otros aparatos iguales. Un cacharro tan curioso como inservible en ese estado, según lamentaba...

Antes de despedirnos, acordamos que le llevaríamos comida y agua un par de veces por semana y que pensaríamos en alguna solución para ayudarle a salir de Ishör. Sus agradecimientos parecían sinceros. Estaba solo y asustado. Éramos su única esperanza, por lo que, de ser verdad todo lo explicado, no debíamos temerle en absoluto.

-Por cierto Jeanlion, ¿qué es ese dibujo de ahí? –pregunté señalando al tridente.

-¿Eso? *Ser el estandarte de mi Orden* –respondió, orgulloso, llevándose la mano a la cabeza.

De poco me sirvió aquella respuesta, pero no vi necesario forzar más la situación. Tampoco sabía donde insertar esa pieza en el complicado rompecabezas de Johanthan... Ya habíamos tenido demasiadas coincidencias en un solo día...

Durante el camino de vuelta, apenas cruzamos palabra con Flyt. Él silbaba despreocupado mientras yo, pensativo, ordenaba conceptos: un tridente de puntas desiguales, el Gran Islamo, un naufrago francés dando tumbos con los brazos abiertos, un *transisteur* inservible, una orden militar... Todo parecía tan raro... Ojalá Johanthan pudiera ilustrarme...

Capítulo vigésimo noveno

Los días pasaban rápidos en Ishör y nosotros estábamos completamente implicados en la reconstrucción del Esfriudon. Bräwn, tras unos pequeños ajustes en las medidas de los camarotes, había accedido a su reparación. Le ayudábamos en todo lo que podíamos, por lo que, juntos o por turnos, pasábamos días enteros en el taller. Habíamos amarrado el Esfriudon al muelle contiguo al almacén de maderas para agilizar el trabajo. La familia de Alire, pese a alguna que otra duda, sucumbió a la decisión de su hija. No entendían que quisiéramos marcharnos tan pronto, pero el hecho de verla tan ilusionada les conformaba. Por nuestra parte, continuamos visitando a Jeanlion dos veces por semana. Las chicas ya le conocían y Alire nos tranquilizó con la aportación de que, durante su estada en Zaröh, había conocido a un chico de el Gran Islamo que hablaba como él. Ese detalle, junto a muchos otros que nos fue desvelando el propio Jeanlion, nos ayudó a confiar en él y a creer en sus intenciones. Por decirlo de otra manera: nos estábamos haciendo amigos.

Nos ilustró el Gran Islamo hablándonos de su constitución, peculiaridades geográficas, el carácter de su gente... Nos contó que ese era el último vestigio de la distribución original del planeta y que su superficie era descomunal. Aprendimos muchísimo de sus palabras e incluso nos describió rutas náuticas limpias de contrabandistas y zonas muertas. En cada nuevo encuentro parecía mejorar su único o por lo menos le entendíamos mejor... Nosotros, todo y mostrar sinceridad, nos reservábamos parte de la información. Habíamos barajado la posibilidad de llevárnoslo al Gran Islamo, sin embargo, aún quedaba alguna duda por desvelar.

-¿Qué te parece? –gritó Adrún desde proa, secándose el sudor de la frente.

-Francamente –contesté pensativo-, creía recordar que Bräwn era más pulido... Veo alguna arista un poco brusca... Será que ha reclutado a unos aprendices algo pésimos...

Solía bromear acerca del trabajo de Bräwn y a él le complacía que lo hiciera. Ambos conocíamos, de sobra, mi admiración por su trabajo, por lo que mis cómicas críticas no eran más que artimañas formuladas para mejorar, aún si cabía, el buen

ambiente reinante. Bräwn, sin lugar a dudas, estaba transformando el Esfriudon en una verdadera obra de arte. Como me hubiera gustado que Johanthan pudiera verlo. Una barandilla de barrotes trenzados, a lo largo de toda su eslora, terminaba uniéndose con la edificación de los camarotes. Una construcción de doble piso, en la que, su parte inferior albergaba la cocina, una sala de mando y el aseo construido por Prícol. Una escalera lateral, robusta y elegante, llevaba al segundo piso y a sus cuatro estancias. Todo se iba dibujando tal y como lo habíamos ideado. Nos daba la sensación de llevar en Ishör una eternidad, sin embargo, escasos tres meses nos separaban de Pegmar y su querido tercer escuadrón. En tan poco tiempo habíamos avanzado mucho y tan solo quedaban algunos pocos detalles por pulir. Por nuestra parte, mientras Bräwn se dedicaba a los acabados interiores, concentrábamos todos los esfuerzos en la limpieza y el tratado de la madera.

Por las noches, bajo el confortable cobijo del porche, empezábamos a idear el viaje. Alire se llevaría el telescopio y lo ubicaríamos en el tejado de los camarotes. Al ser una herramienta delicada, y no poder quedar a la intemperie, uno de los camarotes contaría con una escotilla superior para acceder a él. Todos teníamos ganas de emprender la marcha, pero Alire era la que más lo demostraba. La idea de poder analizar nuevas zonas la mantenía en ascuas... Desde hacía días, no hacía más que dibujar mapas y crear tabletas para poder embarcarlas a tiempo. Obviamente, debería dejar mucho material en casa, sin embargo, el camarote conjunto al telescopio ya lucía repleto de papeles, cubetas y útiles varios de medición...

-Y, ¿qué vamos a hacer con él? –preguntó Aadrún, dejando su taza de té en el suelo y observando el firmamento.

Aquella era la pregunta que todos teníamos en mente y no nos atrevíamos a formular...

-No sé –respondió Flyt-. Su experiencia nos puede servir y, además, conoce todas las rutas al Gran Islamo...

-Sí. Tienes razón –contesté-. Ya hace tiempo que lo conocemos y parece honesto. Supongo que lo mejor será llevárnoslo, sin embargo, me preocupa que conozca

toda la verdad... No sabría explicaros -dije preocupado-, pero tengo el presentimiento de que sabe más de lo que dice. Siempre que sacamos el tema de su búsqueda nos responde con evasivas y me da miedo que tenga algo que ver con el diario y ese motivo que aún no entendemos... Sí, lo sé -añadí-. Es solo una corazonada, pero no me gustan las casualidades... Creo que antes de comunicárselo, debería vaciar sus bolsillos sobre la mesa.

-Puede que tengas razón -contestó Flyt-. No sabemos qué estaba buscando ni quién es esa orden que le abandonó...

Todos restamos pensativos hasta que Alire rompió el silencio.

-Debemos preguntarle sin tapujos. Será lo mejor para saber toda la verdad. Si nos convencen sus argumentos -continuó-, le invitamos al grupo y sino, lo entregamos al pueblo.

Tenía razón. Aunque fuera ponerle entre espada y pared, era la única manera de conocer sus verdaderas intenciones. Entre todos acordamos que le invitaríamos a comer y le interrogaríamos sin rodeos.

Capítulo trigésimo

Al girar la cabeza vi que Alire ya no estaba. Me llevé su almohada a la nariz y respiré su fragancia. Estaba completamente loco por ella. Jamás había sentido nada igual por nadie y me gustaba esa sensación. Su olor, su manera de hablar, su respirar al dormir, el cálido tacto de su pie bajo la sábana... Si el amor era eso, estaba ebrio de él. Al dejar la almohada, descubrí una pequeña nota que decía:

“Buenos días cariño. La habitación de Jeanlion está lista. Suerte con él. Te quiero”

Tras oler, una vez más, su almohada, me incorporé y salí de la habitación. Se oían los ronquidos de Flyt desde el pasillo. Di un par de golpes a la puerta y al no recibir respuesta, entré.

-¡Despierta perezoso! Nuestras mujeres se han largado y ni nos hemos enterado.

-¿Qué? –preguntó sobresaltado.

-¡Levántese grumete! ¡Es tarde y hay trabajo que hacer! – dije agitando fuerte el colchón.

-¡Que plomo de capitán me ha tocado! Solo diez minutos más...

-Bajo a preparar algo. En cinco minutos le quiero listo para la primera comida

-añadí, cómico, imitando la grave voz de Pegmar.

-Sí mamá –respondió, girándose sobre si mismo y dándome la espalda.

Con el tiempo justo de preparar un poco de fuego y romper el cascarón contra el borde de la sartén, entró por la puerta lo más parecido a un fantasma que os podáis imaginar...

-¿Hoy les tocaba a ellas? –preguntó bostezando-. Ya no me acordaba.

-Sí -respondí-. Anoche, Alire me contó que quieren darle un toque femenino al Esfriudon. Creo que le darán una mano de pintura a los camarotes.

-¡Mujeres!... Tan bonito que es el color madera. Ya lo veo rosa y amarillo...

No pude más que reír ante la elocuencia de Flyt e, inevitablemente, me vino a la cabeza el desafortunado maquillaje de aquella pobre mujer que, años atrás, tuve la desgracia de ver desnuda...

Tras una pirueta por los aires, dispuse la tortilla sobre un par de rebanadas de pan y se la entregué a Flyt. Una vez desayunados, cogimos el equipaje y partimos al bosque. En el campamento, Jeanlion, inmerso en su solitaria rutina, continuaba trasteando el transistor.

-¿Hoy sí? – preguntó Flyt, al llegar junto a él.

-¡Merde! –exclamó sobresaltado-. *Tu asustar a mi. No. No querer parler. ¡Ya estar cansado!*

-Buenos días Jeanlion –dije estrechándole la mano-, hoy no te traemos comida.

No dio mucha importancia a mis palabras. Tras darme la mano, se arrodilló de nuevo en busca de una pequeña pieza que se le había caído con el susto.

-¡Vaya! Seguro que esa pieza era la buena para que “*funcioné*” –bromeó Flyt agachándose para ayudarle.

-*Me estar cansado de la estúpida machine. Necesitar encontrar otra manera de partir.*

-¡Jeanlion! –dije captando su atención-. Y si te dijera que sabemos de un barco que puede llevarte al Gran Islamo.

Se incorporó al instante, me miró fijo a los ojos y exclamó:

-¡*No ser posible! ¿c'est vrai?*

-Tenemos un barco listo para navegar y hemos pensado que...

Sus ojos, ya grandes de por sí, parecían platos de postre y su posado de preocupación cambio al de esperanza. Restaba totalmente atento a mis palabras y, a juzgar por su expectación, ansiaba saber más.

-Hemos pensado –retomé-, que puedes venir con nosotros. Hoy queremos que cenes en casa y, así, hablarlo tranquilamente. ¿Te parece bien?

No hizo falta una respuesta. Sus golpes de cabeza nos verificaron que aprobaba la decisión y, además, nos la agradecía. Olvidando el minúsculo engranaje, se abrazó a Flyt y, tras hacer lo mismo conmigo, recogió sus pertinencias.

-¿Qué quieres hacer con el transistor? -preguntó Flyt- ¿Nos lo llevamos?

-*Dejar aquí* –contestó rotundo-. *Hace mucho intento reparar y no conseguir nada. ¡Que la pluie l’abîme!*

No entendimos muy bien esa última frase, pero su entonación parecía sentenciarlo. A decir verdad, nos alegramos de no tener que cargarlo y evitar, así, un más que penoso viaje de vuelta...

Capítulo trigésimo primero

Eran las cinco de la tarde y estábamos todos sentados alrededor de la mesa. Ante nuestro, unos fantásticos muslos de pato al tirambó que Alire había preparado siguiendo la famosa receta de su madre. El tirambó era un tubérculo que crecía cerca del mar y poseía la salubridad justa para combinar con cualquier tipo de guisado. Jeanlion se mostraba exultante, agradeciendo todo con simpáticos golpes de cabeza y sus ya típicos “*merci*”. A pesar de sentirnos a gusto, la cena empezó algo tensa... Nos mirábamos sin saber qué decir y sonreíamos por compromiso. Al cabo de un buen rato, Flyt se armó de valor y lanzó la frase más típica que uno puede encontrar.

-¡Que bueno está esto! ¡Te ha quedado genial!

-Gracias -respondió Alire mostrando una de sus tímidas sonrisas- ¿Te gusta, Jeanlion? ¿Habías comido alguna vez algo parecido?

Su respuesta, algo nerviosa, sonó incomprensible. Todos reímos ante su simpático desliz, aunque no para ofenderle. Se trataba de gastar el máximo tiempo posible hasta que alguien diera con la frase acertada, por lo que, unas risas absurdas también consumían segundos...

-*Oui* –repitió, midiendo sus palabras-. *Tener algo parecido, pero no ser tan gustoso. Muy bueno. Rico.*

Tras aquél minúsculo intento, todo prosiguió igual. El silencio envolvió la mesa de nuevo y nuestras miradas se cruzaron impacientes. Jeanlion parecía otra persona y, posiblemente, ese fuera el problema. Después de un baño de agua caliente, afeitarse y cortarse el pelo, parecía, incluso, mucho más joven que nosotros...

-¡Jeanlion! –dije al rato, saltándome todos los rodeos-. El principal motivo por el que te hemos invitado aquí es para demostrarte nuestro aprecio y cariño. Como te hemos avanzado en el bosque, hay una posibilidad, bastante real, de que te acerquemos al Gran Islamo, sin embargo, aún nos queda alguna pregunta por responder.

La comida, pese a su magnífico sabor, pasó, drásticamente, a segundo plano. Todos restaban atentos a mis palabras y Jeanlion, expectante, mostraba una expresión a medio camino de la felicidad y el terror.

-Con todo lo que hemos hablado –continué-, hemos podido entrever tu bondad, así como un carácter noble y afable, sin embargo, hay una cosa que no nos has aclarado nunca. ¿Qué te hacía patrullar nuestros cielos?

Apareció de nuevo el silencio y Jeanlion, tras escudarse en un largo sorbo de agua, respondió:

-Ser una misión routinière de la Orden . Mi airplane tener problemas y...

-¡Jeanlion! –le corté reforzando el tono de voz-. Esto ya nos lo has contado un millar de veces... Debes decirnos toda la verdad. Queremos saber qué buscabas aquí. En verdad, nuestro destino es el Gran Islamo, pero no lo escogimos solo para ayudarte – hice una pausa y continué-. ¿Te dice algo: el Motivo?

Todos me miraron extrañados. Habíamos acordado, bajo mi expresa petición, no mencionar a Johanthan, al diario ni nada de su contenido, sin embargo, creí que solo acorralándolo lograría hacerle reaccionar y... no me equivoqué en absoluto. Su cara cambió al instante. Obviando el tono de su piel, parecía empalidecer. En su frente se formaron pequeñas gotitas de sudor y nos miraba inquieto. No había la menor duda: conocía el Motivo y tenía algo que ver con su búsqueda. Cualquier otra persona habría preguntado sin más, mientras que él no sabía ni como afrontar la respuesta.

-Por favor –le rogué amistoso-. Te lo pedimos de corazón. No tenemos nada contra ti, es más, nos caes muy bien, pero queremos saber más acerca de la Orden y de tu misión.

Le habíamos pillado. Su única salida era confesar y lo sabía. Bajó la vista, se secó los labios y empezó a hablar:

-Me llamo Jeanlion Movere y soy piloto de rastreo de la delegación francesa de la Orden. Me destinaron aquí, en periodo de pruebas, tras la pista de un barco atacado por un submarino de la Orden. Mi misión era la de encontrarlo e informar a mis superiores.

Quedamos petrificados. A parte de lo que oíamos, Jeanlion hablaba un *único* casi perfecto. Aún con acento, su pronunciación había cambiado por completo.

-No hace mucho que me alisté –continuó- y lo hice, básicamente, por los galeos. Os he mentado con lo del idioma, acogiéndome al código de nuestro manual. Dicho protocolo es una maniobra de evasión a la captura. En verdad, mi idioma natal es el francés, pero hablo *único*. En el Gran Islamo, la mayoría lo hablamos. No sé nada de el Motivo en si, pero sé que la Orden no repara en gastos para protegerlo. No les debo lealtad alguna y, actualmente, dado a las circunstancias, estoy más de vuestro lado que del suyo –hizo un pequeño descanso y continuó-. Vosotros me habéis ayudado y acogido, por lo que cualquiera que sea vuestra búsqueda no cambia en nada mis sentimientos. Como respaldo a mis afirmaciones, y muestra de gratitud, os diré la fórmula que nos hacen memorizar al ingresar en la Orden. No nos dicen qué significa, para nuestra propia seguridad, sin embargo, su aprendizaje es obligatorio para todo miembro de la hermandad: Sesenta y ocho es a doscientos cuarenta y cinco.

Restábamos completamente atónitos. Aquello superaba, y con creces, todas nuestras expectativas. Tardaríamos un buen rato en asimilarlo, pero esta vez sí, Jeanlion se había mostrado totalmente transparente. Cuando conseguimos volver a respirar, empezamos a preguntarle acerca de los detalles. Pese a que estábamos todos muy excitados, la conversación siguió la senda de la cordialidad, cosa que demostró las buenas intenciones de ambas partes. Aclaramos conceptos como que la Orden era un órgano de respaldo y protección de algo llamado el Motivo y que lo que realmente estaba buscando Jeanlion bien podía ser el Esfriudon tal y como llegó a Edbuc.

-¿Qué clase de animal es un submarino? -preguntó Flyt extrañado.

-¿Animal? Un submarino no es ningún animal... Es un buque de guerra diseñado para atacar desde el fondo del mar...

Capítulo trigésimo segundo

Se cumplían tres meses de nuestra llegada a Ishör y el Esfriudon estaba listo para volver al mar. Las manos prodigiosas de Bräwn lo habían convertido en una joya digna de admiración. Iba a ser nuestro hogar durante mucho tiempo y lo mimábamos a conciencia. La barandilla exterior de madera trenzada, los camarotes pintados de color verde, el palo mayor esculpido con motivos marineros, el mascarón de proa emulando la cabeza de un pez, el velaje bordado por las chicas... El conjunto resultaba espectacular y pronto se convirtió en un punto de peregrinaje para multitud de curiosos. Ishör era un islamo pequeño en el que las noticias se propagaban antes, incluso, de que ocurrieran. Nuestra inminente marcha estaba en boca de todos y no pocos fueron los que se acercaron a admirar el trabajo de Bräwn y, ya de paso, a fisgonear aquel extraño hombre de color negro. Por nuestra parte, la relación con Jeanlion era inmejorable. Sus aportaciones, además de valiosa información náutica, nos unieron de tal modo que, bajo unanimidad, ya lo consideramos el quinto tripulante del Esfriudon. Lo habíamos presentado a la familia de Alire y, pese a alguna que otra reticencia, nuestras aclaraciones le evitaron ser denunciado ante la comunidad. Los nervios estaban a flor de piel... Se acercaba la marcha y el temor a lo desconocido se hacía tangible. Bräwn no aceptó un solo galeo por su trabajo... Aunque en Ishör tampoco servían de gran cosa, justificaba su decisión con el pretexto de que era lo mínimo que podía hacer por su querida hija. Al que si pagamos, por el amarre y las molestias causadas, fue a Frazzo. Le dimos un saquito de piedras, aunque... siendo del todo honestos deberíamos haberle dado dos. Las continuas visitas al muelle, me renovaron la imagen que tenía de él y me demostraron cuanto de injustos pueden llegar a ser los críos... Hablando de críos, creo que todos y cada uno de los pequeños diablillos de Ishör habían encendido, como mínimo, una decena de lumines, pues sus múltiples visitas al Esfriudon solían concluir con dicho protocolo...

En equipo, e individualmente, habíamos preparado todo a conciencia. Las bodegas estaban llenas de víveres, el laboratorio mudado, los camarotes acomodados, la sala de maquinas reluciente y las directrices claras. Jeanlion fue nombrado nuestro guía oficial, pues su amplio conocimiento del Gran Mar y la experiencia en lectura de coordenadas, le convertían en la persona ideal para ello.

Durante aquellos días, previos a la marcha, se intensificaron las charlas en el porche. Nada debía quedar en el tintero, ya que, según los cálculos del francés, pasaríamos cerca de un mes en el mar y quedarse manco ahí podía representar un auténtico calvario. Todo era de suma importancia: la comida, la ropa, los útiles de higiene, artículos personales, las armas... Precisamente en esto último no habíamos pensado y fue Middoc quien nos refrescó la memoria. Una vez en el mar, estaríamos completamente solos, por lo que algún método de defensa no nos vendría nada mal. Con ese pretexto, él y sus hermanos nos sorprendieron con los manärks.

En total secreto, habían construido cuatro manärks, uno para cada uno de nosotros, a excepción de Alire, que ya poseía el suyo. El manärk era un arco de reducidas dimensiones que disparaba una batería de cinco dardos. Dicha batería se colocaba contigua a la empuñadura y con el simple tensado y destensado de la cuerda se iba recargando. Además, todo buen manärk iba acompañado de su inseparable chicüo. Dentro de una pequeña funda, situada en la parte inferior de la empuñadura, había un cuchillo de unos veinte centímetros de hoja. Ese cuchillo, que originariamente servía para hacer punta a los dardos, podía resultar mortal como arma de un solo uso. Tanto la punta de los dardos, ahora metálica, como la hoja del chicüo, se bañaban en saliva de viarza, la serpiente más venenosa del islamo.

Todo esto, explicado a bocajarro, da un poco de miedo, lo reconozco, sin embargo, el manärk era algo más que una simple arma de caza. Yo no lo recordaba, porque era muy joven cuando me marché, pero el manärk era una tradición que pasaba de padres a hijos, al cumplir la madurez. Me costó bastante familiarizarme con él. Su peso y sujeción, junto a la peculiaridad de tener que equilibrarlo al mismo tensar y apuntar, requería de cierta práctica. No obstante, cuando le cogías el tranquilo, su manejo se convertía en práctico e intuitivo. Además de los manärks y su funda de transporte, también nos regalaron un zurrón con treinta dardos para cada uno. Como agradecimiento a los regalos y a la paciencia mostrada durante las prácticas de tiro, Jeanlion les correspondió con unas curiosas hondas típicas de su región. Tras las lógicas pifias de los primeros intentos, aquel divertido intercambio, aumentó su popularidad entre los hermanos de Alire haciendo que, más de uno, enterrase su odio hacia él.

Si tuviera que citar el día más emotivo de cuantos pasmos en Ishör, probablemente escogería el previo a la marcha... Uno de esos días que, sin saber bien como, se acomoda en nuestra mente para no marchar nunca. Por la mañana, de manera íntima y caprichosa, cada uno de nosotros ultimó sus preparativos, mientras que por la tarde, rodeando la exquisita mesa del comedor de Bräwn, comimos, bebimos y charlamos hasta bien entrada la noche.

-¿Duermes? –preguntó Alire.

-Sí –respondí girándome hacia ella-. No. La verdad es que no consigo dormir. Estoy tan lleno de comida, como de miedos –añadí sonriendo.

La abracé cariñoso y le susurré:

-¿Estás completamente segura de dejar todo esto?

-Sí –contestó convencida-. Aunque, por momentos, me puede la nostalgia.

-Es normal -contesté acariciando su pelo-. Amas a tu familia y te sabe mal dejarlos. Aunque solo tenía catorce años, me pasó algo parecido cuando me marché. Aquella noche tampoco dormí pensando en vosotros... bueno, para ser sincero pensaba más que nada en ti... Te prometo que – dije mirándola fijamente a los ojos-, una vez hallemos respuestas, volveremos para quedarnos. Aún no les he contado nada a los chicos, pero también tengo planes para ellos... EL sueño el Adrún es regentar su propio restaurante y pienso cederles parte de esta casa para tal fin.

Alire sonrió y dijo:

-Eres increíble... Siempre pensando en los demás... Te quiero mucho y te aseguro que no me duele la decisión. Tengo ganas de ver mundo y, sobretodo, de verlo junto a ti.

Tras aquellas bonitas palabras, nos abrazamos y, a sabiendas de las consecuencias, nos besamos efusivamente. Hicimos el amor durante toda la noche y,

pese a no pegar ojo, la tranquilidad de tenerla a mi lado, oyéndola respirar, me relajó sumiéndome en un estado de relax parecido al sueño.

Capítulo trigésimo tercero

“...Despierta Elidor...” “...Ha llegado la hora...”

-¡Despierta Elidor! ¡Ha llegado la hora -repitió Alire achuchándome-! ¡Debemos partir!

-Que curioso –dije girándome hacia ella-. Justo termino de escuchar esa misma frase en boca de mamá... Debe ser un buen presagio teneros a a ambas conmigo esta mañana.

Alire sonrió y añadió:

-Venga, apresúrate perezoso. Tenemos que partir antes de que llegue la flota. ¿Te gusta?

-Sí... Te queda genial. ¿Te lo pones hoy?

-¡Por supuesto! Es un día importante para mi y quiero que me lleve suerte. Además, a partir de hoy, no pienso sacármelo jamás -dijo centrándoselo al cuello-. ¡Me encanta! Tuviste mucho gusto al escoger.

A decir verdad, el acierto no fue mío... Agobiado por los agresivos vendedores de Alöak, no me veía capaz de encontrar nada adecuado para Alire. Cosas bonitas las había, pero ninguna parecía suficiente para ella... Afortunadamente, Aadrún nos acompañó y, al verlo, se enamoró de él al instante. Será que las mujeres tienen un don especial para eso, porque ese colgante, en forma de delfín, ni me había llamado la atención. Su ojo brillante y el detalle dorado de las olas conjuntaban a la perfección con el suave tono de piel de Alire.

Tras levantarme y rehacer la cama, bajamos a la cocina. Habíamos acordado con Frazzo, marchar antes de que llegaran los pesqueros para no interferir en su descarga.

-¡Buenos días capitán –dijo Flyt al vernos entrar-! Hoy se le han pegado las sábanas a usted ¿verdad?

-¡No sea insolente grumete! Usted no tiene ni idea de lo duro que es el cargo de capitán...

Ellos tampoco habían pegado ojo, al igual que Jeanlion que, desde hacía ya un buen rato, había partido hacia el muelle. Al llegar junto a la garita de Frazzo, divisamos unas sombras conocidas. Toda la familia de Alire, a excepción de Frucdoc, del cual ya nos habíamos despedido la noche anterior, estaba presente. Después de los besos, abrazadas y alguna que otra lágrima de rigor, subimos a bordo y arrancamos el motor. Un ligero runruneo, junto al barboteo del hélice, eran los únicos ruidos que osaban romper la calma de la madrugada. Agarré el timón y accioné la palanca de avance. El Esfriudon, algo tímido aun, empezó a avanzar. Debían rondar las cinco y media de la mañana y, pese a la evidente falta de luz, por proa asomaba lo que sería un bonito amanecer. Tras el último adiós, aguardamos en silencio. Alire, emocionada, lloriqueaba apoyada en la pared de los camarotes, mientras que el resto de la tripulación, repartida por cubierta, disfrutaba de aquél emocionante momento. No sabía como consolarla, pero, acercándole un pañuelo, le dije:

-Tranquila querida. El tiempo pasa lento en Ishör y seguro que regresamos antes, incluso, de que nos echen en falta...

No pudo responder. Me miró sonriente, se secó las lágrimas y me abrazó con todas sus fuerzas.

Capítulo trigésimo cuarto

Llevábamos una hora en el mar. El amanecer se había convertido en día y el Sol empezaba a mostrar su descaro. Bloqueé el timón, dirección noroeste, y entré en el cuarto de mandos con la intención de anotar la ruta. Jeanlion nos había marcado un paso seguro, bordeando los islamos del norte.

En términos náuticos, el mundo se dividía en tres latitudes: norte, media y sur. Estas latitudes, a su vez, se dividían en porciones verticales llamadas cuadrantes. Los cuadrantes iban numerados del cero al diez, en positivo y en negativo. Según ese cómputo, Ishör estaría situado a media - menos siete, mientras que el Gran Islamo correspondería a norte - ocho. Saber interpretar las coordenadas era fundamental para ubicar un punto en los mapas, sin embargo, dicha lectura se debía complementar con la brújula. Al poco de observar el mapa, entraron Alire y Jeanlion. Este último, tras pegar una ojeada al mapa, volvió a salir sin decir nada.

-¿Cómo estás?

-Nervioso –respondí-. Ahora sí que ha empezado la auténtica aventura... Solo espero que todo salga bien.

-Tranquilo amor mío. Nadie puede predecir el futuro. Lo que tenga que pasar, pasará y lo único importante de verdad es que lo afrontemos juntos –hizo una pausa y, llevándose la mano a la cabeza, prosiguió-. Voy a echarme un rato, no me encuentro muy bien.

-Es normal –contesté-. Esto que te ocurre se llama mareo. Tu cuerpo está expuesto a unos movimientos nuevos y esto, al principio, desorienta. En tierra firme solo debemos controlar el movimiento de nuestro cuerpo sobre el suelo, mientras que aquí se suman el del agua y el del barco. Verás como en un par de días te acostumbras a ello y ni lo notas. Túmbate tranquila, más tarde te traeré algo de beber –dije acariciando su pálida mejilla.

Tras arroparla, regresé a cubierta y me dirigí hacia la posición de Flyt y Adrún.

-¡Ya volvemos a flotar –dije apoyándome en la barandilla!

-¡Sí capitán –respondió simpática Adrún-! Parece que haga una eternidad desde que partimos de Alöak... Además, con la reconstrucción, ni el buque parece el mismo...

-Barco nuevo, compañeros nuevos, un destino real... Ahora sí que va en serio –añadió Flyt mirando al horizonte...

-¡Sí –contesté-! Ha llegado la hora de poner en práctica todo lo aprendido en Alöak...

Al reaparecer el nombre de Alöak en la conversación, noté cierta nostalgia en los ojos de Adrún...

-Vamos a pasar muy cerca ¿Te apetece fondear, ni que sea un par de horas?

-¡No! –contestó rotunda-. Todo lo que queda ahí es malo para mí. Es solo que, al oír ese nombre, no puedo evitar el pensar en mi madre.

-Es normal mujer. A mi también me ocurre –dije animándola-. Siempre que estoy ante una disyuntiva me reviene su imagen y, a menudo, oigo su voz en sueños... ¿Sabes de lo que me he convencido?

-No –contestó secándose las lágrimas.

-Que su recuerdo es más un aliento de ánimo que de tristeza. De esta forma, en los momentos importantes, la llevo siempre aquí –dije tocándome el pecho-, y esto me da fuerza.

Adrún no respondió y, dedicándome una de sus tiernas miradas, se volvió hacia el mar. El resto de día pasó tranquilo, al igual que las siguientes semanas. Alire, pasados tres días, superó el mareo y se incorporó al grupo con total normalidad. Reinaba la amistad entre nosotros y aquél viaje empezaba a resultar una divertida aventura. Durante el día, turnándonos las guardias en el puente, aprovechábamos para hacer las labores interiores: inventarios, comidas, lecturas climatológicas, descansos... Mientras que por la noche, reunidos en cubierta, hablábamos de todo lo que tenía que ver con la ruta y el viaje. Jeanlion nos cautivó con fascinantes revelaciones acerca del Gran Islamo y, gracias a él, supimos de la existencia de mares interiores de agua dulce, agujeros gigantescos a través de las montañas, vehículos motorizados, creaciones mágicas como

la luz artificial, la electricidad o la medicina... Oyendo esos relatos, el síndrome del sueño real adquiría consideración de cordura y no de enfermedad como nos habían hecho creer desde niños. Todos ansiábamos llegar y poder comprobar todas esas maravillas con nuestros propios ojos. El diario de Johanthan ya no era ningún secreto y todos lo leíamos intentando hallar conclusiones. Obviamente, Jeanlion era quién mejor lo interpretaba y fue él quien nos ilustró que Bureku, aquél nombre tan repetido, era una pequeña región al noroeste del islamo. A su vez, nombres como Gristof o Hanlekag también le eran familiares, aunque no era capaz de ubicarlos con exactitud. Pese a esos pequeños avances, continuábamos sin descifrar el significado de ese dichoso Motivo que me legó el señor Mcwil; ¿sería un cometido? ¿una idea? ¿un simbolismo?... Sin embargo, por lo menos teníamos una cosa clara: nuestro próximo destino debía ser Bureku.

De esta forma, entre hipótesis, amistad y coordenadas fueron pasando las semanas hasta alcanzar el mes de navegación. La llegada se aproximaba y, con ella, los nervios... El viaje había sido placentero y, aunque no hubiéramos divisado algunos islamos que aparecían en el mapa, sabíamos que estábamos en la ruta correcta gracias a la brújula.

No obstante, pese a la aparente calma del mar, nuestra llegada al Gran Islamo no iba a ser tan fácil...

Capítulo trigésimo quinto

-¡Nubes! ¡Nubes negras! -gritó Alire, desde el observatorio. ¡Adrún! ¡avisa a los chicos! ¡Nubes negras!

Adrún, sentada junto al hueco de la escalera, se sobresaltó por los gritos. Turnaba su guardia y, con el mar en calma y un horizonte despejado, había sucumbido a al embrujo del sueño. Nerviosa y asustada, corrió a avisarnos.

-¿Eso? -pregunté señalando al horizonte.

-Sí. Jamás había visto nada parecido -respondió Alire pegada a la mirilla del telescopio-. No puedo distinguirlos bien, pero no parecen nubes comunes.

-¿Serán tóxicas? -preguntó Adrún.

-No sé decirlo... Su densidad parece distinta...

-¿Reducimos la marcha -preguntó Flyt preocupado?

-¡No -respondí! De momento no. Esperemos a la confirmación visual de Alire y luego decidimos qué hacer.

Pasamos un buen rato de incertidumbre. En verdad, aquella pequeña mancha negra se iba acercando, pero nos era imposible distinguirla a simple vista.

¡No puede ser! ¡Que me parta un rayo! ¡No son nubes -exclamo Alire incrédula!
¡Son pájaros!

-¿Pájaros? ¿Acaso es una broma -pregunté extrañado?

-¡No! ¡Es increíble! Por fin alcanzo a verlo con detalle. Miles de pájaros volando hacia aquí...

Parecía una de las absurdidades de Flyt. Una mancha negruzca se acercaba por proa y de nos ser Alire la que observaba a través del telescopio jamás hubiera creído semejante estupidez.

-¿Miles de pájaros volando en una misma dirección -se preguntó Jeanlion en voz alta? Esto no es normal. Ninguna especie migra en tal magnitud... ¿Ves algo más?

-No -respondió Alire-. Mire donde mire, solo veo pájaros. Hay tantos...

-¿Y tierra? ¿Ves tierra por algún sitio -preguntó Adrún excitada-? Si hay pájaros es que debe haberla cerca, ¿no?

-No tiene porque ser así, mujer -respondio Jeanlion-. Hay muchas especies de pájaros que migran de una zona a otra durante el año. Lo raro es que lo hagan en tal magnitud.

Fuera cual fuera la causa, aquella mancha se iba extendiendo por el horizonte y, en cuestión de minutos, se hizo perfectamente visible. ¿Qué podía originar semejante oleada de pájaros? Según el mapa, el Gran Islamo no estaba lejos y entre él y nosotros no había nada. Regresamos a la sala de mandos y, tras corroborar el rumbo mediante coordenadas y brújula, salimos de nuevo a cubierta. Se oía un creciente murmullo y el cielo empezaba a oscurecerse. Intentamos relajarnos, buscando alguna explicación lógica, sin embargo, no fuimos capaces de encontrarla. Alire, tras resguardar el telescopio, regresó con nosotros. Restábamos pendientes del cielo y bastante asustados, a decir verdad. Atónitos e impotentes, vimos como empezaban a llegar los primeros pájaros. Volaban enérgicos y descontrolados. No había la menor duda de que huían de algo... A medida que el número aumentaba, algunos quedaban atrapados entre la vela y sus ataduras. Tras intentar escapar a palos de ciego, debilitados por el cansancio, muchos de ellos se precipitaban al vacío... Conmocionados ante el macabro espectáculo, descubrimos el porqué de tan salvaje avalancha.

-¡Choque de vientos! –gritó Alire, señalando al cielo-. ¡Debemos resguardarnos!

Por lo que veíamos, la cosa no parecía tan grave, sin embargo, a juzgar por los gritos de Alire, y el miedo reflejado en sus ojos, debíamos actuar deprisa.

-¡Una tormenta huracanada! ¡Rápido chicos! ¡Debemos ponernos a cubierto -repitió nerviosa! ¡Esa tormenta es de las peores que nos podemos encontrar en el mar!

-¡Rápido! –grité con todas mis fuerzas-. ¡Protocolo de emergencia!

Ya lo habíamos ensayado en Ishör, pero, a decir verdad, la situación nos superaba. El irritante chillido de los pájaros, la dura visión de los que morían chocando contra cubierta, el miedo, la ansiedad... nada de eso formaba parte del protocolo, sin embargo, como no teníamos tiempo de modificar el rumbo, nos acogimos al manual. Dicho protocolo consistía en preparar la nave para una colisión inminente. Sin demora alguna paramos el motor, recogimos la vela mayor y, gracias a un sistema de poleas y cuerdas ideado por Bräwn, abatimos el mástil dejándolo completamente horizontal con la nave. Sellamos con láminas de corcho todas las aperturas de los camarotes y la bodega. Bloqueamos el timón y nos repartimos por cubierta donde, atados a distintos puntos de la barandilla exterior, esperábamos lo inevitable armados con cubos de madera. Estábamos muy asustados y nos mirábamos resignados sin decir nada. El Sol no tardó en desaparecer engullido por unas nubes oscuras cargadas de rabia. Ya no quedaba ningún pájaro en el cielo y el mar, como intentando escapar también, marchaba desbocado maltratando al Esfriudon.

-¿Cómo está el katramol? –gritó Jeanlion desde su posición.

-¡Bastante bien –contesté-! ¡Recargamos en Brek! ¡Debe quedar un cuarto de depósito más la reserva!

Con el tiempo justo de cruzar estas palabras y alguna que otra mirada más, nos alcanzó el temporal.

Resulta imposible describir aquel momento. Un momento en el cual, presas del pánico, la adrenalina te agudiza los sentidos haciendo que cada segundo parezca eterno... Curiosamente, hay un pequeño instante en el que nada parece real. Un espacio temporal en el que tienes tiempo de todo, incluso de pensar en cosas totalmente absurdas... Sin embargo, enseguida regresa la penosa y frustrante realidad retomando el control de tu ser en medio de un presente caótico y descontrolado.

El Esfriudon crujía de dolor por culpa de las violentas embestidas del oleaje y nos balanceábamos a su entera voluntad. El agua era omnipresente. No llegábamos a

distinguir si venía del cielo o del mar, pero sí entendíamos que tal cantidad no era buena para un navío. No se veía nada y, pese a los múltiples relámpagos que iluminaban la escena, tan solo había agua. ¿Un cubo de madera?... Ya podéis imaginar de qué sirve un cubo de madera en una situación así... Ni sé qué fue de él, tan solo me acuerdo de estar agarrado a la barandilla y llamar a Alire en vano. El ruido era estremecedor. El viento soplaba con tal fuerza que parecía que, por momentos, no tocásemos el mar. Los truenos y los crujidos de la madera evidenciaban la dura batalla que seguía librando la nave. Sentía muchísimo miedo y no podía más que cerrar los ojos, agachar la cabeza impotente y esperar el fin. Un fin que, afortunadamente, no tardó mucho en llegar....

-¡Retirada! ¡Retirada! ¡A los camarotes -grité con todas mis fuerzas al menguar el temporal!

El cielo continuaba amenazante, sin embargo la lluvia y el viento disminuyeron.

-¿Estáis todos bien?

Me incorporé y miré a mi alrededor. La nave parecía intacta y su flote estable. También la tripulación parecía haber superado la adversidad. Aturdidos y desorientados, pero de una pieza... Sin lugar a dudas, las manos de Ebuar nos habían salvado. De haberse roto la barandilla, no habría sobrevivido nadie.

-¿Ha pasado todo? -preguntó Aadrún.

-No sé que decir -le respondió Flyt. El cielo aún parece enfadado.

-No chicos... No ha terminado nada -añadió Alire mirando a su alrededor. Estamos en el ojo de la tormenta. Apresurémonos.

-¡Todos a cubierto -grité de nuevo al mismo sacar la lámina de corcho de la puerta de la sala de mandos!

El viento nos ofrecía una pequeña tregua, pero a juzgar por los truenos y relámpagos no parecía que la cosa fuera a mejorar. Una vez dentro, cerramos la puerta y

la sellamos de nuevo. El desorden era mayúsculo. La lámpara, los mapas, los libros... todo yacía por el suelo. Afortunadamente, la brújula estaba intacta.

-¿Se habrá desajustado -le pregunté a Jeanlion?

-Espero que no. Pero deberíamos haberla protegido mejor. Si se ha desajustado, podemos tener problemas...

-¿Más aún? Como si no tuviésemos suficientes...

Colocamos de nuevo la emitita en la lámpara y recogimos un poco la sala. Seguidamente, nos sentamos alrededor de la mesa y aguardamos en silencio. Estábamos empapados, hacía frío y el Esfriudon empezó a balancearse de nuevo.

-¿Qué podemos hacer -Preguntó Adrún?

-Nada -respondió Jeanlion-. Esperar a que la nave aguante y poco más. Con la cantidad de agua que cae, el drenaje manual es inútil.

Totalmente abatido, tragué saliva y dije:

-Siento haberos metido en esto chicos. Jamás pensé que...

-No es culpa tuya -me corto rápida Alire-. La naturaleza es imponente. Eh aquí la importancia de saber leer el cielo.

-Ni que lo digas -le respondió Flyt-. Gracias a ello hemos tenido tiempo de sellar los camarotes, la bodega, atarnos...

No dijimos nada más. Nos mirábamos preocupados, intentando poner buena cara para auto convencernos de que todo iría bien. El Esfriudon se balanceaba de nuevo y la lluvia tampoco se hizo rogar, picoteando con fuerza la pared del camarote.

-¡Bajo la mesa -gritó Jeanlion con buen criterio! Ahí estaremos más seguros.

Esta vez todo pasó algo más rápido o, por lo menos, esa fue la sensación. Resignados y asustados, nos abrazábamos arrodillados, los unos contra los otros,

intentando no perder la posición. La lámpara cayó de nuevo al suelo, desmontándose y dejando la habitación a oscuras. Libros y demás objetos se precipitaban de sus estantes golpeando sin control todo lo que encontraban. Fue acertada la decisión de meternos bajo la mesa, ya que de haber aguardado sentados los golpes no hubieran sido pocos... Los balanceos eran brutales y costaba mucho mantenerse firme en un sitio. Los objetos, esparcidos por el suelo, iban y venían al compás del macabro espectáculo, chocando con cualquier cosa que estuviese delante. La brújula estaba bien resguardada en mi bolsillo, pero ahora eran los mapas los que me preocupaban. No los habíamos protegido lo suficiente y probablemente ya estuvieran rotos...

Abrazaba a Alire con todas mis fuerzas, hablándole al oído. No os puedo asegurar qué le decía, pero supongo que debían ser palabras de ánimo o disculpas. La situación no era nada favorable, pues el crujir de maderas se acentuaba y la tempestad no parecía cesar...

Capítulo trigésimo sexto

Afortunadamente, regresó el silencio...

Al alejarse los truenos y recuperar, medianamente, la estabilidad, abrimos la puerta para dejar entrar la luz. La escena delataba la crueldad de la tormenta. Estábamos magullados, mareados y heridos por algún que otro golpe, sin embargo, eramos conscientes de nuestra suerte. El escenario tampoco evocaba optimismo: todo esparcido por el suelo, mojado, roto... Incluso los robustos peldaños de los armarios yacían en el suelo recordándonos la oportuna decisión de Jeanlion. Pese al dramatismo visual, nadie presentaba heridas graves y todos fuimos capaces de levantarnos por nuestro propio pie. Alire era la que se había llevado la peor parte. Había vomitado un par de veces y parecía tener algo de fiebre. Abrazándola por los hombros, la acompañé a cubierta. El Esfriudon, por lo que pudimos ver, también había resistido con honor y, estructuralmente, estaba intacto. Nada se intuía roto y, a parte de las ataduras de la vela, que habían cedido, el resto parecía en su lugar. Tras respirar algo de aire sano, acompañé a Alire al camarote, donde tampoco había entrado el agua. Tras ordenar los muebles y rehacer la cama, abrí la ventanilla y le ayudé a desvestirse.

-Descansa querida. Todo ha pasado ya. Siento mucho haberte metido en esto.

No respondió. Me miró forzando una sonrisa y cerró los ojos. Al regresar junto a los chicos, bajamos a la bodega para analizar el alcance real de los daños. Ahí sí había entrado mucha agua, sin embargo, los orificios de drenaje habían cumplido su función. Todo estaba húmedo y desordenado, pero, al igual que en cubierta, los daños físicos parecían pocos. La puerta de la segunda bodega había cedido, seguramente arroyada por alguna caja, mientras que la de la sala del motor continuaba sellada. Al abrirla, pudimos comprobar como todo estaba en orden.

-Nos ha faltado bien poco -bromeó Flyt al regresar a cubierta...

-Y tan poco -respondió Adrún-. Jamás había pasado tanto miedo.

-Lo siento chicos. Yo no...

-No es culpa tuya Elidor -me cortó Flyt-. Y, además, estamos todos bien. Un poco maduros, eso sí, pero lo podemos contar que es lo importante.

-He visto cientos de tormentas desde el cielo -añadió Jeanlion pensativo-, pero nunca imaginé que fuesen tan duras... A partir de hoy las veré con otros ojos -sonrió mirando al cielo.

Había parado de llover, pero aún nos rodeaba una espesa nebulosa. Por el este empezaba a advertirse el Sol, sin embargo, no fuimos capaces de determinar nuestra posición exacta. Para evitar navegar a ciegas, echamos el ancla y acordamos que, una vez abierto el cielo, calcularíamos rumbo. Tras sanarnos las heridas, cambiarnos de ropa y beber algo caliente, empezamos a ordenar todo. En la bodega, donde el desorden era mayor, tan solo tuvimos que tirar el contenido de un par de cajas. Nada preocupante, pues quedaba comida de sobras. La vela tampoco supuso ningún problema y, aunque rasgada por su parte inferior, pudimos izarla de nuevo. Con respecto a los camarotes, el que había sufrido más era el de Alire. La mayoría de los frascos estaban rotos y todos los documentos mezclados, sin embargo, el útil más importante, el telescopio, estaba intacto dentro de su estuche protector.

Al abrirse el cielo, intentamos ubicar nuestra posición. El mapa principal se había roto en varios pedazos, pero seguía practicable. No fuimos capaces, ni mediante la brújula, de determinar nuestro cuadrante exacto. Intuimos que la tormenta nos había arrastrado un par de millas al sur, por lo que acordamos poner rumbo noreste.

A la mañana siguiente, Alire puso números a la tormenta. Sus medidores exteriores, los que habían aguantado, confirmaron lo que ella temió desde un inicio. Aquella tormenta, por las ráfagas de viento, había sido huracanada y en verdad era de las peores que podíamos encontrarnos. Incluso en tierra firme, resultan devastadoras cobrándose, en el mejor de los casos, decenas de víctimas humanas... Su formación se debía al choque de varias corrientes de aire y lo que nos salvó fue su velocidad. Todo ocurrió en escasos quince minutos y de haber durado el doble, con total seguridad, yaceríamos en el fondo del mar... Sus afirmaciones eran contundentes, pero, a la vez, nos hacían sentir aún más afortunados.

Si algo aprendimos de aquella experiencia es que ante la ira de la naturaleza, de poco sirven los protocolos humanos y, mucho menos aun, unos absurdos cubos de madera...

Capítulo trigésimo séptimo

Tras un día y medio de navegación, la cosa continuaba difusa. El combustible lindaba su fin y la niebla empezaba a preocuparnos...

-Creo que deberíamos regresar a Ikru y, desde ahí, retomar la ruta.

-Sí –contesté-. Puede que sea la opción más sensata, pero ya hemos gastado mucho katramol y sin la reserva no sé si llegaremos. Además, ¿quién nos asegura que sabremos encontrarlo?

-Sí, en eso tienes razón –reconoció Flyt cabizbajo-. Es que esta puñetera niebla me saca de quicio... ¿Qué podemos hacer?

-Creo que debemos seguir –respondió Jeanlion-. Según la brújula estamos siguiendo la dirección correcta, por lo que no debemos habernos desviado demasiado. Es cierto que esta niebla no tendría que estar aquí, pero mis únicas referencias son aéreas y puede que estos bancos, a ras de mar, sean habituales...

-No sé -dijo Alire observando el mapa-. Tengo un mal presentimiento... ¿Cómo es posible que no hayamos divisado este peñón de aquí? Ni con el telescopio he sido capaz de encontrarlo. Además –continuó-, tanta niebla no me cuadra... ¿No será que la tormenta nos ha empujado hasta aquí?

Su dedo señalaba una pequeña mancha blanca. No quedaba muy claro si era parte del mapa, un fallo en su edición o el borde del mismo, pero sí que limitaba nuestra ruta original a lo largo de todo un cuadrante.

-Puede –respondió Jeanlion-. Si te soy sincero, nunca había oído hablar de bancos de niebla en las cercanías del Gran Islamo. Sin embargo -continuó tras ojear de nuevo el mapa-, lo más sensato es mantener el rumbo y, al salir de la niebla, virar en dirección noreste.

En verdad, no teníamos otra alternativa. El katramol era esencial para navegar sin viento y un error en Ikru hizo que no llenásemos los contenedores de reserva... También cabía la posibilidad de echar ancla y esperar al viento, pero en vista a lo que

había pasado hasta ahora, era una opción bastante arriesgada. Finalmente, tras debatirlo, viramos cinco grados a estribor, bloqueamos el timón y, para ahorrar combustible, dejamos la palanca de avance al mínimo. La niebla no nos dejaba ver más allá de media milla, con lo que el telescopio tampoco nos servía de mucho... Hacíamos guardia desde el punto más saliente de proa y nos turnábamos cada dos horas. Era muy pesado mirar a través de la niebla y, sinceramente, empezábamos a dudar de la brújula. No queríamos admitirlo aún, pero, estábamos completamente perdidos...

Era de noche. Flyt y Adrún turnaban juntos y, desde el camarote, les oía conversar. Alire se había dormido y yo, inquieto ante aquella incómoda situación, intentaba distraerme contando los ronquidos de Jeanlion. Me sentía culpable por haberlos metido en la tormenta y por el error del katramol, que también fue mío... ¿Qué más podía pasar?

-¡Pssst! ¡Elidor! ¡Despierta Elidor! –me susurró una voz al oído.

Abrí los ojos y ví a Flyt arrodillado junto a mí. Llevaba una lámpara de mano y su posado era serio.

-Perdona que te moleste -dijo excusándose-. Debes venir a ver algo.

Me levanté sin hacer ruido y le seguí hasta cubierta. Ahí estaba Adrún con la mirada fija en la niebla.

- Y bien -dije tras un espontáneo bostezo-, ¿de qué se trata?

-Hemos parado el motor y echado el ancla –empezó Flyt-. Adrún ha divisado algo extraño entre la niebla. ¡Mira! –dijo señalando al frente.

No podía ser. Me froté los ojos varias veces y, efectivamente, ahí seguían. Unas lucecitas, chispeantes, delimitaban una especie de perímetro o algo parecido.

-¿Habéis comprobado nuestra posición?

-Sí –contestó Adrún-. Pero, sinceramente, no sabemos donde estamos. Si Alire está en lo cierto, aún no hemos sobrepasado la zona blanca y, ahí, no hay nada... Puede que sea otro barco a la deriva... Estamos un poco asustados.

-Entiendo –respondí pensativo-. Habéis hecho bien. Ante una duda, lo mejor es debatirlo. Esconded todas las lámparas y seguid atentos. Voy a despertar al resto.

La noche era oscura y, al esconder las lámparas, el Esfriudon gozó del más seguro de los anonimatos. Alire lo había intentado con el telescopio, pero la falta de luz y la borrosidad de la niebla no le permitieron ver nada. Al regresar a cubierta, Flyt nos susurró:

-Parece que las luces, sean lo que sean, son estáticas. Hace rato que las observo con detenimiento y, a pesar de estar el mar en calma, no se mueven ni un ápice. De ser de un navío debería notar un ligero vaivén ¿no creéis?

-¿Qué diantre pueden ser? –preguntó Alire forzándose a observar.

-No sé –respondí-, pero a juzgar por el ligero chispeo, podría tratarse de antorchas de fuego.

Jeanlion observaba en silencio. Parecía preocupado y el mantenerse ausente a un debate no era nada típico de él...

-¿Qué hacemos? –pregunto Adrún asustada.

-No lo sé –contesté de nuevo-. Puede que nos encontremos ante un islamo pequeño el cual los mapas han obviado por lejanía o tamaño, sin embargo, si hay antorchas quiere decir que ahí vive alguien y, probablemente, puedan abastecernos. La oscuridad y la niebla juegan en nuestra contra, pero seguro que por la mañana lo veremos más claro.

Nadie respondió. Seguían mirando intrigados. El ambiente era ideal para sucumbir al miedo y mi discurso no terminó de convencer a nadie... Al rato de aguardar en silencio, Jeanlion dijo:

-En efecto se verá más claro, pero no será más seguro...

-¿A qué te refieres? - repliqué, extrañado, ante su afirmación.

-Viendo esas luces, no puedo evitar pensar en el islamo maldito... Es una fábula para persuadir a los niños desobedientes, pero ahora me ha venido en la cabeza...

Su posado seguía serio. Su voz era grave y se intuía algo asustada.

-¡Venga Jeanlion! Ya estamos bastante acojonados como para jugar a los acertijos. Si quieres gastarnos una broma, escoge otro día, ¿vale?

-No es ninguna broma. Sé que es un cuento infantil, pero la niebla, las antorchas...

-¡Venga tío! ¿A qué te refieres -le exigió Flyt tras un corto silencio?-. Se ve de lejos que te mueres de ganas de contarle. ¿Acaso crees que el tono pálido de mi piel es de miedo? -añadió acariciándose la mejilla.

Jeanlion se tomó su tiempo y, tras dedicarle una desafiante sonrisa, empezó a narrar:

-Según cuenta la leyenda, en las noches de Luna negra, cuando la oscuridad es más evidente, emerge del fondo del mar un islamo maldito. Un islamo, poblado por monstruos y demonios del pasado, que mora por el mar sin posición fija. Emerge envuelto en niebla y, como si de una telaraña gigante se tratase, atrapa a los pescadores y navegantes que se encuentran en sus cercanías. Esos hombres, corrompidos por el espíritu del mal, recorren todas y cada una de las calles del Gran Islamo en busca de niños. A los demonios les encanta comer niños y durante toda la noche se oyen llantos y gritos desgarradores...

-¡Venga ya! Mira como tiemblo de miedo... ¿No eres un poco mayor para semejantes fanfarronadas?

-Sí, ya sé que solo es un cuento, pero espera a ver como termina -amenazó Jeanlion con los ojos bien abiertos-. Resulta que, según ha narrado algún superviviente, los demonios encienden una antorcha por cada niño devorado y, esas antorchas flotando en el agua es lo único que perdura al amanecer. Además, por si eso fuera poco, la crueldad de los demonios es tal que dejan, en cada casa, un pedazo de...

-¡Ya está bien Jeanlion –le corté algo molesto! Nuestra situación ya es bastante patética como para empeorarla con cuentos de miedo... Acatemos la lógica, por favor.

-¡Oye Elidor! -respondió Flyt-. Por lógica, si mato a un negro en una noche oscura nadie se va a enterar ¿no?

-¡Mirad! ¡Mirad! ¡Ya se está corrompiendo el señor blancucho -bromeó el francés agarrándole por el cuello!

Todo y las risas, obviando por completo el absurdo cuento de Jeanlion, aquellas lucecitas nos mantuvieron en ascuas toda la noche. Nadie fue capaz de dormir, por lo que, rodeando la mesa de la cocina, nos limitamos a aguardar el amanecer charlando y consumiendo litros de café.

-¡Oíd chicos! -dijo Alire tras saborear un pequeño sorbo de café-. ¿Sabéis que estamos en el ciclo de Luna vieja?

Capítulo trigésimo octavo

Jamás el tiempo había pasado tan lento... Salíamos cada media hora a comprobar la posición de las antorchas y, a medida que avanzaba la noche, esas comprobaciones se repetían más a menudo... Restábamos inquietos, hablando de cualquier cosa que nos distrajera, pero, inequívocamente, esperábamos el amanecer.

-¿Conocéis el origen del café? –preguntó Adrún.

-Creo que viene del sur –respondió Alire-. Yo no lo conocía hasta llegar a Zaröh. Cuando regresé a Ishör me llevé varios paquetes para regalar y todos coincidieron en que era demasiado amargo. Está demostrado –continuó dedicándome una pícaro sonrisa-, en Ishör, solo lo de Ishör...

-Ni que lo digas, mujer –le respondí-. Tienen una fe ciega en sus productos y si a alguno de ellos le cambiásemos el nombre, ya lo encontrarían salado, amargo o demasiado fuerte... Ahí se bebe sëik. El sëik es una infusión hecha de raíces de bäuk, un pequeño vegetal que crece en el monte, entre los haküs. Su gusto es agrisado y el efecto que produce es parecido al del café.

-Pues veréis –prosiguió Adrún-. Como bien decís, proviene de los islamos del sur donde, según parece, el clima no es tan drástico como aquí. Su cultivo data anterior al *Gran Boom* y es de las pocas cosas que se ha conservado tal cual se hacía antaño. Su preparación requiere de todo un ritual y su posterior degustación es considerada un placer. Cada pequeño detalle que afecte a las cosechas o a su posterior tratado es vital por su aroma final. Sus matices pueden variar en merced de la lluvia, el Sol, el tiempo de tostado... Normalmente, el grano se suministra tal y como sale de la planta. Lo primero que hay que hacer al abrir un saco, es exponer los granos al Sol para que pierdan toda la humedad que hayan podido acumular durante el viaje. Seguidamente, se tuestan. Existen muchos métodos de tostado y, durante los mismos, es cuando podemos modificar un pelín su sabor. En Aloak los cubrimos con jarleei y, al cocerse a llama baja durante cinco horas, es lo que le da éste sabor único que podéis apreciar -dijo haciendo un gesto de exquisitez con las manos-. Una vez tostado y reposado, se pone en saquitos de trenza anudada a la espera de ser consumidos. Su elaboración final -continuó explicando- empieza con el molido del grano. Se machaca el grano, cuidadosamente,

hasta que resulte en un fino y aromático polvo uniforme. Dicho proceso, el de moler el grano, también es vital para la correcta preparación del café, ya que, de quedar grumos, su sabor se pica en exceso. El polvo resultante se deposita en el filtro de la cafetera y se pone a hervir. Al evaporarse el agua, el vapor, forzado a pasar por el filtro, roba las propiedades del café y, tras su posterior licuado, conserva todo el aroma del grano original. Y para terminar -continuó-, debemos tener muy claro que el tiempo de licuación también es sumamente importante, ya que si nos pasamos con la cafetera, el líquido resultante sabrá a quemado, perdiendo así, toda su fragancia. Ya veis! –concluyó orgullosa-. Hacer un buen café no es nada fácil.

-¡Impresionante! –respondió Alire, aplaudiendo la explicación-. Eres una auténtica especialista.

-Impresionante y delicioso –añadió Flyt degustando un sorbo con una de sus cómicas expresiones.

-Sin embargo –prosiguió Adrún-, la adicción al café no es nada buena... Como supongo sabréis, la cafeína estimula los nervios y, de ingerir grandes cantidades, puede generar hipertensión o daños en el corazón.

-Pues creo que esta noche nos hemos pasado un pelín -añadí resignado-... Esta ya es mi quinta taza...

-Ha, ha –rió gustosa Adrún-. No temáis por eso. Todo depende de la cantidad de café que se meta en la cafetera, al igual que de la cantidad de agua hervida. Como decía mi querida madre: *¡Hay un café para cada ocasión!* Y, ahí, amigos míos, es donde radica el saber de quien lo hace –concluyó sonriente.

Tras esa completa tesis acerca del café y un sinfín de temas dispares tales como la elaboración de los buñuelos de harina y miel o los peligrosos mosquitos gigantes de Erikmuf, nos percatamos de que un frágil hilo de luz empezaba a colarse por debajo la puerta de la cocina. Al abrirla, vimos como, efectivamente, el día empezaba a despuntar o, dicho de una manera más realista, la oscuridad empezaba a disminuir... Seguíamos envueltos en aquella asquerosa niebla que nos maltrataba desde hacía días, pero, al menos, se empezaba a intuir la luz. Sin embargo, por contra, la visión de las antorchas no resultaba tan clara.

-¡Lo veis! –dije bromeando-. De ser el dichoso islamo de Jeanlion, las lucecitas ya no estarían ahí y, aunque débiles por la luz, aún las vemos... Esperemos un poquito más y nos acercamos a ver qué son, ¿de acuerdo?

-Tampoco tenemos muchas más opciones –respondió el francés-. Estamos perdidos y necesitamos katramol.

-¡Oíd chicos! -añadió Flyt bostezando-. ¿Qué os parece si, por lo que pudiera ser, mandamos primero a las chicas?

Tras dos coquetos bofetones de Adrún y alguna que otra broma más, levantamos el ancla y arrancamos el motor. Poco a poco, a medida que nos íbamos acercando a las luces, la espesa neblina parecía debilitarse y, en efecto, aquellas antorchas delimitaban un muelle o algo parecido.

-¡Ya lo veis! -dije en tono de líder-. ¡Toda situación paranormal tiene su explicación real! Amarremos y busquemos ayuda.

-No tan aprisa –replicó Jeanlion.- No sabemos nada de ese islamo. No aparece ni en los mapas, por lo que debemos ser prudentes. Creo que será mejor que nosotros tres nos avancemos a investigar, mientras ellas custodian el Esfriudon.

No hubo reproches. Jeanlion tenía razón. Debíamos adelantarnos a cualquier contratiempo. Acordamos que, mientras nosotros hiciéramos una breve investigación de la zona, las chicas mantendrían el Esfriudon a escasos metros del muelle. Ya en tierra, mientras terminábamos de atarnos los zurrones de flechas, oímos como Adrún maniobraba retrocediendo unos diez metros en el mar. Por suerte, ahí, la visibilidad era bastante aceptable.

-¡Id con cuidado! -gritó Alire desde cubierta-. ¡No toméis riesgos innecesarios!

Teníamos claro que nuestra prioridad era el Gran Islamo, por lo que nos adentraríamos lo suficiente para encontrar a alguien que nos pudiera informar. Tras ajustarnos el equipaje, nos despedimos de las chicas y emprendimos la marcha. El muelle parecía abandonado, sin embargo, el hecho de que se molestasen en encender las

antorchas representaba que aún lo usaban para algo. Todo y con eso, resultaba extraño ver un muelle sin postes de fijación, cuerdas o garita de vigilancia. El camino que se alejaba del muelle también estaba muy descuidado. Unas viejas baldosas lo delimitaban, aunque la maleza se había adueñado del camino hacía bastante tiempo. Al poco de adentrarnos en él, perdimos ya cualquier referencia visual con el Esfriudon. La niebla lo engulló y, a nuestro alrededor, se palpaba una inquietante calma.

-No sé porqué, pero me da la sensación de que aquí no encontraremos katramol –dije algo desanimado.

-Sí -respondió Jeanlion-. En verdad parece abandonado, pero también cabe la posibilidad de que hayamos entrado por donde no debíamos... No conocemos nada de este islamo por lo que, probablemente, hayamos amarrado en un muelle particular en desuso.

-A mi lo que me extraña es su quietud -dijo Flyt-. No se oye nada, ni un mísero pájaro...

Habíamos andado unos veinte minutos y empezamos a preocuparnos. El comentario de Flyt era certero: ningún rastro de vida en el cielo, ni un solo piar entre los árboles, ni una sola mosca molestándonos... Al poco de seguir un pequeño claro del bosque, vimos los restos de lo que debía haber sido una choza o cobertizo. Nos acercamos a investigar y vimos que, en una de sus paredes, había una cruz de madera con algún tipo de piel adornándola. Era una cruz desigual, con una de sus puntas mucho más larga que las demás. Ante nuestro asombro, Jeanlion nos contó que era un antiguo símbolo cristiano. El estandarte de una de las múltiples sectas del pasado. Observando más detenidamente el cobertizo, encontramos una escritura en una lengua extraña.

“Deus meus, ex toto corde pœnitet me ómnium meórum peccatórum...”

Continuaban un par de frases más, pero se hacían totalmente ilegibles por culpa de la podredumbre de la madera.

-¡Esta es una auténtica reliquia! –exclamó Jeanlion excitado-. Oí hablar de ella cuando era niño y jamás había vuelto a saber. ¡Es Latín! La raíz de muchas lenguas de la antigua edad, entre ellas la francesa. ¡Increíble! –hizo una pequeña pausa y continuó-. Puede que no encontremos katramol, pero estamos ante algo históricamente grande. Posiblemente, este islamo haya perdurado intacto desde antes del seísmo. También es probable que en él...

Tanto Flyt como yo restábamos atónitos al monólogo de exclamaciones, gestos y preguntas de Jeanlion. El señor Mcwil nos había hablado de las religiones antiguas, sin embargo, jamás me había interesado por ellas más allá de la mera curiosidad.

-¡Venga Jeanlion! –dije cortando su entusiasmo-. Entiendo que este hallazgo sea importante para ti, sin embargo, debemos seguir la búsqueda.

-Sí, sí. Tienes razón –contestó algo avergonzado-. Yo no creo en las religiones, pero el cristianismo fue la mayoritaria del Gran islamo y creía que estaba totalmente en desuso. Esto que hemos encontrado es como un fósil ideológico...

Mientras retomábamos la marcha, nos contó que, en el Gran Islamo, aún se mantenían en pie numerosos vestigios religiosos de la antigua edad y que, deteriorados por el paso de los años, simbolizaban los auténticos pilares de la humanidad. Edificaciones titánicas que, construidas al precio de millones de vidas humanas, servían para honrar a los Dioses. Falsas deidades en nombre a las cuales se cobijaba toda una civilización y se justificaban verdaderas atrocidades. Un ejemplo más de la profunda degeneración e incomprensión espiritual que padecían nuestros antepasados...

Entre nociones de historia y religión, dimos con un indicio de esperanza. A unos trescientos metros, apoyada en la ladera de la montaña, había una casa que parecía habitada. Su chimenea humeaba y la puerta principal estaba entreabierta. Faltando pocos metros para llegar a ella, un hombre atravesó la puerta y se dirigió a un cobertizo contiguo.

-¡Buenos días señor! –grité, levantando la mano, desde la distancia.

No nos oyó. Continuaba faenando como si nadie hubiera gritado. El hombre parecía mayor, por lo que no insistí hasta acercarnos más.

-¡Buenos días señor! –repetí al llegar junto a él.

Al oír mi voz, se asustó y husmeó el aire. Husmeaba de manera extraña, como nervioso, mirando a su alrededor sin comprender. Al rato, tras un segundo saludo, se giró.

¡Jamás! Por más años que logre vivir, olvidaré aquella cara...

Capítulo trigésimo noveno

Aquél anciano no era normal. Su cuello, inexplicablemente, se torció más de noventa grados sin siquiera mover los hombros. Su rostro, tremendamente arrugado, estaba repleto de granos y cicatrices. Además, por si fuera poco, sus orejas parecían roídas por algún tipo de animal o parásito. La nariz, parcialmente descarnada, resultaba en una asquerosa masa de hueso, gelatina y sangre. El dolor tenía que ser terrible, sin embargo, no parecía afectarle. Sus ojos, oscuros como la medianoche, le impedían ver, dotándole de una inexpresión aterradora. Nos miramos asustados. No sabíamos que decir y nuestro silencio parecía irritarle. Continuaba husmeando frenético y debíamos decir algo... Reuniendo todo el valor que pude, pregunté:

-Perdone señor. Estamos perdidos y necesitamos combustible. ¿Sabe si hay katramol en este islamo?

Tardó un buen rato en responder y cuando lo hizo, nos paralizó. Su voz, ronca y profunda, dijo:

-¿Ratas?

-Perdone señor -repetí-... Hemos visto las antorchas y...

-La sangre es sangre hasta que coagula –dijo sin lógica alguna-. Los lobos viven y las ratas mueren. Solo sus elegidos merecen vivir. ¡Largaos de aquí malditos roedores!

Aquél pobre hombre parecía estar completamente turbado. Al mismo repetir, una y otra vez, la frase de los lobos y las ratas, levantaba los brazos de forma totalmente descontrolada...

-Pero señor, necesitamos ayuda. Sabe donde...

-¡Morid! ¡Sangre! ¡Ofrendas! –gritaba visiblemente alterado-. ¡Los lobos viven y las...

La situación era muy confusa, sin embargo, con lógica o sin ella, sus palabras no sonaban nada amistosas. Sin atrevernos a darle la espalda, fuimos retrocediendo sobre nuestros pasos hasta llegar a una distancia prudencial. Seguidamente, nos giramos y echamos a correr dirección al bosque. No paramos, ni cruzamos palabra alguna, hasta llegar al muelle, donde, por lo que vimos, tampoco las cosas habían ido según lo planeado... El Esfriudon se encontraba anclado junto al muelle, la baliza de embarque estaba echada y las chicas no estaban a bordo...

-¿Dónde se habrán metido? ¿Qué coño era ese hombre? ¿Dónde nos hemos metido? –se preguntaba Flyt totalmente desquiciado.

-No tengo ni idea –respondí nervioso-, pero debemos largarnos lo antes posible de aquí.

-No se ven marcas de violencia y todo parece en su sitio –dijo Jeanlion regresando del barco-. ¿Habrán ido a buscarnos?

-¡Debemos encontrarlas y largarnos ya! –repetí nervioso.

Jeanlion y yo registramos el muelle, mientras que Flyt se ocupó del interior de la nave. Gritábamos sus nombres sin recibir respuesta alguna. Ningún indicio claro que nos pudiera servir, tan solo la misma quietud agobiante de antes. Al poco de buscar, regresó Flyt con una pequeña nota.

-¡Chicos! ¡Han dejado un mensaje!

“No os preocupéis. Hemos acompañado a una niña ciega a su casa. Volveremos en seguida”

-¡Insensatas! –exclamó Flyt-. Como todos los habitantes del islamo sean como ese viejo chiflado...

-¡Debemos encontrarlas! –añadí rotundo-. Pero, ¿por donde diantre habrán ido? De haber seguido el camino nos habríamos cruzado...

-¡Por aquí! –gritó Jeanlion-. ¡Aquí hay huellas recientes!

En efecto. Casi inapreciable, tras unos arbustos, había un pequeño sendero que llevaba al oeste del embarcadero. En el barro contiguo a un charco, distinguimos claramente las huellas de cuatro zapatos adultos y dos pies pequeños.

-¿Qué clase de gente vive aquí? -preguntó Flyt-. No estarán muy avanzados yendo descalzos... ¿Una niña ciega? ¿Acaso todos sufren la misma enfermedad?

-No tengo ni idea -contesté-, sin embargo, oí hablar a Johanthan que una de las secuelas más frecuentes del Gran Boom en las personas, obviando el sueño real, era la ceguera...

-Sí, puede que ese sea el motivo -continuó Jeanlion-, sin embargo, también podría tratarse de una comunidad envejecida. Como os contaba antes, los antiguos tenían la necesidad de creer en algo. Sus falsos dioses, entre otras cosas, les servían para explicarse vacíos existenciales como la vida, la muerte, la creación del mundo... Respuestas imposibles a las cuales daban respuesta mediante un dogma inventado. Algunas de esas comunidades, tras el seísmo, optaron por negarse a la realidad y blindarse en su propio credo. Dichas sectas llevaron su culto hasta límites muy peligrosos... No me extrañaría -prosiguió-, viendo las malformaciones de ese pobre hombre, que hayamos dado con algún islamo olvidado en el que sus habitantes se cerraron a la realidad. Y, basándome en esta hipótesis -continuó-, dicha ceguera podría ser degenerativa. Cada persona posee un código genético único, sin embargo, dentro de una misma familia, por ejemplo en el caso de hermanos, ese código se asemeja en muchos aspectos. En caso de apareamiento entre miembros de una misma familia, suele producirse una corrupción grave del genoma que transcende en deformaciones hereditarias. ¿Me seguís?

No. Ni le seguíamos, ni le respondimos. Nuestra prioridad era el rastreo de aquellas huellas que se perdían entre la hojarasca. Tampoco le dió mucha importancia, continuó su hipótesis mentalmente y aceleró el paso para no quedar rezagado. Tras un buen rato de seguir la senda, ya sin indicios de huellas, llegamos a un claro en el que se intuía la entrada a un poblado. En el fondo se veían algunas casas, mientras que, a primer plano, tres grandes cobertizos se alzaban ante nuestro. El aire era muy espeso. Un fuerte hedor a excrementos provenía de los cobertizos, por lo que pensamos que

debían ser establos. En total cautela, nos fuimos acercando al primero de ellos y, escondidos en uno de sus laterales, vigilamos que no hubiese nadie. Al rebasar su puerta, entreabierta, el hedor se agudizó. Por mera curiosidad, Flyt miró a través de ella y no ha pasado un día en el que no lo lemantara...

En efecto era un establo, pero no de animales... Decenas de niños, desnudos y enfermos, restaban amontonados, revolcándose en sus propios excrementos o yaciendo tirados por el suelo. Los más grandes debían tener poco más de siete años, mientras que los pequeños apenas rebasaban el año. Nos era imposible entenderlo, sin embargo, en un pésimo, y absurdo, acto de solidaridad, entramos al interior. No se alteraron en absoluto ante nuestra presencia y lo único que hicieron, al oír nuestras pisadas, fue amontonarse contra las rejas esperando recibir comida. Aquellos pobres niños estaban tan acostumbrados a los barrotes como lo podía estar cualquier cerdo o ganso... No gritaban, no pedían nada, simplemente se amontonaban contra los barrotes alargando sus brazos y abriendo la boca. Ante aquella grotesca visión y la aberrante impotencia de no poder hacer nada para ayudarles, salimos al exterior. No dábamos crédito. Tras vomitar la rabia y restar un rato mentalmente muertos, Jeanlion nos hizo regresar a la realidad.

-¡Debemos seguir! –dijo el francés-. Esos críos ya nacieron condenados. No podemos hacer nada por ellos...

Secándome las lágrimas y escupiendo el amargo sabor a vómito, me levanté y encabecé de nuevo la búsqueda. Por si aún nos faltaba algo por comprender aquél macabro espectáculo, al poco de rebasar el tercer cobertizo, dimos con una vieja mesa de madera, de la cual, en uno de sus extremos, colgaban varios cuchillos y útiles de carnicería...

Dejando atrás aquel horrible lugar, enfilamos, no sin poco pesar en nuestro corazón, lo que, ahora sí, parecía la senda al pueblo. De no haber visto nada, todo parecería de lo más normal: casas de madera a ambos lados del camino y algunos vecinos faenando entre ellas. Escondidos entre unos matorrales, analizamos la situación. Todos eran ancianos y, a juzgar por el nulo trato entre ellos, también debían ser ciegos.

-Que triste panorama – reflexionó Flyt-. ¿Dónde se pueden haber metido? – preguntó refiriéndose a las chicas.

-No lo sé –contesté-. Debemos adentrarnos en el pueblo para investigar un poquito más. Espero que no hayan visto los cobertizos, porque sino, no quiero ni imaginar como habrán reaccionado...

-Es curioso –reflexionó Jeanlion-. Algunas de esas chozas se ven recientes y, lógicamente, no las pueden haber hecho estos ancianos... Pensad –continuó serio, tras un pequeño silencio-, que la cosa se puede complicar... Nada será a cambio de nada. Si, tal y como imagino, hay hombres jóvenes en la comunidad, deberemos usar la fuerza y debéis tener muy presente que, con gente así –dijo mirándonos fijamente a los ojos-, no hay razón que valga. Tenemos que estar dispuestos a matar y, si hace falta, a morir... Ninguno de nosotros ha luchado con anterioridad, sin embargo, a mi me adiestraron para ello. Sed fuertes y haced exactamente lo que yo os diga. Solo así tendremos alguna posibilidad. Y -continuó-, lo más importante: ante la más mínima duda o miedo, pensad en las chicas y en esos pobres niños de ahí dentro. La gente de este islamo hace mucho que abandonó la cordura... No somos nadie para juzgarles, pero sabemos de qué son capaces y, si hace falta, les daremos a probar su propia medicina.

Aquellas duras palabras de Jeanlion nos fortalecieron. De ser completamente sincero, os diré que me asustaron, pero eran realistas y justas con el momento. Por Alire haría lo que hiciera falta y no dudaría ni un segundo en descargar mi manärk ante cualquiera que la amenazara, por lo que, tras la orden del francés, empecé a arrastrarme entre los matorrales. El poblado estaba casi desierto y evadir los ancianos no resultó nada complicado. Evitando hacer ruido, los fuimos dejando atrás hasta llegar al confín del pueblo. Siguiendo la senda, durante unos quinientos metros más, nos adentramos, otra vez, en el bosque. Al poco rato, frente a lo que parecía la entrada de una cueva, encontramos la ropa de las chicas amontonada en el suelo. Este detalle, que a priori nos animó, nos verificó que, inevitablemente, corrían peligro. También, entre la ropa, hallé el colgante de Alire... Sin lugar a dudas, debíamos apresurarnos. La cueva se intuía profunda y había antorchas colgadas en las paredes. Además de insuficientes, el humo que producían dificultaba la respiración. Avanzamos agachados, sorteando toda clase de desniveles y deformaciones. A medida que fuimos penetrando en ella, pudimos oír

como, en una lengua extraña, alguien ofrecía un parlamento. Era un hablar mono tónico, tan solo cortado por las múltiples aprobaciones de una muchedumbre. Según Jeanlion, era latín y probablemente se tratara de alguna liturgia religiosa.

-¿Cuántos puede haber? –susurré preocupado.

-No puedo asegurarte –respondió el francés-. El eco es engañoso.

Finalmente, llegamos a una gran sala y, resguardados tras unas rocas, pudimos verlo con nuestros propios ojos. Afortunadamente no eran muchos. Una veintena escasa, entre hombres y mujeres, formaban un gran semicírculo frente a un anciano que ofrecía el parlamento. Detrás suyo, estaban ellas. Vestían túnicas blancas y yacían tumbadas en unas enormes cruces de madera. Estaban atadas de pies y manos y tenían, tras suyo, a unos cinco varones jóvenes, desnudos de cintura para abajo, que, al son de los cánticos, movían, violentamente, la cabeza.

-¡Despreciables! –dijo Flyt furioso-. ¿Que diablos pretenden?

-Pues... supongo que asegurase un linaje sano –respondió Jeanlion-. No nos precipitemos. ¡Tranquilos! Hemos llegado a tiempo. Ese de ahí –dijo señalando al que hablaba-, debe ser el líder y creo que sigue agradeciendo el presente a los dioses. Fijaos en los hombres desnudos; pese a tocarse las partes, aun no van erectos. Además, por el énfasis de sus movimientos de cabeza, diría que su prioridad es contactar con el más allá.

-¡Malditos locos! Van a pagar por esto -exclamó Flyt cargando su manärk.

-¡Cálmate chico -le exigió Jeanlion-! Todo a su debido tiempo. Por el momento, debemos estudiar la situación. Puedo ver -dijo señalando a un grupo que se balanceaba de forma exagerada-, que todos están completamente entregados al ritual y, con un poco de suerte, les ayude algún tipo de droga. Eso nos dará cierta ventaja, ya que para cuando se enteren de que les estemos disparando ya habremos causado un buen número de bajas. Su fe también juega a nuestro favor. Este debe ser su templo y aquí creen estar a salvo, cosa que explicaría el porqué no hemos encontrado vigilancia en la entrada y el porqué no llevan armas.

Flyt y yo no veíamos nada... Ante la idea de una violación en masa, nos cegaba la ira y solo pensábamos en disparar a bocajarro. Suerte que Jeanlión nos frenó, porque una estrategia tan simple nos habría llevado directamente al fracaso. Él estudió la situación y tramó un buen plan.

-Además -continuó-, están convencidos de que las chicas han sido enviadas por los dioses, cosa que nos da el anonimato perfecto para sorprenderles. Obviamente, de todos los asistentes, nuestro mayor problema son los jóvenes, ya que, con total seguridad, deben ser los más sanos de la comunidad. No obstante, proseguiremos de la siguiente manera -concluyó tras deliberarlo-: yo descenderé hasta aquellas rocas de ahí abajo. Mi tono de piel me camuflará en la oscuridad y me ayudará a pasar desapercibido. Cuando os haga una señal, vosotros empezareis a disparar a discreción. El primer grupo al que debéis atacar es aquel de ahí -dijo señalando a los más entregados-. El hecho de que caigan no les extrañará y esto nos dará tiempo. Cuando se den cuenta y, por consiguiente, se desate el pánico, todos se verán obligados a pasar junto a mi y, ahí, es donde empezará mi turno. Mientras yo luche con ellos, vosotros deberéis descender e ir a por las chicas. ¿Entendido?

La estrategia estaba clara y su primera parte parecía bastante simple: disparar y recargar. Jeanlión se sacó la camisa y me cambió su manärk por mi chicüo. Recogió alguna piedra para la honda, ordenó que nos preparásemos y empezó a descender sigilosamente. Cuando ya estuvo rezagado tras las piedras, se giró hacia nosotros y nos hizo un gesto con el brazo. Flyt y yo decidimos nuestra propia estrategia: al ser él mejor tirador que yo, dispararía sin parar y yo, cuando terminara mi primera batería de dardos, me limitaría a las recargas. Ahí abajo todo continuaba igual: el anciano hablando con los brazos alzados y los demás, cada vez más cerca del mareo... Apoyados en las rocas, para que no nos fallara el pulso, apuntamos hacia el grupo más inestable y empezamos a disparar nuestra ira. Dependiendo de la finura del tiro, caían directamente al suelo o quedaban postrados sin comprender su dolor. Jeanlión estaba en lo cierto, pese a los gritos de alguno de ellos, todo siguió igual durante un buen rato. Cuando el anciano se dió cuenta de que algo no iba bien, tan solo tubo tiempo de abrir la boca antes de que un dardo envenenado le atravesara la mandíbula. Para cuando se desató el pánico, tan solo

quedaban en pie una decena de feligreses. Todo ocurrió muy deprisa, pero intentando localizar visualmente a los jóvenes, vimos como Jeanlion ya había empezado su ataque. Todos gritaban asustados y corrían sin saber a donde ir. La única salida la custodiaba nuestro amigo, por lo que, a medida que intentaban escapar, yacían muertos en el suelo. Tal y como nos había ordenado, descendimos esquivando algún que otro herido que, a rastras, intentaba ponerse a salvo y nos dirigimos hacia las chicas. Tres hombres quedaban junto a ellas que, al vernos, corrieron hacia nosotros. Su estado no les permitía mucha precisión, sin embargo eran rápidos y fuertes. Logré alcanzar a uno que cayó justo a mis pies, sin embargo, en el momento de recargar, me sentí agarrado por el cuello. Un brazo musculoso me asfixiaba, mientras que otro me golpeaba sin tregua los riñones. Aquello podía haber acabado muy mal, ya que, además de perder el manärk, no lograba liberarme. Por fortuna, Jeanlion estaba pendiente y lanzando uno de sus chicüos, lo paralizó. Me giré, recuperando a duras penas el aliento y le pegué un puñetazo en toda la cara. Me dolió, no os lo negaré, puede que me rompiera algún dedo y todo, sin embargo, actué rápido. Visualice el manärk y me lancé a por él. Desde el suelo, apunté a aquel hombre herido y disparé a bocajarro. Para cuando llegué junto Alire, Flyt ya la estaba desatando.

-Parecen drogadas -me dijo.

En efecto. Su pasividad y las miradas perdidas al infinito, así lo confirmaban. Las desatamos y, abrazándolas por los hombros, empezamos la ascensión. Pese a la dificultad de arrastrarlas esquivando a los caídos, logramos llegar hasta Jeanlion. El panorama era sobrecogedor; los heridos se arrastraban por el suelo doliéndose y pidiendo auxilio mientras que los muertos se amontonaban por el suelo.

-¡Apresurémonos! –gritó Jeanlion.

Nosotros pasamos primeros y él, siguiéndonos de cerca, nos cubría las espaldas. Con dificultades y alguno que otro tropezón, llegamos a la entrada de la cueva. Prosiguiendo nuestra heroica epopeya, oímos como, alguno de los heridos consiguió salir y, gritando desgarradamente, alarmó a los ancianos. La escena fue aún más patética

que la anterior: ciegos y asustados, corrían chocando contra cualquier obstáculo que encontraban a su paso.

-¡Por aquí! –gritó Jeanlion-. Rodeémosles.

Así lo hicimos, cogimos un pequeño sendero que, evitando el camino principal, nos llevó directos a los corrales.

-¿Qué hacemos, les liberamos? –preguntó Flyt forzándose a respirar.

-No –respondió rotundo el francés-. No podemos llevármolos y, por lo que recuerdo haber visto, les queda comida para unos días. Tan pronto como lleguemos al Gran Islamo, denunciaremos su situación.

Proseguimos, lentos y fatigados, hasta llegar al muelle. Afortunadamente, nadie nos siguió y, una vez en el Esfriudon, dejamos a las chicas en cubierta, alzamos la baliza y nos escondimos en la niebla.

Capítulo cuadragésimo

La niebla empezaba a romperse. Sin desaparecer, dejaba entrever parcialmente el cielo. Las chicas se recuperaban del efecto de las drogas y nosotros, sin viento ni katramol, flotábamos a la deriva... No era un panorama muy confortable, pero, al menos, estábamos bien. Nos sentíamos culpables por la barbarie de la cueva, ya que, visto desde la distancia, nuestra superioridad era aberrante... Ninguno de nosotros había matado con anterioridad y el hecho de quitar una vida no es algo que se olvide con facilidad. Se repetían, una y otra vez, las imágenes, las caras, las miradas... No podía evitar preguntarme qué clase de vida, y responsabilidades, acarreaba aquella cara, aquella persona a la que, sin conocerla de nada, le había quitado su bien máspreciado... Nos aliviaba el hecho de haber actuado en legítima defensa, sin embargo, un amargo sentimiento de culpabilidad nos oprimía el alma...

-Jeanlion –dije rompiendo el silencio de aquella reflexiva cena-. Creo que hablo en nombre de todos cuando te digo que sin ti no lo habríamos logrado.

Flyt, masticando, asintió con la cabeza.

-Nos has demostrado –continué-, y con creces, que eres una persona fantástica y un verdadero amigo. Siempre estaremos en deuda contigo.

Tras buscar las palabras justas, Jeanlion respondió:

-No tenéis que agradecerme nada, chicos. Lo que hice, lo hice de corazón y lo volvería a hacer cien veces si hiciera falta. Lo que ahí encontramos fue una injusticia de la vida y gracias al trabajo en equipo, logramos superarlo. Yo también he aprendido algo muy importante –prosiguió-. La amistad está por encima de credos, leyes, órdenes y obligaciones. La amistad es un bien que se debe proteger al precio que sea. Os aprecio mucho –continuó-. Recordad que fuisteis vosotros los que me salvasteis, abriéndome las puertas de vuestra casa sin pedir más que sinceridad a cambio. Lo único que os he demostrado es que soy vuestro amigo y que, si hiciera falta, daría mi vida por vosotros.

Adrún, con los ojos empapados en lágrimas, se levantó de la mesa y nos dio un cálido beso a cada uno de nosotros. Tras besar a Flyt y abrazarse con Alire, se sentó de nuevo sin decir absolutamente nada. Alire, por su parte, visiblemente emocionada, dijo:

-Nosotras... Jamás podremos devolveros lo que habéis hecho –prosiguió tras tragar un poquito de saliva-. Os habéis jugado la vida por salvarnos y, esto, no es nada fácil... Queremos que sepáis –continuó estallando en lágrimas- que os queremos mucho y que estamos contentas...

No pudo terminar. Sus sentidas lágrimas hablaron por ella y yo, emocionado, me levanté y la abracé con todas mis fuerzas.

-Te quiero Alire –le susurré al oído-. La vida sin ti ya no tendría sentido, lo volvería a hacer cuantas veces hiciera falta... No tienes que agradecerme nada.

Aquella cena supo salada, sin embargo, la dura experiencia compartida nos unió como nunca antes lo habíamos estado. Las perspectivas de futuro no eran nada buenas, pero continuábamos juntos.

Capítulo cuadragésimo primero

Por más largo y penoso que resulte un camino, no se debe ansiar el fin. La finalidad no es más que un propósito y, con ella, se pierde la ilusión. Vive el presente y no pienses en el mañana, pues al final de tu vida te dolerá recordarla como a un simple sueño...

No sé cuantas veces repetí, mentalmente, ese viejo proverbio sin conseguir aplicármelo... Ansiaba llegar al Gran Islamo y cada nuevo amanecer a la deriva era otra derrota. Habíamos salido de la niebla y creíamos estar en la ruta correcta, pero el katramol se había terminado y el mar estaba completamente en calma. Tan solo una suave brisa nos acompañaba sin apenas llegar a mover la vela... Estábamos desanimados y, aunque lo disimulábamos durante el día, en la intimidad de la noche, cada uno de nosotros lo lamentaba. Anclamos el Esfriudon para no perder la posición y deambulábamos por cubierta como simples autómatas. No volvimos a hablar de lo sucedido en aquel islamo, porque aún estaba demasiado vivo en nuestros recuerdos. Bastante complicada estaba la cosa como para caer en las redes de la culpabilidad y el arrepentimiento. Simplemente intentábamos convencernos de que era lo que teníamos que hacer...

Jeanlion era el más optimista de todos y, según sus cálculos, debíamos estar a unas cincuenta millas de Odäso, un pequeño archipiélago contiguo al Gran Islamo. Pasaron cuatro días de amargura y frases prefabricadas antes de que la brisa ganara en ímpetu. Nos desplazábamos muy lentos, pero ya era suficiente como para sentirnos aliviados. No tardamos ni medio día en distinguir la silueta del primero de los islamos que formaban Odäso.

Odaä era un minúsculo islamo propiedad del servicio aduanero que, básicamente, contenía edificios oficiales. A parte de ser completamente llano, respecto al nivel del mar, no tenía vegetación alguna. Su constitución arenosa no permitía la vida de ningún vegetal, por lo que, ingeniosamente, se habían construido árboles artificiales, muy graciosos, por cierto, para aliviar las horas de más Sol. En Odaä no desembarcamos, tan solo atracamos para repostar katramol. Tras él, y otros tres islamos de parecido tamaño, ya divisamos Oidī. Éste ya se intuía distinto. Oidī se podía

considerar el núcleo del archipiélago y, como tal, lucía mucho más avanzado. Sin llegar al nivel de Aloak, su bullicio portuario dejaba entrever una nutrida actividad industrial. Ansiábamos llegar al Gran Islamo, por lo que no hicimos una parada muy extensa; el tiempo justo de proveer carne fresca y deshacernos de alguna que otra mercancía maltrecha. Hacía días que la bodega olía mal y, mientras las chicas se acercaron al edificio portuario para denunciar la posición del islamo maldito, nosotros aprovechamos para descargar un par de cajas que, en efecto, parecían podridas.

-¿Qué os han dicho? –pregunté a su vuelta.

-No gran cosa, la verdad –refunfuñó Alire-. No nos han creído... Excusándose en que, judicialmente, dependen del Gran Islamo, nos han hecho rellenar unos formularios que, por la cara que ha puesto aquél estúpido agente, de bien seguro yacen arrugados en el fondo de la papelera...

-Es normal mujer –respondió Jeanlion-. No es un islamo muy grande y sus efectivos deben ser más bien pocos. Además, ten presente su similitud con la fábula que os conté... Habrán pensado que era una broma...

-Pues menudo sentido del humor... Supongo que por nuestro acento, habrán notado que no somos de aquí, ¿qué necesidad tenemos de denunciar una mentira? -le replicó enérgica-. Además, no paraba de repetir que en ese cuadrante no existe nada más que niebla... ¡Qué sabrá él!

-Ten presente, Alire, que éste es un islamo de paso. Aquí, nadie es de aquí y, lógicamente, no todos tienen tu misma bondad... Al igual que pasa en Alöak, solo les importan los galeos... No temas, en el Gran Islamo sí nos harán caso, aunque, siendo realistas, no tenemos ninguna prueba física...

Jeanlion estaba en lo cierto. Sin pruebas era complicado argumentar semejante atrocidad y, por desgracia, solo contábamos con recuerdos y pesadillas... Las coordenadas sí eran reales, pero ¿quién se aventuraría en la niebla sin pruebas concluyentes?

-¿Habéis terminado ya? –preguntó Aadrún.

-Sí –le respondió Flyt-. ¡Ah! Por cierto, tenías razón. Hemos encontrado un par de cajas podridas y las hemos desechado.

-¡Por fin! –exclamó-. Era muy molesto bajar a por comida y oler aquel fétido hedor.

-Aún huele algo raro –aclaré-. Supongo que precisa de tiempo, sin embargo...

-¿Sin embargo, qué? –preguntó extrañada.

-No sé. Por el tipo de olor y lo que he visto, me da la sensación de que no navegamos solos...

-¿A qué te refieres?

-A roedores -aclaré-. He visto una caja de frutos secos roída y creo que tenemos algún polizone a bordo. No los he podido ver, pero la olor me recuerda a sus excrementos. Les he dispuesto una trampa y esta noche, tras la cena, bajaré a ver si ha picado alguno.

-¡Roedores! –exclamó entusiasmada Adrún-. Hace una eternidad que no veo ninguno. En Aloak, los exterminaron cuando yo era muy pequeña. Hubo una terrible epidemia y la gente, negada a su propia indecencia, los culpó de la propagación. No es que recuerde mucho de aquello, pero sí recuerdo a Petric –hizo una breve pausa y, visiblemente emocionada, prosiguió-. Una mañana, estando mi madre aún ausente, oí un ligero ruido en la cocina. Me levanté de la cama y lo encontré encima de la mesa. Un pequeño ratoncito blanco que roía, enérgicamente, un trozo de corteza de pan. No sentí asco alguno y al acercarme a curiosear, vi que él tampoco huía. Tras el pan, le ofrecí un trocito de queso y algo de leche. Al día siguiente volvía a estar ahí y, tras un par de días más ya no se marchó. A partir de aquél momento, se convirtió en mi mejor amigo... bueno, de hecho, el único que tenía... Era pequeño, rechoncho, con un pelaje suave, un morrito largo y un bigote muy fino. Dormía en una cajita de cartón debajo de mi cama y cuando tenía hambre, lo pedía levantando sus patitas delanteras. Era tan gracioso... Lo mantuve en secreto unos días, sin embargo, mi madre lo descubrió. A ella le repugnaban los roedores, pero como me veía feliz, lo respetó. El problema vino con mi padre. Sabía, de sobras, que debía esconderlo de él a toda costa, pero un día, por culpa de un despiste, lo descubrió. Vino hacia mí enfadadísimo y me pegó un bofetón tan fuerte que me tiró al suelo. De rodillas, llorando, vi como cogía un cubo de madera y, tras varios intentos

fallidos, lo aplastó. Me regañó e insultó y, tras discutir duramente con mamá, me obligó a recogerlo y a echarlo al callejón.

Adrún paró de narrar... Sus mirada contenía una profunda ira que delataba su mandíbula, fuertemente cerrada. Tras una pausa, se frotó los ojos y continuó:

-Aunque no fuese más que un roedor –prosiguió-, yo le quería. Eso no se le puede hacer a una niña de seis años. Mi padre, el muy canalla, jamás me ha querido y siempre me lo ha recordado a base de desprecio... Le odié durante muchos años por aquello y creo que, en el fondo, aún le sigo odiando.

Flyt la abrazó cariñosamente, mientras nosotros disimulábamos la impotencia como mejor sabíamos.

-Lo siento –dijo avergonzada, secándose las lágrimas-. Sé que es una tontería, pero...

-No debes excusarte de nada – le dijo Alire, sentándose a su lado-. Los padres no se eligen y tú no has tenido mucha suerte. Te admiro por tu fortaleza y te aprecio como si fueras mi propia hermana. Me gusta que nos lo hayas contado –continuó-, porque esto quiere decir que confías plenamente en nosotros y, seguro que todos estarán de acuerdo –afirmó mirándonos-, esto es muy bueno. Gracias por contárnoslo.

Adrún no supo que decir. Sonrió y, abrazándola, le dió un tierno beso en la mejilla.

-Te prometo que –dije intentando animarla-, si esta noche doy con alguno, lo convertiremos en nuestra mascota por lo que resta de viaje y tú –dije mirándola a los ojos con la ingenuidad de un niño ilusionado- le pondrán el nombre.

-Muchas gracias -respondió agradecida-. Gracias por ser como sois.

Después de esta entrañable anécdota, decidimos izar el ancla y hacernos nuevamente a la mar. Aquella noche, sin más motivo que el de estar juntos, celebramos una cena especial. Teníamos el depósito lleno y nos encontrábamos a un solo día del Gran Islamo. Todo parecía haber regresado a la normalidad y nos sentíamos repletos de optimismo. Las chicas quisieron ofrecernos una fantástica velada e, incluso, nos sorprendieron con un pastel de nueces y pasas, especialidad de Oídi, que habían comprado, y subido a bordo, de forma clandestina. Comimos en la cocina, sin prisas y relajadamente, hasta bien entrada la noche. Después, sujetando una buena jarra de cerveza de trigo entre las manos, salimos a tomar el aire y a deleitarnos con la belleza de un cielo totalmente limpio.

Capítulo cuadragésimo segundo

-¡Delicioso! ¡Todo riquísimo! ¡Os felicito grumetes! –dije frotándome la barriga, cómicamente, y sentándome apoyado en la pared de los camarotes.

-Como me alegro de tener mujeres a bordo –añadió Flyt-. ¿Te acuerdas de nuestra primera lista de provisiones?

-Sí -reí gustoso-. Como no voy a acordarme: latas de boikur y boikur enlatado... habríamos comido cada día lo mismo...

-¡Hombres! -exclamó Aadrún-. Con un par de huevos encima e incapaces de hacerse una tortilla...

La temperatura era agradable y las estrellas brillaban augurando una noche tranquila. El horizonte se veía limpio y el mar se partía en dos bajo nuestra quilla, con la misma suavidad que lo hace la seda ante las afiladas tijeras de un sastre. Todos estábamos relajados, bebiendo cerveza y observando el firmamento. La Luna lucía casi completa y, como cada vez que la veo en ese estado, me transportó al desván... No eran pocas las veces que pensaba en aquella mágica noche, la noche en la que mis manos recorrieron, por primera vez, el cuerpo de Alire. Ella, sentada justo a mi lado, también divisaba el firmamento. ¿Quién sabe? Puede que también estuviese subiendo aquellas mismas escaleras, aunque, siéndome del todo sincero, lo más probable era que lo estuviese analizando en términos científicos...

Al rato de divagar entre trigo fermentado y recuerdos, me acordé de mi promesa y me levanté diciendo:

-¡Me voy de caza! Tengo curiosidad por saber si ha caído alguno.

-¡Voy contigo! –dijo Aadrún, emocionada. Yo también quiero verlo.

-Vaya con cautela capitán –dijo Flyt-. En vez de esa cajita de cartón, debería llevarse su chicüo. Un ratoncillo harto de nueces, tras un par de jarras de esta cerveza, puede resultar un duro adversario.

-¡No me chulee mequetrefe! ¡hips! ¿Acaso no me ve capaz de capturar a un inofensivo roedor? ¡hips! Deberá rendir cuentas a mi regreso grumete -bromeé metiéndome de lleno en el papel.

-¡Perdone mi capitán! –añadió, Alire-. ¡Tenga cuidado con la escalera!

-¿Usted también almirante? ¡hips! Hay que ver que tripulación me ha tocado... Esto es de todo, menos serio ¡hips! -añadí, arrancando sus carcajadas, al mismo tiempo que imitaba el inestable caminar de un borracho.

Bromas a parte, tenían toda la razón. Aquella fantástica cerveza podía hacer que las cosas parecieran lo que no eran, sin embargo, aún me quedaba la pizca de serenidad necesaria para distinguir entre real e irreal. Continuando con mi paso inestable, descolgué uno de los farolillos del puente y me dirigí hacia el hueco de la escalera.

-¡Por el Gran Mar! Como ha cambiado el tiempo ¡hips! –añadí, apoyándome en Adrún-. ¡Se avecina un temporal grumete!

-Puede ser mi capitán –respondió ella, siguiéndome el juego-. Pero, le agradecería que se apoyara en mis hombros y no en mi trasero...

-¡Por mi madre! ¡hips! ¡Que despiste!... Estaba completamente convencido de que era su espalda ¡hips!...

Al llegar junto al hueco de la escalera, y dando por concluida mi depurada actuación, pedí silencio a todos para proceder con la inspección. Al llegar a la bodega, le cedí el farolillo a Adrún para que fuese ella quien lo encontrara.

-¡Psssst! Creo oír algo –susurró excitada.

La seguí a través del laberinto de cajas y botijas, hasta llegar a la trampa. Estaba intacta. Sin embargo, esparcidas por el suelo, había nuevas migajas y el hedor a excremento parecía agudizarse.

-¡Puaj! Estos polizontes no tienen problemas de estómago ¿eh? –susurré riendo de mi propia ocurrencia.

Seguimos avanzando, sigilosamente, hasta encontrar algo que nos descolocó... Tras las últimas cajas, arrinconadas contra la pared, había la fuente del hedor.

Excrementos recientes que, por su tamaño, no eran de roedor. Además, todo su entorno estaba salpicado de sangre... Adrún, asustada, me miró sin saber qué hacer. Arriconándola, en un imponente acto de valentía machista, cogí el farolillo y me agaché para comprobarlo mejor. Arrastrándome, con cierta dificultad, entre la pared y la última hilera de cajas, fui siguiendo las gotitas hasta llegar al final de la hilera. Me pareció oír algo extraño, sin embargo, el esfuerzo de escurrirme por aquel minúsculo espacio y la claustrofobia me dificultaban el respirar y no logré diferenciarlo. A decir verdad, también estaba asustado. No sabía qué clase de animal me encontraría ahí, ni como reaccionaría al verme. De estar heridos, la mayoría de animales se muestran agresivos y defensivos, por lo que las reducidas dimensiones del espacio tampoco jugaban a mi favor. Ahí embutido no era ágil de movimientos y para retroceder debía hacerlo arrastrándome hacia atrás. En esas condiciones, esquivar un mordisco o arañazo era totalmente imposible. Al llegar al final, vi como entre la última caja y la pared quedaba un pequeño hueco, por lo que, ese, debía ser su escondite. Al llegar junto al hueco, avancé el farolillo y la vi...

Capítulo cuadragésimo tercero

¡Una niña! Una niña acurrucada contra la pared. Quedé aturdido durante unos segundos. No sabía que hacer, ni, mucho menos, como actuar. Al instante, tras volver en mí, le acerqué un poquito más el farolillo, para verla mejor, y le dije de la forma más cariñosa que pude:

- ¡Hola!

Al oír mi voz, se giró y fue entonces cuando lo entendí. Sus ojos, llorosos y enrojecidos, resaltaban en una cara exageradamente pálida. Su negra caballera, larga y enredada, le otorgaba un aire espectral que helaba la sangre. Dejé el farolillo en el suelo y, muerto de miedo, retrocedí, poco a poco, hasta llegar a Adrún.

-Es una niña infectada –le susurré-. Avisa a todos.

Al girarme de nuevo, con Adrún ya de camino a la escalera, me la encontré justo delante de mí. Seguía agachado y, a contraluz, noté su fétido aliento en mi cara. Respiraba con dificultades y alcanzaba a oír su acelerado corazón.

-¡Ho... hola –repetí totalmente aterrado, retrocediendo instintivamente-! No temas, nosot...

Sin siquiera poder terminar la frase, noté un leve, pero punzante, dolor en el abdomen. Cuando llegaron los chicos la vi algo mejor. Era muy delgada, de unos nueve años de edad y vestía una camisa completamente desgarrada. En su cara, blanca como el papel, sobresaltaban aquellos ojos enfermos. No parecía ser ciega del todo, ya que seguía la luz del farolillo de Alire. Sus uñas, largas y descuidadas, goteaban sangre. Ahora entendía el dolor en el abdomen. Me pasé la mano por debajo la ropa y la saqué completamente roja.

-¡No! –le susurré despacio-. No te haremos daño. Queremos ayudarte.

-¡Aparta Elidor! –me exigió Alire-. Déjala para nosotras –concluyó ayudándome a levantar.

-¡Cuidado! –la avisé-. Me ha clavado las uñas.

Las chicas, muy lenta y delicadamente, la arrojaron con una toalla y se la llevaron a los camarotes.

-¿Te duele? –me preguntó Flyt.

-No mucho –respondí-. Aún me sangra, pero creo que es poco profunda.

-Ese maldito islamo nos persigue –se lamentó Jeanlion-. Esta criatura debió entrar durante nuestra ausencia. Lo raro es que no diéramos con ella esta tarde.

-Era imposible verla –respondí-. Se escondía en un pequeño hueco entre las cajas de la última fila –dije señalándolas-. Y el hedor al que se refería Adrún no era de podrido sino de excremento.

-Vayamos a cubierta –concluyó el francés negando con la cabeza-. Debemos desinfectarte la herida.

Caía ya la medianoche y aún restábamos expectantes. Las chicas habían entrado en el baño y aún seguían ahí. Pasada, aproximadamente, una hora, salieron arrojando a la niña y se dirigieron a la cocina. No dijeron nada, tan solo nos sonrieron tímidamente. Al rato, Flyt y Jeanlion, cansados, se despidieron dirigiéndose a sus respectivos camarotes. Era mi turno de guardia, por lo que, sentándome en mi rincón de proa, intenté olvidar el miedo pasado escudriñando la noche. La Luna lucía con fuerza, por lo que, dentro la oscuridad normal de la noche, llegaba a distinguir varios planos de lejanía. Esto me facilitaba la vigilancia y, sin necesidad de forzar la vista, podía ver cerca de una milla. Esta comodidad, por contra, me hacía más vulnerable al sueño y, sin poderlo evitar, tras una encarnizada lucha contra mis párpados, caí rendido a sus pies.

-¡Elidor! ¡Elidor –me sobresaltó la voz de Alire-! ¡Despierta cariño! Te has quedado dormido.

-¡Uff! ¡Es verdad –reconocí incorporándome-! El cansancio y la calma me han vencido. ¿Cómo se encuentra?

-Bien –respondió sentándose a mi lado-. La hemos bañado y ha comido caliente, que buena falta le hacía. Ahora mismo duerme en la bodega. La hemos acomodado en la hamaca de Adrún y se ha dormido enseguida. Ella se ha quedado para hacerle compañía. Pobre criatura –prosiguió-. Aunque no parece del todo turbada, está asustada y perdida. Sus ojos, todo y mostrar enfermedad evidente, reaccionan ante los estímulos luminosos e intenta seguir los movimientos con la mirada. No ha dicho nada. Puede que ni sepa hablar... Estoy muy cansada. Subo a echarme un rato que en un par de horas replazaré a Adrún. Por cierto, ¿qué tal tu herida?

-¡Bien! No es nada –le contesté sonriente-. Ha sido tan solo un rasguño. Me sigue doliendo, pero hace rato que ya no sangra. Sube y descansa que aquí me encontrarás. Aún me toca lo que resta de noche. No te apures por mí -concluí abrazándola y dándole un tierno beso de buenas noches, voy a por una taza de café.

Capítulo cuadragésimo cuarto

Me desperté completamente sudado. Sentado en la cama y recuperando el aliento, me dí cuenta de que había vuelto a tener aquella dichosa pesadilla. Una gran masa de fuego precipitándose sobre mí y yo, completamente abducido por su belleza, la observo sin siquiera intentar evitarla. Poco a poco, como si el tiempo se detuviera, noto como el calor va aumentando hasta llegar a abrasarme. Entonces, envuelto en un incómodo silencio, veo como el mundo se va desintegrando ante mis ojos...

Esa maldita pesadilla me perseguía desde Edbuc y no era capaz de encontrarle ninguna lógica. Intenté volver a dormir, pero fue inútil. Tras cambiar varias veces de posición, me vestí y bajé a cubierta. Jeanlion turnaba junto a barandilla de proa y no se dió cuenta de mi presencia.

-¡Whaaoo! ¡Buenos días Elidor! No te había visto ¿Ya estás despierto?

-¡Sí! Estoy algo nervioso y no logro conciliar el sueño. Hoy va a ser un gran día –añadí sentándome a su lado.

-¡En efecto! ¡Tiene que serlo! –respondió convencido.

-¿Hay alguien más despierto? –pregunté.

-¡Que va! –respondió-. Si tan solo hace un par de horas que te he remplazado. Son las siete y media de la mañana.

-¡Por favor! –respondí contrariado-. Creía haber dormido más... Para cuando lleguemos estaré hecho polvo. ¿Te apetece un café?

-Sí, gracias –respondió, entregándome su taza.

Me dirigí a la cocina y, mientras se calentaba el agua, preparé dos bocadillos de manteca de atún. Una vez listos, lo dispuse todo en una bandeja y regresé junto al francés.

-¡Gracias! ¿Sabes algo de la niña?

-Sí –contesté lamiendo un poco de manteca sobresaliente del pan-. Anoche, tras bañarla, las chicas le dieron de comer. Ahora está durmiendo y Alire está con ella. Dicen que se encuentra bien y parece tener juicio, sin embargo, está muy débil.

-Es normal –contestó, masticando-. Con lo que debe haber pasado... Al menos podremos hacer por ella lo que no pudimos por los demás. Ya tengo ganas de conocerla.

-Jeanlion –empecé, tras dejarle terminar un bocado-. Sabemos que te comprometiste a ayudarnos, sin embargo, ya has hecho demasiado por nosotros. Lo hemos estado hablando y, ahora, que la llegada está próxima, si quieres continuar con tu vida, no nos opondremos. Me gustaría que te quedaras con nosotros, pero respetaré tu decisión.

-Elidor –contestó mirándome fijamente a los ojos-, ya sabes que yo creo en el destino. Estoy con vosotros por a un cúmulo de circunstancias que, de bien seguro, no han ocurrido adrede. Me encuentro demasiado atado a vuestra causa como para dejarla ahora. Yo también he estado pensando en mi futuro inminente y, si no os molesta, os acompañaré hasta el final.

-¿Molestarnos? –pregunté irónico-. ¿Cómo vas a molestar? Te apreciamos mucho y, aunque haga relativamente poco que nos conocemos, te queremos como a uno más.

Tras otro bocado, y algo de reflexión, Jeanlion respondió:

-Agradezco tus palabras Elidor. La amistad es un don que, hasta la fecha, me había sido negado. El hecho de teneros a mi lado es lo mejor que me ha ocurrido en la vida y no quiero perderos.

Le miré sonriente y, tras beber un buen sorbo de café, pregunté:

-¿Tienes familia aquí?

-¡Sí -respondió melancólico! Podríamos decir que sí. Tras la muerte de mi padre, mi madre se juntó con otro hombre y tuvieron una niña. Hace muchos años que no la veo, pero debe ser ya toda una mujercita... A parte de ellas dos, no tengo a nadie más y, siendo sincero, tampoco creo que me echen mucho en falta -concluyó tras una pequeña pausa...

Tras la triste entonación de esa última frase, no quise profundizar en su vida. Él tampoco dijo nada más, por lo que preferí cambiar de tema.

-¿Has pensado en como nos desplazaremos ahí? ¿Son grandes las distancias?

-Pues verás –empezó tras engullir su último bocado de bocadillo-. Sí. Las distancias son enormes. Para que te puedas hacer una idea, te diré que el Gran Islamo, antes del seísmo, estaba formado por unos cuarenta países. Cada país, de media, podría equivaler a un par o tres de Ishörs... Imagínate su tamaño.

Ni en la mente me cabía un islamo de semejante tamaño... Lo más grande que había visto hasta la fecha era Alöak y, como mucho, doblaba Ishör.

-El Gran Boom – prosiguió-, como en todo el planeta, se cobró montones de vidas humanas y redujo drásticamente la superficie habitable. Pongamos que de los cuarenta países iniciales, quede solo el territorio de unos quince...

-¡Increíble! –contesté totalmente embobado-. No puedo imaginar como podía ser el mundo antiguo. Debía haber más tierra que agua...

-¡Ay querido amigo! –añadió sonriente.- No te ofendas, pero te queda tanto por ver... Con el Gran Islamo, uno se hace una idea de como era todo. Si no has visto el Gran Islamo, no has visto nada. Ten presente que hay maravillas tales como ríos de asfalto que serpentean montañas, mares interiores, llanuras interminables...

A cada nueva frase de Jeanlion, más cosquilleo sentía. Ansiaba llegar, ansiaba ver todo aquello que auguraba mi bisabuelo y que tantas, y tantas, veces había soñado.

-Referente al transporte –prosiguió tras un largo sorbo de café-. En el Muelle Sur, que es donde atracaremos, podremos alquilar algún vehículo pesado. Ten en cuenta que, de ahí a Bureku, puede haber unos mil kilómetros y, esto, a velocidad de karak, nos llevará días. No controlo mucho el tiempo en distancias terrestres, recuerda que lo mío es el cielo -añadió sonriente-, sin embargo, para cruzar todo el islamo, nos podríamos tirar meses.

-¿Qué es un karak? –pregunté curioso.

-Ah claro, no lo conoces. Un karakban es un camión vivienda. Imagínate el Esfriudon, algo más delgado y con unas enormes ruedas. Los karak son antiguos

camiones de carga adaptados a vivienda. Pueden ser de uno o dos ejes y, además de tener su motor original adaptado a la electricidad, los hay con remolque o articulados.

No entendía nada, pero me fascinaba todo. De haber estado presente mi abuela, le habría tomado la fiebre a Jeanlion...

-Los karaks son muy pesados -continuó- y su velocidad media podría equivaler a la marcha lenta del Esfriudon. Pese a su lentitud, son ideales para viajes largos y más en casos como el nuestro, de ser un grupo.

Mientras hablábamos, nos pareció oír unos enérgicos pasos que subían la escalera. Nos giramos con el tiempo justo de ver cerrarse la puerta de la cocina.

-¿Será la niña? – preguntó Jeanlion.

-Supongo que sí –respondí-. No creo que Alire hubiera pasado sin saludarnos.

-Y, ¿qué hacemos? –preguntó inquieto-. ¿Las avisamos?

No pude evitar un mal presentimiento y me lancé, sin perder ni un instante, hacía el hueco de la escalera para ver como estaba Alire. Tras verla dormir plácidamente, apoyada en unas cajas, volví a subir mucho más tranquilo.

-Alire está fuera de combate –le dije sonriendo, a Jeanlion-. ¡Pobrecita! Hace varias noches que no descansa bien. No vale la pena despertarla. Yo me haré cargo. Le prepararé algo de comer. Tú quédate aquí por si Alire se despierta y sube sobresaltada.

-De acuerdo –respondió el francés-, pero ten cuidado y, ante cualquier amenaza, grita.

-Descuida, aunque no creo que sea necesario. Ayer ya nos vimos y creo que le debo una pequeña disculpa en forma de desayuno.

Jeanlion asintió con la cabeza y volvió su mirada al mar. Los porticones de la ventana estaban cerrados. Entreabriéndolos un poquito, pude verla. Estaba buscando en los armarios más bajos. Fui hacia la puerta, la abrí lentamente y le dije:

-¡Hola pequeña! Tranquila. No tengas miedo. Soy un amigo. Quiero ayudarte.
¿Me puedes entender?

Sus ojos no parecían tan rojizos como los recordaba y, aunque hacía alguna mueca extraña, parecía seguirme con la mirada. Mi intromisión la había cohibido. Estaba totalmente quieta y estaba expectante a mis movimientos. Su rostro me sorprendió gratamente. Su cabello, algo más corto y peinado que anoche, le daba un aire muy distinto haciéndola, incluso, bonita. Dejando caer todo al suelo, al rato de observarme perpleja, se lanzó bajo la mesa.

-No voy a hacerte daño. Quiero ayudar. Yo amigo. Yo bueno.

Al rato de repetir esas frases, de manera pausada y bondadosa, salió de su escondite y quedó, nuevamente paralizada, a escasos pasos de mí.

-¿Me puedes entender? –pregunté.

No contestó, pero al repetir la pregunta, asintió levemente con la cabeza.

¿Puedes hablar? –pregunté esperanzado.

No obtuve ninguna respuesta y como no quería agobiarla, tras repetir la pregunta una segunda vez, me dí por vencido. Había logrado que aguantara a escasos metros de mí y, eso, ya era todo un logro.

¿Te apetece comer algo? Pregunté.

Algo dudosa, volvió a asentir con la cabeza y, tras acercarle un taburete me dispuse a freír un par de huevos con tiras de panceta. Mientras cocinaba me sentí observado. Noté como, totalmente inmóvil y desconfiada, me vigilaba. De vez en cuando, hacía muecas y cerraba los ojos con fuerza, como doliéndose de ellos. Esos

gestos evidenciaban su problema de visión, ya que, el hecho de mirar fijamente le resultaba incómodo. Al terminar, lo volqué todo encima de un par de rebanadas de pan, y se lo acerqué en un plato. Tras el lógico tiempo de inspección, y al retirarme un poquito, se lanzó sobre él, devorándolo. Mirándola comer, volví a preguntar:

-¿Puedes hablar?

Ignorándome un par de veces más, mirándome por encima de la nariz, alzó la cabeza y pronunció algunas palabras. No entendí absolutamente nada, pero le sonreí. Ella volvió a pronunciarlo y también sonrió. Tras aquél pequeño intercambio de efecto, volvió la mirada al plato y siguió masticando desenfrenadamente. Mientras la observaba, de una forma muy distinta a la noche anterior, se abrió la puerta y entró Adrún. La niña se asustó y, saltando del taburete, mostró una de sus caras desafiantes. Parecía un felino a punto de atacar y se mantuvo expectante hasta que vió, con claridad, que era ella. Al reconocerla, se relajó y corrió a rezagarse entre sus piernas.

-¡Buenos días pequeña! ¿Veo que ya conoces a Elidor, eh? Es muy bueno y no te hará ningún daño. ¡Uuuu! –dijo mirando a la mesa- Te ha preparado un delicioso desayuno –añadió sonriéndome-. Come pequeña. Come –concluyó.

Al cabo de un rato, Jeanlion, rebosante de curiosidad, asomó por la puerta.

-¡Coucou! ¿Dónde está la nueva grumete? – dijo quedándose justo en la puerta.

-¡Pasa hombre! –dijo Adrún-. Éste es otro de mis amigos y tampoco te hará ningún daño. Nadie de este barco te va a hacer daño. Aquí estás a salvo –le dijo a la niña mientras le acariciaba el pelo.

-No, tranquila -respondió Jeanlion-. Debo controlar el tráfico. Tiene buen aspecto – añadió tras observarla detenidamente.

-Sí –respondió Adrún-. Está sana y solo parece tener un leve problema de visión.

-Me alegro mucho. Con lo que pudimos ver en los...

-¡Cierto! –le corté hábil-. Pero no hace falta recordarlo -dije al mismo hacerle algunas señas disuasivas.

En un primer momento, la niña se mostró aséptica a Jeanlion. Posiblemente su tono de piel, distinto al nuestro, le inspiraba desconfianza, sin embargo, al rato de observar sus payasadas, le rió tímidamente. El francés, desde la puerta, le hacía gestos y muecas con sus gruesos labios y sus enormes ojos abiertos.

-¡Le gusto! –Exclamó orgulloso.

-Noto algo de fresco –dije mirando hacia la puerta-. Entra Jeanlion. Pasa y cierra la puerta. No vaya a ser que se nos resfríe la nueva grumete.

-No puedo mon amour –contestó-. La cosa, aquí fuera, se está caldeando...

-¿A qué te refieres? –pregunté extrañado.

-Sal y lo verás –respondió pícaro.

Al salir, no dí crédito a lo que ví. Durante el tiempo que habíamos estado en la cocina, el mar se había llenado de navíos que, avanzando lentos, se iban amontonando con mucho respeto. Alguno de ellos era enorme... Colosales barcazas de mercancía que, lentas e imponentes, maniobraban colocándose en grupos de dos. Los navíos comunes, mucho más ágiles, nos sorteaban amontonándose a una media milla de nuestra posición. Jeanlion, antes de acudir a la cocina, había parado el motor y echado el ancla, por lo que, el Esfriudon, algo agitado por el tránsito, flotaba expectante a nuevas órdenes. Pese a los dos grupos y a sus distintos tamaños, todos aquellos barcos parecían prepararse para algo inminente.

-Pero, ¿qué diantre? -me pregunté exultante, ante la pícara sonrisa de Jeanlion-. ¿De donde han salido todos estos barcos?

-*Bienvenu à Giant Islamo mon chéri!*

Capítulo cuadragésimo quinto

Sujetaba el timón con las manos completamente sudadas. Aunque las maniobras eran fáciles, los nervios me agarrotaban los músculos haciéndome parecer terriblemente patoso. En cubierta, todos alucinábamos con el surrealista espectáculo que estábamos viendo. La niña, resguardada entre las chicas, estaba tranquila ante el alud de ruidos y bocinas prominentes del mar. Los navíos, sin llegar a tocarnos, navegábamos muy juntos, tanto, que incluso alcanzábamos a oír los distintos hablares de sus tripulantes. Idiomas que, en la mayoría de casos, resultaban incomprensibles incluso para Jeanlion. Todas las naves, a excepción de la nuestra, evidenciaban una frenética actividad. En el Efriudon todo estaba congelado y yo, agarrado al timón como si me fuese la vida, me limitaba a calcar los movimientos del navío que tenía en frente y a mantenerme pegado a él. Mientras tanto, a unas dos millas escasas de nosotros, despuntaba un enorme muro del cual ni llegábamos a ver el final.

-Bienvenus à la porte sud du Giant Islamo. Esa de ahí -dijo Jeanlion señalando una gran abertura en medio del muro-, es la entrada al Muelle Sur.

-¿Todo esto es el Muelle Sur? -preguntó Fly señalando la interminable pared.

-No hombre -aclaró el francés-. El muro se construyó con el fin de proteger la costa del mar. Durante las primeras décadas posteriores al Gran Boom, aparecieron muchos maremotos que castigaron con fuerza esas tierras. Esto, a parte del evidente peligro que suponía, dificultó mucho la creación del propio muelle. Ese muro -prosiguió-, es una de las obras emblemáticas de la nueva edad y se prolonga a lo largo de todo el litoral sur. El muelle, según nuestra posición, equivale solamente a una tercera parte de lo que veis, pese a ello, es el más grande del mundo actual. Cincuenta kilómetros de muelle repartidos en tres espigones paralelos. Un millar y medio de trámites al mes lo convierten en el más concurrido de todo el Gran Mar. Hay muchos otros muelles en el Gran Islamo, pero ninguno le hace sombra. Preparaos, porque lo que vais a ver en su interior os dejará de piedra -concluyó orgulloso.

La excitación era máxima. Aunque no lo pareciese, como ishöres que era, sentía un inmenso respeto a lo desconocido, sin embargo, las palabras de Jeanlion resultaban

terriblemente atractivas. La Puerta Sur estaba a una milla escasa de nosotros y ya podíamos distinguir perfectamente su puerta. Se avecindaba un momento clave en el viaje y sentí la necesidad de expresarlo:

-¡Amigos! –empecé llamando la atención del grupo con unas palmas-. Estamos llegando a destino y todos sabéis lo que nos ha costado... Sin duda alguna, nuestro talismán ha sido la amistad y el esfuerzo. No como capitán, que nunca me lo he considerado, sino como amigo, os quiero dar las gracias por haber hecho posible mi sueño. Tenemos nuestro propio navío, hemos navegado por el Gran Mar, hemos sobrevivido a terribles peligros... pero, de todo ello, con lo que me quedo es con la sensación de que formamos un buen equipo. Eso es lo único que perdurará en mi mente cuando la retrospectiva visión de los años me devuelva a este momento. Cierto es que no estamos aún al final de nuestro viaje, pues, en cierto modo, se podría considerar solo el principio, sin embargo, haber llegado hasta aquí y hacerlo junto a vosotros es lo más grande que jamás hubiera podido imaginar... Dejadme también anunciaros –continué tras respetar los espontáneos aplausos del grupo-, que Jeanlion, en contra de nuestros temores, ha decidido acompañarnos hasta el final.

-¡Fantástico! –gritaron unánimes las chicas abrazándolo y besándolo.

-¡Mira por donde! –refunfuñó Flyt-. Cuatro días entre nosotros y el morenito ese ya se ha ganado a nuestras chicas...

Directo y con una de sus mejores caras de enfado, Flyt se acercó a Jeanlion y, quedándose a escasos pasos de él, le soltó:

-Me sabe muy mal discrepar del resto, pero creo que no te podemos aceptar tan a la ligera. Siento ser el aguafiestas del grupo, pero aún me quedan dudas acerca de ti. Tu primera intención fue la de mentirnos y quién sabe si volverás a hacerlo ahora, que estás en casa –continuó haciendo una pequeña pausa, ante nuestro total asombro-. Jeanlion, para que realmente podamos confiar en ti deberás superar la última prueba: la Prueba Küilmar.

Si mi parlamento había logrado enternecer al grupo, esta curiosa reacción de Flyt nos envolvió de una extraña incomodidad. Le aguanté la mirada y, él, seguro de si mismo, me guiñó el ojo pidiéndome tiempo. Jeanlion, por su parte, estaba paralizado. No entendía semejante reacción de Flyt y se le notaba afectado por la brusquedad de sus palabras.

-La Prueba Küilmar, amigo mío, es una prueba de amistad que, datando de la antigüedad, aún hoy se usa en la tradición marinera. Dicha prueba no es más que un prueba de respeto hacia tus compañeros. Jeanlion –continuó remarcando su nombre-, para gozar de nuestra total confianza deberás hacer el pino, durante tres minutos, cantando el himno del mar, mientras que Elidor, nuestro capitán, te cosquillea la planta de los pies. Pese a las cosquillas, no puedes desafinar lo más mínimo, sino, la prueba no se dará por completada y se evidenciará una falta de respeto grave hacia la causa...

Tras aquella enorme chorrada, que solo podía venir de Flyt, nos dimos cuenta de que todo era una broma... Jeanlion, tras absorber mentalmente toda aquella absurdidad, estalló en risas, abrazándole y levantándole tres palmos del suelo.

-¡Tú y tus bromitas! Esta vez, casi me dejas blanco del susto.

-Es que no tengo igual –fanfarroneó-. A esto lo llamo yo, saber actuar...

-Con los años que hace que te conozco –añadí, negando con la cabeza-, y esta vez me la habrías colado de lleno.

-Pues tampoco ha sido una broma muy trabajada –respondió excusándose-. La iba pensando mientras hablaba... Lo del pino y las cosquillas ha cantado ¿verdad?

-Como se nota que estudiaste por bufón –bromeó Adrún dándole una cariñosa colleja.

¡PPRRRRUUUUBBB! Bramó amenazante un enorme carguero, al cual, sin darnos cuenta, habíamos cerrado el paso. Regresando a la realidad, a golpes de bocina, viré veinte grados a babor mientras que, desde lo alto del puente, pudimos ver a un hombrecillo rabiando con señas. Pese a aquél pequeño susto, éramos felices y estábamos súper ilusionados ante lo que nos deparaba el futuro.

-¡Venga chicos! ¡Máxima concentración! –grité excitado.

Flyt y Jeanlion, a ambos lados de proa, me informaban de la distancia real con las otras embarcaciones. Alire subió al observatorio y también me guiaba desde arriba. Adrún y la niña restaban en cubierta, sentadas y atentas a nuestras maniobras. Yo, por mi parte, mantenía el Esfriudon a marcha lenta y giraba el timón según las órdenes recibidas. Poco a poco, fuimos penetrando en aquel inmenso agujero de piedra. La proximidad entre las naves era tanta que, a veces, irremediablemente, notábamos como nuestros cascos se tocaban. Ahí se comprendía perfectamente la reseña de: “*una de las grandes obras de nuestra edad*”. El grosor de aquella pared era casi el doble del tamaño del Esfriudon y su altura lo triplicaba con creces. Durante el paso por el mismo, todo quedaba en silencio. No sé si por respeto o admiración, pero todos los marineros guardaban silencio al cruzarlo. ¡Increíble! Ese era el único adjetivo que le hacía justicia, al igual que increíble se intuía el Muelle Sur. Desde aquella distancia, parecía un hormiguero antes de una tormenta. Las barcasas se repartían a lo largo de sus amarres, mientras que las gigantescas grúas las recibían ansiosas de actividad. Se hace difícil describir la cantidad de movimientos captado por nuestras retinas. Fijando la vista en un punto cualquiera, notabas como absolutamente todo se movía. La gente, más que gente hormigas multicolor, cubrían todo el muelle agudizando, aún más, la sensación de frenetismo. El Muelle Sur era alucinante. Todos lo que habíamos visto hasta fecha, inclusive el de Alöak, no parecían más que simples construcciones de paja en un charco de lluvia.

-Ni con todas las palabras del mundo habríamos podido entender esto –le dije a Jeanlion, totalmente ebrio de felicidad.

-*C'est vrai!* –corroboró el francés orgulloso-. Es imposible describirlo. Uno debe verlo con sus propios ojos. Como suele decirse: entrar por aquí es entrar al Gran Islamo por la puerta grande –bromeó sonriente.

Nos sentíamos pulgas que, sin saber muy bien como, habían caído por casualidad en el lomo de un elefante y, obviamente, no sabíamos a donde ir. El propio

oleaje y la falta de concentración, nos había apartado del grueso de embarcaciones, por lo que, aumentando un poquito la marcha, intenté alcanzarlos.

-¡Por ahí! –señaló Jeanlion, consciente de mi propósito.

-¿No les sigo? –pregunté desconcertado.

-¡No! Ellos van a los muelles principales y nosotros debemos atracar ahí –repitió señalando un cuarto muelle rezagado del bullicio principal-. Ese es el muelle de admisión, donde fondean los navíos no marcados. Ahí podremos amarrar el Esfriudon durante nuestra estancia y alquilar un karak.

Con el Esfriudon descansando justo detrás de un oxidado pesquero, extendimos la baliza y desembarcamos. Jeanlion y yo nos dirigimos a la oficina de trámites con la intención de formalizar la llegada, así como alquilar el amarre. Lo alquilamos por un mes, auto prorrogable en quince días en caso de no poder cumplir el plazo descrito. Una vez depositados dos cientos galeos, en función de paga y señal, nos sellaron un papel de residencia temporal. Aquello era otro mundo. El exquisito trato recibido, el exhaustivo control en los trámites, la seriedad, el lujo... Todo hacía pensar que aquella gente estaba un peldaño por encima de todo lo que conocíamos. Parecía que el mundo de mis antepasados, ahí, no estuviera tan lejos... Incluso un automóvil aguardaba aparcado en la puerta del edificio. Por sus múltiples abolladuras, no parecía ser muy nuevo, sin embargo, era el primero que veía funcionando...

Capítulo cuadragésimo sexto

Rebasando en unos metros la oficina de visados, entramos en un enorme almacén. Sobrecogían sus dimensiones, pero se entendían perfectamente al ver qué albergaba en su interior... Los karaks, para alguien que los ve por primera vez, parecen verdaderos monstruos de metal y goma. Lo primero que llama la atención son sus descomunales ruedas, sin embargo, todo él es impresionante... La rejilla frontal cromada, los faros, los radiadores de refrigeración, las bocas de admisión de aire del antiguo motor de combustión, el rotor eléctrico auto alimentado, las obsoletas chimeneas convertidas ahora en mástiles de carga, la cabina, la zona de enganche... Todo un prodigio mecánico fruto de una evolución meticulosa que, de no ser contada por un experto, pasaría completamente desapercibida. No es que yo, de la noche a la mañana, me hubiera convertido en un experto en motores, pero tras las lecciones de Teblor, me sentía atraído por todo lo que girase propulsado por algo. Jaydo, el dueño del local, consciente de mi interés, me contó un sinfín de peculiaridades acerca de aquellos monstruos metálicos... Los había, básicamente, de dos tipos: de carga y de viaje. En el caso de los karakcag, los de carga, el remolque era mucho más rudo, abierto en su parte superior y oscilante para descargar con más facilidad, mientras que los ban disponían de un remolque completamente cerrado, con aperturas laterales y superiores destinadas a la ventilación e iluminación de las distintas estancias. Éste último se dividía en tres partes bien diferenciadas: la tractora, la zona de enganche y la vivienda. La tractora era el vehículo en si y su parte más importante, obviando el motor, era la cabina. Desde ahí se gobernaba todo el conjunto. La zona intermedia, la de enganche, era la más fea de todas y, a fines prácticos, se usaba de baliza de paso entre una zona y otra. Era oscura y apestaba a grasas y líquidos hidráulicos, sin embargo, al tratarse de una zona de conexiones, era vital su inspección periódica. En un karak de carga, esta zona solía quedar a la intemperie, pero en un ban se recubría para poder pasar cómodamente de la cabina a la vivienda. Esta última, la vivienda, resultaba muy acogedora gracias a sus aperturas superiores que impregnaban de luz todas las habitaciones. Había cuatro estancias, perfectamente enmoquetados, una cocina y un pequeño retrete. Justo, pero suficiente. Tampoco es que se necesitase mucho más para viajar... En la cabina, además de unos grandes ventanales y asientos repartidos por la

sala, había una gran mesa central en la que tanto se podía comer como tomar decisiones. En esencia era muy distinto, pero en contenido no distaba tanto de nuestro querido Esfriudon...

-Oye Jeanlion -pregunté extrañado ante su insignificante timón-, ¿es complicado su manejo?

-¡Que va! -respondió sonriente-. Van muy lentos y solo tienen tres marchas. Todo lo que ves ahí -dijo señalando la zona de los marcadores- es meramente informativo.

La forma de mando me llamó la atención: el conductor debía ir sentado frente al timón, fijado en horizontal, y no soltarlo bajo ningún pretexto. El timón, volante según el francés, era minúsculo y girarlo, con el motor parado, resultaba imposible. Además de el volante, se debían usar unos pedales inferiores y una palanca de marchas. No parecía muy complicado de conducir, pero sí que la coordinación debía ser fundamental.

Tras conocer varias opciones, nos decantamos por un karak de ocho plazas, y lo alquilamos por un mes.

Con éste cabo atado, posiblemente el más importante, regresamos al Esfriudon con la intención de empezar los preparativos. Flyt y las chicas no tardaron en llegar y, afortunadamente, esta vez sí les habían hecho caso. Evidentemente, su primera reacción fue de incredulidad, pero tras examinar a la niña, su actitud cambió radicalmente. Alire nos contó que le habían practicado un análisis completo de sangre y orina y que le habían cogido muestras de pelo y tejido. Alrededor de una hora demoraron los resultados, los cuales, confirmaron que la niña padecía un tipo de enfermedad congénita que, concentrada básicamente en la vista, también le afectaba, parcialmente, otros órganos como oído y olfato. Dichos síntomas cuajaban perfectamente en el perfil de las enfermedades degenerativas genéticas, por lo que, tras sus declaraciones y la evidencia de los resultados, les aseguraron que investigarían el islamo. También se ofrecieron para tutelar a la niña, pero... esa pobre criatura, en tan solo dos días, ya se había hecho un hueco en nuestros corazones.

Tras su explicación, les detallamos el alquiler del karak y nos repartimos los visados de residencia temporal que nos habían entregado en la oficina. Esos pases eran

imprescindibles para evitar la deportación. En cubierta, entre unas y otras explicaciones, nos sorprendió el medio día y su asfixiante calor, por lo que, ya dentro de la cocina, empezamos a organizar la marcha. Teníamos claro que debíamos preparar todo a conciencia y llevarlo al karak lo antes posible. No urgía partir, pero los treinta días de alquiler ya habían empezado y si algo nos habían rogado, era que no nos demorásemos en el tiempo. Los karaks eran un medio de transporte muy utilizado en el muelle y no solían alquilarlos por tanto tiempo. Aquella misma tarde, cuando el Sol nos lo permitió, Flyt, Jeanlion y yo, hicimos los primeros viajes de material mientras que las chicas clasificaban y preparaban los menesteres. Pasaríamos muchos días lejos del Esfriudon y el espacio de un ban era reducido, por lo que una buena elección de material era crucial. Ellas lo seleccionaban y amontonaban y nosotros lo empaquetábamos y transportábamos. El convenio funcionó perfecto, ya que, cerca de las siete de la tarde, ya teníamos lo más importante mudado. Además, al ser aquella la última noche que pasaríamos en el mar, nos apeteció organizar una cena especial para celebrar nuestra llegada al Gran Islamo.

-¡Alire! ¡Alire! ¿duermes?

-¡Que va! ¿Dormir aquí?... ¿Ya es de día?

-Aún no, pero tenemos que partir. Nos estarán esperando.

Estábamos totalmente abatidos. La cena se había prolongado hasta bien entrada la medianoche y no había sido tan especial como planeamos. El incesante tráfico marítimo y el chirrío de las malditas grúas se habían repetido durante toda la velada, por lo que, a parte de una cena estresante, no habíamos podido pegado ojo en toda la noche.

-Tanto tiempo ansiando al Gran Islamo y con una sola noche ya he tenido suficiente –refunfuñé, irónico, retirando la cafetera del fuego.

-Parece que ahora no se oye tanto –apuntó Aadrún-, pero esta noche ha sido infernal... Tampoco habéis podido dormir, ¿verdad?

-¡Ha, ha, ha! Obviamente, el Muelle Sur no es un buen lugar para relajarse. ¿Cuándo habéis visto que negocio y descanso vayan de la mano -preguntó Jeanlión-? Pensad que la mayor parte de los suministros del islam, por no decir todos, provienen

de aquí... Jamás cesa su actividad. Todo y con ello -concluyó fanfarrón-, yo he dormido como un bebé.

-¡Fue la cerveza! -bromeó Flyt, tras un doloroso bostezo-. Anoche, tu brazo no paró ni un momento... parecías una maldita grúa de esas...

-No mi querido blancucho, no fue la cerveza, sino los taponos.

-¿Taponos? ¿Y eso que es? ¿Acaso conoces algo más fuerte que un litro de cerveza de trigo?

Jeanlion, riendo ante la ocurrencia de Flyt, sacó un pañuelo de su bolsillo y, desplegándolo, nos mostró unos trocitos de tela anudada.

-¡A esto me refiero! Con esto oprimido contra el oído, el ruido sucumbe al silencio.

-¡Ingenioso! -exclamó Alire examinando uno de ellos-. Es lógico, pero jamás se me habría ocurrido. ¿No es malo para las orejas?

-No mujer -respondió el francés-. ¿Qué les va a pasar? Esa tela, todo y ser insonora, no es hermética. Es un recurso que aprendí de la Orden. Los motores de los pájaros sonaban fuertes y al rato de volar se volvían insoportables.

Jeanlion no solía hablar de la Orden, ni de su antigua actividad como piloto, por lo que aquella ocurrencia me dio que pensar.

-Oye Jeanlion -pregunté cambiando de tercio-. ¿Nos puede buscar problemas la Orden aquí? ¿Tienen manera de localizarte?

-Creo que no -respondió natural-. Para ellos debo estar muerto. Además, la Orden no vigila a civiles corrientes, solo actúa contra objetivos concretos.

-Es curiosa la finalidad de la Orden. ¿Qué clase de convenio puede tener con el Motivo?

- Pues no sé -respondió Jeanlion, llevándose la taza a los labios-. Más allá de protegerlo, no tengo ni idea de qué relación guarda.

- ¿Y qué diantre debe ser ese Motivo para precisar de toda una hermandad como protección?

Nadie supo responder, por lo que, totalmente entregado a cavilaciones, terminé de servir el café y acerqué un baso de leche a la niña que, totalmente atenta a mis movimientos, pareció sonreír.

Capítulo cuadragésimo séptimo

Había llegado la hora. Estábamos sentados, con el cinturón de seguridad abrochado y excitados ante los primeros movimientos del karak. El rugir del motor era fuerte y se apreciaba, curiosamente, en forma de vibraciones en el asiento. Jeanlion, tras despedirse del supervisor, cerró la ventanilla y pisó con decisión uno de los dos pedales. El monstruo se tambaleó gruñendo y empezó a desplazarse con algo más de agilidad. A medida que iba accionando la palanca del cambio, la velocidad aumentaba. Todos, quien más y quien menos, sentíamos algo de miedo. La cabina temblaba y se balanceaba al ritmo de los socavones, haciendo imposible el fijar la mirada en un punto concreto. Tan solo la niña, ajena a toda sorpresa, miraba despreocupada por la ventana. Al cabo de un buen rato, alcanzando ya una carretera pavimentada, regresó la tranquilidad a merced de un aumento de estabilidad. Fue un alivio para todos, sobretodo para Alire que, con la blusa algo desabrochada y ventándose con un trozo de papel doblado, combatía los primeros síntomas del mareo.

-¡Por el Gran Mar! –exclamó Flyt, algo más blanco que de costumbre-. ¿Pero qué ocurre? ¿Tanto tiempo en el agua nos ha vuelto peces?

-Tranquilos –nos calmó Jeanlion-. Lo que notáis es normal y es, en parte, un desquicio a medio camino del mareo. Pensad que no habéis montado nunca en un vehículo terrestre y, en contra de lo que pasa en el mar, las fricciones son mayores.

La verdad es que yo también me sentía raro y, a juzgar por la cara de Aadrún, ella también. Seguimos aquella inmensa carretera hasta rebasar los límites del puerto. Era impresionante ver la cantidad de vehículos motorizados. *Les voitures*, como les llamaba Jeanlion, de muy distintas formas y tamaños nos rebasaban frenéticos, demostrando pericia y agilidad. Pegados a los cristales, mudos y expectantes, íbamos descubriendo una extravagante jungla irreal que nos sorprendía a cada nuevo kilómetro. Todo era raro y atractivo a la vez. Modernidad, lujo, orden, glamour... Así debía ser el mundo de ayer, a imagen y semejante de las maravillas que veíamos... Sin embargo, aquel mismo atardecer, rebasando los límites de la ciudad, dimos con cruda realidad... Miles de casas, amontonadas unas encima de otras, llenaban nuestras retinas de color gris oscuro.

Aquello era la periferia de la ciudad portuaria más grande del mundo y no era más que un reducto de suciedad donde la gente andaba totalmente perdida. Insípidas miradas y nulo trato humano entre los transeúntes, delataban una convivencia empañada por la necesidad. La oficina de visados y las grandes avenidas parecían, ahora, el simple recuerdo de un sueño. De hecho, pensándolo detenidamente, era lógico que el peso del lujo recayera sobre alguien y, ese alguien, sin lugar a dudas, eran los miles y miles de individuos que, trabajando desde el más penoso anonimato, mantenían avivado el portentoso ostentismo del puerto. El tráfico era intenso y un karak de ocho plazas no pasaba desapercibido. Muchos eran los que se acercaban, aprovechando las paradas en los pasos a nivel, a pedir limosna. Todos restábamos callados. Nadie sabía que decir y Jeanlion, conocedor de la realidad y de nuestra decepción, se excusaba diciendo que aquella pobre gente formaba parte del pequeño porcentaje excluido en toda regla...

Durante los días siguientes, el agua regresó a sus cauces. El paisaje recuperó la libertad robada por la industria y nos mostró todo su esplendor. Enormes campos de cultivo, llanuras vírgenes que invitaban a la relajación, pequeños núcleos poblados de gente desconfiada, pero a la vez afable, grandes áreas boscosas, montañas, ríos juguetones que nos perseguían durante leguas... La mayor parte del tiempo lo pasamos en la cabina, pegados a sus gruesos cristales y empapándonos de cuantas imágenes podíamos abarcar. Parecía un mundo casi perfecto. Aloak, el islamo más avanzado que recordaba, parecía, a su lado, un caótico tugurio. Me sentía extraño. Como un niño que, de la noche a la mañana, descubre que puede correr y enfrentarse a sus fantasmas. También debo admitiros que no todo lo que veíamos era bonito, pues muchos eran los recordatorios de la gran tragedia que aún perduraban mezclados entre flores silvestres y vegetación hostil. Ciudades derruidas, montones de chatarra oxidada, montañas parcialmente quebradas, cráteres... Duros y contundentes recuerdos del doloroso pasado que, en el fondo, todos compartíamos.

Jeanlion, durante los tramos más llanos, nos enseñó a conducir el karak. No era tan complicado como parecía y, una vez acostumbrados al juego de los pedales, resultaba bastante intuitivo. Los únicos puntos complicados eran la contramarcha y el amarre que, tras algunos decepcionantes intentos, acordamos que solo él llevaría a cabo. Por lo demás, lo que a conducción normal se refería, no tardamos en cogerle el temple

y, en menos de una semana, ya nos vimos capaces de organizar turnos. El viaje estaba resultando una experiencia muy agradable: parábamos cuando estábamos cansados, comíamos cuando el hambre acechaba, dormíamos en ruta o estacionados junto a la carretera... Solíamos cocinar nuestros propios víveres, pero, ocasionalmente, parábamos en los pueblos y comprábamos productos autóctonos para ofrecer algo de variedad a nuestros paladares. Al pasar cerca de alguna laguna, aprovechábamos para rellenar los tanques y asearnos. Éramos autosuficientes en todo y no temíamos ni por el combustible ni por la comida. Cuando el marcador de energía descendía por debajo de la línea roja, parábamos y desplegábamos los paneles solares para recargar las baterías. Tal era el grado de bienestar y comodidad que alcanzamos en aquella primera fase del viaje que, incluso, lográbamos olvidar nuestra verdadera meta. Durante los periodos en que no conducían, las chicas, a modo de juego, aprovecharon para reforzar el *único* de la niña. Ella se mostraba atenta y participativa y, aunque le costaba pronunciar, evolucionaba positivamente. Además, motivados por el creciente amor hacia ella, le pusimos nombre. Fleur, Fleur du Printemps que, en francés, significaba flor de primavera. Cada uno de nosotros propusimos un nombre y fue ella la que, movida por el creciente afecto que sentía por Jeanlion, escogió su propuesta.

La primavera era una de las cuatro estaciones en las que, antiguamente, se dividía el año. Antes del ocaso climático, la primavera representaba un período de bienestar en el cual animales y plantas renacían del frío invernal. Tras ella venía el verano, la estación más cálida de todas que, a su vez, era reemplazada por el otoño. El otoño cerraba el ciclo y, mediante sus ventiscas y lluvias, preparaba a todos para un nuevo invierno.

Por lo tanto, pensándolo bien, el nombre de Jeanlion era ideal para una pobre criatura que había despertado del invierno...

Capítulo cuadragésimo octavo

Habíamos aparcado en una pradera contigua a la carretera. El karak recargaba sus baterías con sus paneles abiertos al Sol, mientras que las chicas, ligeramente apartadas, se aseaban en un arroyo cercano. Nosotros habíamos encendido un fuego y, con algunas dificultades, intentábamos despellejar a un pobre ciervo al que habíamos atropellado, accidentalmente, aquella misma mañana.

-¡Pobre animal! –dijo Flyt con cara -. Me sabe mal comerlo.

-No digas tonterías –le replicó Jeanlion-. Ahora ya está muerto y, sinceramente, no andamos sobrados de proteínas...

-¡Cierto! –añadí agarrando con fuerza sus patas delanteras-. No nos hace falta matar para comer, sin embargo, no podemos desperdiciarlo.

-Puede que tengáis razón, pero... ¡apresurémonos! –añadió, nervioso, tras una breve pausa-. Si nos pilla me la voy a cargar. Ya sabéis como se pone con los animales...

-Ha, ha, ha –rió Jeanlion-. Ha sido muy gentil por tu parte, encargarte de su sepultura. ¿Se puede saber qué le dirás que come? ¿Rábano asado?

Flyt y yo lo aguantábamos por sus extremidades mientras que Jeanlion, con la ayuda del chicüo, iba arrancando su piel a tiras con sumo cuidado.

-Es curioso –reflexioné-. Cuando estamos ante un jugoso trozo de carne cocida no le damos la menor importancia, sin embargo, cuando pensamos en el animal que ha tenido que morir para ello nos entran los pesares. Los seres humanos somos realmente contradictorios -añadí-. Si no lo vemos, no nos preocupa, pero si lo vemos, nos afecta...

-¡Jopé! Que quisquilloso resultas a veces –me replicó Flyt-. Cada uno es como es, ¿no crees?.

-¡No! –respondí-. No lo decía por Adrún. A casi todos nos afecta el hecho de ver morir a un animal, pero nos apetece su carne asada. A lo que me refería es que si no vemos un problema, hacemos como que no existe, pero si lo vemos, algo nos empuja a actuar... ¿No sé si me explico? –concluí.

-De explicarte, te explicas –respondió Jeanlion-, pero no es tan simple. El ser humano es así. Los sentimientos hacen que, a veces, no reaccionemos como deberíamos. Es lógico responder a la muerte con tristeza, pero no lo es cuando ello justifica nuestra subsistencia. Sin embargo, tengamos también presente que los sentimientos suelen ser parámetros que escapan a toda lógica. Lloramos de tristeza, pero también lo hacemos de felicidad y, en el fondo, es la misma acción...

-Vaya dos filósofos me han tocado esta mañana –gruñó Flyt-. Terminemos de una vez, que ya creo oírlas –añadió mirando hacía el arroyo.

Una vez sacada toda la piel, lo enjuagamos con agua y lo troceamos para una mejor cocción.

-Me refería a la necesidad de saber –dijo retomando el hilo de la conversación-. Hace unos meses no sabía nada y vivía tan tranquilo, pero el hecho de saber que una persona querida ha muerto por un motivo concreto, me exige respuestas...

-Hombre, esto es distinto –respondió Jeanlion-. El hecho de que alguien cercano sufra por algo hace que, inevitablemente, compartamos su dolor y, a efecto, su inquietud. ¿Acaso hay alguna pregunta que se formule sin esperar respuesta?

-Sí. Supongo que es lógico que me exija respuestas, pues, como bien dices, era importante para él, sin embargo, lo que no puedo entender, por más vueltas que le de, es su mirada de felicidad al morir. ¿Tan importante era legarme sus inquietudes?

-¡Elidor! –dijo Flyt, entrando de lleno en la reflexión-. También es verdad que no todos damos importancia a las mismas cosas, ni en el mismo grado, por lo que tampoco debes obsesionarte con ello.

-Supongo que tienes razón –añadió resignado-, pero no logro entender que amenaza podía suponer un hombre como él...

-No sería la primera vez que la Orden arremete contra un civil como represalia pública –añadió Jeanlion-. Puede que, simplemente, tu amigo sirviera de cabeza de turco... No obstante –continuó tras una pequeña pausa-, el hecho de que fuera abatido en pleno mar y que poseyera un manuscrito con referencias claras al Motivo, lo alejan de la casualidad.

-No sé -concluí-. Todo es tan confuso... A ver si tenemos suerte y Bureku nos aporta alguna pieza nueva al rompecabezas...

Para cuando regresaron las chicas, Flyt ya nadaba en el río. Rodeando el karak, las había sorteado a propósito para posponer la realidad. Adrún, tras el accidente, había hecho lo posible para mantener aquel pobre ciervo con vida, sin embargo, al padecer, Flyt se comprometió en darle sepultura... Tras cederles el cuidado del guiso, sin contar demasiado acerca de él, también nosotros nos escabullimos con agilidad.

-Estás en un buen lío chaval -rió Jeanlion-. A esas alturas ya se habrá dado cuenta de que no es rábano lo que hay en el fuego.

-Ya lo sé -asintió cabizbajo-. ¿Qué más puedo hacer? Me lo habéis quitado de las manos y, a decir verdad, yo también tengo ganas de carne.

-No temas -le tranquilicé-. Le explicaremos que hemos sido nosotros los que te lo hemos impedido. Cuando le soltemos la excusa de las proteínas, nos perdonará enseguida.

Una vez aseados, y algo más tranquilos, regresamos junto a las chicas. Adrún hacía como si nada, por lo que pensamos que no le había dado demasiada importancia.

-¡Buenísima! -exclamó, tras comer una jugosa costilla-. No sabía que aún nos quedaba carne en la dispensa. Además, parece tan tierna...

-Adrún, yo...

-No continúes -le cortó áspera-. No me gusta que me mientan ¿sabes?

-Es que yo...

Flyt no supo defenderse. Adrún estaba visiblemente enojada y tras escuchar mi teoría de las proteínas, respondió:

-No soy tonta ¿sabéis? Puede que no compartamos el mismo afecto hacia los animales, pero sé ver las cosas. Lo que me sabe mal, es que lo hayáis hecho a mis espaldas como si fuera una niña tonta.

-No seas así mujer –añadió Jeanlion-. Todo tiene su explicación. Flyt quería darle sepultura, tal y como te aseguré, pero al final le hemos convencido. Deberías haberle visto despellejándolo, casi se nos muere él... Por un momento he creído que, en vez de ciervo, comeríamos blancucho asado -rió intentando ablandar la situación-. Él no te quería mentir, pero te conoce y quería evitarte el mal trago de tener que cocinarlo, por esto nos hemos apresurado a hacerlo a escondidas y, por lo visto, el resultado no está nada mal -concluyó lamiéndose los labios.

No sé muy bien si aquella explicación de Jeanlion la convenció, pero las múltiples bromas acerca de Flyt volteando en el fuego con una manzana en la boca, la hicieron reír a gusto. Mientras las aguas, poco a poco, regresaban a su cauce, terminamos de comer y nos dispersamos por la pradera con el fin de descansar. Acordamos pasar ahí el resto del día para asegurar la recarga total de las baterías.

Alire y yo, algo rezagados del grupo, nos tumbamos a los pies de un viejo sauce. Algunos rayos de Sol lograban penetrar su espesa copa, sin embargo, el ambiente era idóneo para disfrutar de una buena siesta. Alire, sentada a espaldas del tronco, observaba atenta el horizonte, mientras que yo, tendido en el suelo, revisaba mi preciado tesoro. En una hoja, la cual había leído cientos de veces, creí ver un indicio de nuestro siguiente paso. Había frases dispares acerca de Bureku y en una de ellas ponía:

“...en el fondo del pozo azul radica el saber. Saber, que tan solo Gristof, el topo de nariz puntiaguda y oídos de ratón, sabe interpretar...”

Lo leí un par de veces en voz alta, llamando la atención de Alire, y le pregunté

-¿Crees que ese Gristof será una persona o es otro acertijo?

-No sé –respondió al mismo hundir su mano en mi cabello y regalarme un placentero masaje capilar-. Yo no conocía tanto a Johanthan como tú. Siempre me pareció una persona muy enigmática, por lo que no sabría decirte...

Alire no pensaba, precisamente, en el diario cuando respondía esas palabras, ya que, al mismo echarse a mi lado, su mano descendió de mi cabeza al abdomen con demasiada premura.

-Tengo ganas de ti –dijo con voz suave, mirándome fijamente a los ojos. Deja el diario y abrázame.

Su pícara mirada y el tono de aquellas palabras despertaron algo en mí que, desde hacía días, yacía adormido. Desde que encontramos a Fleur, los momentos de intimidad escaseaban, por lo que, ese, era idóneo para reencontrarnos. Me coloqué encima suyo y, acolchándole la nuca con mi camiseta, la empecé a besar. Tras un disimulado vistazo hacía el grupo, la despojé de sus pantalones y la acaricié. Hicimos el amor lenta y silenciosamente. Sobre aquel esponjoso manto verde, nos fundimos en placer olvidándonos de cuanto nos rodeaba...

Mirando a la espesa cortina de hojas, vagando por incontables cavilaciones, noté algo de frío. Me giré hacia Alire y tras besarla delicadamente me dirigí hacia el karak. Fleur corría alegre tras las mariposas, mientras que Adrún la observaba a distancia con Flyt tumbado a su lado. Jeanlion, por su parte, faenaba con los paneles solares. La tarde decaía y, aunque aún lucía el Sol con cierta intensidad, se acercaba la hora. Queríamos emprender la marcha al anochecer para que las baterías estuvieran completamente cargadas. Estábamos frente al cuello de Gotard y necesitaríamos de toda su energía para cruzarlo.

El cuello de Renard empezaba con una sinuosa cuesta que nos metería de lleno en el corazón de la montaña. Durante unos ciento cincuenta kilómetros, vagaríamos a oscuras por el túnel más largo del mundo. El cuello de Gotard era una de esas magníficas construcciones, anteriores al seísmo, de las que nos había hablado Jeanlion. Si bien antaño había estado completamente iluminado, actualmente estaba abandonado y se había echado a perder la mayor parte de su instalación, así como los principales generadores. Los faros del karak serían las únicas luces de las que dispondríamos, por lo que, cualquier fallo ahí dentro, resultaría fatídico.

-Te veo algo inquieto –le dije al llegar a su posición-. ¿Te preocupa Gotard? ¿Lo has cruzado con anterioridad?

-Sí –respondió el francés-. Una vez, pero hace ya mucho tiempo. Será duro, por lo que deberemos trabajar en equipo. Resulta muy pesado conducir ahí dentro. No hay más referencia visual que la roca acechándote a ambos lados del carril...

-No temas –respondí dándole una palmadita en la espalda-. Hemos descansado lo suficiente y, con la inestimable ayuda de la cafeína, lo lograremos.

-Elidor –dijo mirándome fijamente a los ojos-. Hay algo más que me preocupa. Hace un rato, mientras todos dormíais, he avistado un pájaro de la Orden.

-¿Un pájaro?

-Sí –contestó preocupado-. ¡Perdona! –rectificó al instante-. Una aeronave. Las llamábamos pájaros y las numerábamos dependiendo de la zona. No he podido ver su región, sin embargo, lo que me preocupa es que volase en vuelo libre, o sea, con el motor parado –aclaró.

-¿Crees que nos pueden estar buscando?

-Diría que no –contestó bastante seguro-. No somos sospechosos de nada y, de hecho, nadie nos conoce. No obstante, el vuelo libre se usa para rastreos sigilosos.

-¿Cuanto llegaremos a Bureku?

-Contando que todo vaya bien ahí dentro –dijo mirando hacia la montaña-, un par de días.

-Debemos apresurarnos –respondí-. No es bueno que la Orden se fije en nosotros. Somos extranjeros, viajamos en un karak portuario y tenemos en nuestro poder un objeto que no les gustaría... Creo que lo esconderé a buen recaudo hasta que lleguemos a destino.

-Harás bien –apuntó Jeanlion-. Ahí dentro no creo que nos chequeen, pero en la salida sí pueden sorprendernos.

-¡En fin –dije fingiendo seguridad-! No nos preocupemos ni les contemos nada. El miedo es peligroso y podría perjudicarnos.

Capítulo cuadragésimo noveno

La medianoche acechaba y debíamos apresurarnos. Comimos alrededor del fuego y bebimos, cada uno, una jarra pequeña de cerveza. Según Jeanlion, esa minsa dosis de alcohol, le proporcionaría a nuestra sangre la densidad óptima para afrontar la travesía. El túnel de Gotard, además de enterrarnos durante un largo periodo de tiempo, nos elevaría por encima los dos mil metros, por lo que, con ese pretexto, incluso a Fleur le obligamos a beber una pequeña cantidad de alcohol. El cielo estaba despejado y, pese a la presencia de alguna pequeña nube, las estrellas lucían con autoridad. Tras pedir conformidad visual, arranqué el motor y accioné el pedal del acelerador. Regresando a la carretera y conduciendo unos escasos dos cientos metros, ya nos plantamos ante la imponente entrada del túnel. Yo fui el primero en conducir aunque, sinceramente, no duré mucho. La sensación de agobio era terrible. La anchura de la calzada no era muy superior a la del propio karak y, por si eso fuera poco, el trazado de la carretera tampoco era nada dócil... Íbamos muy lentos y, aún así, la conducción era exigente. Ninguno de nosotros duró más de veinte minutos, por lo que, muy a nuestro pesar, la responsabilidad cayó, nuevamente, en manos de Jeanlion. Fleur, gracias a la monotonía de paisaje y a su pequeño romance con el alcohol, dormía plácidamente. Afuera, los focos del karak resultaban insuficientes ante la aplastante oscuridad. Peleando en batalla perdida, apenas lograban proporcionarnos unos diez metros de visión. El motor rugía fuerte y resonaba exagerado. La mezcla de ruido y claustrofobia, se agudizaba por el miedo y la inseguridad de ver pasar la roca a escasos centímetros del cristal. Ahí dentro, no había ni espacio para efectuar una parada. Tan solo, de vez en cuando, la calzada se doblaba permitiéndonos un pequeño refugio para liviar el hipotético encuentro con algún otro vehículo. Sin embargo, en la mayoría de sus tramos, de habernos encontrado en tal situación, uno de los dos vehículos hubiera tenido que retroceder, en contramarcha, durante varios kilómetros... Por suerte, en la actualidad, el cuello de Gotard no era una ruta muy frecuentada, ya que existía una alternativa por el exterior. Aún así, al ser el camino más corto, nunca se debía obviar la posibilidad.

Las horas pasaban lentas mientras que factores como la monotonía o el aburrimiento nos arrojaban al cansancio e, inevitablemente, al sueño. Nuestra única esperanza era aquella abollada cafetera que, durante toda la noche, no dejó de silbar.

Teníamos la responsabilidad de mantener despierto al *chauffeur*, tal y como se había proclamado el mismo, y nuestra mejor aliada para ello era, sin ninguna duda, aquella mágica molécula llamada cafeína. El francés, todo y participar de forma activa en nuestras conversaciones, estaba completamente atento a la carretera. Con la vista fija en la oscuridad, sus pupilas empezaban a mostrar severos síntomas de fatiga. Hicimos solo tres paradas, las justas para efectuar necesidades y enjuagarse la cara. Él era el primero en no querer excederse durante las mismas, pues sabía perfectamente que corríamos peligro. Lo más preocupante, ahí dentro, era el aire. Pese a no ser mortal, su calidad era muy pobre.

Tras unas siete horas de sorbos amargos, anécdotas y penurias, nuestros cansados ojos advirtieron lo que, en un primer momento, se negaron a creer. Un pequeño punto luminoso se formó en la lejanía y, poco a poco, se acercó hasta intimidarnos. El choque de luz fue tremendo y, obviamente, Jeanlion se llevó la peor parte. Sus párpados estallaron en lágrimas produciéndole un terrible escozor que le obligaron a detenerse. Lloraba y se maldecía, mientras que Alire, de forma delicada, le empapaba los ojos con un paño húmedo. Ninguno de nosotros quiso creer lo que vimos. Seguramente se trataba de un efecto óptico producido por la ceguera momentánea, por lo que, obviándolo, atendimos a nuestro compañero. Forzando la vista, intenté reemplazarle al volante, pero la impotencia ante un suelo extrañamente resbaladizo, hizo que solo me atreviera a arrinconar el karak a la orilla derecha de la calzada. Jeanlion estaba abatido. Sus músculos, cansados, temblaban incesantemente sin siquiera permitirle estar de pie. Rodeándole los hombros, le acompañamos a la cama y, tras vendarle los ojos, le rogamos que descansara.

-No temas por nada *chauffeur* –dije animándole-. He arrinconado el karak y está frenado. Todos estamos muy cansados. Duerme un rato, te irá bien.

-No puedo ver –respondió apartándose la venda de los ojos-. Me escuece mucho.

-Tranquilo –le respondió Adrún-. Es normal. Tus ojos están muy cansados. Déjales descansar en la oscuridad –concluyó, colocándole, nuevamente, la venda.

Al regresar a la cabina, corroboramos, completamente aturridos, como aquella extraña visión anterior no había sido ningún engaño...

-¡Increíble! – se repetía Alire, frotándose los ojos-. Jamás pensé verla...

-¡No puede ser! –exclamó Flyt, pegado al cristal. ¿Qué diantres es esto?

-Jamás pensé... ¡Es nieve! –gritó Alire excitada. ¡Nieve!

Frente al cristal, limpiando incesantemente el vaho de nuestro propio asombro, vimos como, afuera, predominaba un solo color: el blanco. Un curioso manto esponjoso cubría todo cuanto llegábamos a ver. Incluso el motor del karak parecía haber enmudecido ante el suceso.

-La nieve –empezó Alire, tras un largo silencio- es un fenómeno climatológico que, en gran parte del planeta, se cree extinguido. Antaño, cuando el clima era más regular, durante las estaciones frías, la lluvia solía precipitarse así. La nieve es agua a medio camino de la congelación. Como que la temperatura ambiente es baja, al llegar al suelo, los copos no se funden, por lo que, amontonándose, terminan formando ese bello manto que veis. Es difícil de entender, lo sé -prosiguió-, ya que nosotros no conocemos ni el hielo, pero, por lo visto, no todo está extinguido aún...

Al rato de admirarlo, notamos la frenética necesidad de tocarla. Fleur, ante nuestras reiteradas exclamaciones, se había despertado y había acudido a la cabina. Parecía no distinguir bien lo que veía, por lo que, en un primer momento, no le dio demasiada importancia.

-¡Arroparos bien! –recalcó Alire-. De ser realmente nieve, la temperatura debe ser baja.

Así lo hicimos y, tras ponernos casi toda la ropa gruesa que llevábamos, nos dispusimos a salir del karak. Al abrir la puerta ya notamos el frío. Aquél hecho, el de estar a punto de pisar algo desconocido, me trasladó a una de las historias de mi bisabuelo: Según él, sus contemporáneos habían logrado llegar a la Luna y, al aterrizar

en ella, protegidos por un estrafalario traje espacial, se dieron cuenta de que el suelo era blando y que, en vez de andar, saltaban... La de veces que, de niño, había jugado a andar por la Luna, saltando de aquí para allá y de allá para acá... Ahora, estando agarrado a la barandilla del karak, esperando a que Alire hiciera sus últimas comprobaciones, me hice la promesa de no saltar demasiado fuerte. La Luna es muy pequeña, por lo que, con un salto mal calculado, podía rebasarla con demasiada facilidad... Si os soy del todo sincero, jamás creí que los humanos hubieran pisado la Luna, sin embargo, imaginarlo era fascinante. Igual de fascinante que la sensación de pisar aquella masa frágil y esponjosa. Afortunadamente, no botabas. Al pisarla, producía un peculiar crujido al mismo tiempo que cedía unos centímetros bajo la bota. Puede que distara mucho de la superficie lunar, sin embargo, parecía que andáramos sobre una nube.

El silencio nos rodeaba. Es difícil describir aquella ausencia de ruido, pero ahí solo había paz. Hacía mucho frío y al tocar la nieve te prendabas de él. Suave, húmeda, ligera, chispeante... así era el agua a medio camino de la congelación. Todos restábamos muy atentos a los experimentos de Alire. Tan solo Fleur, como ya iba siendo habitual, iba por libre. Ella, tras algo de miedo e indecisión, gozaba riendo ante las múltiples marcas que sus pies y manos dejaban en el suelo.

-Llevaos un trozo a la boca y hacedle un sorbo –dijo Alire.

-¡Pero Mujer! ¿Esto se come? –preguntó Aadrún extrañada.

-Bueno, no es que se coma, pero de ella se puede beber. En principio no es más que agua.

¡Increíble! ¡Agua dulce! Su gusto, tratándose simplemente de agua, no tenía nada de especial, pero la sensación de chupar aquella masa esponjosa y que deviniera líquida en nuestra boca sí era extraordinario.

-Aquí donde la veis –prosiguió Alire-, esa misma agua puede resultar mortal. Existe otro fenómeno, parecido a la nieve, llamado granizo, que tiene la peculiaridad de precipitarse completamente helado, por lo que, en vez de esos tímidos copos, cae en forma de piedras.

-¿Piedras cayendo del cielo? ¡Que me cuelguen si es verdad! –exclamó Flyt.

-Pues ya puedes ir anudando la cuerda –le sonrió Alire-. Trozos de hielo, del tamaño de un puño, precipitándose desde el cielo. Incluso un caballo adulto puede morir de un solo impacto... Por suerte, actualmente no frecuentan dichas tormentas, pero en la antigüedad hacían mucho mal.

Flyt no daba crédito. De hecho, ninguno de nosotros lo hacía. Te pueden contar que es la nieve, el hielo y su origen, pero para gente de nuestro tiempo, todo sonaba a poco más que sueño real...

A medida que el frío vencía nuestra inquietud, regresábamos al karak para cambiarnos de ropa y calentarnos a sorbos de sopa caliente. Tan solo quedó Fleur, riendo y jugueteando, en medio de aquella pradera mágica.

“Ríe feliz alma apenada, ríe feliz hija del mal.

De entre todas las criaturas, tú lo mereces sin igual.

Sonríe a la primavera, sonríe al amanecer.

Pues tu corazón es puro y merece renacer”

Esas frases, en forma de poesía desordenada, me vinieron a la mente al ver como, a través del empañado cristal, la criatura más desdicha del mundo aún se acordaba de reír...

-¡Fleur! –gritó Adrún, arrancándome de mi embauco poético-. ¡Entra ya! Hace mucho frío y estás empapada.

Al mismo tiempo, Alire pasó justo a mi lado y, dándome un simpático bofetón en el trasero, se dirigió a la puerta con una toalla y una taza de sopa caliente. Durante un instante, viéndola secar el pelo de Fleur, improvisé mentalmente su hipotético papel como madre. Una madre cariñosa, afable y paciente, entregada a los suyos sin esperar nada más que amor. Mi bobo semblante debió delatarme, pues, desde la puerta, ella me devolvió una cómplice sonrisa difícil de interpretar...

La magia duró poco más, ya que, con el tiempo justo de ver como las chicas arropaban a Fleur, Flyt nos sobresaltó.

-¡Se acerca alguien!

Efectivamente. En la dirección que marcaba su índice, se apreciaba un minúsculo punto chispeante.

-¿Serán agentes fronterizos? –preguntó-. Esa luz me recuerda a los guardias marítimos de Aloak.

-Sí. Es cierto -añadió Aadrún-. Parecen flashes de sirena o algo similar.

-Posiblemente se trate de algún reflejo producido por la nieve ¿no creéis?
-apunté con cierto temor.

-Deberíamos despertar a Jeanlion –dijo Flyt-. Es el único que habla francés.

-Puede que hablen único –añadió Aadrún...

-No nos precipitemos. A lo mejor solo viajeros o comerciantes siguiendo su ruta. Esperemos un poco más y veremos qué hacer -concluí tranquilizándolos.

Observamos, atentos, como aquel vehículo se iba acercando hasta llegar a nuestra posición. Aparcó justo delante del karak y, de él, se bajaron dos hombres uniformados.

-Pues sí que parecen agentes, sí. Teníais razón. Voy a despertarlo -dije, algo nervioso-. ¡Que nadie les abra!

Sin poder evitarlo, el tono de mis palabras sonó exageradamente rudo. Flyt y Aadrún no se percataron de ello, sin embargo Alire me miró con cara de preocupación y yo, disimulando como pude, le guiñé el ojo tranquilizándola.

-Sin la menor duda, son agentes -oí decirle a Aadrún mientras cruzaba el túnel de servicio- y van armados.

Jeanlion dormía profundamente. Sus ronquidos ponían a prueba las bisagras de la puerta del camarote y, a decir verdad, me dolió tener que despertarlo.

-¿Crees que se trata de la Orden? –preguntó tras mi apresurada explicación.

-Sí –contesté-. Me ha parecido ver el tridente en el lateral del vehículo. Los chicos están algo inquietos, pero no sospechan nada.

-¿Y el diario? –preguntó frotándose, delicadamente, los ojos.

-No temas por él, está a buen recaudo –respondí ayudándole a incorporarse.

Todo y sentirse mejor, sus ojos aún le escocían, obligándole a pestañear constantemente.

-¿Cuanto he dormido? –preguntó bostezando.

-Muy poco –respondí-. Un par de horas, como mucho. Nosotros ni nos hemos acostado aún.

-¿Tan solo un par de horas? Aquí debe estar pasando algo muy gordo. No es normal tanta persuasión por su parte. ¡Ufff! Como me duele la cabeza -se lamentó al atarse las botas.

Su tono parecía despreocupado, sin embargo, la situación era complicada. Por lo que parecía, la Orden andaba un tanto alterada y nosotros, a parte de un militante suyo, llevábamos, a bordo, un objeto comprometedor... Las chicas aguardaban sentadas en las butacas posteriores, mientras que Flyt, a base de gestos, intentaba confundir a los agentes que, con mucha educación, le pedían que abriera la puerta. Llegado Jeanlion a su posición, éste abrió la puerta y tomó la iniciativa.

-*¡Bonjour Messieurs! ¿Nous pouvons vous aider?*

Intercambiaron algunas palabras en francés ante el visible alivio de Flyt que, regresando junto a nosotros, se secó el sudor de la frente con un pañuelo doblado. Ahí, sentados y expectantes, seguimos con atención su conversación.

-Son agentes fronterizos y quieren revisar el karak –nos anunció al rato, tras invitarles a entrar-. Van tras la pista de un cargamento de Blënk.

Ingenioso recurso. Las acertadas palabras de Jeanlion tranquilizaron a todos menos a mí... Los dos hombres entraron en la cabina y, haciéndonos una sutil reverencia, siguieron a Jeanlion hasta la vivienda.

-¿Alguien sabe qué es el Blënk? –preguntó Flyt.

-Creo que es algún tipo de droga cultivada en los islamos del sur –aclaró Aadrún-. En Aloak lo conocíamos como semillas de la paz. Jamás lo he visto, pero por el burdel se rumoreaba que algunas chicas lo tomaban. Según tengo entendido, es una mezcla de hierbas que, mezcladas con alcohol pueden llegar a matarte. No lo recuerdo bien, pero creo que una amiga de mamá murió bajo su afecto...

-¡Maldita sea! -exclamo Alire con expresión de rabia-. ¿Y para qué diantres se tiene que drogar la gente?

-Para olvidar o no sentir -le contestó Aadrún-... Según parece, te proporciona una sensación de euforia capaz de maquillar la realidad. Sin embargo, como en toda droga, su efecto es temporal y un consumo esporádico se transforma, fácilmente, en dependiente.

-¡Puagg! Que simples podemos llegar a ser los humanos -se lamentó Flyt-. Sé que mucha gente vive una vida totalmente injusta, sin embargo, hay muchos recursos para intentar cambiarla ¿no creéis? Creo que esos productos han sido inventados para reducir nuestra capacidad de reacción y mantenernos sumisos a la voluntad ajena. Es la maldita espiral del poder: unos abusan mientras que los otros, conformados al precio que sea, se dejan dar por...

-Puede que tengas parte de razón, pero yo defiendo otra teoría –le contestó Aadrún-. La mayoría de drogas son productos naturales y, como tales, no tienen porque ser malos. El señor Hedrich, el médico amigo de mi madre, sostenía la hipótesis de que las semillas de paz, bien administradas, podían curar enfermedades, así como aliviar el dolor en procesos quirúrgicos.

-Ya –dije entrando en la conversación e intentando no parecer preocupado-. Esto es como todo: el ser humano descubre algo, lo prueba, le gusta e, inevitablemente, abusa de él... Nunca sabemos racionar lo que nos gusta. De aquí mil y una atrocidades que solo cometemos los humanos... Somos como los peces. ¿Sabéis que algunos peces comerían hasta reventar?

Puede que el ejemplo no fuera el más acertado, debido a la trascendencia del tema en cuestión, pero fue el único que se me ocurrió. Mi cabeza estaba más pendiente de la parte trasera del karak que de las dichosas semillas esas, por lo que, tras aquél pequeño desliz que, inevitablemente, cortó la conversación, oímos como regresaban los agentes.

-¡Que pasen un buen día! –dijo uno de ellos, con un marcado acento francés, al mismo hacer la reverencia de rigor-. *¡Que Dieu vous protège!*

Tras el educado saludo, se dirigieron hacia la puerta y, estrechándole la mano a Jeanlion, subieron al vehículo y se adentraron en el túnel.

-¡Vaya! Así que, tras tenerme diez minutos haciendo el tonto, ahora resulta que el pajarraco ese hablaba *único* –refunfuñó Flyt, algo molesto.

-No tiene porqué –le aclaró Jeanlion-. Los franceses somos gente muy cordial y seguro que el agente ha creído oportuno despedirse con un formalismo de rigor. En esta región se habla francés y no todos hablan *único*. Puede que solo sepa esta frase...

A Jeanlion se le notaba cansado. Los nervios de la inspección le habían soltado y sus músculos le pedían, otra vez, descanso. Unánimes, bajo su clara necesidad, decidimos descansar por lo que restaba de día. Cerramos el karak, desplegamos sus paneles solares y nos dispusimos a dormir. Aquella noche había sido larga y pese a la inyección de adrenalina que nos habían dado la nieve y los agentes, todos necesitábamos descansar. Acompañé a Jeanlion a su camarote y le susurré:

-¿Has sacado algo en claro?

-La verdad es que no –contestó-. Es muy típico de la Orden mantener un cierto secretismo en sus misiones, sin embargo, les he notado cansados y asustados. No sé que debe estar pasando por aquí, sin embargo, estos dos –dijo refiriéndose a los agentes-, hacía días que buscaban.

-¿Les has dicho que eras militante?

-No. He preferido mantener el anonimato.

-Bien hecho. ¿Les has preguntado acerca de su búsqueda?

-Sí, pero no he sacado nada en claro. Tan solo me han dicho que buscan rebeldes.

-Que raro –añadí a modo de reflexión-. Dudo que sepan quienes somos y dudo, aún más, que sepan de la existencia del diario... ¿La Orden nerviosa en su propia casa? ¿Habrá quien comparta nuestras inquietudes aquí?

-Sí, supongo que habrá algún tipo de rebelión interna o algo parecido. Yo tampoco lo entiendo mucho... Por cierto -me preguntó Jeanlion-, ¿dónde lo escondiste?

-En el único sitio que un hombre no osaría mirar en compañía de terceros -contesté-. Entre la ropa interior de Alire.

-Ha, ha –se esforzó en reír-. ¡Bien pensado! De haberlo encontrado, seguro nos habrían detenido. No sé que les puede traer de cabeza, sin embargo, conozco sus maneras. No tienen piedad alguna y la muerte es uno de sus métodos de escarmiento contra todos los que consideran rebeldes...

Capítulo quincuagésimo

Retomando el hilo de los productos alucinógenos y sus posibles usos terapéuticos, como si nada de todo aquello fuera con nosotros, nos entregamos al paso de aquel frío e improvisado día de descanso. Fleur, distraída, dibujaba formas abstractas en el cristal, mientras que yo, ausente y preocupado, disimulaba como mejor sabía. Nos estábamos adentrando en algo muy peligroso y, sinceramente, a aquellas alturas del viaje empezaba a dudar de la validez de la búsqueda. No teníamos más que un viejo diario, el cual debíamos descifrar y, por si fuera poco, no podíamos contar con el factor sorpresa. Primero el pájaro, ahora los agentes, ¿qué más podía pasar?... Tenía la sensación de estar metiendo las narices en algún conflicto que no me incumbía. Agentes armados, un posible complot contra una orden, un misterioso motivo... Y yo, que solo quería conocer mundo junto a mis amigos, me preguntaba hasta donde sería prudente avanzar...

Para cuando logré reponerme de mis pensamientos, la conversación ya había terminado y Alire, sentada a mi lado, me miraba preocupada.

-¿Qué te ocurre? Te noto ausente.

-Nada mujer -le susurré-. Estoy preocupado por Jeanlion.

-¿De verdad? No debes temer por él, solo necesita descansar. De hecho, nosotros también debemos dormir un poco -añadió acariciándome la mejilla-. Esta noche ha sido muy dura. ¿Te vienes?

Sí, la verdad es que estaba cansado y me apetecía echarme un rato. Había demasiada tempestad en mi cerebro como para dormir, pero me veía con ganas de intentarlo. Comimos algo y, tras bloquear las puertas de la cabina, nos retiramos a descansar. La mañana siguiente emprendimos de nuevo la marcha. Jeanlion se encontraba mucho mejor, sin embargo, prefirió no conducir. Flyt y yo nos fuimos turnando al volante, bajo su atenta tutela, hasta rebasar los límites de la provincia. Tan solo un día nos separaba de nuestro destino y la nieve, poco a poco, empezaba a quedarse atrás. La carretera, todo y continuar resbaladiza, iba recuperando su agarre y color. A medida que nos íbamos acercando a Bureku, mayor era nuestra incertidumbre.

¿Qué debíamos hacer? ¿Cual sería nuestro siguiente paso? Tan solo teníamos una frase y, por más veces que analizáramos el diario, no aparecían nuevos indicios.

“...en el fondo del pozo azul vive el saber. El saber que solo conoce Gristof, el topo de nariz puntiaguda y oídos de ratón...”.

En uno de los muchos intentos de descifrar el diario, leyéndolo con la cabeza apoyada al cristal, vi algo que me confundió aún más. A contraluz, entre los múltiples garabatos que Fleur había dibujado el día anterior, me pareció distinguir el tridente de la Orden. Inquietante similitud, ya que, por lógica, no podía haberlo visto en el vehículo de los agentes... Probablemente aquél dibujo no fuese ni un tridente, sin embargo, de serlo, ¿qué clase de relación podía guardar Fleur con la Orden? Le dí algunas vueltas al asunto, pero terminé posponiéndolo por exceso de inconcluencias. Todo, en nuestro viaje, empezaba a tener exceso de inconcluencias... Lo anoté en el diario y regresé a mi cruzada particular. La llegada era próxima y Jeanlion, consciente de ello, había retomado la conducción. El paisaje había cambiado por completo. El blanco había desaparecido del todo y, en su lugar, brotaba una extensa variedad de verdes pincelados por cientos de colores florales. El frío también había desaparecido, dándonos la extraña sensación de que aquél impresionante y esponjoso mundo blanco jamás había existido. No habíamos avistado ningún pueblo desde la salida del túnel, tan solo alguna que otra granja dispersa que, a base de leña ardiendo, lograba resistir aquellas duras condiciones climatológicas.

-Bureku –empezó a narrar Jeanlion- está a medio camino entre pueblo y ciudad. Se dice que yace sobre lo que antaño fue la majestuosa capital de la región, sin embargo, ahora es feudo de granjeros y artesanos. De aquí provienen los mejores zapatos del mundo –añadió levantando su brazo derecho en señal de aprobación-. Suela de madera laminada, cuero embutido con plumaje interior, protector de tobillo para el agua... Nunca he podido comprármelos, pues su precio es prohibitivo, sin embargo, desde siempre he ansiado tener unos parisnes... También –continuó-, Bureku es conocida por el noble carácter de sus habitantes. Tolerantes y bondadosos. Gente que se rige por sus propios principios, sin envidiar lo ajeno. En cierto modo –continuó tras una

pequeña pausa-, es lógico que si algo se está tramando en contra de la Orden, sea aquí... Te escuchan, opinan y, así como sopla el viento, se olvidan de lo que han oído...

-Ya tengo ganas de llegar –dijo Alire observando a través de la ventana-. Tus palabras suenan maravillosas. Debe ser un buen sitio para vivir.

-Sí –contestó el francés-. Sin duda que lo es. Además, para nada os penséis que por ser campesinos y zapateros son gente vulgar. Poseen una de las mejores flotas de comercio aéreo del planeta, además de, según se rumorea, el tesoro más grande de la antigüedad. Al yacer sobre los restos de una importante metrópolis, se dice que todo su subsuelo está forjado en joyas, oro y mármol. Desconozco los límites entre realidad y leyenda, pero de aquí viene uno de sus famosos tópicos: “*ingenuo el que parta de Bureku sin levantar una sola piedra*”.

-¡Jopé con Bureku! –exclamó Flyt ilusionado-. Elidor y yo sabemos un mundo de remover piedras... A ver si nos haremos ricos –concluyó, guiñándome el ojo.

-Qué razón tienes, amigo mío –le contesté con pícara sonrisa-. Voy a por los picos y la vagoneta...

Con gran expectación, y con la nariz oprimida contra el cristal, fuimos descubriendo como, a ambos lados de la carretera, empezaban a aparecer las primeras casas. Eran casas bajitas y totalmente atípicas. No se ceñían a ningún estilo concreto ni patrón definido. Tampoco abundaban los vehículos motorizados. Casi os podría asegurar que éramos los únicos que producíamos ruido al avanzar, motivo por el cual, todos nos miraban curiosos. El resto de tráfico rodado estaba formado por carretas tiradas por animales y carretillas de mano. En Bureku, por lo que pudimos ver, los vehículos tenían otra clase de utilidad... La mayoría de ellos estaban, medio enterrados, convertidos en macetas ornamentales gigantes de las que salían multitud de plantas y flores. Curioso, sin lugar a dudas, pero otra prueba más de que, ahí, todo carecía de importancia más allá de la funcionalidad que uno mismo quisiera darle. La gente, educada, nos saludaba cediéndonos el paso. Íbamos muy lentos, ya que el flujo de carretillas y peatones era considerable y, en aquella primera toma de contacto, ya pudimos ver como los burukienses eran gente difícil de sorprender. Ni el descomunal tamaño del karak les llamaba la atención: miraban extrañados, comprendían el ruido y continuaban caminando sin más. Ante aquella pasiva tranquilidad, no pude evitar reír al

imaginarme irrumpiendo, en Ishör, con semejante artefacto... Más de uno correría a esconderse y el señor Vakhño, seguro que gritaría lanzándonos piedras para ahuyentarnos...

Al rato de atravesar, lo que parecía su calle principal, llegamos a una gran explanada donde un hombre uniformado nos hizo parar. Jeanlion, deteniendo el karak justo a su lado, bajó la ventanilla y, tras intercambiar algunas palabras con él, nos anunció:

-¡Chicos! Tendremos que continuar a pie. No está permitida la entrada al núcleo con vehículos a motor.

Siguiendo las instrucciones de aquel hombre, aparcamos algo rezagados de la carretera. Al descender del karak, nos dimos cuenta de que, al igual que pasaba en Ishör, no todos los habitantes respondían igual ante la novedad... No tardamos ni dos minutos en quedar envueltos por niños que, chillando excitados, correteaban en círculos a nuestro alrededor.

-No deben recibir muchas visitas tus célebres fabricantes de parisnes –bromeó Flyt, algo burlón, mirando de reojo al francés.

-Por tierra no –contestó éste-. Aquí, simplemente, dejan volar su imaginación... –concluyó señalando a nuestra espalda.

Al girarnos, nuestra fantasía se vió intimidada al ver como un par de descomunales monstruos, brillantes como el mismísimo Sol, se alzaban, silenciosos, sobre nuestras cabezas.

-¡Eh aquí los célebres zeppelines de Bureku! –exclamó orgulloso Jeanlion-. Hay muchas cosas que no habéis visto aún compañeros –añadió guiñándole el ojo a Flyt-. El Gran Islamo es único. Tenedlo siempre presente.

Aquellas bizarras aeronaves parecían sacados de un cuento de niños. Sus brillantes cabinas eran suspendidas por unos descomunales globos rechonchos...

-¿Pero como es posible que esto vuele?

-¡Helio! –aclaró Jeanlion-. Uno de los pocos carburantes fósiles que datan de la antigüedad. Un gas que tiene la peculiaridad de ser más ligero que el aire. La parte metálica no es más que el cuerpo de un antiguo avión reutilizado como cabina. Nuestros antepasados lograron suspender y hacer volar pesados cuerpos como ese gracias a la combustión de carburantes líquidos. Los pájaros de la Orden son un mero espejismo de lo que antaño fueron los aviones. Actualmente –continuó-, los pájaros vuelan con katramol. Usan para ello una mezcla parecida a la usada por el Esfriudon, aunque en distinta proporción de agua. Con ese carburante, conseguimos sostenernos en el aire durante horas, sin embargo, ni nos acercamos a las prestaciones conseguidas por nuestros antepasados. Esos zeppelines que veis ahí, se sostienen en el aire gracias al helio que hay en el interior de su globo. No llevan motor alguno y su avance y dirección son controlados por un complejo conjunto de hélices. En verdad son muy lentos, pero como cargueros resultan inmejorables.

Al ver que, en gran medida, sus explicaciones caían en saco roto por culpa de nuestro asombro e ignorancia, se giró de nuevo y dijo:

-¡En marcha! Debemos llegar al núcleo.

Con tiempo de ver alejarse aquellos dos zeppelines y de repartir alguna que otra cajita de lumines a los niños, le seguimos hasta la puerta.

-¡La leche! –exclamó Flyt, totalmente aturdido-. Empieza a gustarme el Gran Islamo y sus locuras...

-Sí –contestó Aadrún-. Karaks gigantes, túneles interminables, nieve, nubes de gas dirigidas por el hombre... ¿Qué más nos depara el futuro?

-Ha, ha, ha –rió Jeanlion-. Recordad donde estáis amigos míos...

Las calles de Bureku parecían laberintos repletos de exóticas curiosidades. La gente transitaba de forma ordenada, saludándose, hablando, silbando... Nada tenía que ver con el frenetismo del Muelle Sur o la arrogancia de Aloak. Las tiendas eran bonitas y, aunque no todas interesantes, lucían repletas de detalles pintorescos. Mayoritariamente, eran todas de calzado y seguían una misma disposición: un pequeño mostrador delante de la puerta, donde ya se advertía la actividad de la misma y un interior repleto de género. En alguna de ellas, incluso podías ver el taller desde pie de puerta. Había montones y montones de zapatos esparcidos por todas partes. Ente esos parisnes y su inconfundible olor a cuero, coexistían muchos otros negocios como: yerbaterías, sastrerías, herrerías, tabernas...

Atravesando innumerables calles y alguna que otra pequeña plaza, llegamos a la periferia del núcleo. Un pequeño montículo se alzaba permitiéndonos una excelente panorámica de la ciudad y sus alrededores. Ahí se evidenciaba la otra gran actividad de la región: la ganadería y el cultivo.

-Eh aquí la segunda joya de la región: ¡El cordero! –exclamó Jeanlion-. Asado con leña, estofado, al vapor, crudo... mil maneras de cocinarlo y mil sabores distintos. No podemos marcharnos sin permitirnos ese placer.

-Ahora sí nos vamos entendiendo morenito... Tanto olor a cuero ya empezaba a cansarme...

-Muy interesante -añadió Aadrún para sí misma. Desconozco bastante a ese animal, por lo que será bueno aprender algo nuevo.

-Sí querida. Tú puedes aprender a cocinarlo que yo me presto para catarlo -añadió Flyt, dándole un beso en la mejilla.

-Serás listillo... Me encanta cocinar, pero también gozar del sabor final. De hecho, no sé quién debería aprender un poquito acerca de cocer cosas -añadió burlona...

-¡Que mala eres! –respondí sonriendo-. Jamás nos lo perdonarás, ¿verdad? Aún puedo oler aquel gustoso arroz con pulpo y pimiento... Fue durante nuestro viaje a Ishör –aclaré mirando a Alire-. Nos hizo gracia sorprenderla, con uno de sus platos. Seguimos la receta al pie de la letra, pero, desafortunadamente, confundimos la cantidad de pulpo con la de pimiento... Lo más cómico de todo fue la mirada que cruzamos al probar la primera cucharada. Aadrún no lo había probado aún y, como nosotros desconocíamos el

sabor real del plato, nos miramos orgullosos, tomando, enérgicamente, una segunda cucharada. No fue hasta pasados unos segundos cuando entendimos que algo no había salido bien... Deberíais habernos visto: sudando y con los ojos empañados, intentando disimular, sin demasiada gracia, aquella terrible escozor...

-En verdad, gracia sí que me hizo -río gustosa Adrún-. Lo que pasa es que quemasteis mis dos sartenes preferidas...

-¡Ups! Es verdad... De ese pequeño detalle ya no me acordaba...

Capítulo quincuagésimo primero

Fleur correteaba, traviesa, tras un pobre gato asustado, mientras nosotros, sentados en círculo, debatíamos como proseguir.

-¿Qué querrá decir Johanthan con lo de “*el pozo azul*” y “*Gristof el topo*”? – pregunté tras un generoso sorbo de cerveza.

-Yo diría que el término “*el pozo azul*” debe hacer referencia a un lugar físico– reflexionó Alire.

-Sí –añadió Flyt-. Tiene cierta lógica, pues un pozo es algo físico... Si así fuese, “*Gristof*” podría ser quien lo habita o guarda. ¿no creéis?

-Puede –respondí algo dudoso-. Pero no olvidéis que Johanthan era un amante de los acertijos. Nadie habita un pozo... y también puede ser que nada sea lo que parece. Un pozo de saber o de maldad ya no es un lugar físico...

-Sí –respondió Adrún-. Tienes razón, pero con el Gran Islamo y Bureku nos lo puso bastante fácil, ¿porque ahora tendría que ser distinto? Lo importante –añadió-, es como debemos preguntarlo para no levantar sospechas...

-No os preocupéis por eso –añadió Jeanlion-. Ya os comenté que los burukienses no suelen tomar partido en los asuntos extranjeros. Podemos preguntar a quien sea, sin temor a nada. Si lo saben nos lo dirán y sino no.

-Que maravilla de gente –apuntó Adrún-. En nada se parecen a mis compatriotas...

-Ya habéis visto el clima que se respira en las calles. Así es realmente la gente de aquí. Muchos sabrán más que nosotros y no presumirán por ello. Escuchan, y luego hablan. Hablan bajito, como si nada tuviese demasiada importancia, sin embargo, debemos estar atentos a sus palabras, ya que, de un modo u otro, seguro terminan contando lo que queremos oír. Creo que deberíamos empezar por las tabernas. Ahí siempre hay gente y, como en todos los sitios, es donde se esconde el auténtico saber popular.

Terminamos las bebidas y, tras curarle un merecido arañazo a Fleur, entramos en el karak con la intención de comer algo e irnos a la cama. Afuera estaba

anocheciendo. La temperatura había descendido drásticamente y pocos eran los que aún deambulaban por las calles.

-¡Curioso! –dijo Flyt al cerrar la puerta-. ¿No os habéis percatado de que, tras el sonado alboroto de esta mañana, ni los niños nos hacen caso?

-De curioso nada –le respondió el francés-. Estamos en Bureku amigo mío y, aquí, las cosas pierden importancia justo después de haberlo adquirido... Es por este motivo que la Orden los ignora. Jamás se saca nada en claro de los burukienses.

-Pues mal lo tenemos para investigar ¿no creéis?

-No es eso –añadió Jeanlion-. No saca nada en claro alguien que ansía respuestas rápidas, sin embargo, para el que sabe escuchar siempre hay recompensa. Jamás, cuando se habla con un burukiense, debe formularse una pregunta con prisa. Ellos solo responden por placer, jamás por obligación.

Curiosa gente esos burukienses, sin embargo, a ellos nos había encomendado el diario, por lo que, cerrando los ojos, con mi pie derecho rozando el de Alire, intenté improvisar, mentalmente, preguntas sutiles...

Capítulo quincuagésimo segundo

La mañana se consumía rápida. El Sol, voraz sobre nuestras cabezas, nos lo recordaba asfixiándonos. Las chicas se habían quedado en el karak, mientras que nosotros, llevando ya más de cinco tabernas en el estómago, andábamos a trompicones, sin ninguna respuesta concreta.

-¡Madre Mía! –exclamó Flyt con tono desigual-. Nunca había bebido tanto en una sola mañana.

-Ni que lo digas –añadí secándome la frente-. A este ritmo, no llegamos ni al karak...

-No os quejéis tanto –replicó Jeanlion-. Hasta el momento solo he hablado yo y, en este estado, mantener una conversación educada ya supone un verdadero reto –concluyó bostezando.

Su cara reflejaba una curiosa mezcla de cansancio y felicidad que resultaba de lo más graciosa.

-“Vú tener razón” –respondió Flyt-. Nadie cuestiona tu don de palabra, morenito. Sin embargo, ahí dentro te has excedido un poco, ¿no crees?

-¿A qué te refieres? –preguntó extrañado.

-Es verdad Jeanlion –dije intentando no reír-. Ya hacía más de diez minutos que aquél hombre se había despedido y tú continuabas hablándole al taburete con los ojos casi cerrados.

Flyt no pudo aguantar más y, estallando en risas, quedó sentado en medio de la calle ante las curiosas, y despreocupadas, miradas de los transeúntes. Jeanlion, con la misma expresión embobada de antes, contestó:

-Ya decía yo que era poco hablador para ser burekiense... Habrá sido la poca luz –se excusó-. ¿No notasteis poca luz ahí dentro?

Su forzada cara de seriedad y la absurda excusa de la poca luz, hicieron que, los tres, nos fundiéramos en risas, olvidando completamente la vergüenza. Reíamos descaradamente y nos abrazábamos, congratulándonos, como si alguno de los tres hubiera hecho, o dicho, algo sumamente importante... Sin lugar a dudas, el índice de alcohol en sangre era excesivo, por lo que, el simple y llano camino de regreso al karak se convirtió en una larga y revirada carrera de obstáculos.

-¡Adrún! –gritó Alire, desde fuera- ¡Ven! ¡Rápido! Tienes que ver esto. Ya están de vuelta.

Adrún mezcló un par de veces el contenido de la sartén y, dejándola a fuego lento, la tapó, se secó las manos y acudió afuera.

-¿Pero qué puñetas hacen? –dijo, extrañada, al sentarse junto a ellas-. Se suponía que iban a ser sigilosos ¿no?

-Eso dijeron –suspiró Alire- Pero, por lo que veo, se habrán olvidado el sigilo en alguna barra...

Nuestras desenfadadas cantinelas, junto a unos pasos de baile, de lo más patosos y absurdos que os podáis imaginar, nos delataban, inclusive, desde aquella distancia.

-¡Van botijos perdidos! –rió Adrún- ¡Hay que ver que responsables son nuestros hombres!

Al llegar a su posición, nos cuadramos, con algún que otro problema de estabilidad, y las saludamos mediante una caballeresca reverencia.

-¡Hola chicos! –dijo Adrún tras la pantomima-. Se os ve muy alegres. Debe haber sido provechosa la mañana ¿verdad?

-No mucho amor mío –respondió Flyt, avanzando un par de pasos hacia ella-. Nos duele la cabeza y este Sol nos está matando. Cantamos para olvidar las penas–

prosiguió poniendo una de sus caritas- ¡Oye! ¿Queréis saber una buena del morenito? Resulta –empezó, tras coger aire- que se ha pasado como quince min...

-¡Venga ya!– le cortó el francés-. Tampoco hace falta que les detalles mi método de investigación. Jamás te imaginas la de información que puedes sacarle a un taburete -respondió estallando, nuevamente, en risas.

-¡Chicos! –dijo fingiendo serenidad-. Comportaos un poco, por favor. Las chicas creerán que vamos borrachos.

Tras un pequeño silencio, durante el cual competimos en aguantar la risa, estallamos de nuevo frente a la absurdidad de mi reflexión. Las chicas miraban incrédulas, mientras que Fleur, sin entender nada de lo que estaba ocurriendo, corrió hacia nosotros y se puso a saltar a nuestro lado. Su alegre ingenuidad nos contagió invitándonos a retomar el baile y la cantinela.

-Voy a terminar la comida –dijo Adrún, resignada-. De estos no sacamos nada hasta que se sequen un poquito...

-Vengo contigo –añadió Alire, levantándose de la silla-. ¡Venga chicos! Cuando terminéis de hacer el baile del barrilete, pasad por la ducha y descansar un poco. A ver si un el agua fría os aclara las ideas...

Después de una, más que necesaria, desintoxicación a base de agua dulce, regresamos, lentamente, a nuestro sano juicio.

-A parte de muy sedienta, ¿como ha ido la mañana? –preguntó Adrún mirando con complicidad a Alire.

-No muy bien –contestó Flyt algo avergonzado-. La verdad es que no hemos avanzado nada. Hemos hablado con mucha gente, pero no hemos descubierto nada. O, al menos, no lo recordamos... ¡Por favor! –dijo serio, ante sus cómplices miradas- Dejad de reiros... ya es duro de por sí aguantar ese dolor de cabeza...

-Eso no es nada fácil –le respondió Alire, aguantandose la risa-. Jamás había visto un espectáculo de baile tan varonil como el de esta mañana...

-Ni que lo digas –le apoyó Adrún-. Una cosa es hacer un poco el ridículo, pero lo vuestro ha sido de escándalo... ¿Cómo diría yo? Ha sido ridículamente ridículo.

Las dos rieron a gusto durante un buen rato, hasta que mi voz las acalló.

-¡Tenéis razón! –reconocí avergonzado-. Hemos perdido un poco los papeles. Desconozco si es normal ver borrachos por las calles en Bureku, pero, desde luego que, tres forasteros ebrios a media mañana, no cuaja mucho con nuestra idea de sigilo... La hemos pifiado. De todos modos –retomé enérgico con la intención de desviar, necesariamente, la conversación- sí os podemos contar que, tal y como dijo Jeanlion, la gente es muy abierta. No cuesta nada entablar conversación y, además, alguno chaporrea único.

-No hemos tenido suerte con el pozo azul –prosiguió el francés-. Al preguntar por él, todos nos contestaban que, en la actualidad, no quedan pozos debido a que se sirven de un sistema de canalización de agua prominente de un pantano del norte. Nadie les da, ya, la más mínima importancia y, al preguntar acerca de ellos, todos se enorgullecen de haber participado en la construcción del dichoso canal ese.

- ¿Y respecto a Gristof –preguntó Adrún?

-Más de lo mismo –contesté-. Nadie parece conocer a ningún Gristof...

Tras un merecido descanso, y aguantar alguna que otra broma más de las chicas, decidimos retomar la investigación para tratar de remendar la chapuza de la mañana...

Capítulo quincuagésimo tercero

Caminábamos por las calles del núcleo cuando el Sol, consciente de su derrota, empezaba a atrincherarse en el horizonte. Andábamos callados y cabizbajos, con cierto temor a ser reconocidos. Entramos en la quinta taberna sin demasiadas esperanzas y nos sentamos en una mesa contigua a la barra. Flyt y yo escrutábamos a los presentes mientras que Jeanlion entablaba conversación con el camarero. Hablaban en francés y, sin entender absolutamente nada, me quedé embobado mirándolos, totalmente pendiente de aquél melódico y exótico idioma. Al rato de escucharlos, Flyt me sobresaltó:

-¡Elidor! –gritó en voz baja, atizándome una puntada de pie-. ¡A tu derecha! El anciano de la barba lleva rato observándonos.

Efectivamente, un hombre de edad avanzada, con barba blanca, camisa a cuadros, pantalones oscuros y un enorme sombrero reposando encima de la mesa, nos miraba descaradamente. Le aguanté la mirada y ni se inmutó. Volví la vista hacia Flyt, fingiendo normalidad, y le dije:

-Tienes razón. No nos saca los ojos de encima... Si fuera un curioso me habría evitado.

Sin más, aquel hombre agarró su sombrero y, arrinconando la silla con el mínimo ruido, vino hacia nosotros. Jeanlion continuaba en la barra para cuando el anciano, muy educado, nos pidió permiso para sentarse. Tras sentarse y dejar el sombrero encima de la mesa, dijo:

-¡Buenas noches! ¿No sois de por aquí verdad? ¿Qué asuntos os traen a Bureku?

Todo y el marcado acento francés, su *único* era perfecto. Con un insólito giro de tornas, habíamos pasado de cazadores a presa y debíamos responder con sutileza... Tras cruzar miradas con Flyt, respondí:

-¡Buenas noches señor! Tiene usted buen ojo. Venimos de muy lejos y estamos pasando unos días en Bureku ¿Acaso nos conocemos de algo? –pregunté, devolviéndole la palabra.

-Aún no –respondió-, pero, si no les importa, me gustaría charlar un rato con ustedes. Me fascinan los forasteros –añadió-. Me gustan sus historias, sus vidas, sus motivos... Una vez, conocí a un hombre muy sabio que provenía del este y no acataba órdenes de nadie...

No quedaba ya la menor duda, aquél hombre sabía algo. El énfasis al pronunciar ambas palabras, “*motivo y órdenes*” y su penetrante mirada lo delataron.

-Pues mire usted –respondí ante la total atención de Flyt-, en realidad, nosotros también estamos aquí por un motivo... Un viejo conocido nos ordenó venir a Bureku y contactar con una persona un tanto peculiar; Un hombre de orejas grandes y nariz puntiaguda, para ser más concreto.

El anciano restó largo rato en silencio. La situación se volvió ciertamente incómoda, por lo que creí oportuna retomar la palabra:

-Puede que sea solo una leyenda, sin embargo, también nos dijo que vivía en una madriguera azul. El Pozo Azul lo llamaba él. ¿No conocerá usted esta historia, verdad? –pregunté mirándolo fijamente a los ojos.

-No sé que decirte muchacho –respondió pensativo-. Un hombre, una madriguera azul... Curiosa historia la vuestra...

Restaba pensativo, silencioso, cauto... Se notaba a leguas que tensaba nuestro subconsciente. Tras un largo silencio, preguntó:

-¿Puedo saber vuestros nombres, muchachos?

-Elidor –contesté-. Elidor Ratsul, para servirle, señor.

-Y yo, Johanthan –respondió Flyt-. Johanthan Mcwil.

Tras aquella inesperada elocuencia de Flyt, el anciano frunció el ceño. No entendí muy bien que pretendía Flyt con semejante locura, sin embargo, se le veía seguro de sí mismo y lo miraba desafiante.

-¡Mientes muchacho! –respondió rotundo- Johanthan Mcwil, como mínimo, te triplica la edad. ¿Os envía él? ¿De qué le conocéis?

La conversación se había desanclado de sopetón y, tras un lógico titubeo, le conté la verdad.

-El mismo Johanthan –dije con voz quebrada-, en su lecho de muerte, me encomendó la búsqueda de un motivo muy valioso para él.

-¿En su lecho de muerte? –me cortó raudamente-. ¿Acaso ha muerto?

-Sí –respondí haciendo una pequeña pausa-. Supuestamente lo atacó un frior, sin embargo, tenemos motivos reales para pensar que no fue así.

-¡Malditos bastardos! Johanthan... Era un buen hombre –concluyó, visiblemente afectado por mis palabras.

-Concretamente –retomé-, murió en Edbuc. Yo soy hijo de Ishör y mi relación con él era muy cordial. Como le he comentado, antes de morir me cedió su diario y la búsqueda de algo que lama el *Motivo*.

-Entiendo –respondió el anciano. Malas noticias para nosotros... Joha era un puntal de la resistencia... ¡Debemos informar a Gristof!

Había terminado el juego y, con él, la desconfianza. Aquel anciano se veía realmente abatido ante la noticia de la muerte de Johanthan, por lo que quedaba bastante claro cual era su bando.

-¿Conocía usted a Johanthan? –pregunté, estúpidamente, con el pretexto de distraer su pesar.

-Sí –respondió-. Hacía tiempo que no le veía, pero éramos buenos amigos. Mi nombre es Hãrico y soy uno de los percusores del movimiento. Mañana debéis acudir a Gristof y contarle todo.

Tras explicarnos como llegar a Gristof, Hãrico agarró su sombrero y, sin apenas decir nada más, desapareció, cabizbajo, entre las mesas.

-¡Por fin! -dijo Jeanlion llegando con las bebidas-. ¿A que no adivináis que me ha contado el camarero?... Pues que, él –añadió haciendo una graciosa mueca-, fue uno de los mil trescientos cuarenta y tres burukienses que ayudaron en la construcción del canal de abastecimiento... Hay que ver que pesados están todos con el dichoso canal... Y vosotros, ¿habéis visto algo raro?

Capítulo quincuagésimo cuarto

Me encontraba a gusto en la cama, sin embargo, desde hacía ya un buen rato, me acechaban las dudas. El karak estaba en silencio inmerso en la plácida quietud de la noche y a mi lado, encantadora como siempre, descansaba Alire totalmente despreocupada. Yo, arropado y sin sueño, ordenaba los pocos datos certeros que conocía. Mi escasa lógica, como buen ishorës que era, no me permitía ver más allá de los nombres. Johanthan, Härico, Gristof... todos ellos fundadores de un movimiento de resistencia... Pero, ¿de resistencia a qué? Por más que lo intentara, no era capaz de atar ni un solo cabo. Sabía que su enemigo común debía ser la Orden, pero tampoco entendía muy bien que papel jugaba... Lo único cierto era que ese motivo que buscábamos representaba un objetivo común, sin embargo, ¿qué era, en realidad? ¿Un hecho, una institución, una idea...? ¿Cuanto de especial y comprometida podía llegar a ser la vida de un hombre corriente para merecer una escarmiento tan duro? ¿Qué motivo, cosa u hecho, puede justificar un ataque como el de Johanthan? Y, lo más repugnante, ¿Quién se cree con potestad para ordenarlo?

-¿Acaso eres un vampiro? –bromeó Alire, girándose sobre sí misma y acariciándose la mejilla-. ¿Tú no duermes nunca?

-Ya sabes que no creo en esos cuentos –contesté, mirándola, con una débil sonrisa en los labios-. Estoy inquieto. No sé bien donde nos estamos metiendo y como repercutirá en nuestras vidas. Pensaba en Johanthan -continué-. Un hombre tan normal y tan comprometido a la vez... ¿Quién podía predecir sus hazañas al verlo descender del Esfriudon como un mercader de lo más vulgar? ¿Te acuerdas de aquél día?

-¡Pues claro! –respondió ella-. Johanthan no fue uno más. Fue un hombre muy especial y caló hondo en nuestros corazones. Muchos le criticaron, sin embargo –prosiguió, tras una breve pausa–, ahí es donde radica su virtud: todo y ser menospreciado por muchos, actuó consecuente a su voluntad en todo momento. Yo tampoco sé como terminará todo –continué tocándome, cariñosamente, la punta de la nariz-, pero si de algo estoy segura es que Johanthan nos ha brindado una oportunidad única. La oportunidad de conocer todo lo que, por mera tradición, nos estaba prohibido. El mundo no termina tras el Gran Mar, como predicaban los ancianos. El sueño real no

parece una enfermedad y, de hecho, viendo lo visto, ni debería tacharse de enfermedad... ¡Todo! Todo lo que hemos vivido, descubierto y desmentido ya es parte de su legado. Desgraciadamente, nada nos lo devolverá, sin embargo, su recuerdo perdurará siempre en nosotros. Debemos llegar tan lejos como nos sea posible y tenemos que hacerlo por él. Creo, sinceramente –concluyó-, que ese es el homenaje más hermoso que se le puede hacer a una persona.

-Bonitas palabras –dije dándole un tierno beso en la mejilla-. Tengo muchas ganas de terminar el rompecabezas y conocer el porqué de su lucha. Ojala Gristof nos brinde las respuestas que tanto ansiamos.

Seguía sin sueño, pero estaba a gusto a su lado. Bajo la sábana, como hacíamos siempre antes de dormir, nos rozábamos los pies cariñosamente. No tardó en recuperar el sosegado respirar de la desconexión. Estaba preciosa. Su cara, oprimida contra la almohada y bañada por la ténue luz de la madrugada, me recordó, inequívocamente, a aquella encantadora niña de la que me enamoré a los catorce años... Alire estaba conmigo y me reconfortaba saber que, pasase lo que pasase, estaría ahí hasta el final. Al rato de observarla, la besé delicadamente y me marché a la cocina con la intención de preparar el desayuno. La luz del Sol, tímida e indecisa, empezaba a colarse por el respiradero de la pared, por lo que entendí que el amanecer era próximo.

Pasadas las nueve de la mañana, con el estómago lleno y la espalda cargada de provisiones, cerramos la puerta del karak y nos dispusimos a cruzar el núcleo. Una vez en el montículo, con la ventaja visual que nos ofrecía su altura, trazamos una ruta con la que llegar al bosque. Según Hãrico, debíamos cruzar los pastos hasta llegar a la entrada del bosque. Allí, pasada la última granja, encontraríamos una pequeña senda que nos llevaría hasta Gristof.

El paisaje era bucólico; Una larga sucesión de cultivos, a ambos lados del camino, que, dejando entrever las llanuras de pasto, trascendía en un ambiente mucho más relajado que en el núcleo. Cruzando los campos, no era difícil transportarse, mentalmente, a un cuidado jardín multicolor. Ahí se distinguían, perfectamente, toda clase de cereales, verduras, legumbres y frutales. De vez en cuando, nos cruzábamos

con algún hortelano que, sin rareza alguna, nos saludaba abiertamente. Si ya en el núcleo se evidenciaba el noble carácter de los burukienses, ahí, en su periferia, te convencías de lo amables y familiares que podían llegar a ser.

-¡Oye Elidor! –preguntó Jeanlion-. Desde ayer, que le doy vueltas a una cosa: ¿Cómo descubristeis a Härico?

Tras cruzar una cómplice mirada con Flyt, respondí:

-¡Buen ojo, amigo mío! Hay que tener buen ojo.

-Y algo de suerte –respondió el francés desafiante-. Nunca un burukiense suelta prenda sin un buen rodeo lingüístico...

-Sí. Tienes razón –confesé-. En realidad, fue él quien nos encontró. ¿A que no adivinas el porqué?

-Pues... –respondió, forzándose a recordar.

-Haz un poco de memoria y lo entenderás –dije, guiñándole el ojo.

-¡Ahá! ¡No me digas! –exclamó divertido el francés-. ¡Que vergüenza! El baile del topo de Flyt ¿verdad?

-Sí es que no puedo evitarlo... Soy el mejor -fanfarroneó Flyt.

-Que investigación tan fructífera, la de ayer por la mañana –bromeó Adrún-. Suerte que os vio él y no un agente de la Orden... ¡Madre mía! Y, a propósito –añadió mirando de reojo a Alire-, ya que estamos puestos, ¿por qué no nos ilustráis con vuestra sabiduría?

-¡Mujer! –respondió avergonzado-. No me pidas esto. Estas cosas, sin un mínimo de dos jarras, no saben igual.

-Venga chaval, no les niegues ese placer –añadí pícaro.

-Es que... apenas lo recuerdo...

-Prometemos no reír –añadió Alire con gesto bondadoso.

-Pues veréis –empezó al rato, sucumbiendo a nuestras reiteradas súplicas-, es una mala adaptación, debo reconocerlo, de un baile infantil de mi zona que habla del engaño de un topo a una serpiente.

Tras entonar la versión original que, sin dejar de ser una clara moraleja, resultaba en una historia bastante bonita, Flyt empezó con la aberrante versión que, inexplicablemente, habíamos sido capaces de bailar por las calles del núcleo. No recordaba muy bien su letra, pero sí el pegadizo estribillo que entonábamos, enérgicamente, Jeanlion y yo.

“...¡Uh! ¡Ah! El pozo se cierra y el topo se va.

...¡Ah! ¡Uh! El topo se aleja y ahí entras tú...”

-Pues sí que es malo el alcohol –asintió Adrún al oír aquella rítmica, pero absurda canción-. Menos mal que no estábamos presentes...

-Ha, ha, ha... Ni que lo digas –le correspondió Alire-. La canción es ridícula, pero la coreografía... Que vergüenza...

Por suerte, no todos pensaban igual... Fleur continuaba dando alegres tumbos, sobre si misma, con los brazos totalmente abiertos. Era bonito verla sonreír, ya que, bajo el embrujo de la felicidad era cuando nos mostraba su cara más hermosa. Con el único fin de prolongarle la diversión, y obviando por completo los comentarios de las chicas, Flyt continuó cantando y bailando hasta que, ella, riendo a corazón abierto, quedó postrada de rodillas al desequilibrarse.

Sobre las doce del mediodía, tras haber caminado unos veinte kilómetros, frente a un cruce de caminos, nos detuvimos con la intención de reponer las fuerzas. El cambio de vegetación se hacía visible con los primeros chopos que, según parecía, anunciaban ya el límite de los pastos. Delante nuestro, divergían dos claras sendas. Una de ellas, la más cuidada, llevaba a una granja que, por el color de su tejado, parecía la última que habíamos avistado desde el núcleo. La otra, bastante más austera, debía ser la que nos llevaría a Gristof.

Tras comer y beber algo, reanudamos la marcha. No tardaron ni cinco minutos en aparecer las primeras dudas... A nuestro paso, la descuidada vegetación ganaba terreno al sendero haciéndolo, hasta cierto punto, complicado. No parecía una entrada al bosque, sino un sendero privado, mal cuidado u olvidado... Tan solo unos leves restos

de lana, enredados entre los matorrales, y algunos excrementos frescos evidenciaban que, por lo menos, algún animal frecuentaba la senda. Finalmente, no libres de arañazos y pinchadas, llegamos a una pradera. Era una pradera grande y abierta, aunque demasiado pobre como para alimentar a un rebaño. A lo lejos, justo en su otro extremo, había una casa igual de inusual. Se intuía vieja y tenía una chimenea, larga y delgada, que desentonaba con su espeso tejado. Sus paredes eran de piedra y, aunque tenían algunas ventanas, daba la sensación de ser una casa fría y poco iluminada. A su izquierda, un pequeño porche cobijaba a un puñado de ovejas, delgadas y perezosas que recorrían el cerco en busca de algún brote olvidado. Tras la casa: nada más. Árboles y colina.

-Que sitio tan peculiar –dijo Adrún recelosa.

Cautelosos, fuimos siguiendo la verja hasta llegar a su puerta. Desde ahí, vimos algo que nos corroboró que, realmente, habíamos dado con Gristof. Tras el cerco de los animales, medio tapado por la vegetación, había una pequeña construcción redonda en la que, levantándose apenas dos palmos del suelo, pudimos distinguir una tapa de color azul.

-¡Atentos! –nos advirtió Flyt en voz baja- ¡Sale alguien de la casa!

Un hombre rechoncho y, a juzgar por su lento caminar, mayor, salió por la puerta con un humeante caldero en sus manos. Se dirigió al establo y, en medio del lógico alboroto, depositó su contenido en una especie de comedero.

-¡Buenas tardes señor! –grité fuerte tras un lógico titubeo.

Levantó la cabeza y, mirando hacia nosotros, contestó:

-Un momento, por favor. Ahora mismo les atiendo.

Su voz sonó agradable, cosa que, hasta cierto punto, nos tranquilizó. Una vez vaciado todo el caldero, lo dejó en el suelo y vino hacia la verja.

-¡Ustedes dirán! –dijo al mismo abrir el cerrojo-. ¿Qué desean?

-Buenas tardes señor. Estamos buscando a Gristof ¿sabe si está en casa?

-Que yo sepa sí –bromeó-. Soy yo mismo, para servirles ¿En qué puedo ayudarles?

-Nos manda Hãrico -respondí-. Fuimos amigos de Johanthan Mewil.

Su expresión cambió radicalmente al oír el nombre de Johanthan, sin embargo, guardando las apariencias, preguntó:

-Y ¿qué les trae hasta mi casa?

-La búsqueda de respuestas –contesté desafiante-. Tenemos el diario de Johanthan y ansiamos entenderlo.

Mi frase debió despejar todas sus dudas, por lo que, sin más preámbulos, entró directo en la conversación.

-¿Acaso le ocurre algo a Joha? –preguntó algo contrariado.

-Sí –respondí dolido-. Siento comunicarle que su amigo falleció hará unos tres meses.

Tras una breve pausa proseguí:

-Él me legó su diario y me encomendó la búsqueda de un motivo que no logro comprender. Es por esto que estamos aquí. Ayer, hablando con Hãrico, nos remitió a usted.

Pensativo aún, y sin decir absolutamente nada, abrió la puerta y se hizo a un lado.

-¡Pasad! –dijo al digerir nuestras palabras-. ¡Pasad dentro! –añadió, invitándonos a entrar-. Hay cosas que deben hablarse en compañía del fuego.

Lo seguimos en silencio. Se le veía muy afectado por la noticia que le acabábamos de dar. Al llegar junto a la casa, dejando nuestros bultos a pie de puerta, le seguimos hasta el salón. Por dentro, aquella extraña casa resultaba gratamente acogedora. Pocos muebles, pero acertados, pulcra, ordenada, caliente y con un olor muy agradable. Sobre la chimenea, no pude evitar ver el retrato de una mujer. El tono del papel delataba la edad, sin embargo, el magnífico trazo del carbón la mantenían viva.

-Perdonad el desorden –se lamentó señalando a una mesita llena de libros-. No suelo recibir muchas visitas...

-Descuide –se apresuró a responder Alire-. Tiene usted una casa muy acogedora.

-Gracias hija mía –respondió el anciano-. La conservo tal cual le gustaba a Fyiet. Ella tenía mucho gusto para esas cosas –añadió señalando a la mujer de la chimenea...

Sentados, y con una taza de té entre las manos, nos habló de ella y de su monótona vida desde que, seis años atrás, una grave enfermedad se la llevó. Nosotros le correspondimos con la crónica entera de nuestro viaje, así como la explicación, algo suavizada, de los últimos días de Johanthan.

-Gran persona, sí señor –dijo al rato de ojear el diario-. No pocas han sido las veces que hemos conversado, aquí mismo, frente el fuego. Me duele mucho saber de su pérdida, pues a parte de un buen amigo era uno de los principales militantes de la causa...

-¿Qué causa, señor Gristof? ¿Qué es el...

-Todo a su debido tiempo muchacho -me cortó el anciano-. Debéis estar cansados. Bebed y descansar un rato que yo debo meditar acerca de lo sucedido. No le pidáis peras al olmo ni prisas a un viejo -sonrió reclinando su butaca.

Capítulo quincuagésimo cuarto

El fuego se estaba apagando. La gran cantidad de rescoldo delataba su larga actividad. Gristof, como cualquier anciano, amaba el fuego y, al alcanzarle dos troncos más, nos lo confesó. Con él se sentía arropado y tan solo lo apagaba el tiempo justo de retirar las cenizas. Una vez avivado, se acomodó de nuevo en su sillón, cubriéndose las piernas con una graciosa manta de rombos rojos y dijo:

-¿Y a ella qué le pasa? –dijo mirando a Fleur.

-Es parcialmente ciega -aclaré mirándola-. La encontramos durante el viaje, en un islamo... en un islamo que, al parecer, no figura en los mapas.

-¿Un islamo secreto? Interesante... Contadme más de él.

Tras una mesurada explicación, obviando, adrede, algún que otro detalle para no herir a Fleur, Gristof contestó:

-Entonces, la leyenda podría ser cierta...

-¿A qué se refiere, señor? –preguntó expectante Aadrún.

-Veréis –reanudó tras un breve sorbo de té-: según los indicios descubiertos, y en contra de lo que predica la Orden, una gran multitud de impactos, de origen no natural, mutilaron la tierra. Muchos de los supervivientes de la tragedia, sobretodo los más próximos a las zonas de impacto, padecieron un sinfín de enfermedades llamadas de Fluerkein. En un principio, se creyó que dichas enfermedades, muchas de las cuales resultaban mortales, se propagaban por el aire, o sea, al mismo respirar. Ante un riesgo real de pandemia, se optó por aislar a los enfermos. Según cuenta una antigua leyenda -prosiguió-, los abandonaron en un islamo del cual jamás se publicaron sus coordenadas. Además, para erradicar todo brote contagioso, se creó una hermandad, llamada la Orden de Saint Vincent, encargada de perseguir y aniquilar a todos los que, según su criterio, mostrasen síntomas de Fluerkein. Por lo que me habéis contado – continuó tras una pequeña pausa-, es posible que esa niña sea una descendiente de los primeros infectados. En varias generaciones, el cuerpo humano puede haberse

inmunizado a la enfermedad original, sin embargo, perduran malformaciones, deficiencias o demencias residuales.

Fleur, todo y no seguir al pie de la letra la conversación, se mostraba algo incómoda ante las conclusiones de Gristof, por lo que, sutilmente, éste cambió de tercio.

-Como habréis adivinado: la Orden de Saint Vincent, llamada la Orden desde hace más de una década, es la encargada de la muerte de Joha, así como de otros tantos militantes que, como yo, perseguimos la verdad. Una verdad que bautizamos con el nombre de *El Motivo*. *El Motivo*, amigos míos, no es más que el porqué de lo que sucedió. Gracias a toda la información que hemos podido recabar durante estos últimos años –prosiguió-, estamos seguros de que el Gran Boom fue intencionado, sin embargo, no somos capaces de entender su porqué.

Las palabras de Gristof eran fascinantes. Su coherente teoría, además de esclarecer muchas dudas, daba cierto sentido a la muerte de Johanthan. Ahora sí era capaz de entender su esperanzada mirada antes de morir, el brutal ataque de la Orden, la búsqueda de Jeanlion... incluso aquel maldito islamo parecía encajar en la trama. El silencio se apoderó de la sala. Restábamos todos retrospectivos mientras que, de fondo, junto al incesante roer de las llamas, pudimos oír el desespero de alguien terriblemente avergonzado.

-¡Que rápido pasa el tiempo! –dijo Gristof, levantándose de su butaca-. Comamos algo y durmamos que mañana os espera un día completo –concluyó sonriente.

-Perdone señor –añadí-. ¿Puedo hacerle una última pregunta?

-Por supuesto –respondió afable.

-¿Cuántos formáis parte de la resistencia?

Mi pregunta, sin la más mínima intención, le hirió. Con cierta nostalgia en los ojos, alzó la vista, observó a su querida Fyiet y respondió:

-No muchos... –respondió titubeante-. Antaño fuimos cientos los que exigíamos respuestas, sin embargo, ahora, tras conocer la muerte de Joha, puede que solo quedemos Hãrico y yo. La llama prendió fuerte en su día, pero, poco a poco, se ha ido apagando hasta alimentarse de un hilo demasiado débil. Hace más de cuarenta años que empezaron las protestas... Es normal que en ese tiempo muchos se hayan quedado atrás... No sé qué podréis aportar vosotros –prosiguió con los ojos clavados en el fuego-, pero sois nuestra última esperanza.

Aquella noche, tampoco pude dormir. O Alire estaba en lo cierto y me estaba convirtiendo en un chupa sangre o aquella búsqueda me estaba poseyendo por completo. La idea de un Gran Boom intencionado desataba todos los cabos que, desde pequeño, había ido atando alrededor de aquél incomprensible suceso. Parecía imposible que una acción humana pudiera haber desatado tanto daño. A ojos del planeta, jamás hemos sido más que simples hormigas, por lo que, ¿cómo se puede imaginar tal atrocidad en manos de un ser tan insignificante?

Capítulo quincuagésimo quinto

Sin que el sueño llegara a saborear la victoria, me despertó un agradable olor a pan tostado y manteca de maíz. Alire ya no estaba a mi lado y, siguiendo el débil rastro de su voz, llegué hasta la cocina. Gristof, de espaldas, estaba cocinando algo, mientras que Alire se disponía a preparar la mesa. Tras darle un beso de buenos días, le ayudé con el mantel.

-¡Buenos días señor Gristof!

-¡Buenos días muchacho! ¿Te hemos despertado?

-No. No tema –respondí-. Últimamente, duermo más bien poco que digamos... demasiadas cosas en la cabeza –añadí sonriente.

-*Ha, ha...* ¡Es normal chico! Yo a tu edad tampoco dormía mucho. Las inquietudes, el ímpetu, los nervios... Es ahora que me quedo frito en cualquier lugar – concluyó con un divertido gesto de incompreensión.

Al terminar con la mesa, admiramos la maestría de Gristof con las tortillas. La manera de romper los huevos, con una sola mano, el esparcer la clara por la sartén, el arte de girar la masa en el aire... Todo parecía minuciosamente ensayado y, pese a un leve temblor, producido por la edad, lucía de maravilla. El resultado también era impecable: una jugosa base dorada que, sin quedar excesivamente prendada de aceite, poseía la textura y el brillo adecuados. La mesa estaba lista y tan solo faltaban los comensales que, poco a poco, de uno en uno, fueron sucumbiendo a aquel agradable aroma. Mientras les esperábamos, sentados en la mesa, Gristof nos regaló varios de sus relatos, entre los cuales, uno que avivó, aún más, mis ansias.

-Mi padre –empezó tras deleitarse con un generoso bocado de pan rebosante de manteca- construyó esta casa poco después del Gran Boom. Cuando yo era crío, mi abuelo me contaba que Bureku había sido una de las ciudades más influyentes del antiguo mundo. Un año, perdonadme, pero no recuerdo cual fue –se excusó-, sufrimos una de las peores secadas de cuantas habían azotado Bureku. Aún no estaba construida la presa de Gueñ y, al secarse el arroyo, nos vimos obligados a construir un pozo. Por

aquél entonces, poseíamos un rebaño de unas sesenta cabezas, por lo que el agua era vital. Con más prisa que acierto, nos metimos de lleno en la construcción de un pozo y no fue hasta el tercer intento cuando, finalmente, encontramos agua. Sin embargo – prosiguió tras otra lenta degustación-, fue en el primer intento que dimos con algo realmente curioso. Tras haber perforado unos cinco metros, encontramos una losa imposible de atravesar. No parecía piedra natural, sin embargo, su dureza estaba a la par. Divergiendo de la opinión de mi padre, en mis ratos libres, continué debilitando aquel material hasta que, finalmente, cedió. Corría el año de la construcción del canal de suministro... Supongo que ya os habrán hablado de él ¿verdad –bromeó pícaro-? Es la obra más emblemática de Bureku y todos los hombres ayudaron en su construcción. Mi padre –continuó retomando el hilo- estuvo ausente durante muchos meses y yo, con apenas doce años, tuve que ocuparme de la granja. Como ya os he comentado, a ratos libres, continuaba repicando aquella dichosa losa, motivo por el cual me gané el apodo con el que me conocen, aún hoy, en el núcleo: “el topo”. Estando yo dentro del agujero –retomé- y tras destrozar la cabeza de un pico de doble punta, mientras me disponía a cambiarla, oí un leve crujido en la roca. Sin apenas poder hacer nada, el suelo de desmoronó bajo mis pies. El golpe fue muy duro y, ahí abajo, envuelto en la oscuridad, el polvo y el silencio, me apresó el pánico. No había nadie en casa que pudiera ayudarme por lo que, si quería salir de ahí, debía apañármelas solo. Tras llorar desesperadamente y con el cuerpo totalmente dolido, empecé a pensar una estrategia. El suelo era extrañamente liso e uniforme. No había más tierra que la que había caído conmigo. La poca luz penetrante por el agujero, dejaba entrever algunas mesas y objetos diversos que, con mucha cautela, fui arrinconando bajo el agujero. Sin lugar a dudas, aquello, fuera lo que fuese, había sido creado por el hombre. Finalmente, tras alguna que otra caída, alcancé el agujero y pude salir a la superficie. Al día siguiente, aún magullado por el golpe, regresé armado con un farolillo y un par de cuerdas.

Inexplicablemente, Gristof concluyó su relato. Se levantó de la mesa y se dispuso a preparar algo de té.

-No nos deje así señor –le supliqué-. ¿Qué encontró ahí abajo?

-*Ha, ha, ha...* Los ancianos hablamos mucho ¿verdad? Todo a su debido tiempo
-rió divertido-... Nada de lo que hay ahí abajo se puede describir con palabras. Debéis
verlo con vuestros propios ojos.

Capítulo quincuagésimo sexto

Gristof abrió el cerrojo del pozo. Mientras se ataba el farolillo a su hombro derecho y disponía las cuerdas, nos contó que el color azul de sus puertas era, a propósito, un claro distintivo desde el cielo. Jamás había sido hombre de núcleo y el rebaño era la excusa perfecta para no alejarse demasiado de la finca. Los víveres y demás productos necesarios, se los traía, semanalmente, el hijo de un conocido que regentaba un zeppelin de transporte.

-¡Ya podéis bajar! –gritó desde el fondo del pozo-. ¡Ya está asegurada!

Era sencillo bajar por la escalera de madera, sin embargo, Gristof, pese a su edad, prefería las cuerdas. Él utilizaba un ingenioso sistema de cuerda y polea, el cual le permitía bajar sin dejar rastro. Una vez en el suelo, soltando uno de los cabos, la cuerda caía por su propio peso. Además, por si alguna vez alguien osase mirar hacia abajo o tirar una piedra, había dispuesto un enorme charco en el suelo, con el agua suficiente, para que sonase a pozo real. “...*Toda seguridad es poca...*” respondía sonriente ante nuestras curiosas preguntas. Ahí dentro, con la única entrada de luz natural a unos cinco metros de altura, te prendabas de una extraña sensación. La oscuridad, el frío y un leve hedor a moho, al cual, por suerte, te acostumbrabas rápido, hacían que la primera sensación fuese agobiante. El farolillo de Gristof, sin llegar a mucho, iluminaba parte de la sala. Era increíble. A pesar de la poca luz y el lógico polvo de los años, todo estaba sumamente ordenado. Con la parsimonia típica de un anciano, Gristof encendió varias antorchas y nos las pasó diciendo:

-¡Bienvenidos al Pozo Azul! ¡El mayor pozo de saber de todo el islamo!
¡Seguidme!

Con aquella rudimentaria antorcha en la mano, no pude evitar pensar en la emitita... Su luz, todo y ser correcta, resultaba en una luminosidad inestable y, más al principio, cuando cualquier movimiento brusco podía apagarla. El suelo era realmente

bello. Parecía ukog pulido o algún otro mineral precioso. Su tallo, sus vetas, su brillo... todo estaba perfectamente trabajado... ¡Alucinante!

Por la temperatura y el eco de nuestras palabras, la profundidad de aquella cueva parecía mucha. Era increíble; Sus paredes estaban repletas de imágenes y figuras que revelaban costumbres de la antigüedad. Seguimos a Gristof, totalmente colapsados, hasta llegar a una sala de lo más chocante. Parecía una sala mortuoria o de sacrificios. Dentro de unos ataúdes de cristal yacían, medio cubiertos por vendas, restos que, supuestamente, eran humanos. Los cuerpos eran muy pequeños y alguno de ellos se asemejaba más al de un simio que al de una persona, sin embargo, según Gristof, eran cadáveres momificados que databan en milenios de años. Tras aquél primer impacto, me vi abducido por unas enormes estatuas con cuerpo humano y cabeza de animal. Lobos, halcones, búhos... Todas con posado serio e inexpresivo. Resultaban aterradoras...

-¡Egipto! –dijo el anciano, alzando su antorcha, en medio de la sala-. Por lo que parece, una de las más importantes civilizaciones de este planeta. Llevo más de cincuenta años –continuó tras una pausa- ordenando y clasificando todo lo que he encontrado en estas galerías. Pensad que, debajo vuestros pies, hay tres niveles más llenas de objetos igual de impresionantes. No he podido llegar al final, ya que gran parte de la tercera galería está sepultada, sin embargo, me he podido hacer una basta idea de como era el mundo antiguo. Seguidme, por favor –concluyó retomando el paso.

-Pero, señor, ¿qué clase de lugar es este? –pregunto Alire totalmente fascinada.

-Esto, hija mía, era un museo. Un lugar donde se guardaban, y exponían al público, reliquias del pasado y obras de arte prominentes de todo el mundo. Es probable, aunque espero equivocarme, que éste sea el último reducto de conocimiento ancestral que quede en el planeta.

El silencio nos envolvió de nuevo. El énfasis con el que Gristof pronunció esa última frase nos convenció, aun más, del privilegio que estábamos gozando. Continuamos hasta el final de la enorme sala y giramos a la derecha. Entramos en una habitación que, a juzgar por su puerta, debería ser bastante más reducida. Gristof se adelantó y prendió varios candelabros repartidos por la misma. Lo que ahí había

tampoco dejaba indiferente... Montones de libros y pergaminos, perfectamente ordenados, llenaban cinco pisos de estanterías.

-¡Eh aquí mi modesta biblioteca! –bromeó Gristof -. ¡La verdadera cuna del saber!

-¡Fua! ¿Se los ha leído todos? –pregunté, estúpidamente, presa del colapso visual.

-*Ha, ha, ha...* –sonrió el anciano-. Ni con mil vidas podría hacerlo. Aquí debe haber, por lo menos, unos cinco mil libros... Sin embargo, es cierto que muchos de ellos están en idiomas antiguos o resultan demasiado científicos como para comprenderlos.

-Jamás había visto tantos libros juntos –exclamó Alire en voz alta- Y yo que creía haberlo visto todo en Zaröh... ¿Sabe usted si los hay de meteorología?

-Seguro que sí –respondió Gristof-, sin embargo, en todos estos años, apenas he sido capaz de clasificar las dos primeras estanterías. Para no volverme loco, he centrado mis investigaciones en dos directrices: la Edad Antigua y la anterior al Gran Boom. Aunque pueda parecer imposible –retomó la explicación-, mucho antes de lo que podamos imaginar, habitaron el planeta un sinnúmero de civilizaciones que, siendo determinantes por el porvenir del mundo, cayeron presas de su propio afán. Egipto, Grecia, Roma, España, La Unión Soviética... Todos esos nombres, que ahora no nos dicen absolutamente nada, fueron grandes potencias mundiales que, cegadas por su egocentrismo, terminaron extinguiéndose. La Edad Antigua se podría dividir en dos periodos claramente marcados por importantes descubrimientos: el fuego y la pólvora. Respecto a la historia más reciente –continuó-, se basa en un cúmulo de guerras y sucesos para delimitar territorios y competir por los recursos naturales. El mundo estaba ya definido en territorios, sin embargo, emparándose en el mismo principio antes comentado, el egoísmo, se cometieron atrocidades inimaginables en defensa de ideales y voluntades no siempre justificadas. Fue un periodo repleto de guerras, algunas de las cuales a nivel mundial, que, poco a poco, fueron alimentando un miedo irracional ante los ataques sorpresa. Todas las naciones se esforzaban en conseguir la mejor defensa, descuidando, en gran medida, el bienestar de sus propios conciudadanos. Esto propinó, además de un claro deterioro de las relaciones humanas, la investigación de nuevas energías, de las cuales, la más aberrante fue la nuclear. No sé muy bien cual era su

finalidad concreta, pero, por lo que he podido leer, resultaba sumamente peligrosa y dañina con el medio. No obstante, no todo fue malo en ese periodo y muchos fueron los logros y maravillas de dicha civilización. A pesar de los múltiples conflictos armados, la Era anterior al Boom fue una de las etapas más fructíferas en cuanto a investigación y desarrollo, consiguiendo grandes avances en ciencia, tecnología y medicina. Incluso, según he creído entender, se intentó colonizar el espacio...

Aunque impresionantes, las palabras de Gristof resultaban difíciles de comprender. A parte de la gran cantidad de términos nuevos, su emoción le perdía en gran cantidad de detalles que, siendo totalmente de agradecer, nos perdían aún más... Sin embargo, una cosa sí que nos quedó clara: en gran medida, la avaricia fue la culpable de que nuestros antepasados perdieran todo cuanto amaban. Restábamos pensativos, entregados mentalmente al pasado y digiriendo, poco a poco, toda aquella información cuando nos dimos cuenta de que el tiempo no se había detenido para todos. Un fuerte ruido de cristales chocando contra el suelo nos recordó que los niños y las clases de historia no suelen encajar muy bien... Fleur, curiosa como siempre, había acariciado, con demasiada ternura, una vitrina arrinconada al fondo de la sala... Asustada, corrió hacia Adrún y, escondiéndose detrás suyo, nos miraba arrepentida.

-Disculpe señor –dijo Alire, yendo hacia la vitrina con la intención de recoger los cristales-. Escuchándole a usted nos hemos olvidado completamente de ella.

-No temáis –respondió bondadoso-, no eran más que pergaminos religiosos. No sé latín y jamás me han interesado dichos textos sectarios. Ese –continuó- fue otro factor que propinó la desgracia, ya que las religiones fueron artífices de divisiones y rencores entre las naciones.

Tras recoger los cristales y limpiar la vitrina, nos sentamos junto a la mesa central en la que, tras arrinconar varios libros abiertos, Gristof desplegó un pequeño pergamino.

-Aquí tenéis la prueba más contundente que poseemos. Una carta, enviada al director de este museo, advirtiéndole de la fatalidad.

Con toda nuestra atención concentrada en aquel trozo de papel, Gristof empezó a leer:

-Doce de Agosto de dos mil veintisiete. Por orden explícita del presidente de los Estados Unidos de América, con la predisposición de las Naciones Unidas y el único afán de preservar la historia de nuestro planeta, se insta a todos los museos de la coalición a preparar sus piezas más relevantes para proceder a su retirada y resguardo. Debido al fracaso de las negociaciones con el Gran Gigante, hemos acordado proteger toda fuente de saber en un hangar secreto. Dios quiera que no sea necesario, sin embargo, si el conflicto ártico no mejora, puede que esa sea nuestra última esperanza. Atentamente Joseph Paltrow, directoir general del Museo de historia Nacional de San Francisco, California.

Un silencio unánime inundó la sala tras la lectura.

-Esta carta, por lo que he podido corroborar mediante algunos recortes de periódico, fue enviada a los museos más importantes del mundo un año antes del Gran Boom. Por desgracia, por lo visto en el nivel tres de este mismo museo, esta migración jamás llegó a efectuarse, ya que gran parte de dicho nivel esta repleto de cajas preparadas para ser enviadas a USA, las siglas abreviadas de *United States of America*.

-Sí, pero –añadió atenta Alire-, aunque no se llegaran a enviar los bultos, esa carta deja entrever que se estaba preparando una especie de refugio mundial, o algo parecido ¿no es así?

-Eso parece –contesto Gristof-. No obstante, no he hallado ninguna información más acerca de ese lugar y tampoco sabemos, con certeza, si realmente se terminó de construir dicho complejo. Según parece –dijo al mismo plegar, con sumo cuidado, el manuscrito y extender un par de mapas encima de la mesa-, Estados Unidos tenía varios complejos secretos en una zona llamada Death Valley.

-¡Mirad hijos! Así era el mundo hace años...

Por primera vez en mi vida, explícita y detalladamente, pude ver la disposición del mundo antiguo. Johanathan nos había hablado de ella, incluso nos había hecho algún boceto, pero jamás lo había visto con aquél grado de detalle. Aquel mapa, sin tener relieve alguno, mostraba montañas y bosques como si fueran reales.

-Aquí estaba Death Valley –dijo Gristof señalando una pequeña mancha marrón en el continente americano-, sin embargo, tras el seísmo, se hace muy difícil su localización, si es que aún está a flote... Es muy probable que se halle inundado bajo el mar, sin embargo, si nos fijamos en este otro mapa –prosiguió señalando el actual-, hay tres islamos que, por posición, podrían coincidir. Los tres han sido investigados y no han aportado ninguna prueba de que, antaño, fuesen desiertos. Lógicamente, su física puede haber cambiado en estos últimos años, sin embargo, algún indicio debería quedar.

-Hay una cosa que no me cuadra –añadió Alire haciendo mediciones con los dedos encima del mapa actual-. Tampoco aparece el islamo de Fleur, por lo que ¿habéis contemplado la posibilidad de que la Orden controle la edición de estos mapas y oculte información?

-Sí, pero –le respondió Flyt-, aunque estés en lo cierto, ¿por qué es tan importante ese Death Valley, si no se sabemos ni si se terminó de construir?

-Creemos –retomó Gristof- que si damos con el refugio, daremos con el Motivo. Tened presente una cosa –recalcó-. La Orden existe con el fin de ocultar algo y, ese algo, forzosamente, tiene que aclararnos lo que sucedió.

-¡Jeanlion! –dijo Alire, retándole con la mirada-. ¿Recuerdas algo que sonara a Death Valley?

Tras pensar un buen rato, respondió:

-Lo lamento, pero no. Ahí todo era secreto. Casi nunca se hablaba claro y siempre nos describían las misiones mediante letras y números. Ese nombre no me dice absolutamente nada. Como ya sabéis –continuó-, mi trabajo consistía en pilotar un pájaro de rastreo e informar de cualquier medio terrestre o acuático que rebasara los límites fijados por la misión. Tampoco os sabría decir si alguna vez ví algún islamo que

no figurase en los mapas, ya que, sinceramente, no me fijaba en todos. Sabíamos los límites de cada misión y nos guiábamos por sus coordenadas.

Quedamos nuevamente en silencio. Tan solo una leve melodía, tarareada por Fleur, rompía la incertidumbre.

-Sesenta y ocho es a doscientos cuarenta y cinco –susurró pensativo Jeanlion-. ¡Escuchad! ¿Os dice algo esta frase: sesenta y ocho es a doscientos cuarenta y cinco? Este código nos lo hacían memorizar al ingresar en la Orden, aunque nadie sabía para qué servía.

Capítulo quincuagésimo octavo

La leña sucumbía al fuego gimiendo con débiles estallidos. La excitación de la mañana se veía empañada por pesimismo. Sabíamos mucho más que el día anterior, sin embargo, continuábamos anclados. Teníamos una localización que no sabíamos si existía, dábamos vueltas a un código de dudosa interpretación y, por si fuera poco, habíamos avistado otro pájaro de la Orden cerca de la finca. Con más o menos imaginación, cada uno de nosotros había aportado alguna que otra hipótesis a aquél extraño código de Jeanlion, pero, en verdad, tampoco sabíamos si realmente significaba algo...

-Voy a dar de comer a mis pequeñas –dijo Gristof levantándose perezoso de su sillón-. Prepararé un poco más de té.

Tras faenar un buen rato en la cocina, regresó con un puchero humeante. Adrún, atenta, se levantó con la intención de abrirle la puerta.

-Si no le molesta –dijo cariñosa-, ¿me dejaría acompañarle? Me encantan los animales.

-¡Faltaría más! –respondió el anciano-. Seguro que se alegran de ver una cara tan bonita.

Fleur, con un ágil brinco, saltó del banco en el que estaba echada y se apresuró tras ellos.

-¡Es imposible! –dijo Jeanlion, contrariado-. No sé que puñetas puede ser ese dichoso código. Jamás le había dado importancia y, sinceramente, no sé qué puede representar...

-Yo tampoco soy capaz de encontrarle un sentido lógico –respondí-. Sin embargo, me preocupa más el hecho de haber visto, por segunda vez, un pájaro ¿A ver si nos estarán siguiendo?

-No sé que decirte –respondió el francés-. Conozco el protocolo ofensivo de la Orden y no se andan con chiquitas. Si dudasen de nosotros ya nos habrían detenido. Ahí, primero se actúa y luego se habla.

-¿Por segunda vez? –preguntó Alire, atenta a nuestra conversación.

-Sí cariño. No os lo contamos para no preocuparos, pero antes de Regard ya avistamos uno. Además –continuó-, los agentes que nos inspeccionaron a la salida del túnel, también lo eran.

-No recuerdo nada igual –añadió Jeanlion-. Tanta actividad dentro del propio Islamo. Creo que no pueden saber nada de nosotros, pero no hay la menor duda de que algo les trae de cabeza...

Retomamos aquél incómodo silencio hasta que Alire, esperanzada, lo rompió con una exclamación.

-¡A propósito del código! ¿Era importante la manera de pronunciarlo? o sea, ¿os hicieron memorizar la frase o solo los números?

-No te entiendo mujer –respondió Jeanlion extrañado-. No sabría decirte ¿Qué tiene que ver su pronunciación?

-Es que me llama mucho la atención la forma en que lo dices. No dices solo los números, sino que recalcas mucho lo de “*es a*”. En Zaröh, calculábamos la densidad de las nubes mediante viejas fórmulas matemáticas. Una de ellas, bastante básica, se llama regla de los tres factores y la conjugábamos de forma parecida. Era una ecuación simple y, por ejemplo, aplicada a tus números, sería algo así como: si sesenta y ocho es a doscientos cuarenta y cinco, la unidad equivale a “*x*”.

Ante nuestra cara de bobos, nos explicó que “*x*” vendría a ser el valor necesario, para que sesenta y ocho unidades equivaliesen a doscientos cuarenta y cinco. Los números jamás habían sido mi fuerte y, a juzgar por la expresión facial de Jeanlion, tampoco el suyo. Tras formularlo en un trozo de papel, Alire llegó a la conclusión de que “*x*”, o sea la unidad, equivalía a tres con seis.

-Por lo tanto –continuó-, si le aplicamos algo de imaginación al resultado, tendríamos que tres - seis es un valor de coordenada posible. ¿Me seguís?

Hicimos que sí con la cabeza, aunque nuestra cara seguía respondiendo que no. Alire, con una cómplice sonrisa en los labios, nos volvió a repetir toda la operación paso a paso. Al regresar Gristof y las chicas, les comentamos aquella extraña hipótesis que, aplicada a un mapa actual, resultaba de lleno en un islamo llamado Möldva.

-¡Imposible! -dijo Jeanlion- Conozco bien Möldva y es un islamo agrícola. Ahí no hay nada más que campos, rebaños y pastos. Me extrañaría que hubiera un refugio o algo así.

Alire, algo contrariada, realizó un nuevo cálculo mental y señalando otro punto en el mapa, dijo:

-¿Y aquí?

El nuevo punto quedaba en medio del mar y era el resultado de haber invertido uno de los puntos cardinales: tres, menos seis.

-Tres norte, seis oeste -dijo haciendo un pequeño silencio-. Aquí no figura nada, pero ¿y si no figura adrede? También puede ser que la Orden controle la edición de esos mapas ¿no creéis?

-Sí. Eso sí es posible -respondí-. Pero de esta forma habría dos posibilidades más

-No -respondió Gristof, tras ojear el mapa-. Las otras dos coordenadas posibles, tratándose de tres puntos al sur, estarían dentro del propio islamo y esto es poco probable, ya que América distaba mucho de Europa y ambos territorios deberían seguir separados. El Gran Islamo, según tengo entendido, es la parte oeste de lo que antaño fue Europa, por lo que un refugio americano debería estar más a la izquierda. Creo -retomó tras hacer otra comprobación al mapa-, que de ser buena la interpretación de vuestra amiga, la mejor opción es esa: tres, menos seis.

Todo y la incertidumbre, dicho punto no distaba mucho de nuestra posición actual. Sabíamos que era una hipótesis un tanto surrealista, pero era la única que habíamos sido capaces de descifrar. Ilusionados con aquella remota posibilidad, nos dispusimos a preparar algo de comer y, durante la que fue una cena mono temática, decidimos salir de dudas. Gristof nos encomendó a un buen amigo suyo, el cual, su hijo regentaba un zeppelin de reparto y que, de bien seguro, accedería a llevarnos. También acordamos, ante la reticencia de las chicas que iríamos solos. Tras argumentarles la decisión a propósito de Fleur, no tuvieron otra opción que resignarse. Gristof, por su parte, nos escuchaba ilusionado... Razones para venir no le hubieran faltado, sin embargo su edad no le permitía ya muchas florituras.

-¡Que envidia me dais! –exclamó el anciano- Aunque, si os soy del todo sincero, también siento alivio. Mi cuerpo ya no está para heroicidades –sonrió cómplice-. Sin embargo, todo y ser jóvenes, pensad que si ella está en lo cierto, lo que encontraréis ahí no será, precisamente, un comité de bienvenida. Puede ser peligroso y si os capturan...

El final de la frase era bastante obvio. Tras cruzar miradas con Alire, respondí:

-Sí. Sabemos de sobra que nos puede pasar, pero hemos llegado a un punto en el que solo nos vale avanzar. No estamos aquí para tirar la toalla.

-¡Así se habla! Me gusta vuestra determinación, sin embargo, querría pedir os que no os involucréis más de lo necesario. Ya hemos perdido demasiadas vidas en todos estos años...

Ante nuestra sorpresa, Gristof se levantó de la mesa y salió de la casa, regresando, al rato, con una polvorienta caja de madera entre sus manos.

-¡Uff! Como pesan las condenadas –se lamentó dejándola en el suelo-. La última vez que las utilicé tenía veinte años menos –concluyó sonriente.

Tras soplar el polvo de su cubierta y abrir el cerrojo, proclamó orgulloso:

-¡Eh aquí las famosas doblewëin! Mis viejas amigas de juventud.

A excepción de Jeanlion, que ya las conocía, el resto restamos expectantes ante aquellos extraños artefactos.

-Una de las mejores armas fabricadas en la antigüedad –dijo Gristof sosteniendo una entre sus manos-. Un arma noble con dos finalidades. Mediante esta muesca –dijo señalando un pequeño engranaje situado a medio cañón-, cambiamos su finalidad. El color azul representa piedad, mientras que el rojo, simboliza ira. En posición azul –continuó-, la pólvora proyecta un dardo anestésico capaz de aturdir a un hombre adulto en menos de un minuto. Por contra, en la posición roja, lo que sale proyectado son cientos de perdigones de plomo. Su utilización no es compleja, pero debéis tener claras dos premisas: Solo disponéis de dos proyectiles en el arma, por lo que si disparáis uno, u otro, deberéis recargar de inmediato o cambiar la posición de la muesca. Además, en caso de no seleccionar posición, el gatillo no se accionará.

Tras un breve silencio, prosiguió:

-Debéis ser justos y acertados con vuestras decisiones ya que de ellas dependerá vuestra suerte. Esas doblewëin llevan mucho tiempo conmigo y me honraría que os pudieran ser útiles.

No supimos que decir. Aún teníamos muy presente el recuerdo de la muerte... Habíamos acordado encerrarlo en lo más profundo de nuestro corazón, sin embargo, aquellas armas reflataron nuestra angustia. Sabíamos que frente a una situación límite responderíamos con el mismo valor, pero, analizándolo en frío, resultaba aberrante de imaginar. Con algo de recelo, agradecemos el detalle a Gristof.

-Para apuntar –continuó el anciano-, debéis mirar a través de la mirilla que hay al final del cañón y para disparar, solo tenéis que pulsar el gatillo. Siempre debéis aseguraros de haber sacado el seguro y haber seleccionado una modalidad. Este es el

seguro –recalcó señalando una pequeña palanca posterior-. Mañana practicaremos un poco con ellas, veréis como su manejo es muy intuitivo.

Terminamos de comer algo más decaídos de lo que habíamos empezado. Sabíamos de sobra que entre las filas de la Orden no encontraríamos ancianos ciegos y desvalidos... Aquella noche, los motivos del insomnio fueron otros muy distintos y, básicamente, se podían resumir con la palabra miedo. Miedo a perder a un amigo, miedo a tener que matar de nuevo, miedo a morir... Era obvio que a medida que nos acercásemos al final, la cosa se complicaría, sin embargo, la posibilidad de morir jamás se contempla en ningún plan...

Capítulo quincuagésimo noveno

Una vez desayunados, y aún con hedor de pólvora en las manos, nos despedimos de Gristof. Le agradecemos la magnífica hospitalidad que nos había brindado, así como las aceleradas clases de tiro. Acordamos que, tanto si la hipótesis de Alire era cierta, como si no, sería informado, cordialmente, a nuestro regreso.

-Que distinto parece todo tras conocerlo mejor –dije, con una leve sonrisa en los labios, al atravesar la vieja verja de madera-. Anteayer, no hubiéramos dado nada por esta casa y, tras conocer a Gristof, incluso esta áspera pradera tiene su encanto.

-Cuanta razón tienes –añadió Adrún-. Gristof a sido muy amable. No se puede juzgar nada, ni a nadie, por su apariencia...

Atravesando, nuevamente, los cultivos y algún que otro pasto, nos plantamos en la entrada del núcleo. Antes de dirigirnos al karak, nos acercamos a la calle de los comerciantes para hablar con Persiek, el cual, al saber que íbamos de parte de su buen amigo Gristof, nos recibió con todos los honores. Acompañados de una buena ración de té y galletas de hojaldre, nos comentó que su hijo regresaba aquella misma noche y que, tras un merecido día de descanso, volvería a partir dirección noroeste. También dijo que su amarre era el número dos del tercer muelle y que, sobre las cinco de la mañana, ya cargaba las mercancías para poder partir con las primeras brisas.

A media tarde llegamos, bastante cansados, a la explanada del karak. Ahí aguardaba él, grotesco, aparcado tras un viejo alcornoque que, a su lado, no parecía más alto que un simple rosal. Pese a su monstruosidad, nos lo sentíamos nuestro y, tras dos noches sin apenas dormir, apetecía su confort.

-Tengo miedo –dijo Alire acariciándome el pelo con suavidad.

-Yo también –respondí mirándola a los ojos-. Me asusta que tengas razón. De haber algo ahí, estará algo más que vigilado... Sabía que tarde o temprano tendríamos que tomar partido en ello, pero...

-Id con mucho cuidado –recalcó besándome en la frente-. Eres lo más importante que tengo...

-Esto no es del todo cierto –contesté secándole una tímida lágrima que afloraba de su párpado derecho-. También tienes el telescopio.

-No seas tonto –sonrió tímidamente-. ¿Como puedes bromear en un momento así?

-A tu lado me siento capaz de todo. Cuando estoy junto a ti, es como si nada más existiese, tan solo tu y yo -dije recorriendo su pecho, por encima del camisón, con la punta de mi índice derecho.

-Sí. Yo también me siento muy feliz a tu lado, sin embargo, tengo un mal presentimiento...

-No temas –le respondí-. Te quiero más que nada en el mundo y no pienso echarlo todo al traste por una cruzada que apenas nos pertenece. Es cierto que me corroe la curiosidad y que me gustaría entender que pasó en nuestro planeta, pero mi auténtica prioridad es poder envejecer a tu lado. Hace mucho que te quiero y tras aquél maldito islamismo y la angustiada posibilidad de perderte, aún lo veo más claro.

-Hazme el amor –me susurró tras un pequeño silencio-. Necesito sentirte en mí.

Aquella noche nos amamos como se aman dos enamorados. Hicimos el amor lento y delicadamente, conscientes de que el placer y la euforia se consumen rápidos, mientras que lo que importa de verdad es el sentimiento.

El día siguiente fue tranquilo y retrospectivo. Supongo que ultimamos los preparativos de la marcha, sin embargo, lo que más recuerdo fue la primera frase de Fleur.

“...Adrín, Alire y chicos. Fleur os quiere y agradece todo lo que hacer por ella...”

Sé que no es la frase más bella del mundo, ni la mejor construida, sin embargo, fue muy especial. Fleur, visiblemente emocionada tras su gran hazaña, se puso a llorar y nos abrazó uno a uno. Aunque no se lo dije a nadie, creo, desde lo más profundo de mi corazón, que aquella fue su bendición a lo que nos deparaba el destino. Con su dulce

voz repitiéndose en mi cabeza, y la mano de Alire bien sujeta bajo la sábana, durante aquella extraña noche en Bureku, fui capaz de reconciliar el sueño.

Capítulo sexagésimo

Las cuatro y media de la madrugada. La Luna, reflejándose en la enorme esfera del reloj de la torre, nos observaba perezosa desde la distancia. Las calles, aún dormidas, se veían perturbadas por el murmullo de nuestras pisadas. Un macuto en la espalda era todo lo que llevábamos. Las dobleweïn, dos recargas y algo de comida. No teníamos ningún plan, ni sabíamos la duración del viaje, por lo que, con poco más que curiosidad y decisión, fuimos avanzando hasta llegar a los hangares. Atravesamos el núcleo, por su calle principal, y giramos a la izquierda poco antes del distrito de los comerciantes. Tras cruzar varias calles secundarias y habiendo dejado atrás el almacén de suministros, llegamos ya a la avenida de los hangares. A pesar de ser muy temprano, ya se intuía una creciente actividad. Pacientes, una decena de rechonchos gigantes aguardaban mientras sus patrones los alimentaban cuidadosamente. Frente a cada uno, un cartel anunciaba su amarre, así como la ruta de reparto. Atravesamos los primeros muelles abducidos y maravillados por aquellos zeppelines que, silenciosos, se balanceaban tímidamente al compás de la brisa. Los globos eran descomunales y, comparándolos con los minúsculos cuerpos de las naves, resultaban en un cómico, y hasta cierto punto absurdo, conjunto final.

-Parece mentira que eso pueda volar –reflexioné en voz alta.

-Sí –respondió Jeanlion-. En efecto su aspecto no dice mucho a su favor, pero vuelan y, además, son muy ligeros y prácticos.

-¡Increíble! –añadió Flyt, boquiabierto.

Frente el segundo zeppelin del muelle tres, pudimos ver a un chico bajito y delgado que, moviéndose con la fluidez del viento, colocaba cajas en una carretilla de mano y se las llevaba hacia el interior de la nave.

-¡Buenos días! –tomó la iniciativa Jeanlion-. ¿Está, por aquí, tu patrón, muchacho?

-*Ha, ha, ha* –rió divertido el chico-. ¿Mi patrón? Lo arroje por la borda anteayer. Era tan borde el pobre...

Jeanlion, al comprender el desliz, se apresuró a excusarse:

-Perdóname, no quería...

-No pasa nada señor. No soy tan pequeño como mi estatura demuestra y no es usted el primero que me lo pregunta. Me llamo Sojuïcu, para servirles, y mi padre ya me ha hablado de ustedes. ¡Un segundo! –dijo marchando nuevamente hacia el interior de la nave.

-Perdonen las prisas –se excusó al regresar-, pero es vital zarpar de inmediato.

-¿Te ayudamos –dije dejando mi equipaje en el suelo?

-Se lo agradezco, pero no hace falta. Me gusta ordenar bien la carga y saber donde esta todo. Si quieren, pueden ir pasando. Yo casi he terminado.

Esperamos a que regresara a por una caja que, a juzgar por su cotorreo interior, debía contener aves o algún animal vivo y le seguimos hasta en interior. Resultaba sorprendente la gran similitud entre un zeppelin y un navío. Era la primera vez que flotábamos en el aire y la sensación fue algo extraña. A nuestro paso, las maderas crujían recordándonos a las del Esfriudon, sin embargo, el flote no era tan estable. El hecho de estar suspensos al aire hacía que cualquier movimiento brusco se tradujese en vaivén y eso propiciaba una molesta sensación de inestabilidad. Sin embargo, el interior del zeppelin se veía robusto y confortable. Toda su base formaba una enorme sala que servía de bodega, mientras que en un primer piso, sostenido por cuatro pilares, estaban los camarotes. Desde la base se veía el globo y, mediante una larga escalera de caracol, se accedía a una galería superior que, por nombrarla de alguna manera, podía bien ser la cubierta. Cuando Sojuïcu terminó con la carga, arrinconó la carretilla y vino hacia nosotros.

-Bienvenidos a mi humilde zeppelin señores. Pueden llamarme Soju y, si les parece, aparcamos los formalismos –añadió, sonriente, dándonos la mano-. Mi padre me ha contado que queréis rebasar la punta oeste del islamo ¿Cierto? He modificado un

poquito la ruta para poder adentraros en el mar. Luego, en el puente, ya fijaremos las coordenadas ¿de acuerdo?

-Muchas gracias Soju –dije tras estrecharle la mano-. En efecto. Nos gustaría comprobar unas coordenadas que...

-Sí, sí –me cortó-. No temáis. Estoy al tanto de los detalles. Anoche, escuché como mi padre y Hãrico hablaban de ello. Yo –se apresuró a aclarar- jamás me he interesado por su búsqueda, sin embargo, el viejo está bastante comprometido con ella. Seguidme, por favor –concluyó mostrándonos las escaleras a los camarotes.

Al llegar arriba, abrió una de las dos puertas y nos invitó a pasar en una sala pequeñita con una mesa y varios taburetes repartidos en ella.

-Podéis dejar vuestros equipajes aquí –dijo señalando unos ganchos salientes en la pared-. ¿Queréis tomar algo? Zarpamos en diez minutos, por lo que, mientras ultimo los preparativos, podéis ponerlos cómodos.

Tras servirnos algo de té, abandonó la sala dirigiéndose, nuevamente, a la bodega.

-Simpático el chico –reflexionó Jeanlion, sentándose en la mesa.

-Sí –respondió Flyt-. Simpático y decidido-. Yo a su edad aún jugaba con piedras...

-Ha, ha –reí- Ya te imagino, con la cara llena de mocos, afinando la puntería contra unos pobres gansos asustados...

-¡Oye! Tampoco te pases ¿eh? –bromeó al mismo colgar su equipaje- Era un chico muy obediente y jamás me metía con los animales. Ahora que lo hablamos, ¿habéis atado alguna vez una nuez en la cola de un gato? Es muy divertido. Giran como locos intentando sacársela...

-¿Ahá! ¿Y esto no es maltrato animal? –le corté, guiñándole el ojo-. De hecho, Soju parece muy crío, pero yo diría que ronda los diecisiete. ¿Qué edad le ponéis vosotros?

Mientras continuábamos especulando acerca de su edad, notamos una fuerte sacudida que nos hizo retomar la guardia. Salimos de la sala y vimos como el chico subía la escalera de caracol apresurado. Al vernos, gritó:

-¡Ya estamos volando!

Con un más que lógico cosquilleo en el cuerpo, fruto de la excitación momentánea, descendimos a la bodega y subimos por la revirada escalera de caracol. Al llegar a la galería, fuimos testigos de un bello prodigio. El Sol, aún bastante indeciso, bañaba de luz todo cuanto llegábamos a ver y, a nuestros pies, Bureku empezaba a alejarse lenta y silenciosamente. El ascender de un zeppelin es algo mágico. Sin más ruido que el leve crujir de sus cuerdas, nos íbamos elevando, alejándonos de la realidad. Tras habernos empapado de una generosa dosis de asombro visual, y habiendo perdido por completo la referencia del karak, nos dirigimos al puente.

-Es alucinante esto de volar -dije llegando a su posición-. Para ti ya debe ser normal, pero...

-No te creas -respondió sonriente-. Aún me pongo nervioso cada vez que zarpo. Es una maniobra complicada y dependiendo del viento puede serlo mucho más. Por este motivo es crucial realizarla con la primera brisa, pues es la más suave del día.

-Y, ¿cómo diriges a este gigante? -pregunté curioso.

-No es muy complicado -respondió-, sin embargo, debido a la fragilidad del globo, hay maniobras muy delicadas. Tened presente que ahí dentro hay un gas muy inflamable que puede prender con un simple roce... Las maniobras más difíciles, sin lugar a dudas, son zarpar y aterrizar. Una vez en el aire, solo se debe controlar la altura y el viraje. Nos propulsamos mediante un hélice que hay en la parte posterior del buque y la dirección se controla con unos alerones laterales que acciono con esta palanca -dijo refiriéndose a un pivote de madera que sostenía entre sus manos.

-¿Y la altura? ¿Como la controlas? -preguntó Jeanlion.

-Eso depende de la cantidad de gas que metamos en el globo. Hay una mínima estipulada para mantener el flote que, evidentemente, depende de la carga y luego, para

las maniobras, añado o saco a voluntad. Con esta válvula de aquí puedo regular la densidad de la mezcla.

-Entonces –añadió Flyt, algo asustado-, con tanto gas inflamable, podemos salir volando en cualquier momento ¿no?

-Hombre, tampoco hay que mirarlo así –respondió Soju-. En verdad un zeppelin tiene sus riesgos, sin embargo, también posee medidas de seguridad. Además -añadió gracioso-, de volar ya estamos volando... No os preocupéis. El globo está revestido por tres capas de tejido, que le otorga una dureza comparable a una fina tabla de madera y esta bombona –dijo refiriéndose al depósito de gas- es de doble metal embutido. No debéis temer –concluyó-. Relajaos y disfrutad del viaje. A propósito –dijo tras un pequeño silencio-, recordádme las coordenadas de vuestro destino.

Tras anotarlas en un mapa que tenía extendido, justo al lado de la palanca de mando, preguntó asombrado:

-¿Estáis seguros de ellas?

-¡Sí! Bueno... no –me apresuré a rectificar- ¿Por qué?

-Es que no puede ser –añadió comprobando de nuevo la posición-. El punto resultante está justo en medio de una zona muerta.

En efecto, según aquél mapa, en el punto exacto de nuestras coordenadas se dibujaba una gran mancha negra que no aparecía en el de Gristof.

-Muy curioso –añadió Jeanlion pensativo-. O tenemos un exceso de mala suerte o la cosa empieza a cuadrar...

-¿A que te refieres? –le preguntó Soju, totalmente perdido.

Tras explicarle, detalladamente, la hipótesis de Alire, acordamos seguir con la comprobación, aunque, por nuestra propia seguridad, extremaríamos las precauciones por si aquél mapa estaba en lo cierto. Forzándose a recordar, Soju nos contó un extraño relato acerca de un islamo muerto que no aparecía en los mapas. Apenas se acordaba de él, pero, años atrás, en una taberna del norte, alguien se lo contó. Ninguno de los cuatro,

ni siquiera Jeanlion, había visto jamás una zona muerta, sin embargo, por las explicaciones de Alire, un islamo contaminado resultaba sumamente peligroso e inhabitable para cualquier forma de vida. Lo curioso del caso es que, según ella, la formación y asentamiento de una zona muerta no era un proceso precisamente rápido, por lo que resultaba ilógico que dicha zona se plasmase en un mapa sí y en otros no...

-Haremos una cosa –concluyó Soju tras estudiar detalladamente la situación-. Sobrevolaremos la zona en cuestión, a gran altura, y, dependiendo de lo que veamos, aterrizaremos en este otro punto de aquí –dijo señalando una formación rocosa situada a cierta distancia-. ¿Sabéis nadar? –preguntó ante nuestra total sorpresa-. Espero que podáis perdonarme, pero no arriesgaré la carga por nada del mundo. En el caso de que decidáis continuar, lo más que os podré acercar será hasta aquí –concluyó señalando aquella pequeña mancha marrón.

Ni teníamos otra opción, ni podíamos exigirle nada más de lo que ya estaba haciendo, por lo que, soportando la enésima jarra de agua fría que nos servía el destino, aprobamos su decisión.

Capítulo sexagésimo primero

Sojuïcu era admirable. Pese a su juventud, mostraba un carácter adulto y responsable. Nos sentimos muy a gusto en su zeppelin ya que su paciencia y atenciones eran casi infinitas. Durante los intervalos tranquilos, aquellos en que no había repartos, nos contó multitud de anécdotas acerca de su familia y el trabajo. Él era el más joven de una veterana saga de comerciantes y había volado toda la vida. Con quince años, recién cumplidos, bromeaba diciendo que había aprendido antes a volar que a caminar y no era para menos, pues su padre se lo llevaba de reparto con apenas un año y medio. Ante nuestra total admiración, nos hizo saber que dicha tradición familiar databa anterior al Gran Boom, por lo que sus antepasados habían conducido los increíbles aviones del pasado. También, durante las entregas, nos dejaba curiosear. Al ver la marca azul desde la distancia, Soju hacía unos cálculos en una hoja de papel y, seguidamente, manipulaba la válvula de gas para descender a pocos metros del suelo. Con la justa densidad en el globo y parando la propulsión, lograba que el zeppelin flotase completamente estático durante un breve período de tiempo en el que, sin demora alguna, efectuaba la entrega. Colocaba los víveres en una canasta y los bajaba a través de una trampilla ubicada en el suelo de la bodega. Su cliente, esperándolo abajo, recogía la mercancía y le depositaba los galeos en la misma canasta. Tras el intercambio, cruzaban alguna que otra palabra y se despedían hasta la próxima.

Así fue pasando el día en que nosotros, yendo de aquí para allá, intentábamos aprender sin entrometernos demasiado en su trabajo. Con Jeanlion, intercambiaron multitud de opiniones, datos técnicos y gajes del oficio. El francés conocía bien los zeppelines, pero jamás había montado en uno, motivo por el cual su interés era mayúsculo. Flyt y yo, ajenos a sus conversaciones, aprovechábamos para empaparnos, desde lo más alto de la galería, de todo cuanto nuestra vista podía alcanzar.

-Ahora entiendo lo del pozo azul -reflexioné en voz alta ante la mirada de Flyt-. La de veces que he intentado descifrar su significado y resulta que solo era una marca distintiva para el reparto...

-Hay tantas cosas que no son lo que parecen -añadió Flyt pensativo...

-Qué lejano se ve Edbuc desde aquí ¿eh compañero?

-Ni que lo digas –respondió Flyt sin apartar la vista del horizonte-. Parece como si todo fuese un sueño y, en cualquier momento, una voz grave nos fuera a despertar: “...¡buenos días pandilla de gorriones!...”

Ambos reímos nostálgicos pensando en Pegmar y los demás...

-¿En qué estabas pensando? –pregunté tras un pequeño silencio.

-Pues, no sé muy bien. Supongo que en todo lo que te debo –respondió mirándome a los ojos-. Ya no solo por el hecho de dejar que Adrún nos acompañase, sino por todo esto –dijo señalando al vacío-. He visto cosas que jamás hubiera sido capaz de soñar. A menudo –retomó tras una pequeña pausa-, pienso en la mina y nuestra penosa vida ahí. Quiero que sepas que no me arrepiento, para nada, de haberte acompañado. Estoy empezando a creer en el motivo y quiero saber qué pasó. Lógicamente, si el islamo está contaminado, seré el primero que no te deje entrar, pero si la hipótesis de Alire es cierta, te acompañaré hasta mi último aliento. No tengo miedo a lo que nos pueda pasar, pues, como te he dicho al principio, te debo más de lo que jamás podré darte...

-¡Venga hombre! No te pongas trascendente -le corté emocionado-. Tú no me debes nada. Jamás pensé que por un sueño podría llegar a perder la vida y ya nos ha pasado una vez... No quiero que se repita. Le prometí a Alire que si la cosa se torcía, abandonaríamos. Tengo muchos planes de futuro. Planes para mi, para ella y para vosotros, por lo que si llegara a pasarnos algo, jamás me lo perdonaría.

-Sí, pero ¿y la búsqueda? No hemos llegado hasta aquí para abandonarla ¿no crees?

Aquella pregunta me escocía. Era el único pretexto que chocaba de frente con mi férrea promesa. Eran tantas las ganas de llegar hasta el final que, llegado el caso de tener que elegir, no sabía si sería capaz de respetarla...

-El Motivo es muy importante –retomé con serenidad-, sin embargo, cinco emprendimos el viaje y cinco somos los que debemos regresar.

Flyt no contestó. Me miró emocionado y, sonriendo, volvió la vista al horizonte.

-¡Oye Elidor! –dijo tras un largo silencio- Sabes que no somos cinco ¿verdad?

-Sí –respondí retomando el sentido del humor-. Somos seis. Ya has tenido que cargarte mi frase, con lo bonita que me había quedado...

-¡No! –añadió él, mirándome a los ojos-. Te equivocas de nuevo. Somos seis y un tercio.

-¿Cómo? –pregunté sin terminar de entender su broma.

-Es que, Adún vale más que uno...

Tras un breve silencio, en el que formulé varios números mentales, caí en la gran obviedad... Estallando en euforia, disimulada bajo su expresa voluntad, le abracé emocionado. No es que los temas sentimentales fuesen mi fuerte, precisamente, pero una noticia así siempre emana alegría, aunque, dada nuestra situación, solo añadía interrogantes a un futuro ya nublado de por sí...

Capítulo sexagésimo segundo

Aquella nueva de Flyt cambiaba bastante las cosas. Seguía con un fuerte deseo de llegar al final, pero era consciente de mi responsabilidad hacia él. Adrún estaba embarazada de unas seis semanas y, aunque ella aún no quería anunciarlo, Flyt creyó oportuno contármelo por si ocurría algo.

El Sol empezaba a apagarse. Habiendo cumplido ya con la mayoría de los repartos, sobrevolábamos el Gran Mar, tras dejar atrás una abrupta costa de acantilados. Según los cálculos de Soju, en unas cuatro horas sobrevolaríamos el pequeño islamo del mapa. Ahora tocaba planificar la maniobra, ya que un zeppelin no podía aterrizar en cualquier lugar. Por norma general, los hangares disponían de unas balizas para facilitar el amarre y la sujeción del buque. Soju, planteándose alternativas, pensó en una maniobra similar a la de los repartos, en la que, mediante un acto heroico por nuestra parte, descendieramos por la misma cuerda que la canasta. Otra de las opciones, algo menos arriesgada, era que, si el islamo tenía una superficie arenosa, saltásemos directamente, habiendo él descendido a escasos cinco metros de la superficie. Sin embargo, ambas maniobras precisaban de dos elementos fundamentales: valor y luz. El valor era cosa nuestra, pero la luz, por lo que empezábamos a temer, podía no ser suficiente...

Con un extraño nudo en el estómago, dejamos pasar el tiempo hasta que, de repente, nos pareció divisar algo en el agua. La oscuridad nos envolvía casi por completo, sin embargo, llegamos a ver un islamo mucho más pequeño de lo que imaginábamos. Desde nuestra posición, no parecía mucho más grande que el propio zeppelin y, debido a la oscuridad, no llegamos a intuir su composición. Soju, parando la propulsión, empezó a hacer cálculos para graduar las proporciones.

-¿Habéis notado algo raro en el aire? –gritó Jeanlion desde la bodega.

-No –respondimos tras husmearlo detenidamente.

-Aún estamos a mucha altura –añadió Soju-. No podemos saber si, ahí abajo, el aire es sano. Además, al haber oscurecido no podemos ver su densidad.

-¡Soju, sostenlo aquí mismo! –gritó de nuevo el francés-. Se me ha ocurrido una idea. ¿A que precio va el muslo de pollo?

-¿El muslo de pollo? –respondió perplejo-. ¿A qué viene eso ahora?

-Es que se me ha ocurrido una idea –gritó Jeanlion observando desde la trampa de la bodega.

Una vez el zeppelin se estabilizó, descendimos hasta su posición.

-Se me ha ocurrido que si metemos una de esas gallinas –dijo señalando a la sonora caja agujereada- en la cesta y la bajamos tanto como nos dé la cuerda, podremos saber si el aire es bueno sin necesidad de correr riesgos innecesarios. Lo siento por ella, pero no se me ocurre nada más.

-Buena idea –dijo Soju-. No temas por ellas, son un regalo para un cliente y tampoco sabe cuantas llevo. Además, con sostenerla solo un rato no creo que se muera.

Hasta cierto punto, resultaba angustioso hablar de un animal como si fuera una herramienta, no obstante, la idea de Jeanlion no era del todo descabellada y el tiempo corría en nuestra contra. La oscuridad casi nos había engullido y, además, excederse en el tiempo de flote libre de un zeppelin era peligroso. No sin que la asustada gallina intentase evitarlo, la depositamos, cuidadosamente atada, dentro de la canasta. Poco a poco, la fuimos bajando hasta alcanzar unos cuarenta metros de desnivel. Como que necesitábamos tiempo para que el animal se adaptase al aire, Soju regresó arriba y reajustó las densidades para alargar el flote. También, bajo sus órdenes, aprovechamos la maniobra para saber la distancia total con el suelo. Sabíamos que la canasta colgaba unos cuarenta metros por debajo de la bodega, por lo que, sacando helio del globo, fuimos descendiendo, lentamente, hasta notar que la cuerda se destensaba. Seguidamente, recogimos diez metros de cuerda y volvimos a repetir la operación.

Sostenidos a treinta metros de altitud, el aire de la bodega no parecía haber perdido calidad y, tras diez minutos más de espera, izamos la cesta para comprobar el estado de nuestra forzada voluntaria. Asustada, despeinada y cotorreando a saber que insultos, la devolvimos a la caja. Su aspecto era del todo normal y, ni por un momento, manifestó cansancio, mareo o dificultades respiratorias. Tras aquella comprobación, un tanto salvaje, cave citarlo, nos dirigimos a los camarotes en busca de los equipajes. Mientras esperábamos a que Soju estabilizara el zeppelin de nuevo, a unos diez metros

del suelo, nos mentalizamos de lo que podíamos hallar ahí abajo. La llegada, un tanto tardía, no nos había permitido comprobar, visualmente, la existencia de ningún otro islamo, sin embargo, era totalmente imposible mantenernos a flote toda la noche. Tal y como habíamos acordado, Soju nos dejaría ahí y regresaría a tierra firme con la intención de atracar en el hangar de Strëik, el último antes de la cordillera de acantilados. La mañana siguiente, retomaría su ruta de reparto y regresaría al anochecer del segundo día. Un par de días en los que, de no avistar nada por la mañana, tendríamos tiempo, incluso, de contar los granos de arena...

-¡Ya está estabilizado! -nos gritó desde la escalera-. ¡Diez metros! ¿Estáis listos?

Tras aceptarle algo más de comida, una pequeña luz de carbón y unas cuantas mantas nos despedimos de él y, sujetos fuertemente a la cuerda, fuimos descendiendo hasta tocar el suelo. La oscuridad era completa, sin embargo, el aire, que era lo más importante, parecía ser completamente sano. Tras intuir como Soju se alejaba, encendimos la luz y nos dispusimos a comer algo.

-¿Será capaz de regresar con esta oscuridad? -preguntó Flyt mirando hacia el cielo.

-Sí -respondió Jeanlion-. No temáis por él. En el cielo no hay rocas, por lo que calculando la altura y el rumbo llegará a Strëik en unas cinco horas.

La noche era completamente negra y no se oía nada más que el incesante vaivén de las olas. Acurrucados en la arena y cubiertos con las mantas, a la poca luz que ofrecía la lámpara de carbón, cerramos los ojos auto convenciéndonos de que debíamos dormir un poco.

Capítulo sexagésimo tercero

Con la boca llena de arena, la mejilla derecha helada y un enorme peso encima los párpados, me desperté acariciado por el cálido roce del Sol. Tras frotarme los ojos y enfocar un poco la vista, vi como Jeanlion, sentado a unos metros de distancia, observaba el horizonte. Flyt, a mi izquierda, medio cobijado por un espeso matorral, dormía completamente despreocupado. Me intuía roto. Los lumbares me dolían, el hombro derecho me punzaba al subir y bajar el brazo y, por colmo, tampoco podía girar bien el cuello... ¡Menuda noche había pasado!

Incorporándome y mirando hacia Jeanlion, pude ver como, a un par de kilómetros, se alzaba un islamo rocoso.

-¡Buenos días! ¿Has dormido? -pregunté bostezando.

-No mucho, la verdad –contestó mirándome-. ¿Lo has visto? –dijo señalando al horizonte-. Con su tamaño, es incomprendible que no salga en los mapas...

-Sí –contesté, sentándome a su lado-. Puede que Alire tenga razón.

-En efecto –respondió volviendo la vista al islamo-. Es enorme, por lo que seguro que ahí nos aguarda algo... Hace rato que lo observo y no sabría qué decir.

-¿A que te refieres? -pregunté bostezando.

-Acerca de si está muerto o no –continuó-. ¡Fíjate! –señaló de nuevo-. Obviando su constitución rocosa y que no he podido ver ninguna forma de vida, ya sea animal o vegetal, los pájaros no lo evaden y está claro que, de estar muerto emanaría vapores malignos.

Tras una pequeña pausa, añadió:

-Algo me dice que ahí se esconde algo gordo, amigo mío. Por lo poco que sé de las zonas muertas -continuó-, sus cercanías ya se muestran vaporosas y turbias.

-Sí –contesté-. De hecho, también sería raro que a esa distancia el aire fuese tan puro, ¿no crees?

-Sea como sea –respondió levantándose-, debemos apresurarnos. Come algo mientras yo despierto a Josephine...

Totalmente entregado a la contemplación de aquél islamo, noté como mis dolencias físicas desaparecían en merced de una creciente excitación. De no estar contaminado, era bastante obvio que aquel islamo escondía algo, ya que, como apuntó Jeanlion, su tamaño no era como para pasar desapercibido... Mientras observaba su formación, me sobresaltaron los gritos de Flyt...

-¡*Ecccs!* ¡Por la madre de Malin! ¡Aparta de aquí asqueroso!

-Venga Josephine, no te enfades. Solo quería despertarte cariñosamente...

-Ya decía yo que tu caminar no era del todo masculino... ¡Largo de aquí patán! Casi me da un infarto...

Entre bromas, risas y alguno que otro insulto, nos reagrupamos con la intención de comer algo y decidir como atracar el islamo.

-¡Oye Elidor! Ese morenito nos ha salido rana –bromeó Flyt con cara de asco-. Casi me besa en la boca... ¡*Ecccs!*

-Josephine, no te enfades con papi... Dormías tanto que creí que habías caído presa de un hechizo...

-*Ha, ha* –reí gustoso sacando un par de rebanadas de mi bolsa-. Venga chicos, dejaos de cuentos que tenemos trabajo. He estado observando el islamo y he visto una especie de sendero por donde podríamos subir. Lo malo –continué, untando algo de manteca- es que se encuentra muy desfasado de nuestra posición, por lo que tendremos que rodearlo nadando.

-¡Jopé! –exclamó Flyt mirando hacia el islamo-. Pedazo de roca. Entonces...

-Sí, amigo mío. Según parece, Alire estaba en lo cierto.

-Creemos que el aire es sano –continué Jeanlion-, por lo que el siguiente paso es llegar a él e investigarlo.

Tras comer algo y planear la estrategia, nos desnudamos y, atándonos la bolsa a la cabeza, nos metimos en el agua. Estaba fría, pero la distancia con el islamo era suficiente como para entrar en calor. Empezamos a nadar con cuidado de no mojar el

equipaje. Aquella idea de Jeanlion, la de atarnos la bolsa a la cabeza, había sido buena, sin embargo, dificultaba mucho el nado. Braza tras braza, en total silencio, nos fuimos acercando al islamo. Todos sabíamos nadar, sin embargo, la distancia y la incertidumbre de no saber la profundidad nos mantenía en ascuas. Pasados unos cuarenta minutos de travesía, llegamos a una pequeña playa llena de escombros marinos. Sobre una gran roca, recuperamos el aliento mientras que el Sol, oportuno como nunca, nos calentaba el cuerpo. Por fortuna, el aire era tan sano como lo podía ser en Ishör, sin embargo, no había ni un solo rastro de vida. Una vez vestidos, empezamos a escalar con la intención de ganar altura. En verdad, tal y como había advertido desde la distancia, aquello nos sirvió de sendero, no obstante, estaba claro que no había sido creado por el hombre. Era un mero desagüe de lluvia que, serpenteando entre las rocas, había limpiado de arena la ladera de la montaña. La vegetación era casi nula y, a parte de algún brote de yerba seco, el color predominante era el gris.

Tras una hora de duro ascenso, llegamos a la parte superior del acantilado. El desnivel era mucho y, desde ahí arriba, casi ni se veía el islamo en el que habíamos pasado la noche. Mirando hacía la parte interior del mismo, alcanzábamos a ver casi toda su superficie y, la verdad sea dicha, no había mucho más que roca y polvo. Aquello parecía un antiguo cráter o algo parecido, pues su interior lo formaba una enorme depresión.

-Y... ¿Qué se supone que debemos buscar aquí? –pregunto Flyt cansado y algo desanimado.

-No lo sé –contesté tras recuperar el aliento-. Creía que habría alguna construcción o algo parecido...

-Casi no me queda agua –añadió resignado mirando su botellín-. Maldita cuesta, parecía no terminar nunca...

-No os desaniméis tan rápido chicos –nos replicó Jeanlion-. Recuperemos el aliento y continuemos investigando. En verdad parece desierto –prosiguió tras una pequeña observación-, sin embargo, no me fío ni un pelo de la Orden. ¿Acaso pensabais encontrar un cartelito que pusiera: Bienvenidos al cuartel general de la Orden; Tres galeos la entrada para los adultos y dos para los niños...?

-No seas cínico Jeanlion –le corté, sentándome a su lado-. Ya sabemos que tienes razón, pero es inquietante tanta inactividad, ¿no crees? Ni una construcción, ni una carretera, ni una puerta acorazada entre las rocas...

-Depende de lo qué se pretenda –respondió el francés-. A veces, la mejor forma de proteger algo es desprotegerlo del todo...

Tras un merecido descanso, empezamos a descender. Había miles de rocas de distintos tamaños y formas. No seguíamos un camino concreto, por lo que descendimos esquivándolas. El silencio lo envolvía todo. Ni un solo pájaro osaba romper la hegemonía del lugar. De hecho, ni las lagartijas parecían haberle encontrado gusto a aquél rudo terreno. Tras una larga excursión entre el polvo, las piedras y la omnipresente soledad, lamentándonos de nuestra falta de agua, a la sombra de una enorme roca, Jeanlion nos acalló.

-¡*Pssst!* ¡Callad! –susurró excitado.

Extrañados por su reacción, nos acercamos a su posición.

-¡Mirad! –dijo, en voz baja, señalando una pequeña explanada que se extendía a unos quinientos metros de nuestra posición-. ¿No veis nada raro?

Realmente había algo que no cuadraba en el paisaje, sin embargo, no sabíamos decir el qué. Daba la sensación de que los colores perdieran intensidad o se mezclasen. Bien podía tratarse de algún efecto óptico producido por el Sol, pero lo curioso es que lo viéramos los tres...

-¡Fijaos bien! –repitió-. Ahí, tras aquella roca en forma de seta. ¿No notáis una variación de los colores?

-Sí –contestó Flyt-. Pero, ¿a qué puede ser debido? Parece una simple deformación óptica ¿no?

-Creo que es piel de camaleón –dijo el francés observando detenidamente-. La piel de camaleón es un tejido artificial que se usa con fines militares. Es un sistema

antiguo, pero muy eficiente, que permite camuflarse con el entorno. Llevo rato observándolo y creo que, ahí abajo, hay lo que andamos buscando.

Prestando mucha atención, alcanzamos a ver como, en efecto, el paisaje parecía deformarse en merced de la brisa. Era como si una enorme lona pintada del mismo color del suelo, cubriera gran parte de la depresión. Sin duda, aquel indicio avivó nuestros ánimos, haciéndonos olvidar, por completo, el calor, la falta de agua e, incluso, el cansancio.

Fuimos descendiendo con mucha cautela. Estábamos súper nerviosos y, con el corazón en un puño, intentábamos controlar cada paso para evitar ruidos y desprendimientos. A medida que nos acercábamos, se hacía más evidente el engaño. Una gran lona tensada, con la misma textura que el suelo, cubría toda la superficie del terreno. Llegados a una distancia prudencial, que ya nos permitía ver algo de la parte inferior de la lona, Jeanlion alzó la mano ordenándonos que nos detuviéramos. Escondidos, tras un par de rocas, alcanzamos a ver las ruedas de lo que, según él, era un pájaro. También, bajo lo que se intuía como una mesa, pudimos contar cuatro pares de botas...

-¡Son cuatro! –susurró Jeanlion-. Puede que haya alguno más dentro, pero ese pájaro es de solo cuatro plazas. Sin embargo –continuó tras una breve pausa-, no sabemos si tan solo son una avanzadilla de guardia.

Desde aquella distancia, oíamos parte de su conversación. Lógicamente, no entendíamos nada, sin embargo, escuchando bien, me pareció oír más de cuatro tonos de voz.

-¿De qué están hablando? –le pregunté, curioso, a Jeanlion.

Por desgracia, la excitación del momento no me dejó medir bien el tono de mis palabras y aquella estúpida pregunta atravesó la lona. Consciente de mi error, quedé paralizado. El corazón me pedía echar a correr, pero resté totalmente inmóvil contra la roca. Jeanlion y Flyt me miraban aterrados mientras que, observando por el borde de la

roca, vi como aquellos zapatos, empezaron a dispersarse. Estábamos perdidos. Por un estúpido error estábamos a punto de ser descubiertos... Aguantando la mirada, pude ver como uno de aquellos hombres venía, directamente, hacia nosotros. Se paró a escasos metros de las rocas y observó a su alrededor. Jeanlion, mediante señas, nos ordenó dejar los equipajes en el suelo y gritando, como enloquecido, se abalanzó hacia nosotros. Cogiéndonos, violentamente, por el cuello, nos arrastró ante aquél atónito soldado y nos golpeó, postrándonos a sus pies.

-¡Soixante-huit, c'est à deux cent quarante-cinq! Je m'appelle Jeanlion Movière et je suis le cinquième espion du troisième escadron central.

Aún doliéndonos de los golpes, nos encontramos rodeados por los cinco soldados. Jeanlion, tras aquella frase en francés, les mostró un medallón dorado con el emblema de la Orden. Tras ser apresados, nos cubrieron la cabeza con un saco y nos condujeron al interior del complejo.

-¡Elidor! ¿Estás bien? –susurró Flyt tras escuchar el cerrojo de la puerta.

-Sí –respondí, buscándolo entre la oscuridad-. Solo querían interrogarme. Lo único que me duele son los porrazos de Jeanlion.

-A mi también me duele su puñetazo. Espero que sepa lo que hace, porque nos ha metido de lleno en la boca del lobo... ¿Qué les has dicho?

-Nada –respondí-. He fingido no saber único y lo poco que he hablado lo he hecho en ishörös.

-¡Bien hecho! Yo tampoco les he dicho nada ¿Has podido ver a Jeanlion?

-Sí. Estaba sentado en una esquina de la sala y, a no ser porque le conocemos, pasaría perfectamente por uno de ellos. Incluso le han prestado un uniforme.

Nos encontrábamos presos en una habitación vacía y oscura. Sentados en el suelo, uno a espaldas del otro, hablábamos de toda clase de tonterías intentando no caer en el desánimo. El tiempo parecía anclado en medio de la nada cuando, de repente, oímos de nuevo la cerradura de la puerta.

-¡*Bon appétit mes petits rats!* –dijo una voz burlona, acompañada de múltiples carcajadas.

Al quedar a oscuras de nuevo, fuimos avanzando hasta llegar a la puerta. Supusimos que debía ser comida, sin embargo, su olor no la hacía muy apetecible.

-Yo no como ni loco –refunfuñó Flyt-. Prefiero morir recordando los guisos de Adrún...

-Venga hombre, no te pongas dramático. También podrían habernos torturado y no lo han hecho. Miremos que hay.

Tras palparlo un poquito, me dí cuenta de que su textura tampoco era demasiado apetecible. Parecía puré o sopa pastosa y, a pesar de ser caliente, no apetecía en absoluto. Estaba servido en una especie de bandeja en la que había también un vaso de líquido. Tras probar un sorbo y ver que era agua, lo compartimos con Flyt. Continué palpando en busca de un trozo de pan o algo de fruta y fue entonces cuando encontré un papel doblado en una esquina de la bandeja. Abriéndolo, noté que se caía algo al suelo. Buscándolo entre la oscuridad, noté que era un lumine. No prendió a la primera, pero al encenderlo, vimos una reseña escrita en el papel: “*Esta noche*”. Corto, pero preciso. Justo antes de consumirse el lumine, prendí fuego al papel destruyéndolo por completo y mezclando las cenizas con el puré.

Al cabo de un buen rato, presas de la oscuridad, empezamos a desanimarnos. Ahí dentro no existía el tiempo y nuestra paciencia fallecía por momentos. El miedo y la duda, aliados del desánimo, nos encogían el alma a cada nuevo suspiro. Intentábamos hablar de cosas bonitas, pero siempre terminábamos en silencio al pensar en las chicas... Nuestra única esperanza era Jeanlion y, aunque confiábamos plenamente en él, cinco contra uno nos parecía una desventaja demasiada real...

Capítulo sexagésimo cuarto

Completamente sumidos en el desánimo, oímos chirriar el cerrojo.

-¡*Coucou!* ¿Estáis bien? -susurró una voz conocida- Debemos apresurarnos – añadió entregándonos nuestros equipajes.

-¿Qué hacemos? –pregunté, ansioso, tras abrazarle.

-Inmovilizarlos –respondió-. Configurad las armas en la posición azul. Los paralizaremos y ataremos antes de que se den cuenta. Ahora mismo están durmiendo borrachos. Es la única opción que tenemos, pensad que son hombres bien preparados.

-Oye Jeanlion, ¿Cuánto llevamos aquí? –preguntó Flyt, cambiando la muesca de su doblewëin.

-No sabría decirte... posiblemente unas trece horas. Tras la comida me han invitado a jugar a dardos y a beber. Un golpe de suerte a nuestro favor –añadió sonriente-. Pensad que estos hombres viven una asquerosa monotonía que solo se soporta a base de alcohol. Beben más que una esponja marina y, ahora mismo, están todos echados en el comedor. Por cierto –concluyó-, son cinco.

De repente, mientras hablábamos, ocurrió algo inesperado. Una luz muy brillante iluminó toda la sala. Lentamente, dejé el arma en el suelo y me llevé las manos a la cabeza. Estaba claro que nuestra conspiración había concluido antes siquiera de empezar...

-C... creo que he sido yo –confesó Flyt, totalmente aterrado-. Me he apoyado en la pared y...

-*Ha, ha, ha...* -rió Jeanlion-. Habéis estado a oscuras habiendo luz en la habitación... No puedo creerlo... Amigos, esto se llama electricidad.

Era increíble. Con solo accionar un minúsculo interruptor, se iluminaba toda la sala mediante un par de tubos blancos colgados en el techo. Lástima de no haberlo sabido antes, pues aquella agobiante espera hubiera resultado bastante más amena. Éramos conscientes de que el tiempo galopaba en nuestra contra, por lo que, tras

accionar varias veces el interruptor, abandonamos la sala. Seguimos a Jeanlion a través de múltiples pasillos y galerías. Sin lugar a duda, aquello debía ser el refugio del que nos habló Gristof. A juzgar por el exterior, jamás hubiéramos imaginado la grandiosidad del complejo. Era enorme y estaba, todo él, iluminado por cientos de aquellos tubos mágicos. Se veía una construcción maciza y robusta. Sus paredes eran muy gruesas y alguna de ellas sobrepasaba, de largo, los dos metros de grosor. Las puertas tampoco se quedaban cortas y, en su gran mayoría, parecían acorazadas con mecanismos de cierre súper complejos. Hacía unas horas, cubiertos por aquellas apestosas capuchas, nos habíamos imaginado en alguna cueva asquerosa y la verdad es que aquél complejo resultaba más sorprendente que aterrador. Había salas, completamente vacías, en las que, por tamaño, se podía esconder incluso un karak... Todo era desmesuradamente grande. La idea de un refugio mundial frente al Gran Boom adquiriría fuerza ahí, sin embargo, algo debió fallar, pues todo estaba vacío...

En total silencio, y con las doblewëin apuntando al frente, llegamos a lo que parecía el ala de servicios. Tras rebasar una enorme puerta de hormigón, tuvimos la sensación de haber cambiado totalmente de tercio. Los pasillos regresaron a las medidas comunes y sus paredes estaban repletas de cuadros y tapices. Había jarras exóticas con ornamentos florales y sillones dispuestos al descanso. Además, un cargado, aunque agradable, olor a sofrito dotaba el ambiente de un aroma francamente hospitalario. Las puertas eran de madera común y alguna de ellas lucía complejos detalles de orfebrería. El suelo, enmoquetado, también recreaba lo que debían haber sido las lujosas mansiones del pasado. Al llegar a una puerta doble, entreabierta, Jeanlion se arrimó contra la pared y nos ordenó detenernos. Observando detenidamente el interior nos susurró que avanzásemos. Sonaba una dulce e inquietante melodía prominente de un viejo transistor colgado en la pared, empañada por los sosegados ronquidos de los soldados. Con el corazón en un puño, fuimos entrando y acurrucándonos tras la barra de lo que parecía una cocina.

-Disponemos de tres dardos tranquilizantes –susurró Jeanlion-. Al disparárselos se despertarán y, aunque sin saber bien que les ocurre, seguro que alborotan. Según Gristof, el efecto del dardo es inmediato, no obstante, debemos ser precavidos. Creo –prosiguió-, que la mejor opción será dispararlos desde aquí y escondernos para

confundirlos. El problema recaerá en los dos que no lleven suero, ya que, al despertarse por el alboroto, serán muy peligrosos. Básicamente, -concluyó-, tenemos dos opciones con ellos: o los abatimos con ira o los atamos con anterioridad. Tened presente que no podremos recargar durante la operación.

La estrategia estaba clara. Jeanlion la había planeado a conciencia y solo faltaba que la supiéramos interpretar con sutileza. Como la opción de matar no nos convencía, optamos por la segunda y acordamos que, cubriéndolo desde la barra, él se encargaría de atar a dos de ellos.

¡Vamos allá! –dijo, tras darnos una palmadita en el hombro.

Cogió dos cuerdas de nuestros equipajes y, arrastrándose por el suelo, se acercó a los dos primeros sillones. Con sumo cuidado fue enredando al primer sujeto con su propio sillón. Dejando la cuerda algo destensada, para no molestarle, anudó sus dos cabos mediante un lazo corredizo y dejó el extremo sobrante en el suelo. Repitió la operación con el segundo soldado y, recogiendo los cabos, regresó a nuestra posición. Todo había salido bien, sin embargo, me percaté de que algo no cuadraba...

-¡Solo hay cuatro! –le susurré, asustado, a su regreso.

-¿Cómo? –respondió incrédulo, alzándose a comprobarlo.

-¿Qué hacemos? –preguntó nervioso Flyt- ¿Dónde habrá ido el quinto?

-No lo sé –respondió el francés-. Cuando me he marchado estaban todos aquí. Debemos extremar las precauciones. Apresurémonos, disparemos a estos y luego ya pensaremos en él. ¡Cambio de planes! –añadió enérgico-. ¡Elidor! No te ofendas, pero tú eres el que peor dispara. Cede tu arma a Flyt para que pueda efectuar dos disparos. Yo recargaré una vez y, así, los inmovilizamos a todos. Tu –continuó-, coge estos cabos y tira fuerte de ellos. Nuestro éxito depende de la velocidad con la que actuemos. ¿Entendido?

Tras nuestra aprobación, llegaba la hora de la verdad. Ambos se alzaron y, apoyándose en la barra, apuntaron a los soldados. Yo, acurrucado contra la barra, con

las cuerdas fuertemente agarradas y el corazón palpitando desenfrenadamente, oí los dos primeros disparos y tiré, con todas mis fuerzas, de ellas. Los soldados se despertaron y, lógicamente, gritaron. Noté fuertes sacudidas en las cuerdas, sin embargo, sin desistir lo más mínimo, esperé a los cuarto disparo. Sin abrir los ojos y manteniendo las cuerdas tensadas, noté como, poco a poco, los tirones iban menguando en merced de un nuevo silencio. Al abrir los ojos, vi a Flyt y Jeanlion acurrucados a mi lado. Restamos un buen rato en silencio, recargando las armas, mientras escrutábamos cualquier indicio de pisadas. Pasados unos cinco minutos, salimos de nuestro escondite y aseguramos su inmovilidad. Los arrastramos al centro de la sala y, desarmándolos, los atamos entre ellos.

-¡Chicos! Debemos buscar al quinto –dijo Jeanlion-. Posiblemente no haya oído nada, pero, de haberlo hecho, tiene tres alternativas: huir, dar la alarma o atrincherarse frente a la sala acorazada.

-¿Sala acorazada? –pregunté incrédulo-. Entonces, ¿el Motivo está aquí?

-Sí –contestó tajante-. No sé lo que es, pero custodian algo muy importante. ¡Elidor! –dijo sacudiéndome por los hombros-. No pienses en eso ahora. Céntrate en el quinto hombre y en que va armado.

-Sí, sí... Tienes razón –respondí asintiendo con la cabeza e intentando forzar mi concentración.

Salimos del comedor y, extremando las precauciones, fuimos avanzando por el pasillo. Intentábamos no hacer ruido, pero mi ansiedad me ganó una vez más.

-¿Sabes donde está la sala acorazada?

-Sí –respondió Jeanlion-. Está en el piso superior. Por favor, Elidor -me suplicó de nuevo-, olvídate de ella y concéntrate.

Seguimos avanzando franqueando pasillos y puertas hasta llegar a la escalera que debía llevarnos al siguiente nivel. Justo ahí, en el cruce de pasillos, Jeanlion se detuvo y, tras un pequeño titubeo, tiró su arma al suelo, levantó las manos y dijo:

-¡Ne tire pas! ¡C'est moi! Je ne sais pas où ils sont.

Fue en ese preciso instante, cuando todo empezó a desmoronarse. Jeanlion tenía un puntito rojo apuntando su cabeza, por lo que entendimos que habíamos encontrado al quinto hombre... Fue ahí cuando Flyt y yo tomamos una decisión que lo cambiaría todo. No sabría decir de donde sacamos el valor, pero aquel puntero láser en la cabeza de nuestro amigo sirvió de detonante. Tras cruzar miradas, arrancamos a correr, unánimes, lanzándonos encima de Jeanlion. Dos disparos resonaron en el pasillo... Cuando regresó el silencio, completamente paralizado por el terror, revisé mentalmente mi cuerpo en busca de heridas. No notaba dolor alguno y buscando a Flyt con la mirada, lo hallé arrollado contra la pared. Nadie se movía y girando mi cabeza a la izquierda, pude ver como un hombre arrodillado me miraba impotente.

-¡Flyt, Jeanlion! ¿Estáis bien? –grité, al fin, desesperado.

-Yo sí –respondió Jeanlion incorporándose.

-¡Flyt! ¿Y tú? ¡Respóndeme!

Flyt seguía tumbado contra la pared, inmóvil y con los ojos cerrados. Al darle la vuelta, me temí lo peor. Un débil hilo de sangre recorría su mejilla izquierda, tiñendo suavemente el suelo...

-¡NO! ¡Flyt! No puede ser –grité, llorando, mientras le inspeccionaba el cuerpo en busca de más heridas-. ¡Piensa en Adrún! ¡Despierta!

De repente, me sobresaltó un tercer disparo. Mirando, nuevamente, hacia la izquierda, vi como Jeanlion, aún apuntando a aquel soldado, había terminado con su sufrimiento. Cuando miré de nuevo a Flyt, vi como el ruido del disparo también le había afectado. Sus párpados, temblorosos, se abrieron lentamente ante mí.

-¿Qué ha...? –preguntó totalmente perdido.

-Tranquilo –le contesté, sosteniéndole la cabeza-. No temas, todo ha pasado.

Con la ayuda de Jeanlion, le incorporamos, apoyándole contra la pared.

-No puedo recordar –dijo doliéndose de la cabeza-. ¿Qué ha pasado?

-No te preocupes Flyt. No ha pasado nada malo. Simplemente que –dije abrazándole cariñosamente-, nos has salvado.

En efecto. Así había sido. El certero tiro de Flyt había impactado en el cuerpo de aquel soldado que, desequilibrándose y apuntando al techo, apretó el gatillo por mero acto reflejo. La sangre de Flyt no era más que de una herida superficial, propiciada por el fuerte golpe contra la pared. La amnesia duró el tiempo de reponerse y, por fortuna, los tres restábamos de una pieza. Tras revisar la escena, vimos como mi doblewëin yacía en el mismo punto donde echamos a correr, por lo que, entre tímidas risas y burlas, entendí que la estrategia no era mi fuerte...

Tras reponernos, y vendar la herida de Flyt con la manga de mi camisa, ascendimos por la escalera. No teníamos tiempo que perder, pues desconocíamos si aquel hombre había dado algún tipo de alarma. Al llegar al final de la escalera, justo detrás nuestro, pudimos ver la entrada de lo que, supuestamente, era la sala acorazada. Era un paño de pared totalmente liso. No tenía bisagras, cerraduras, ni apenas holguras entre sus laterales. A un lado, ligeramente apartado, había un extraño panel con unas luces rojas parpadeantes. Jeanlion nos dijo que era un panel de seguridad electrónico y que, probablemente respondería ante alguna contraseña o escáner. Tras varios intentos fallidos, tuvimos que buscar una alternativa.

-¿Estás seguro de que esto es una puerta? –pregunté inspeccionando, detenidamente, la pared.

-Sí –contestó Jeanlion-. Me contaron que en este complejo, y más concretamente es esta sala, se esconde una valiosa reliquia del pasado. Algo muypreciado, al que ni ellos tenían acceso. Este panel de aquí –dijo señalándolo-, es una cerradura de seguridad. No obstante...

-¿No obstante qué? –preguntó ansioso Flyt tras un pequeño silencio del francés.

-Pues que, todo y ser una cerradura de seguridad, debe someterse a un protocolo de emergencia... Dadme vuestras armas –ordenó, con autoridad.

Vació su pólvora encima del panel y la amontonó en su parte central. Sacándose una caja de lumines del bolsillo, prendió uno de ellos y, alejándose un par de metros, lo tiró a la pólvora. Cuando el lumine contactó con el panel, prendió provocando una sonora explosión. Tras apagarse las llamas, Jeanlion regresó junto al panel y, toqueteando su interior, logró que la puerta se abriera. Todo el paño de pared cedió, lentamente, dejando al descubierto una pequeña sala reluciente. Parecía estar construida en algún tipo de metal pulido y, en ella, no había más que un escritorio y una silla.

-¿Y esto? –preguntó Flyt, completamente atónito-. ¿Esto es todo?

Jeanlion no supo que contestar y, yo, tampoco... Esperaba encontrar algo más relevante: un cofre, un objeto increíble, libros, dibujos... cientos de cosas habían nutrido mi imaginación durante toda la búsqueda, sin embargo, un escritorio vacío no cuadraba, para nada, en mis planes.

-¡Un momento! –dijo Jeanlion, inspeccionando el escritorio-. ¡Aquí hay algo más!

En un cajón inferior, había un maletín de cuero negro. Poniéndolo encima de la mesa y abriendo sus cerrojos, vimos algo que tampoco supimos entender. Embutido, perfectamente, en una especie de esponja, había un objeto de color blanco. Parecía un libro muy delgado y, en el centro de su cubierta superior, tenía algo escrito. Más que una palabra parecía una reseña en una grafía muy extraña... Abriéndolo, con algo de desconfianza, advertimos que, tal y como nos temíamos, no era más que otro acertijo. Su parte superior era oscura y en la base tenía un sinfín de fichas cuadradas con letras y números escritos en ellas.

-¿Qué puñetas es esto? –pregunté algo decepcionado.

-No sabría decirte –dijo Jeanlion-. Parece una máquina de escribir antigua o un ordenador. No sé muy bien como funcionan –dijo observándolo detenidamente-, jamás había visto ninguno en este formato.

-¡Menudo hallazgo! –refunfuñó Flyt-. Ahora vamos a necesitar otro motivo para entender éste...

-Puede –reflexionó Jeanlion-, pero lo que sí está claro es que si no fuera importante no estaría aquí dentro. Esto –dijo volviendo a cerrar el maletín-, sea lo que sea, debe ser muy importante para la Orden. Debemos llevárselo a Gristof. Él sabrá que hacer.

-Espero que tengas razón –respondí impotente. ¡Vámonos!

Afuera reinaba la tranquilidad. No había Luna, pero el brillo de las estrellas hacía que el cielo no fuese tan oscuro como en la noche anterior.

-¡Chicos! –dijo Jeanlion tras hacer varias comprobaciones- Ayudadme a retirar la lona y las fijaciones. ¡Nos marchamos volando!

Capítulo sexagésimo quinto

Me sentía abatido. Cansado y, para ser del todo sincero, decepcionado. Tras la frenética búsqueda de un motivo que nos diera respuestas, regresábamos con un objeto totalmente inútil. No sabía como se lo tomarían Gristof y las chicas, pero, para mi, aquel objeto no representaba nada. Sumido en desánimo y relajado por la constante vibración del asiento, apoyé la cabeza en el cristal y me quedé completamente dormido.

-¡Elidor! ¡Despierta Elidor! Estamos llegando a Strëik –me susurró Flyt al oído.

Estaba a punto de amanecer y debíamos avisar a Soju antes de que zarpase. Durante la maniobra de descenso, ya pudimos ver su Zeppeline amarrado en uno de los muelles, por lo que, tras el aterrizaje, nos dirigimos raudos hacía él. Compartiendo una agradable taza de té, le detallamos nuestra epopeya y le agradecemos todo lo que había hecho por nosotros.

-Dadle recuerdos al viejo topo –gritó desde la puerta de la bodega-. Decidle que pasaré en un par de semanas. ¡Que tengáis un buen vuelo!

-¡Gracias! ¡Igualmente! –le respondí, saludándole con la mano-. ¡Gracias por todo Soju!

Tras efectuar las inspecciones técnicas de rigor, volvimos a subir al pájaro dirección, esta vez sí, a Bureku.

Capítulo sexagésimo sexto

A media mañana, cuando el Sol empezaba a abrasar el cristal de la cúpula, alcanzamos la periferia de Bureku. Jeanlión, sosteniendo con fuerza los mandos del pájaro, nos lo anunció excitado. Se le veía feliz; cansado, pero feliz. El hecho de volver a volar le había recargado los ánimos y, a consecuencia de ello, no había callado en todo el viaje... Anécdotas, batallitas, chistes... Afortunadamente, su énfasis y el propio ruido del motor habían disimulado nuestros leves ronquidos...

Tras debatirlo, acordamos aterrizar en la pradera de Gristof, ya que hacerlo en la explanada del karak nos pareció bastante imprudente. Su localización no fue difícil, pues la marca azul del pozo, desde aquella perspectiva, se veía a leguas. Los pájaros tenían la peculiaridad de, al igual que los zeppelines, poder ascender y descender en vertical, cosa que facilitó el aterrizaje. Durante la maniobra, sumergidos en el ruido y la borrosidad visual de la retención de las turbinas, nos pareció ver como Gristof corría a esconderse en la casa.

-Pobre –dije con una pícaro sonrisa en los labios- Le habremos dado un susto de muerte...

-Ni que lo digas –gritó Jeanlion, sosteniendo con fuerza la palanca de mando-. La visita de la Orden nunca es bienvenida y más aún si eres un resistente...

-Me ha parecido ver a alguien más con él –añadió Flyt-. Puede que esté con Hãrico.

Una vez parados los motores, nos dirigimos a la casa. Al llegar a la puerta y hacer sonar su oxidado picaporte, nadie acudió a recibirnos. El silencio se repetía cada vez que llamábamos y de no haber visto esconderse a Gristof, hubiéramos pensado que estaba en el pozo. Tras varios intentos y algún que otro grito explicativo, finalmente, nos abrió la puerta una dulce jovencita.

-Padre no estar en casa –dijo temblorosa la niña, con la mirada fija en el suelo.

Ante nuestro educado saludo, alzó la vista y estalló en risas perdiendo toda compostura y credibilidad. Tras aquella simpática reacción, asomaron, curiosas, dos mujeres más y un anciano.

-¡No! ¡Por favor! ¡Nada de bates! –grité, cómicamente, cubriéndome la cabeza y retrocediendo un par de pasos mientras que Alire, dejando caer el suyo al suelo, se precipitó a abrazarme.

-¡Bienvenidos seáis! –dijo Gristof, dándonos la mano uno a uno-. Pasad hijos míos. El té estará listo enseguida. Os habíamos tomado por agentes de la Orden...

-Perdónenos, señor Gristof –se disculpó Jeanlion- Hemos pensado que lo mejor sería aterrizar aquí para no levantar sospechas en el núcleo.

-Sí, sí. Habéis hecho lo correcto. Todo y estar en Bureku, siempre es mejor no llamar, excesivamente, la atención.

Habiéndoles contado, ya, toda la aventura, con la cantidad de detalles que su curiosidad exigía, despejamos la mesita y dispusimos el maletín en ella. Se le veía nervioso. Sus manos, temblorosas por la edad, parecían más torpes e indecisas que de costumbre. Tras lograr abrir los cerrojos y levantar la tapa del maletín, sus ojos se humedecieron de alegría.

-¡Un VAIO! –gritó ante nuestra total sorpresa-. ¡Es lógico! ¡Un ordenador portátil! ¡Madre mía! Si Joha pudiera verlo... Lo último en tecnología antes del seísmo... Mi abuelo tuvo uno y siempre hablaba maravillas de estos cacharros... ¡Que preciosidad! Es realmente como lo imaginaba.

-Perdone señor – le corté al rato-. ¿Puede explicarnos qué es un VAIO?

-Tenéis razón –respondió, aferrándose a la compostura-. Perdonad mi excitación, pero es que... Un ordenador portátil es un aparato electrónico del pasado que servía para hacer multitud de cosas tales como: anotar cosas, resolver severas fórmulas matemáticas, almacenar fotografías y vídeos, conectarse a la RED global... Ahora, todo esto no tiene sentido alguno, pero, en la época de mi abuelo, cada persona tenía uno.

Para que lo entendáis mejor, os diré que este ordenador es como un libro infinito. Se hace muy difícil hablar de esos términos ahora –continuó pensativo, intentando dar con la fórmula acertada-. Ordenadores, RED global, bytes, datos digitales... Tan vivos en mis recuerdos y, realmente, tan desconocidos para todos... Ésto –dijo señalando al maletín, tras coger algo de aire- es una mina de saber. Estoy convencido de que, aquí, hallaremos las respuestas que ansiamos.

-Y ¿Sabe como funciona? –preguntó Jeanlion.

-Si te soy del todo sincero, no -respondió el anciano-. Pero no temáis, porque él mismo me lo dirá. Según tengo entendido, estos aparatos poseían tutoriales de utilización para principiantes. A decir verdad, conozco un poco el protocolo informático, ya que en el pozo hay algún ordenador de sobremesa que aún funciona, sin embargo, tan solo he sido capaz de hallar listas y documentos relativos al museo.

Tras beber un sorbo de té y rebuscar un poquito entre las esponjas del maletín, Gristof exclamó.

-¡Ahá! ¡Aquí está! Esto de aquí –dijo, mostrándonos una cajita negra- es su alimentador principal y funciona con electricidad.

-¿Electricidad? –preguntó Jeanlion- Y ¿Cómo lo conectaremos aquí?

-No temas hijo mío -respondió el anciano-. En el pozo, aunque hace mucho que no lo uso, hay un generador operativo. Cuesta un poco de arrancar, pero una vez prende, funciona a las mil maravillas.

Ante la cara de incompreensión de las chicas, Jeanlion les explicó en qué consistía eso de la electricidad. Alire lo cogió rápido, ya que, durante su estada en Zaröh, estudiaron los posibles usos de las cargas eléctricas producidas por las tormentas, pero para Adrún, al igual que pasó con Flyt y conmigo, no representó más que otra anécdota maravillosa del pasado... Fue al escuchar nuestro relato acerca de tubos blancos de luz, cuando se percató de lo importante que debía ser para la humanidad.

Después de asearnos y comer algo, acompañamos a Gristof al pozo. Le ayudamos a arrancar aquél polvoriento y ruidoso generador y regresamos a la

superficie, dejándolo trabajar en paz. Arriba, por mera precaución, arrinconamos el pájaro y lo cubrimos con ramas para esconderlo a la vista aérea. Además, mediante la extracción de alguna pieza clave, Jeanlion lo inutilizó. Las chicas, por su parte, nos contaron que habían regresado el mismo día de nuestra marcha, forzadas por la insistencia de Fleur. Se había encariñado de las ovejas y se pasaba todo el día con ellas... Sin lugar a dudas, nuestra pequeña estaba cambiando... Cada nuevo día era una nueva etapa y, junto a su habla, sus patrones de conducta también mejoraban notablemente. Se mostraba mucho más abierta y cariñosa que antes y, sin caer en ello, se estaba convirtiendo en una niña normal y corriente. Todos estábamos muy orgullosos y la queríamos con desmesura.

Pasaron tres días. Tres interminables días en los que Gristof desapareció por completo. Le bajábamos la comida y subía bien entrada la noche. Apenas cruzábamos palabras. Se le veía totalmente abducido en pensamientos y de preguntarle algo, solo hallábamos una respuesta: “*Aún no*”. Daba igual si nos interesábamos por su descanso, la comida, el generador... Durante aquellos tres días, tan solo le oímos pronunciar esas dos palabras: “*Aún no*”. Nosotros, muy unidos, y con la lógica intriga de la incertidumbre, intentábamos mantenernos ocupados ultimando, ya, el inminente viaje de regreso a casa. Jeanlion era el más perdido de todos, pues su corazón restaba sumido en controversia...

En definitiva, tres largos días de incertidumbres, bromas, retrospectivas, nervios y, sobretodo, dudas.

Capítulo Final

El cielo lucía espléndido. Alire y Jeanlion analizaban una suave brisa con términos demasiado científicos como para llamar mi atención. Flyt, apoyado en la barandilla del porche, observaba embobado un curioso instrumento de madera que repicaba a merced del viento mientras que Fleur y Adrún, como no podía ser de otra manera, estaban con el rebaño. Yo, un poco rezagado y con los ojos cerrados, estaba sumido en recuerdos dejando que el agradable roce del Sol me acariciase la cara. La mañana del cuarto día transcurría tranquila. Todo estaba organizado ya y seguíamos esperando alguna explicación por parte de Gristof, el cual, no habíamos visto desde el desayuno. Todo y su habitual semblante preocupado, aquella mañana me había sonreído de una manera especial, cosa que había avivado mi optimismo.

Faltando poco para el mediodía, oímos chirriar el cerrojo del pozo. Gristof, con el maletín en la manó, retiró la cuerda y vino hacia nosotros.

-¡Voy a preparar té! –dijo, sonriente, al llegar junto a nosotros-. ¡Hay cosas que deben hablarse en compañía del fuego!

-¿Qué...? ¿Lo ha...? ¿Podemos...?

Mi inquietud se contagió rápida, ya que, a excepción de Fleur, todos acudieron de inmediato.

-Sí –contestó rotundo-. He encontrado mucha información importante y, por fin, he comprendido el Gran Boom... No es que me alegre de ello, pero al menos lo entiendo...

Le seguimos igual que lo hacía el rebaño al verlo con el puchero... Estábamos hambrientos de respuestas, aunque, por encima de todo, ansiábamos comprender ese dichoso motivo por el que había perdido la vida Johanthan. Tras comentárselo a Fleur, la cual no mostró el más mínimo interés, nos acomodamos en los sillones y, con una humeante taza entre las manos, restamos expectantes a la explicación de Gristof. Una explicación, repleta de matices, que se alargó hasta bien entrada la tarde. Una vez

comprendida la causa de todo, nos encontrábamos en una situación un tanto extraña... Entendimos todo lo que nos explicó Gristof, pero no comprendíamos como pudo pasar. Parecía mentira que un simple error hubiera resultado tan fatídico... Pese a la gravedad del mismo, lo más ilógico era el porqué había llegado a producirse.

Aquella noche fue la última que me costó dormir. Me llevó hasta la madrugada ordenar la mente y lograr dar con aquél interruptor que todos tenemos y que, pulsándolo, hace que todo empiece de cero. Había cumplido la voluntad de Johanthan, había ayudado a Gristof, conocía la causa de el Gran Boom y, ahora, más que nunca, me apetecía vivir mi propia vida.

Epílogo

Gristof, tras avivar la chimenea, se acomodó en su sillón y, cubriéndose las piernas con su peculiar manta cuadriculada, empezó a narrar:

-Puede que os sea difícil de entender –dijo abriendo el ordenador-, sin embargo, os leeré una crónica que resume perfectamente lo que pasó -continuó fijando la vista en la pantalla.

“Doce de Marzo, del año dos mil veinticuatro.

La diplomacia había fracasado... La coalición asiática, liderada por la todopoderosa China, acababa de arrasar Groenlandia con la intención de asegurarse el punto más estratégico del planeta. La falta de crudo había avivado la peor crisis energética y humanitaria de cuantas recuerda el ser humano y, por consiguiente, la guerra más dura de todos los tiempos. Pese al dictamen de las Naciones Unidas, que decía que todo recurso natural debía repartirse a partes iguales entre las naciones del mundo, las súper potencias, como siempre había hecho hasta la fecha, se valieron de sus ejércitos para intentar hacerse con el trozo más grande del pastel...

Unos días antes del ataque a Groenlandia, posiblemente ya de origen asiático, apareció un virus informático en la Red Global que confundió a todos. Era un virus simple, de código desconocido e invisible, que no hacía más que mezclar los comandos alfanuméricos de los equipos infectados. A ese virus no se le dio la más mínima importancia ya que, a priori, parecía fácil de aniquilar. No obstante, el mayor problema estaba aún por llegar... Como avanzadilla al ataque ártico, y para confundir a los aliados, un misil de largo alcance coreano derribó uno de los principales satélites de comunicación que orbitaba la estratosfera terrestre. Esto propició un vacío informativo sin precedentes que inutilizó la Red de Datos Global (también llamada, por aquel entonces, Internet), además de interrumpir la mayoría de comunicaciones por GPS y

telefonía móvil. Estados Unidos, como represalia a tal osadía, recuperó un antiguo programa represivo llamado: IROSHIMA.

Un solo misil, con una carga nuclear suficiente como para destruir todo Manhattan, debía caer a las diez de la mañana del día veinte de Febrero (según cómputo americano) sobre Cangzhou, un pequeño pueblo cercano a Pekín. Sin embargo, el virus informático, al que nadie había dado demasiada importancia, lo evitó...

China, todo y ser supuestamente aliada empresarial de Estados Unidos antes de la guerra, debía incomodarles bastante, pues en su particular ránking de enemigos, recibía la letra A. La región de Cangzhou, concretamente, tenía estipulado el código once, por lo que las coordenadas finales del ataque tenían que ser: A,11. El problema surgió cuando, en el momento de iniciar el ataque, de manos del mismísimo presidente de los Estados Unidos, Roward Milton, el ordenador confundió el comando A,11, por All (*todos*)...

Nada pudieron hacer los responsables del Pentágono para evitar la catástrofe, ya que, emparándose en su propia seguridad nacional, una vez iniciada la secuencia de lanzamiento, tan solo un complejo código fuente podía anularla. Dios sabe que lo intentaron todo, pero con los equipos infectados tan solo lograron empeorar la situación...

-Ya podéis ver –concluyó Gristof cerrando la tapa del ordenador-. No fue la naturaleza, sino nosotros mismos quienes, cegados por odio y egoísmo, destruimos lo que más amábamos...

Cuatro meses más tarde...

La brisa soplaba del norte, impregnando el ambiente de un agradable olor a sal. Alire, sentada a mi lado, masajeaba mi pelo con suavidad.

-¿Crees que seremos capaces de aprender de los errores del pasado?

-No sé que decirte –contesté mirando al viejo roble-. El ser humano es débil y tiende a equivocarse... Por suerte, el devenir del mundo no recae solo en nuestros actos... Aunque, pensándolo mejor –añadí mirándola sonriente-, puede que en parte de él sí tenemos algo que decir...

Tras mirarme, cómplice y cariñosa, llevó mi mano a su vientre y, apoyando la cabeza en mi hombro, cerró los ojos.

Fin